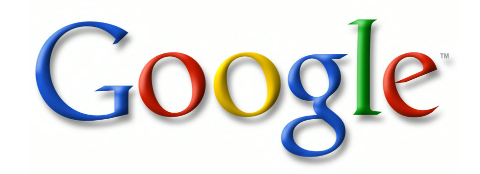






HISTORIA Y DESCRIPCION

DE

MÉJICO.



-1864.
nion de
.nos,
100.

HISTORIA Y DESCRIPCION

DE

MEJICO.

POR

Evaristo Escalera

Y

MANUEL GONZALEZ LLANA.

MADRID.—1864.
Librería de Ambos Mundos
de Medina hermanos.
Preciados, núm. 17.

BUENOS AIRES.—1864.
Librería de la Union de
Medina hermanos.
Rivadavia, núm. 100.

Imp. de M. Minuesa, Juanelo, 19.

A nuestro querido amigo

D. DIONISIO CUESTA Y OLAY.

La amistad íntima que á tí nos une, nos dispensa, al escribir estas líneas, de disculpar el escaso valor del presente libro. Pero por poco que valga, por ínfimo que sea, la simpatía que dispensas á sus autores, habrá de colocarle á tus ojos como una obra sin defectos, y eso advirtiéndote de antemano que tendrá muchos.

TUYOS,

Evaristo.

Manuel.

Madrid 1.º de Marzo de 1862.

PRÓLOGO.

La cuestion de Méjico atrae actualmente las miradas de Europa, y es posible que tarde en separarlas de aquella República, que pasa hoy por una de sus mas grandes y decisivas crísis.

Nadie ignora que el desgobierno, la anarquía y los atentados de todo *género*, cometidos por las impotentes dictaduras que venian sucediéndose en aquel rico territorio, han obligado á la Francia, á la Inglaterra, y principalmente á nuestra nacion, á marchar en son de guerra contra ese país, donde parecen haberse perdido las últimas nociones de la autoridad y del derecho. Los súbditos españoles resi-

dentes en aquel apartado territorio, vienen sufriendo, desde hace una larga série de años, los ultrajes, las depredaciones y los insultos de un populacho que, habiendo recobrado la libertad en su infancia, no ha sabido mas que herirse con ella, como el niño entre cuyas manos se coloca un puñal de dos filos. La sangre de nuestros compatriotas ha corrido allí en abundancia, vertida por la mano asesina de esos hijos bastardos de nuestra civilizacion y de nuestra raza, y hora era ya de que llamáramos á las puertas de Méjico, para exigir una reparacion, y para preservar á nuestros compatriotas en lo sucesivo de los atentados escandalosos que en sus propiedades y en sus personas cometian impunemente las turbas.

La mision de nuestras armas es triste. Un deber sagrado, sin embargo, nos obliga á tomar esa actitud de hostilidad contra un pueblo cuya independencia no debemos combatir, pero á quien debemos demandar aquello que todas las naciones civilizadas se deben mútuamente. Nosotros, partidarios entusiastas de la emancipacion de los pueblos, hubiéramos deseado que Méjico nunca hubiera dado motivo á esta espedicion, sobre todo por lo que á España respecta; que las relaciones de ambos pueblos hubieran sido estrechas, íntimas y cordiales; que la independencia y la libertad de ese pueblo descubierto,

conquistado y colonizado por nosotros, se hubieran desarrollado hasta hacer de él un Estado rico y floreciente, para lo cuál cuenta con mas elementos naturales que ningun territorio del continente americano.

Pero la historia parece reservar entre sus páginas espiaciones terribles. La república de Washington se levanta como un solo hombre invocando á Dios y su derecho para su noble y santa empresa, y esa República parece haber nacido con las bendiciones del cielo, así como nació y se desarrolló con la admiracion de todos los sábios y los pensadores.

Méjico, derramando por el contrario alevosamente en el supremo dia de su libertad la sangre de sus hermanos, debia llevar en la frente el estigma que habia de condenarle, como le condenó en efecto, á una vida turbulenta y sin reposo, durante la cual le hemos visto arrastrarse miserablemente en una continuada guerra civil. ¿Ha sido esto un castigo Providencial?

Los anales que vamos á recorrer son una constante espiacion. Méjico, floreciente bajo la tutela de España, se empobrece y se arruina al conquistar su independencia: Méjico, felíz y tranquilo cuando estaba sujeto al yugo español, nunca es mas esclavo

que el dia de su libertad, ni nunca sus habitantes se ven espuestos á mas arbitrariedades que el dia que se publican pomposamente sus derechos.

¿Concluirán ahora sus desgracias? Tememos que nó. La vida sediciosa, los hábitos anárquicos no se corrigen en un dia; y á no contar el podèr que se instale, con la proteccion de las armas de las potencias aliadas durante algunos años, no podrá reconstituirse aquel país, donde es preciso desvanecer las locas ambiciones de los tiranuelos, que hicieron imposible hasta aquí las funciones de toda administracion política.

Antes de empezar á escribir la crónica militar de la espedicion, entremos, pues, á narrar la historia de Méjico y á describir el país, ambas cosas indispensables, la una para comprender los acontecimientos políticos que han surgido ya y puedan surgir, y la otra para pôder apreciar los sucesos militares de mayor ó menor importancia que deban realizarse.

MÉJICO

HISTÓRICO-DESCRIPTIVO.

I.

Preliminares de la revolucion.

España habia estendido tranquilamente su dominacion durante tres siglos por estensas comarcas situadas en el nuevo continente, descubierto por el poderoso genio del inmortal Colon. Entre estos paises, que daban á la nacion española la importancia de un poder colonial, superior á todas las demás potencias europeas, Méjico constituia uno de los mas bellos florones que la corona poseia en aquellas apartadas comarcas.

Los sacudimientos y luchas de que fué teatro la Península, provocadas por la ambicion del guerrero del siglo, acarrearon funestas consecuencias á la nacion española, y dieron un golpe de muerte á su

poderío colonial. Son bien conocidos de todos los acontecimientos á que nos referimos; ¿quién no ha oido su relato de los mismos lábios de los testigos oculares? ¿Quién ignora la cautividad de la familia de Borbon, el efímero reinado de José Bonaparte y los gloriosos hechos de armas, con los cuales nuestros padres rechazaron con un heroismo que asombró al mundo entero, las aguerridas legiones del vencedor de Marengo y Austerlitz?

Pero estos trastornos que se verificaban en España, tuvieron tristes consecuencias para la conservacion de nuestras colonias ultramarinas.

Un dia llegaron á la capital de Nueva España, á la antigua córte de los Motezumas, las mas siniestras noticias de la Metrópoli. Aquel poder que tanto se acostumbraba respetar, porque estaba rodeado de la aureola del misterio, habia sido destrozado momentáneamente, y la madre pátria yacía sumida en la dominacion estraña. Estas tristes nuevas, que todos comentaban en medio de la general ansiedad, produjeron una sorda fermentacion en todos los ánimos. Los españoles lamentaban amargamente los desastres de la pátria, y temian, no sin razon, por la suerte de las colonias y por los sacudimientos que las circunstancias azarosas por que atravesaba España, podian hacer surgir en aquellos paises, en los que pululaban tantos elementos de oposicion hácia la Metrópoli.

La poblacion indígena se habia manifestado siempre hostil á la dominacion española, y solo ha-

jaba sumisa la cabeza por la elevada idea que habia concebido del gran poder de sus señores. ¿Qué haria esa misma poblacion cuando llegase á comprender que sus mismos dominadores se veian en la triste precision de disputar la propia pátria palmo á palmo al estranjero? Por otra parte, los mestizos, que habian heredado los vicios de sus padres, sin conservar ninguna de sus virtudes, acariciaban la idea de vengarse del desprecio con que la raza pura los consideraba, y finalmente, los *Criollos*, aunque corria por sus venas la sangre española, habian ido atesorando durante algunas generaciones el rencor que les causaba verse pospuestos por los españoles nacidos en la Península, en la distribucion de los honores, de los cargos lucrativos y de las recompensas de todo género.

Pero estos distintos elementos, que conspiraban todos contra la dominacion española, debian todavía tardar algun tiempo en fundirse, para presentar un poderoso espíritu de oposicion hácia la madre pátria; y si bien en lontananza se divisaban las nubes precursoras de una terrible tempestad, tardaria algun tiempo en estallar por completo.

Los mejicanos, á pesar de todo, protestaron contra el poder de José Bonaparte, declararon de hecho rotas sus relaciones con el gobierno del usurpador y juraron fidelidad al monarca destronado. Sin embargo, la situacion de la superior autoridad española se hacia cada vez mas crítica, pues el prestigio de que gozaba habíase amenguado

considerablemente en vista del estado de la Metrópoli.

En aquellas anormales circunstancias, solo una actitud digna y enérgica por parte del virey español, actitud tanto mas resuelta, cuanto mayor era la gravedad de los acontecimientos, podia salvar la situacion y conservar para la madre pátria aquellas comarcas en las que flotaba el pendon de Castilla; pero el virey Iturrigaray, que á la sazon gobernaba en Méjico, estaba muy lejos de encontrarse á la altura de las circunstancias.

Asustado ante la fermentacion del pueblo, y viendo considerablemente rebajado su prestigio, pensó que las concesiones conservarian su poder, y no conocia que él era el primero que daba el golpe de muerte á su autoridad. Queriendo sancionar y legitimar un imperio que se habia roto bruscamente, creyó que el único medio de devolver la antigua fuerza y poderío á la autoridad que representaba, era la reunion de una junta, que diese validez á sus actos y le prestase la fuerza moral que le faltaba.

El medio era peligroso y habia de producir naturalmente sus frutos. Llamado el país á decidir sobre su futura suerte, los gérmenes de independencia, que hasta entonces habian permanecido ocultos, brotaron repentinamente favorecidos por las escepcionales circunstancias en que se encontraba el vireinato. El municipio de Méjico, fundándose en que era la legítima representacion del pueblo, aspiraba á

la soberanía, al menos mientras durase la cautividad de Fernando VII, al mismo tiempo que la audiencia, en donde predominaba el elemento español, se ponia de parte del virey, apoyaba su autoridad y se pronunciaba por la idea de que á ella, en union con el virey, competia el ejercicio del supremo poder.

La lucha, pues, entre ambos partidos se manifestaba ya de un modo ostensible, aunque no estaba todavía bastante definida la division para que no fuese posible un acuerdo, que si bien no destruiria estas nacientes diferencias, podria acallarlas momentáneamente. Ambos partidos estaban de acuerdo en la idea de negar su obediencia al imperio de Napoleon, instituyéndose tambien, por convenio de todos una junta suprema, compuesta de las autoridades superiores y de los americanos mas distinguidos, que prestó juramento de fidelidad á Fernando VII y negó la obediencia á la junta soberana de Sevilla.

Este paso del virey fué considerado por la poblacion indígena como un atentado contra la dominacion de la Metrópoli, puesto que daba á la colonia un valor político de que no habia gozado hasta entonces, reconociendo en ella el derecho de votar sobre una cuestion de tan grave importancia. La poblacion española se manifestó en abierta oposicion contra el virey, insurreccion que con su acostumbrada debilidad no supo ni prevenir ni ahogar con enérgicas medidas, y cuyas consecuencias fueron el ataque del palacio del virey, su encarcelamiento y

conduccion al fuerte de Ulúa, desde donde se le envió á España á dar cuenta de su conducta. Despues de estos acontecimientos, el partido español anuló la junta, y nombró por virey á Garibay, reconociendo al mismo tiempo la junta central de la Metrópoli.

Los mejicanos comprendieron entonces que no debian esperar nada de sus dominadores, que persistian en mantener el sistema colonial en toda su pureza y que los súbditos americanos no participarian jamás de la administracion del país y de sus intereses; lo que hizo acrecer la animosidad de los criollos, que comprendiendo las difíciles circunstancias en que la España se encontraba, pensaban habia llegado el momento oportuno de conquistar su independencia.

La junta central, tan pronto como tuvo conocimiento de los hechos que dejamos indicados, nombró por virey de aquellas comarcas al arzobispo de Méjico, en tanto que Venegas, que salió al poco tiempo de España, se encargaba del mando.

Desde entonces, el guante entre los españoles y los criollos estaba arrojado; y el virey Venegas, que llegó á Méjico en 1809, no hizo mas que provocar la rebelion con sus actos de crueldad, que llevaron al colmo la general animosidad é irritacion. Todo parecia anunciar la proximidad de una lucha inminente; y si bien las pasiones políticas pudieron aparecer por un momento como apagadas, fermentaban, no obstante, sordamente. La crueldad desple-

gada por el virey Venegas, hizo desaparecer la diferencia de los partidos ante el enemigo comun, añadiendo nuevos combustibles á la hoguera próxima á encenderse.

Segun el estado en que se encontraban los ánimos, no acostumbrados á la vida pública, debian los descontentos manifestar mayor fiebre y actividad en los primeros pasos que daban por una senda casi desconocida. Sòlo faltaba un hombre atrevido que diese la señal y concluyese de esta suerte con el ejemplo, el respeto que inspiraba todavía el nombre español. Este papel estaba reservado para un sacerdote, que debia ser el primero en lanzar el grito de independencia.

El 16 de setiembre de 1810, el cura Miguel Hidalgo, del pueblo de Dolores, en el estado de Guanaxuato, despues de haberse puesto de acuerdo con el coronel Allende y el capitan Abasolo, enarboló el estandarte de la rebelion contra la Metrópoli, reuniendo en torno suyo, en muy corto tiempo, multitud de partidarios. Los indígenas no esperaban mas que la primera señal para aprestarse á defender su independencia, y si el cura Hidalgo hubiera reunido las condiciones de un caudillo, bien pronto hubiera propagado la rebelion por todas partes; pero si bien contaba con el valor y la iniciativa necesarios al que se constituye en campeon de una causa, faltábanle, no obstante, la prudencia y cordura del general: su valor tenia mucho de salvaje, y por cualquiera parte que pasaba con sus huestes, dejaba terribles huellas.

Esta crueldad le enagenaba las voluntades de los descontentos, que conocian lo que podian esperar de tal caudillo.

Sin embargo, en los primeros momentos su bando presentaba un imponente aspecto. Dirígese á Guanaxuato, capital del Estado; esta ciudad le acoge en su seno, y en ella se verifica el primer degüello de españoles. Desde Guanaxuato prosiguen sus correrías, y Acambaro, Celaya y Valladolid abren sucesivamente sus puertas á los insurgentes, cuyo número aumentaba por momentos de un modo superior á las esperanzas de Hidalgo.

El virey Venegas, tan pronto como tuvo noticia de estos acontecimientos, se dispuso á ahogar la naciente rebelion con los pocos recursos de que podia disponer. Pero si bien á la inferioridad del número, podia suplir con ventaja el valor de los soldados españoles, y la superioridad en las armas y la disciplina; el virey cometió la imprevision de confiar sus tropas al general Trujillo, que carecia de los conocimientos necesarios para sobreponerse á una situacion difícil y embarazosa, y que se dejó derrotar por las indisciplinadas masas de Hidalgo en el sitio llamado de las Cruces.

Hidalgo carecia de las dotes de gefe, y no supo aprovecharse de su victoria, marchando resueltamente sobre Méjico, cuya ciudad, por la derrota de las tropas reales, habia quedado casi completamente desguarnecida, y contenia en su seno grandes elementos opuestos á la dominacion española, que

hubieran prestado un poderoso concurso á los insurrectos.

El virey Venegas, conociendo lo crítico de las circunstancias, y que solo la energía y actividad mas completas podrian reparar el descalabro de las Cruces, reorganizó sin pérdida de tiempo los restos de la division de Trujillo; y esta vez, algo mejor aconsejado en su eleccion, puso el mando de las tropas reales en manos del general Calleja, que derrotó las fuerzas insurgentes en la llanura de Aculco.

Este descalabro, por mas considerable que fuese, no desalentó á los insurrectos, que se replegaron á rehacerse hácia Guadalajara, recibiendo á su paso toda clase de auxilios de las poblaciones, que empezaban á manifestar su hostilidad contra los españoles, con lo que bien pronto logró el cura Hidalgo reparar su desastre, y encontrarse en disposicion de resistir á las tropas reales, que, guiadas por Calleja, perseguian activamente á los insurrectos.

El general español atacó decididamente á los desorganizados escuadrones de Hidalgo, cerca del pueblo de Zapotlanejo, y consiguió una nueva victoria, dispersando completamente á los contrarios, despues de haberles hecho sufrir pérdidas en estremo considerables.

Si en un principio el cura Hidalgo pudo gozar de una popularidad escesivamente superior á sus merecimientos, bien pronto los incalificables escesos

que en todas partes cometia y las crueldades repugnantes á que se abandonaba, le enagenaron el apoyo del país, quedándole como único refugio en medio de su descrédito, el acogerse á los Estados-Unidos; pero las tropas españolas, que no habian dejado de molestar en su retirada á los dispersos restos de los indígenas, se apoderaron, cerca del pueblo de Chihuahua, de los principales cabecillas, que fueron pasados por las armas el 21 de marzo de 1811.

Aunque la muerte del cura Hidalgo fué poco sentida por los mejicanos, pues tenian hartas pruebas de su sanguinaria crueldad, el ejemplo de la resistencia estaba dado, y la idea de la independencia, una vez nacida, debia fructificar aun á través de las luchas, trastornos y contrariedades sin cuento. Bien pronto aparecieron en distintos puntos del territorio mejicano algunos cabecillas, que, al frente de partidas mas ó menos numerosas, volvieron á enarbolar el estandarte de la independencia, abatido un momento por el desastroso fin del cura Hidalgo, distrayendo de esta suerte á las tropas españolas, demasiado reducidas en número, para que pudiesen atajar la rebelion que habia estallado en tantos puntos diversos á la vez.

El principal gefe de esta nueva insurreccion fué tambien un sacerdote, llamado Morelos, que dió alguna unidad al movimiento, y fué elevado al carácter de generalísimo de las tropas sublevadas, por su valor y energía, por su actividad y genio organiza-

dor. Esta vez los insurgentes no se presentaban en hordas indisciplinadas como las que habia dirigido Hidalgo: las pasadas derrotas les habian hecho conocer, que no era el mejor género de guerra para combatir contra las tropas aguerridas y disciplinadas, el empleado hasta entonces, sino que por el contrario, aparecia preferible distribuir las fuerzas en pequeñas partidas, que, aprovechándose del conocimiento del terreno y del apoyo de las poblaciones rurales, pudiesen molestar contínuamente á las tropas reales con repetidos encuentros.

Morelos contaba además con el apoyo de los indios, á cuya raza pertenecia; y aunque le faltaba casi completamente toda clase de instruccion, contaba con dotes que le hacian muy superior á sus compatriotas, como lo prueba el que fuese reconocido sin oposicion por todos los partidarios como gefe superior de las tropas de la independencia. Aunque no era de instinto sanguinario como su predecesor Hidalgo, abandonábase con frecuencia á actos censurables de crueldad, siempre que juzgaba podian ser provechosos para el triunfo de su causa, confundiendo á veces la energía y entereza necesarias en un gefe militar, con el ensañamiento, que en la mayor parte de las ocasiones reconoce por primera causa la debilidad.

Desde que Morelos se puso á la cabeza de los insurrectos, volvió á comenzar la guerra con suerte varia para las partes beligerantes; pero la disciplina, el valor y la pericia militar triunfaron al fin, y Mo-

relos, habiendo cometido la imprudencia de atacar un cuerpo de españoles con fuerzas algun tanto desiguales, sufrió una derrota completa y cayó en manos de sus enemigos. Escusamos añadir que tuvo el mismo fin que Hidalgo. En aquella lucha los vencidos estaban seguros de no encontrar cuartel, y de antemano se resignaban á su suerte. Morelos murió con el valor de un soldado, sin perder su firmeza y energía ni por un instante. Sus conciudadanos premiaron los servicios prestados por este partidario á la independencia del país, dando su nombre á una de las ciudades del territorio (1).

Con la muerte de Morelos perdia la causa de la emancipacion uno de los principales y mas decididos partidarios, y los españoles se veian libres de uno de sus mas acérrimos enemigos. Por este motivo no tardó en declararse la division en el campo de los insurrectos, apareciendo todas las ambiciones, desde el momento que faltó el gefe, á quien todos acataban por su misma superioridad.

Por este tiempo fué nombrado virey de Méjico por el gobierno de Madrid D. Juan de Apodaca, que logró calmar algun tanto con medidas conciliatoras la irritacion de que se hallaban poseidos los ánimos, publicando un indulto, al que se acogieron muchos insurrectos, descontentos con la division que se habia declarado entre los partidarios de la independencia, y todo parecia presagiar que se habia

(1) Valladolid, se llama hoy Morelia.

conjurado por completo la tempestad que amenazaba concluir con la dominacion española en el territorio mejicano; pero estaba destinado á un Español, víctima en su pátria del absolutismo, el papel de volver á comenzar la guerra de la independencia en la Nueva España. En efécto, el liberal Mina, que se habia visto obligado á abandonar sus hogares por su amor á las ideas liberales, desembarcó en el puerto de Soto-la-Marina con algunos aventureros de todas las naciones, entre los cuales se encontraba Juan Arago, hermano del célebre astrónomo francés.

Mina inauguró su campaña batiendo al primer cuerpo que le opusó el virey, con lo cual logró aumentar el número de sus afiliados y sostenerse por algun tiempo en el país: Sin embargo, su calidad de español le hacia algun tanto sospechoso á los naturales, que no le prestaron el concurso que esperaba, y con el cual sin duda hubiera sostenido por mucho tiempo el estandarte de la rebelion.

El virey se aprovechó de esta disposicion de los ánimos, y persiguió vigorosamente al jóven y valiente partidario, que fué sorprendido en la hacienda llamada del Venadito, y pasado por las armas el 17 de mayo de 1817. Tal fué el desgraciado fin de un valiente soldado, que siempre se habia distinguido por su ardiente amor hácia la libertad. Si las persecuciones le lanzaron al acto, siempre censurable, de hacer armas contra su propia pátria, su desgraciada suerte, aunque no aniquila por completo, disminuye algun tanto la falta. Por lo demás, la histo-

ria imparcial, que prescinde de las pasiones del momento, y que escluye toda exageracion, le ha hecho justicia.

La revolución, que por un momento apareció completamente vencida, no hizo sin embargo mas que mudar de carácter. Las nuevas ideas, producto de la revolucion francesa, atravesaron el Atlántico y se estendieron por todas partes. Los libros prohibidos, para los cuales habia establecido el gobierno español un cordon sanitario, que impedia llegasen á sus colonias ultramarinas, penetraron por los puertos que los insurgentes poseian, y circulaban por el país con una rapidez que aumentaba por su misma prohibicion. La lectura de estos libros, producto de la filosofía del siglo XVIII, abria nuevos horizontes para aquellos espíritus sumidos hasta entonces en la ignorancia, y que carecian por lo tanto del suficiente criterio para distinguir la verdad del error.

En estos libros se atacaban viejas y arraigadas preocupaciones, inveterados abusos, al mismo tiempo que se proclamaban los derechos sagrados del hombre, considerados hasta entonces en aquellas apartadas regiones como heréticos y sediciosos. Con esta revolucion que las ideas modernas operaba en todos los espíritus, coincidian además los movimientos liberales que se verificaban en la Metrópoli, y que con la fuerza poderosa del ejemplo, daban nuevo vigor á las ideas de independencia y libertad.

A consecuencia de este nuevo carácter que tomaba el movimiento, erigióse en Mechoacan una jun-

ta, que consiguió reunir en torno suyo cerca de diez mil hombres de tropas regulares, y que tomando una actitud mas radical de la que hasta entonces habia ostentado la revolucion, dejó de reconocer la soberanía del rey de España.

Desde este momento la lucha toma un nuevo carácter y adquiere cada dia mayor importancia. Por eso, á los primeros partidarios que combaten guiados solo por su instinto de libertad é independencia, sin plan ni idea fija, suceden otros campeones, que saben ya el objeto á que se dirigen, que miden las consecuencias y manifiestan que marchan á un objeto dado, sin arredrarse por los obstáculos, y con la entereza del que camina guiado por un principio, precedido de una gran idea.

La junta de Mechoacan, al negar su obediencia al gobierno de la Metrópoli, se erige en soberana del país, y no tardó en ser apoyada por todos los partidarios de las modernas ideas. Si el ejército de los insurgentes sufre todavía algunas derrotas, la idea de emancipacion se levanta cada vez mas robusta y mas amenazadora, y cada gota de sangre vertida en el combate atrae nuevos defensores, que se sacrifican por la causa de la independencia. Entre estos aparece en primer término D. Agustin Iturbide.

II.

Iturbide, emperador.

Estaba destinado al criollo D. Agustin Iturbide, coronel de milicias provinciales, un papel de los mas importantes en el sangriento drama de la guerra de la independencia de Méjico y en la lucha política que desde aquella época viene trabajando incesantemente á aquel desventurado país. Habíase distinguido en los primeros pasos de su carrera política por su odio encarnizado contra los insurgentes, combatiendo en las filas del ejército español, en las que habia demostrado que no carecia de conocimientos militares y que reunia además á esta cualidad la actividad y bravura de un buen soldado.

Precisamente en los momentos mismos en que la revolucion se presentaba mas decaida, y en la que solo se sostenia el partidario Guerrero con algunas

tropas en el territorio denominado de Tierra-Caliente, clima mortífero para los europeos, y que por lo tanto presentaba mas recursos de resistencia á los naturales, Iturbide apareció como uno de los gefes de la causa de la independencia; y como era conocido, tanto por sus conocimientos militares, como por su actividad, energía y carácter emprendedor, no tardó mucho tiempo en ser considerado como uno de los principales adalides de la causa nacional. No obstante, el primer cambio que se operó en las ideas del coronel Iturbide no fué completamente radical. Reducíase, por el contrario, su papel á establecer una especie de mediacion entre ambas partes beligerantes, mediacion que se conoce en la historia con el nombre de *Plan de Iguala*, porque se proclamó en la villa de este nombre el 24 de febrero de 1821.

Estipulábase en el convenio que dejamos mencionado, como principal base, la independencia del territorio mejicano, cuyo nuevo gobierno tomaria la forma monárquico-constitucional, debiendo ocupar el trono un infante de España, que serviria de lazo para establecer las mas amigables relaciones entre la colonia emancipada y su Metrópoli, determinándose tambien el mantenimiento esclusivo de la religion católica. Por mucho que al gobierno español pudieran repugnarle estas condiciones, antes de abandonarse á las consecuencias de un rompimiento absoluto, debia haber tenido en cuenta los medios que podian ponerse en juego, para mantener el dominio español en aquellas apartadas regiones, y examinado bajo

este criterio, no encontrámos completamente inaceptable el tratado de Iguala.

A nadie cedemos en el amor de la pátria, y nadie mas que nosotros lamenta la pérdida de aquellas comarcas, que en algun tiempo fueron la principal base de nuestra grandeza, aun en medio de las desgracias que nos acarrearon; pero no por eso dejamos de comprender que los arranques del patriotismo no deben oscurecer nuestra razon, hasta el punto que se desconozcan las fatales exigencias de las circunstancias. Sin embargo, el gobierno español mandó al frente de algunas tropas al virey O'Donojú, con el espreso encargo de oponerse á los planes de Iturbide. O'Donojú, tan pronto como se encontró en el teatro de los acontecimientos, y pudo comprender el espíritu que dominaba en el país, modificó algun tanto sus ideas, entrando en negociaciones con Iturbide, que ya por aquel tiempo dominaba en la mayor parte del territorio, si esceptuamos la plaza de Veracruz, el castillo de San Juan de Ulúa y la capital de la colonia.

Segun dejamos indicado, el virey carecia de poderes para estas estipulaciones; pero acosado por la necesidad aceptó las proposiciones del coronel Iturbide, queriendo de esta suerte salvar del naufragio algunos de los restos del poder español, cuya ruina cierta no era difícil preveer. Consintió, pues, O'Donojú en el establecimiento de una monarquía constitucional en Méjico, en la elevacion al trono de un miembro de la familia de los Borbones de España,

en la igualdad de derechos entre los mejicanos y españoles, y finalmente, en otros detalles que estaban en armonía con los principios sentados.

Este tratado, sin embargo, para ser legítimo necesitaba la sancion del gobierno español; y en tanto que el virey recibia nuevas órdenes, ambos gefes entraron en la ciudad de Méjico, ocupándose en restablecer el órden, para cuyo efecto formaron una junta con el nombre de instituyente, y una regencia que absorbiese el póder ejecutivo en nombre de cualquiera de los infantes que fuese destinado á ceñir la corona del territorio de Nueva España.

El gabinete de Madrid desaprobó la conducta de O'Donojú, consideró nulas todas las estipulaciones hasta entonces efectuadas, y se negó á toda transaccion con los mejicanos, como no reconociese por base la mas absoluta sumision. Esta actitud de la Metrópoli exacerbó todos los ánimos, y desde entonces concluyó la posibilidad de todo arreglo. La oposicion volvia á empezar de nuevo, y esta vez los mejicanos contaban con mayores recursos para conseguir sus fines.

A consecuencia de estas circunstancias, Iturbide fué considerado como el paladin de la independencia nacional, y en tal concepto se encontró á la cabeza del gobierno. Aun antes de que se supiesen las resoluciones de la córte de España, habíase hablado ya de Iturbide para ocupar el trono de Méjico; pero tenia que vencer la oposicion de los criollos, que miraban con celosa envidia la repentina eleva-

cion de un simple coronel á los primeros puestos del país, que no tenían confianza alguna en sus dotes de gobierno, y que por último, creian poco sólido y estable el reinado de un hombre que no contaba con mas apoyo que el pasajero entusiasmo del pueblo.

Estas causas dieron márgen á que se formasen en el país logias de fracmasones del rito escocés, en las que conspiraban todos los adictos al plan de Iguala y los que pertenecian al partido español. El clero y los españoles favorecian los planes de los escoceses, pues abrigaban todavía algunas esperanzas de que por este medio quizá podria volver á flotar el estandarte castellano por aquellas estensas y ricas comarcas, sometidas al dominio español por la espada de un ilustre guerrero.

El partido democrático, por su parte, influído por el vivo ejemplo de la prosperidad de que gozaban los Estados-Unidos, hacia los mayores esfuerzos por organizar el país bajo la forma republicana, mirando al propio tiempo con alguna desconfianza al general Iturbide, en el que adivinaba instintivamente un dictador; pero este general, á pesar de la oposicion que en las cámaras encontraba, y cuidándose poco del espíritu de hostilidad que los partidos le mostraban, supo aprovecharse de la popularidad momentánea de que disfrutaba, y aunque de un modo algun tanto irregular, se hizo proclamar emperador el 19 de mayo 1822, tomando el nombre de Agustin I.

Las provincias enviaron casi espontáneamente su adhesion al nuevo soberano, el cual, contando con

esta base para su poder, se vengó de la frialdad de las cámaras, escitando de esta suerte el encono de los partidos y de las sociedades secretas. Si el nuevo emperador hubiera tenido el tacto, energía y habilidad necesarias para hacer frente á las dificultades que la situacion presentaba, quizás hubiera podido realizar la fusion de los distintos bandos contrarios y evitar á su pátria las calamidades sin cuento de una guerra civil que dura todavía, y á la que es difícil predecir un fin. Pero Iturbide carecia por completo de las dotes de gobierno para consolidar su poder, y creyendo que la única fuerza legítima era la de las bayonetas, despreció la opinion pública, y opuso á la conspiracion de las sociedades secretas y la hostilidad del partido democrático, una rigidez que algunas veces llegó hasta la crueldad.

Sin esperiencia alguna de los negocios, se encontraba dominado casi esclusivamente por el temor de perder su poder, que se le presentaba como superior á sus fuerzas; y en vez de robustecer el espíritu nacional buscando en él una base sólida que diese alguna estabilidad á su reciente elevacion, hizo aumentar con sus desaciertos la escision que reinaba en todos los ánimos, y con la prision de muchos miembros de la cámara y otra multitud de arbitrariedades, consiguió enagenarse las voluntades de todos, aun de aquellos que habian sido sus mas acérrimos partidarios.

El poder de Iturbide se apoyaba únicamente en las bayonetas, y bien pronto una triste esperiencia

debia demostrarle, que los gobiernos que solo se apoyan en el espíritu militar, encuentran en él su mayor enemigo y la principal causa de su ruina. Con motivo de la disolucion del parlamento, decretada por el emperador, tan pronto como conoció que no podia manejar este cuerpo como si fuese un dócil instrumento supeditado enteramente á su voluntad, aumentó el general descontento, y la sorda efervescencia que desde algun tiempo antes se notaba, se presentó cada dia mas amenazadora.

Sin embargo, la principal oposicion que debia amenazar al reciente imperio, debia partir del ejército y contar por principal caudillo á uno de los mas declarados partidarios de Iturbide. El brigadier Santana, que representa un gran papel en la historia de los disturbios civiles que tanto han trabajado á aquellas comarcas, se declaró en abierta insurreccion contra el poder central, apoyándose en la guarnicion de Veracruz.

El asombro del emperador fué grande, mucho mas al ver que el movimiento no era un hecho aislado, sino que por el contrario, se propagaba por todo el Sur del imperio, y que los generales Victoria, Guerrero y Bravo, enarbolaban tambien el estandarte de la rebelion poniéndose de acuerdo con el brigadier Santana.

El emperador envió al general Echevarri, en quien tenia puesta su mayor confianza, con una fuerte division de tropas muy superiores en número á las insurreccionadas. Echevarri se dirigió á Vera-

cruz, puso sitio á la plaza, y todos esperaban en la capital recibir bien pronto la noticia de que la rebelion habia sido ahogada; pero el gefe de las tropas del gobierno, á pesar de los beneficios con que el emperador le habia colmado, faltando á su palabra y á los sagrados deberes del reconocimiento, hizo traicion á su bienhechor, entró en negociaciones con los insurrectos, y el resultado de esta censurable conducta fué la llamada acta de Casamata, firmada el 2 de febrero de 1823, por la cual se condenaban los actos del emperador, se estipulaba la convocacion de un congreso constituyente, que recibiria su principal apoyo del ejército, que apellidaba con el epíteto de libertador.

La situacion de Iturbide, no era tan apurada como podria aparecer á primera vista. Todavía contaba con fuerzas muy superiores á las de los sublevados, y tenia en su favor, no solo el prestigio de su nombre, sino tambien la superioridad que le daban sus conocimientos militares; pero aquel hombre, que habia dado muestras de energía, sintió apoderarse de su ánimo la mayor irresolucion, tan pronto como tuvo noticia de la ingratitud con que se le habia villanamente vendido.

De esta suerte el ejército libertador, no encontrando obstáculos sérios que vencer, dirigióse sobre Méjico, aumentando sin cesar el número de sus partidarios con todos los descontentos, alentados por la muestra de debilidad que el poder constituido ofrecia. Desde este momento la vida política de

Iturbide no fué otra cosa mas que un tejido de debilidades y de errores, que le condujeron de humillacion en humillacion, hasta arrojar de sus manos un cetro demasiado pesado, y que no se sentia con fuerza para soportar. A las primeras muestras de debilidad, todos sus partidarios le abandonaron; y viéndose al frente de sus enemigos, abdicó su poder; que, si bien fácilmente adquirido, no era tan fácil de conservar. El 19 de marzo de 1823, despues de once meses de reinado, Iturbide abandonó la capital de Méjico, embarcándose dos meses despues con su familia para Italia, habiéndosele decretado una pension anual de veinte y cinco mil piastras.

Los partidarios de Iturbide entraron en su mayor parte á reforzar el partido republicano, con lo cual, al menos por entonces, los adictos á la forma monárquica, perdieron todas las probabilidades de triunfo, lo mismo que los que soñaban con la restauracion del poder español. A la marcha de Iturbide precedió la constitucion de una república central, con una cámara que participaba del poder legislativo, al paso que el ejecutivo, residia en un triunvirato nombrado por el congreso constituyente. Entonces, como si aquellos paises estuviesen destinados á ofrecer perpétuamente el mas deplorable ejemplo, otras nuevas diferencias estallaron entre la capital y algunas provincias.

Nos referimos á la oposicion del partido federal, que se presentó en algunas provincias celosas de la supremacía que la capital ejercia, y que deseaban

formar otros tantos estados distintos, unidos tan solo por los lazos de los intereses generales. Sin embargo, aunque en el territorio mejicano aparecieron tambien los distintos partidos que tanto dividieron á las repúblicas de la América del Sur, la lucha tomó distinto carácter en ambos paises.

Los partidarios de Iturbide no habian dejado de agitarse desde la caida del emperador, que fijó su residencia en Inglaterra, los cuales, tomando por pretesto las revueltas intestinas que desde este tiempo agitaban al país, enviaban repetidas comunicaciones al proscripto, pintándole el mal estado de la república, y la facilidad de aprovecharse del cansancio de las poblaciones, para volver á establecer el decaido imperio. Tratando de preparar el terreno, Iturbide dirigió desde Lóndres al congreso de la república una esposicion, en la que ofrecia su brazo, para defender á la pátria contra las aspiraciones hostiles de la Santa Alianza, que apoyándose en el partido clerical, bastante numeroso en aquellas comarcas, trataba de establecer allí su influencia, y con ella el predominio de las ideas despóticas. Esta esposicion, á pesar de los términos en que estaba concebida, causó bastante alarma en la Asamblea, que no desconocia el carácter emprendedor de que estaba dotado el antiguo coronel Iturbide, y veia en ella un pretesto para abandonarse de nuevo á sus planes de dominacion dictatorial.

Teniendo en cuenta estos motivos el congreso mejicano, y adivinando acaso en ellos planes ocul-

tos, espidió en 28 de abril de 1824 un decreto de proscripcion contra Iturbide. Los acontecimientos posteriores probaron claramente que la Asamblea no se habia equivocado en sus pronósticos y sospechas.

En efecto, Iturbide, lleno de risueñas esperanzas, y recordando acaso la vuelta de Napoleon de la isla de Elba, sin cuidarse por eso del desenlace de Marengo, sin esperar la resolucion de la Asamblea, abandonó las islas británicas dirigiéndose á Méjico, á donde llegó al puerto de Soto-la-Marina, cuyo comandante pasaba por partidario acérrimo de Iturbide.

La Garza, que así se llamaba el gefe de Soto-la-Marina, manifestó su adhesion á Iturbide, alentándole á continuar en su propósito, haciendo para ello la mas risueña pintura del estado en que se encontraban los ánimos de todos los mejicanos, y poniendo además á su disposicion la tropa que mandaba. Alentado Iturbide con este recibimiento, se dirigió, escoltado por la fuerza de La Garza, hasta la ciudad de Padilla, capital del estado de Tamaulipas, cuya ciudad le recibió con las mayores muestras de amor y deferencia. No obstante, la Asamblea legislativa, tan pronto como tuvo noticia de estos acontecimientos, envió á La Garza el decreto de proscripcion contra Iturbide, dándole el encargo de ponerle en ejecucion.

La Garza, despreciando los compromisos adquiridos, olvidándose de la confianza que le habia dis-

pensado el desgraciado Iturbide, poniendo en sus manos su suerte futura, desconociendo los sagrados deberes del caballero y todas las nociones del hombre, cumplió el decreto de la Asamblea fusilando á Iturbide el 19 de julio de 1824. En otro país cualquiera, menos trabajado por las revueltas civiles, que oscurecen con frecuencia hasta los mas sagrados deberes, la traicion de La Garza hubiera repugnado á los mismos que recogian el fruto de ella; en cuanto á la historia inflexible presentará la memoria de este traidor cubierta con una indeleble mancha de baldon y oprobio.

Tal fué el fin de este hombre que, á pesar de sus faltas, puede ser considerado como el mejicano mas hábil de cuantos han aparecido sobre la escena política en aquellos tiempos de revueltas y trastornos. Elevado al supremo poder del Estado en circunstancias muy desfavorables, bien pronto conoció todas las dificultades con que tenia que luchar, y se sintió sin fuerzas para superarlas. Las rentas del imperio habian caido, desde el principio de la revolucion, en el mas triste y deplorable estado, pues interrumpidos como estaban los trabajos de las minas, los derechos sobre la plata monedada y esportada eran casi nulos. Los productos de las aduanas, que hubieran podido subsanar algun tanto estas pérdidas, disminuyeron rápidamente con la decadencia del comercio; y en cuanto á la de Veracruz, que en otro tiempo habia producido considerables rendimientos, permanecia aun en poder de los españo-

les, que poseyeron tambien el castillo de San Juan de Ulúa hasta el 15 de setiembre de 1825. De esta suerte, el papel-moneda creado por la revolucion, cayó al poco tiempo en un total descrédito, que demostraba la confianza que el gobierno inspiraba. Todos los diferentes ramos de la administracion pública permanecian en el mas deplorable estado, por la falta de numerario, y bien puede decirse que en esta época se desenvolvió el espíritu de rapiña entre los funcionarios públicos, que no ha dejado de aumentar hasta nuestros dias.

Por otra parte, la mayoría de los diputados abrigó siempre una hostilidad manifiesta hácia la persona de Iturbide, á quien consideraba como un advenedizo, sin título alguno para ocupar el puesto á que se habia elevado. Faltando, pues, la armonía y acuerdo entre los distintos poderes del Estado, claro es que á la primera ocasion se presentaba como inminente un choque, que debia destruir un trono fundado solamente en la deleznable base de una efímera popularidad.

La traicion, sin embargo, perseguia fatalmente al emperador Iturbide; ella le dió el primer golpe en la persona del general Santana. En cuanto á La Garza, no hizo mas que continuar la obra comenzada.

III.

Las sociedades secretas.

El desastroso fin de Iturbide demostró bien claramente que Méjico no estaba por la forma monárquica, y que el ejemplo de los Estados-Unidos influia de un modo poderoso en los destinos del país. En su consecuencia, el general Guadalupe Victoria fué elegido presidente, y aunque esta nueva eleccion recaia en un hombre de antecedentes bastante justificados, sobre todo, si se tiene en cuenta lo que en el país influia la ambicion desmesurada, que se habia apoderado de todos los ánimos, demuestra que la república habia caido bajo el dominio del militarismo, lo que le acarrearia, sin duda, multitud de desgracias, que debian impedir la sólida y estable constitucion del gobierno.

El primer acto del nuevo presidente, fué con-

tratar un empréstito de veinte y cuatro millones de piastras con la Inglaterra, que se aprestaba á reconocer la independencia de la república, y de esta suerte pudo hacerse frente, por algun tiempo, á los gastos públicos y restablecer la tranquilidad. Sin embargo, el empréstito habia sido contratado bajo condiciones muy onerosas, que en lo futuro debian aumentar los apuros del Estado, mucho mas con las dilapidaciones del ministro de Hacienda, que, atento mas al logro personal que á la felicidad de la pátria, aumentaba de un modo verdaderamente deplorable la deuda pública.

En vez de procurarse la amortizacion sucesiva de este primer empréstito, teniendo en cuenta los recursos que el país podia ofrecer, la deuda aumentaba sin cesar por la acumulacion de los intereses que no se satisfacian, y puede decirse que esta primera operacion de crédito fué el orígen de la enorme deuda que desde entonces ha afligido al país, y que no ha podido amortizarse, á pesar de la cesion de importantes y ricos territorios.

Los Estados-Unidos siguieron el ejemplo de la Inglaterra y reconocieron á la naciente república en 1825, enviando como sus primeros representantes, á Poinsett y Ward, atribuyéndosele al primero la idea de introducir en el país la costumbre de las lógias de fracmasones, del rito de York, que debian establecerse en oposicion á las de los escoceses, y dar de esta suerte una supremacía manifiesta al partido republicano sobre el monárquico. Las nuevas

lógias desplegaron en el país gran actividad, y bien pronto se fundaron en la capital y en las mas apartadas provincias. No solamente reclutaron sus prosélitos en las filas del pueblo, cuyas pasiones halagaban, sino que introdujeron la division en la de los escoceses, muchos de los cuales abandonaron sus antiguas ideas, sea por conviccion, ó lo que es mas verosímil, por convenir mas á sus intereses, teniendo en cuenta la marcha de los negocios.

El presidente de la república y su gobierno, conociendo la gran importancia que adquirian estas lógias, hasta el punto de convertirse en un elemento de poder, en vez de oponerse á sus ambiciosas miras, se apoyaron en ellas para la realizacion de sus designios, con lo cual bien pronto estas sociedades dispusieron á su antojo de los empleos en favor de sus afiliados. Este predominio debia producir grandes turbulencias en el Estado, pues las lógias, temiendo todavía la influencia del partido español, escitaron las iras populares contra sus antiguos dominadores; y el gobierno, acosado por las exigencias del populacho, se vió obligado á firmar el decreto de espulsion contra la mayor parte de los españoles en 1827.

Esta intolerancia, en vez de favorecer á los intereses del Estado, debia causarle males sin cuento, ya por la turbulencia y conspiraciones que produjo, ya porque de esta suerte se espulsaba de un país poco poblado, y que reclamaba imperiosamente

brazos activos é industriosos que desarrollaran las fuentes de abundante riqueza que el país poseia, una parte de la poblacion mas laboriosa é inteligente.

Por este tiempo fué elevado á la presidencia de la república el ministro de la Guerra Pedraza. Aunque sus opiniones políticas no llegaban hasta el absolutismo, sin embargo, pertenecia á las lógias escocesas, y esto le hizo sospechoso al partido avanzado, mucho mas cuando pudo comprender que se encontraba dispuesto á no poner en ejecucion el decreto que espulsaba á los españoles de los dominios mejicanos.

Bien pronto, á consecuencia de estas sospechas, el país se declaró en abierta insurreccion contra el presidente Pedraza; y aun antes de que hubiese tomado posesion de su cargo, los generales Santana y y Guerrero, cuya mision parecia ser la oposicion contra todo gobierno que no halagase sus miras particulares, satisfaciendo sus ambiciosos deseos, se sublevaron protestando contra la elevacion de Pedraza al poder.

No contando Pedraza con elementos suficientes para oponerse á la insurreccion, cada vez mas amenazadora, envió á la cámara legislativa la dimision del cargo para que habia sido elegido, viéndose además precisado, para evitar las iras populares, á abandonar á Méjico, en donde los sublevados se entregaron á toda clase de escesos. Estas escenas se conocen en la historia de la república mejicana

con el nombre de *jornadas de la Acordada*; denominacion que reconoce su orígen en el nombre de una cárcel que servia de cuartel general á los sublevados. La mayor parte de los comercios de alguna importancia de la capital, fueron entregados al saqueo y al pillaje, y la desenfrenada soldadesca y el populacho se abandonaron á toda clase de tropelías.

Muchos franceses sufrieron en aquellos momentos pérdidas de consideracion; pero sobre todo, los sublevados se cebaron con mas encarnizamiento contra los españoles, que perdieron en su mayor parte toda su fortuna.

En 1829, la cámara de diputados proclamó presidente de la república á Vicente Guerrero, uno de los generales sublevados que habia tenido mayor número de sufragios, despues de Pedraza, sancionando de esta suerte la traicion y convirtiéndola en medio legítimo de alcanzar el supremo poder. Para la vice-presidencia fué elegido el general Bustamente, antiguo partidario de Iturbide, hombre cuyos antecedentes no le hacian de modo alguno recomendable; pero el poder se iba prostituyendo cada vez mas, y solo se necesitaba para alcanzarle la revolucion y la audácia.

Guerrero, tan pronto como tomó posesion de su cargo, se dispuso á poner en ejecucion el decreto de espulsion fulminado contra los españoles algun tiempo antes, y el congreso amplió este decreto comprendiendo en él seis mil españoles que el

de 1827 habia perdonado. Efectivamente, no tardó en ponerse en ejecucion, y escusamos añadir que en aquellos tiempos de revueltas políticas, en las que se despreciaban todas las consideraciones sociales, en el cumplimiento del decreto á que nos referimos, se cometieron toda clase de vejaciones y tropelías contra la propiedad y las personas de los espulsados.

Dícese que Mr. Poinsett, ministro de los Estados-Unidos en Méjico, fué el principal instigador de esta medida inconsiderada, con la esperanza de que los españoles desterrados llevarian á Nueva Orleans sus riquezas, aumentando la prosperidad del país; pero si este cargo que se hace á Mr. Poinsett tiene verdaderos fundamentos, bien puede decirse que se engañó en sus cálculos. La mayor parte de los españoles volvieron á su pátria, y solo algunos, en muy corto número, tomaron el camino de los Estados-Unidos.

IV.

Especidion de Barradas.

En medio de la agitacion causada en todos los espíritus por estas violentas escenas; en medio de la ansiedad general, de la disolucion de los partidos, que buscaban y ponian por obra los medios mas ilegítimos, con tal que condujeran al deseado objeto; en medio de estas tristes circunstancias, repetimos, el gobierno tuvo noticia de que habia desembarcado un cuerpo de españoles, compuesto de 3,000 hombres, al mando del brigadier Barradas, con municiones y armamento para una numerosa division, para el caso de que la multitud de descontentos que pululaban en el país concurriesen á aumentar las filas de los espedicionarios.

Este peligro á que se encontraba espuesta la naciente república, dió por algun tanto tregua al en-

conducta caprichosa, con su falta absoluta de sistema y carencia de carácter, la mayor parte de sus partidarios. Estas premisas no debian tardar en producir sus lógicas consecuencias. En efecto, tres meses despues de la capitulacion de Tampico, el general Bustamente, vice-presidente de la república y uno de sus mas declarados adeptos, se insurreccionó contra la administracion de Guerrero al frente de las tropas de su mando.

Guerrero reunió apresuradamente las fuerzas de que podia disponer, y salió resueltamente contra los insurgentes; pero la capital, tan pronto como se vió entregada á sí misma, se declaró tambien en contra de Guerrero, que al saber esta desgraciada nueva, sintió que le abandonaba toda su energía; y sin atreverse á arriesgar su suerte á la fortuna de una batalla, huyó precipitadamente hácia su hacienda de Tixtla (1), situada en la provincia del Sur, cuyos indígenas, que le amaban ardientemente, se agruparon en torno suyo formándole bien pronto un nuevo ejército.

Bustamante se aprovechó de esta circunstancia marchando resueltamente sobre Méjico; y una vez en esta capital, se apoderó del poder, escogió sus ministros entre las personas que hasta entonces habian sido sus mas declarados adversarios, pero que se distinguian por sus ideas reaccionarias y centralizadoras, y que al mismo tiempo se preocupaban

(1) Hoy dia Ciudad-Guerrero.

muy poco por cercenar los derechos políticos de los ciudadanos, con tal que por este camino llegasen al fin que se proponian.

Bustamante obtuvo además de las cámaras, que en aquellos tiempos eran dóciles instrumentos de las voluntades del poder, que su rival Guerrero fuese declarado incapaz de desempeñar el cargo de presidente, consiguiendo tambien que su usurpacion, por mas que hubiese sido verificada por medio de la fuerza de las armas, fuese considerada como una legítima eleccion. Persiguió encarnizadamente á todos los que levantaron su voz contra los actos del gobierno y condenaron sus repetidos abusos y arbitrariedades, y fusiló sin piedad á los que trataron de oponerse á sus decretos, lo mismo que á los gefes y militares que habian defendido al fugitivo Guerrero.

Sin embargo, á pesar de estas terroríficas medidas é injustificados atropellos, á causa quizá de esta falta de respeto y consideracion que manifestaba Bustamente por los ciudadanos de todas clases, Guerrero, desde su retiro habia aumentado sin cesar el número de sus partidarios, hasta el punto de que tomando la ofensiva uno de sus lugartenientes, destrozó al general Armijo, adicto á Bustamante, con lo cual la guerra tomaba un carácter algun tanto alarmante para el presidente. Este profesaba el principio de Maquiavelo, de que no se debe reparar en los medios, cuando se está seguro de conseguir el objeto, y resolvió de un solo golpe des-

hacer la rebelion que amenazaba destruir su poder.

Guerrero ocupaba el puerto de Acapulco, el principal que posee la república en el Océano Pacífico, y Bustamente, por medio de un emisario hábil y atrevido, ganó al capitan de un buque genovés, que estaba surto en el puerto, el cual, mediante la suma de seis mil piastras, ofreció entregar al destituido presidente. Para llevar á cabo su infame accion, convidó á cenar á bordo del brik al general Guerrero, que sin comprender el lazo que se le armaba, se dirigió al buque sin precaucion alguna. Tan pronto como le vió á bordo el capitan Picaluga (1), se apoderó de él y se hizo á bordo para Huatulco, en donde estába dispuesta alguna tropa para recibir al prisionero.

Conducido de este puerto á Oaxaca, fué juzgado por un consejo de guerra incompetente, adicto además por completo á la voluntad de Bustamante, y el término de aquel escandaloso proceso, monstruoso conjunto de traicion y perversidad, fué la muerte del infeliz Guerrero.

Desde que Méjico habia levantado el estandarte de la rebelion contra la Metrópoli, toda su historia habia sido una contínua cadena de trastornos y de revoluciones mezquinas, que en vez de desarrollar las fuentes de vida, con que la naturaleza dotó tan

---

(1) Este era el nombre del traidor. Las autoridades de Génova declararon infame la conducta de Picaluga, y le desterraron. La palabra *picalugad* se ha adoptado desde entonces en la lengua del país como sinónimo de traicion.

pródigamente al país, le iban sumiendo cada vez mas en la mas deplorable anarquía. Elevado quizás de un modo demasiado repentino al goce de su autonomía, sin haber pasado por la necesaria sucesion de formas políticas, que acostumbran á los ciudadanos á hacer un uso legítimo de su libertad é independencia, lanzado en medio de la vida pública, cuando acababa de salir violentamente de una tutela absoluta, sus primeros pasos fueron vacilaciones, luchas y trastornos, que desgraciadamente se continuaron, y lo que es peor, continúan todavía.

Por este tiempo fué elevado á la presidencia, pero apelando tambien al triste medio de la rebelion, el general Santana, que debe ocupar un puesto muy importante en esta historia de contiendas políticas, de sublevaciones militares, de inmoralidad y perversion.

V.

El general Santana.

Por lejano que el territorio de Méjico se encontrase de la Europa, las revoluciones políticas y sociales que se verificaban en ella, no dejaban de influir de algun modo en los destinos del nuevo mundo. La revolucion de julio, que elevó sobre el trono de Francia á Luis Felipe de Orleans, dió por el momento un terrible golpe á la Santa Alianza, iniciando una nueva senda de libertad y de progreso. La nueva monarquía instituida en Francia, acordándose de su orígen revolucionario, no puso dificultad en reconocer la jóven república, que contando ya con el apoyo de algunas grandes potencias, pudo contar como asegurada para siempre su libertad é independencia.

En estos momentos, segun dejamos ya indicado,

enarboló en Veracruz el estandarte de la rebelion el general Santana. Esta era ya la segunda vez que este hombre político echaba mano de un medio reprobable para satisfacer su ambicion; y si bien en su primera rebelion, que habia tenido, por consecuencia, la derrocacion del efímero imperio de Iturbide, otro general mas afortunado, recogiera los frutos del movimiento iniciado por Santana, esta vez habia preparado el asunto con mas madurez, contaba con mayores elementos y con la energía de su voluntad.

Santana fué vencido en los primeros encuentros, pero la sublevacion continuaba, á pesar de todo, degenerando en guerra civil. Los descalabros que sufrian los sublevados, eran bien pronto reparados por los partidarios que afluian de todas partes, demostrando de esta suerte, que la opinion pública era favorable á la causa revolucionaria, que trataba de constituir el país bajo una base mas ámplia de libertad, dando al propio tiempo un terrible golpe al partido clerical, que habia adquirido gran importancia durante la dictadura de Bustamante.

La consecuencia, pues, de esta persistencia de Santana, fué un convenio entre ambas partes beligerantes, que se conoce con el nombre de *Plan de Zavaleta*, y que puso fin á las hostilidades que desolaban el país hacia ya mas de un año. Santana no tardó en ser elegido presidente, y en ver satisfechos sus ambiciosos deseos, que habia acariciado por espacio de algunos años, y á cuya consecucion

consagró todas las fuerzas de su inteligencia, de su voluntad. *Querer es poder*. Santana pudo al fin convencerse de la exactitud del adagio.

Poco tiempo pudo permanecer Santana en la capital, á causa de lo perjudicial que era para su salud el clima, viéndose en la precision de retirarse á su hacienda de *Manga de Clavo*, cerca de Veracruz, abandonando las riendas del gobierno al vice-presidente Valentin Gomez Farias, que debia desarrollar el pensamiento político de Santana. Este alejamiento aparente del poder, debia, mas bien que perjudicarle, favorecerle en gran manera, pues al mismo tiempo que hacia recaer el peso de sus faltas políticas sobre el ejecutor de un sistema, le rodeaba de cierta aureola de misterio, tanto mas útil para los hombres públicos, cuanto que contribuye á mantener mas intacta la fianza, impidiendo que el prestigio se gaste en los continuos embates á que se ven sujetos los hombres públicos en los gobiernos representativos.

El vice-presidente Farias era un médico de Zacateca, que se hizo notar en todas las legislaturas en que habia figurado, por su radicalismo, su firmeza é integridad. Tan pronto como se vió dueño del supremo poder, intentó realizar en el terreno práctico todos los principios políticos, que en su carrera parlamentaria habia defendido, ó lo que es lo mismo, seguir una senda completamente opuesta á la iniciada por Bustamante. Disponiendo de una respetable mayoría en el Parlamento, llamó á los

partidarios de la idea democrática á los principales destinos públicos; cortó los derechos y exenciones de que gozaba el clero; pero arrastrado quizá demasiado lejos por la misma lógica de su propio destino, dió muestra de una escesiva intolerancia persiguiendo á los gefes del partido decaido.

Mas bien que sus medidas radicales, que sin embargo alarmaron á los partidarios de las ideas moderadas y á los adictos al partido clerical, las proscripciones á que se abandonó el presidente, le enagenaron una gran parte de la opinion pública, y bien pronto se escuchó el grito de la rebelion.

En aquel pais tan trabajado por las discordias intestinas, los partidos se habian fraccionado hasta el infinito, y así como nunca faltaban un puñado de soldados, á los que se daba pomposamente el nombre de ejército, que se encontrase dispuesto á la rebelion; así tambien jamás faltaba tampoco un general que se pusiese á la cabeza del movimiento. Bien es verdad que era dificil haber figurado algun tanto en la política sin encontrarse condecorado con las insignias de general.

Duran, uno de esos infinitos generales que habian conquistado los entorchados en las insurrecciones y los pronunciamientos, fué esta vez el que se declaró contra el radicalismo de Gomez Farias.

Tan pronto como llegó la noticia de este acontecimiento al retiro de Santana, púsose este al frente de una division y marchó al encuentro de los insurrectos. Entonces tuvo lugar un hecho bas-

tante estraño, y que demuestra la disolucion política á que habia llegado el país. Las tropas de Santana dieron oidos á las sugestiones del mayor general Arista, declarándose por la reforma proclamada por Duran, pero nombrando dictador al mismo Santana, para que pusiese remedio á los males de la pátria por todos los medios que juzgase convenientes.

Santana entónces vióse obligado á abandonar sus tropas, con las cuales no podia contar ya, y consiguió llegar á Méjico, desde cuya capital se organizó un nuevo plan de campaña contra los insurgentes y reunió las tropas suficientes para ahogar la rebelion, que cada vez presentaba un cáracter mas amenazador.

Los estados de Morelia, Gueretaro y Guanaxuato habian secundado el movimiento revolucionario; pero Santana, despues de haber organizado una respetable division, se dirigió contra los insurgentes, que son vencidos en todas partes. La tropa indisciplinada del general Duran, no podia luchar con ventaja contra los soldados organizados de Santana, que tenian gran confianza en los talentos militares de su gefe, y que se batian con gran decision y entusiasmo.

Tan pronto como se restableció la calma, Santana abandonó las riendas del poder, yendo á encerrarse en su hacienda, donde se dedicaba á los trabajos agrícolas. Esta conducta, por mas afectada que pudiese ser, contribuia á darle gran popularidad, y la opinion pública le designaba con el nombre de

Cincinato. Sin embargo, la semejanza entre el general Santana, y el hombre ilustre de la antigüedad, que con la misma mano con que manejaba la espada en defensa de la pátria manejaba la corva esteva del arado, no era mas que aparente; y si Santana podia recibir el sobrenombre de Cincinato, debemos convenir en que era un Cincinato degenerado.

Gomez Farias, repuesto otra vez en el poder, gracias al eficaz y activo auxilio de Santana, olvidó bien pronto la pasada leccion; y dando muestras de la misma intolerancia que habia empleado desde su advenimiento á los supremos cargos de la república, publicó una nueva lista de proscripcion, que produjo sordo descontento en el país.

Sin embargo, otra medida radical, y que estaba completamente en armonía con las ideas políticas de Gomez Farias, debia ser entonces el pretesto para una nueva rebelion. Nos referimos á la desamortizacion de los bienes del clero, cuya medida fué la señal de la mas abierta oposicion de parte de los clericales y de todos los enemigos de la situacion, que encontraron un plausible motivo para abandonarse á sus atrevidos y ambiciosos proyectos.

Santana, desde el fondo de su retiro veia prepararse la tormenta, que esta vez amenazaba arrastrar tambien su popularidad. Comprendiendo los pocos elementos con que contaba para oponerse con ventaja al movimiento reaccionario que se habia iniciado, y creyendo que Gomez Farias con su radicalismo era el principal causante de este conflicto, no tardó en

tomar una resolucion estraña, en la cual se ponia en oposicion con sus antecedentes políticos, y sacrificaba al vice-presidente y á sus principales partidarios, con los que hasta entónces habia estado unido por los estrechos vínculos de las creencias políticas.

No dejaba de comprender que al desaprobar el sistema de Gomez Farias y del partido avanzado, rompia bruscamente con sus tradiciones y desaprobaba tambien su marcha política; pero la necesidad era urgente, y Santana no vaciló en desertar de la causa que hasta entonces habia defendido, con tal de conservar su influjo en los negocios. La ambicion de mando era en él una necesidad, y ante esta poderosa consideracion caducaban todos los compromisos, aun los que reconocen por orígen los mas estrechos lazos de la amistad. Bien pronto, gracias á esta nueva actitud de Santana, fueron anulados los decretos de las cámaras, y Gomez Farias se vió privado de la presidencia.

Sin embargo, las exigencias del partido reaccionario no se limitaban solamente á estos estremos; clamaba además por la disolucion de la milicia nacional; y algunos estados que se opusieron á esta medida, se vieron bien pronto invadidos por las tropas de Santana, y obligados á someterse ante el terrible argumento de la fuerza material.

Vencidas las dificultades que se oponian á una reforma constitucional, no tardó esta en verificarse, con lo cual terminó la independencia de que goza-

ban los distintos estados que formaban el territorio de Méjico, quedando reducidos á otras tantas provincias, que dependian inmediatamente de la capital. La reaccion desplegaba sus fuerzas en sendo centralizador, declarando á la república mejicana una é indivisible, y creando una sola cámara, cuyos miembros debían representar en Méjico los distintos departamentos que constituian la república.

Sin embargo, el estado de Tejas, que siempre se habia distinguido por sus aspiraciones independientes, y que lindando con los Estados-Unidos, soñaba quizá con realizar en Méjico una federacion de estados parecidos á la que se observaba en la vecina república, se manifestó en abierta oposicion contra las decisiones del gobierno central, aprestándose á defender su independencia. Las tropas del estado de Tejas, dispuestas á volver por los fueros de los derechos federales, habian invadido el estado vecino, señalando sus primeros pasos en el camino de la invasion con la toma de Béjar y del fuerte del Alamo.

No habia tiempo que perder: los unitarios conocieron todo lo que podia tener de desastroso para su sistema el ejemplo que los habitantes de Tejas estaban dando á los demás estados, en que encontraban elementos de federacion. Santana, á la cabeza de las tropas de la república se dirigió contra los invasores y consiguió apoderarse de Béjar y del fuerte del Alamo, no sin que los enemigos

opusiesen una séria resistencia, que daba á conocer la clase de contrarios con que habia que combatir.

Estos descalabros, y las crueldades á que se abandonó Santana contra los vencidos, en vez de intimidar á los tejanos, desarrollaron con mas fuerza en su corazon el sentimiento de independencia y se aprestaron á defenderla con todos los medios de que el patriotismo puede disponer. A la pérdida de Béjar contestaron declarando la independencia absoluta de Tejás, y nombrando el 2 de marzo de 1836, para la presidencia á David Burnette y para la vice-presidencia á Lorenzo Zavala.

Organizóse apresuradamente un pequeño ejército, destinado á vengar la sangre de sus hermanos, á cuyo frente se puso el norte-americano Houston, y que se encontró con las tropas de Santana que habian penetrado hasta el rio de San Jacinto, es decir, hasta el corazon mismo del estado de Tejas. Houston atacó decididamente las tropas de Santana, que habia creido desde sus primeros triunfos que los tejanos no podian oponerle una séria resistencia, y el resultado de la contienda fué la derrota mas completa de los mejicanos, cuyo ejército se vió deshecho, quedando sobre el campo mil soldados y en poder del enemigo setecientos prisioneros, entre los cuales se contaba el mismo general.

Houston echó en cara á Santana las crueldades á que se habia abandonado contra los tejanos en

Alamo y en Goliad, en donde fueron degollados mas de cuatrocientos hombres; pero el prisionero contestó con la mayor sangre fria, que en Alamo habia obrado en consecuencia con lo que prescriben las leyes de la guerra, y que en cuanto á las escenas de Goliad, eran una consecuencia de las órdenes que habia recibido de su gobierno; pero que si se le perdonaba la vida, él la rescataria con los mayores servicios, especialmente con el reconocimiento de la independencia de Tejas. —¿Cómo podeis comprometeros á esto? replicó Houston; ¿si este reconocimiento no depende de vos, sino que por el contrario, debe partir de vuestro gobierno?—¡Pues bien! esclamó aturdidamente Santana, el gobierno soy yo. —He aquí precisamente lo que hace imperdonable vuestra conducta con respecto á los prisioneros de Goliad, replicó Houston con sequedad.

Los habitantes de Tejas celebraron con el mayor entusiasmo su victoria, y alentados por este triunfo, se dispusieron á defender cada vez con mas vigor su independencia. Por de pronto tenian en su poder al presidente de la república mejicana, al principal actor de la cruenta escena del Alamo y de Goliad, al que habia sacrificado sin escuchar las exigencias de la compasion, á algunos de los centenares de desdichados prisioneros, y eso nada mas que por dar un ejemplo de severidad inútil. Todos á una voz pedian la muerte de Santana, deseando de esta suerte vengar á sus desdichados compañeros. Houston, sin embargo, antes de abandonarse á una venganza in-

fecunda, conoció todo el partido que podia sacarse de las circunstancias, y valiéndose de todo su prestigio para apaciguar los escitados ánimos, concedió la vida á Santana, con la condicion de que diese á sus tropas, que se encontraban al otro lado de San Jacinto, la órden de evacuar á Tejas, y dispusiese de todo su influjo, no solamente para que no se renovase la guerra, sino tambien para que el congreso mejicano reconociese la independencia de la jóven república. Santana no se encontraba en disposicion de estipular condiciones, así es que no presentó dificultad en suscribir cuantas le presentó el enemigo.

A consecuencia de estas estipulaciones, enviáronse órdenes al gefe de los mejicanos para que evacuase el territorio de Tejas. En muy grave compromiso se encontró el que por derecho de antigüedad se habia encargado de los restos del ejército mejicano. Si marchaba adelante, oponiéndose á obedecer las órdenes de Santana, causaba la muerte del prisionero presidente; y si bien cumplia con su deber como militar, se enagenaba el afecto de todo el partido de Santana, que todavía era bastante poderoso, para que pudiera inpunemente despreciarse; y si, por el contrario, cediendo á las exigencias del ilustre prisionero, conducia el ejército á la frontera, se concitaba el odio del gobierno, que podria reprocharle con justicia el haberse sometido á las órdenes de una autoridad caida y haber sacrificado los intereses del Estado en provecho

de un solo hombre, por mas que fuese este el general Santana.

Si á esto añadimos, que el general Filisola, en quien habia recaido el mando, era un italiano al servicio de la república, fácilmente se comprenderá que la situacion era en estremo comprometida. Sin embargo, Filisola, despues de haber pesado los inconvenientes y ventajas de ambos estremos, resolvió repasar la frontera de Tejas, y ya en el territorio de la república mejicana, enviar emisarios al gobierno central, con el objeto de recibir las necesarias instrucciones, para reglar á ellas su posterior conducta.

El gobierno de Méjico desaprobó las resoluciones tomadas por Filisola, que fué llamado á la capital y entregado á un consejo de guerra, y el general Urrea se encargó del mando superior del cuerpo espedicionario, emprendiendo de nuevo las operaciones. Sin embargo, el ejército mejicano, desmoralizado por la pasada derrota, no ofrecia suficientes medios para emprender la lucha con vigor, y desde entonces los tejanos pudieron oponerse con ventaja y alargar la guerra con graves perjuicios de sus contrarios, cuyas filas diezmaban á la vez las enfermedades y la desercion. El gabinete de Washington, que alimentaba el proyecto de reunir el estado de Tejas á lo que ya constituia la confederacion anglo-americana, se apresuró á reconocer la independencia, y á suministrarle además del apoyo moral, todos los recursos materiales de que podia

echar mano, sin romper abiertamente con los mejicanos. Desde entonces, ya no fué difícil predecir el resultado de la guerra. En cuanto al general Santana, fué conducido á Washington, en donde quedó en calidad de prisionero.

VI.

Espedicion francesa.

La nueva constitucion mejicana, que sustituia un poder central á la division que hasta entonces habia dominado, fué jurada á principios del año de 1837, siendo elevado el 17 de abril al supremo poder Anastasio Bustamante, que gozaba de muy pocas simpatías en el país, pues nadie reconocia en él las dotes de gobierno necesarias para regir la república, en circunstancias tan escepcionales como las en que se encontraba.

Estos motivos, añadidos á la impaciente ambicion de todos los que se habian elevado á los cargos superiores del ejército, y que creian que con solo este medio, podian aspirar á regir los destinos de la pátria, provocó inmediatamente las acostumbradas conspiraciones, y los generales Ugarte, en

San Luis del Potosí, Urrea en Sonora, Gordiano Guzman en Mechoacan y Mejía en Tampico, enarbolaron simultáneamente el estandarte de la rebelion, poniendo en grande aprieto al gobierno, y molestando al propio tiempo á las poblaciones, que no podian gozar ni un solo momento del beneficio de la paz, tan necesaria para la prosperidad de los pueblos.

Entretanto, el estado de Tejas, aprovechándose de las circunstancias azarosas por que atravesaba la república, fué construyendo los elementos de su nacionalidad é independencia, y reconocida por la vecina confederacion, bien pronto se elevó á un grado de prosperidad y desarrollo, que algunos años antes hubiera sido juzgado irrealizable.

Apenas el poder central pudo, á costa de grandes sacrificios, concluir con las turbulencias interiores, cuando la república mejicana se vió amenazada sériamente de otro peligro de mayor trascendencia. Nos referimos á la intervencion armada de la Francia, que exigia de la república una satisfaccion de las tropelías de todo género, que los súbditos franceses habian esperimentado en medio de las luchas civiles y de las sublevaciones militares.

España, en medio del sistema restrictivo que estableció y mantuvo como doctrina en sus colonias ultramarinas, habia prohibido terminantemente la entrada en ellas á los estranjeros, tanto porque de esta suerte pretendia esplotar en provecho propio, todas las fuentes de riqueza del país, como porque

al mismo tiempo impedia que ciertas doctrinas penetraran en sus colonias, desenvolviendo en ellas el espíritu de libertad é independencia. Tan pronto como el poder español recibió el golpe de gracia en la mayor parte de las posesiones americanas, muchos aventureros de todas las naciones de Europa se dirigieron á aquellas vírgenes comarcas, con el objeto de labrar en poco tiempo una fortuna considerable, y no fueron los franceses los que menos afluyeron á la república de Méjico, cuyo clima era mas idóneo para la aclimatacion de los europeos, y cuyo territorio ofrecia grandes ventajas para los que intentaban esplotar, no solo la industria, sino tambien la agricultura y el laboreo de las minas.

Como era natural, los franceses sufrieron en distintas ocasiones, especialmente en medio de tantas sublevaciones y disturbios, grandes molestias, y sus reclamaciones fueron al fin escuchadas por el gobierno de Luis Felipe, que si bien deseaba la paz á todo precio, y carecia de una política activa y eficaz, no pudo permitir, sin protestar, el que sus súbditos fuesen vejados y maltratados por los mejicanos.

El baron Deffaudis, que era á la sazon ministro de Francia en aquellas comarcas, viendo todas sus reclamaciones despreciadas, pidió sus pasaportes y abandonó la república. Antes de regresar á Europa, encontró la flota francesa, que á las órdenes del capitan de navío Bazoche, se dirigia á apoyar las pretensiones del ministro francés, que fuerte ya con este socorro, volvió á Veracruz para intimar al

gobierno mejicano el *ultimatum* de la Francia.

Bustamante trató, por medio de hábiles evasivas, de eludir toda respuesta al *ultimatum*, lo que obligó á las fuerzas navales de Francia, á establecer un bloqueo en las costas, que duró por espacio de ocho meses, sin que los franceses pudieran abandonarse á otras empresas mas decisivas, pues carecian de las fuerzas necesarias para el caso. Finalmente, apareció en las aguas de Veracruz, á la cabeza de algunos buques de guerra, el contra-almirante Baudin, y entonces las operaciones del bloqueo tomaron ya un carácter mas sério.

El gobierno de Méjico, con el objeto de terminar este asunto por medio de una transaccion pacífica, y conociendo por otra parte, que era imposible continuar la política de retraimiento, que hasta entonces se habia seguido, envió á Jalapa al ministro de negocios estranjeros, Cuevas, qué debia proponer una transaccion al almirante francés. Sin embargo, todos los ofrecimientos de Cuevas se redujeron á prometer la suma de seiscientas mil piastras, reclamada como indemnizacion, rehusando todo acomodo en lo que se referia al *ultimatum* presentado por la Francia.

He aquí los principales términos en que la Francia habia formulado sus pretensiones: enumeraba primero una multitud de tropelías y vejaciones, actos, decretos, juicios ilegales, iniquidades cometidas por las autoridades administrativas, militares y judiciales, exigiendo despues la destitucion de los

culpables, y el pago de la indemnizacion pecuniaria de que nos hemos ocupado mas arriba. Exigia además que los súbditos franceses, no fuesen sometidos en adelante, ni á las contribuciones de guerra, ni á los impuestos conocidos con el nombre de *empréstitos forzosos*, y finalmente, reclamaba la libertad de comercio al pormenor, de que en un principio habian gozado los franceses.

Baudin, por su parte, no quiso ceder en ninguno de los estremos que el *ultimatum* abarcaba, y bien pronto se rompieron las conferencias, no quedando á los franceses otro recurso, que apelar á los medios violentos para hacer valer sus reclamaciones.

El 27 de noviembre de 1839, la armada francesa atacó el fuerte de San Juan de Ulúa, que tuvo que rendirse, despues de una defensa de tres horas, á pesar de que no tomaron parte en el combate, mas que dos buques de alto bordo y dos cañoneras. La consecuencia inmediata de la toma del fuerte de Ulúa, fué la capitulacion del general Rincon, que mandaba en Veracruz; pero bien pronto se conoció que el gobierno mejicano estaba dispuesto á valerse de las condiciones de resistencia que el territorio presentaba, pues desaprobando la capitulacion de Rincon, dió el mando de las tropas al general Santana, que á la sazon permanecia en su retiro habitual de Manga de Clavo.

Santana volvió á apoderarse de Veracruz, y desde esta plaza, participó al almirante francés que el gobierno mejicano no habia ratificado la capitu-

lacion de Rincon. Como se vé, no quedaba otro recurso á los franceses que comenzar de nuevo las hostilidades. En efecto, las tripulaciones de los buques, acompañados de trescientos artilleros de marina, desembarcaron un dia muy de madrugada en la costa, se hicieron dueños de las fortificaciones, y tomaron la ciudad, cuya guarnicion se vió obligada á retirarse; pero el almirante Baudin no tenia fuerza de desembarco con que sostener la posicion, y dió órden á las tropas de que se reembarcasen, cuyo movimiento verificaron, no sin que fuesen molestados por los mejicanos, que les causaron algunas pérdidas. Sin embargo, Santana exageró la trascendencia de la jornada, haciendo aparecer el movimiento de retirada de los franceses, como una importante victoria que habia obtenido del enemigo; y tan luego como estas nuevas se esparcieron por el territorio, creció sobremanera la animosidad contra los franceses, que recibieron bastantes insultos, decretando el gobierno grandes recompensas al general Santana. Bien pronto apareció un decreto de espulsion contra todos los franceses, y los perjuicios que esta ley causaba á los súbditos de la Francia, sobrepujaban sobremanera á los que debia reparar la escuadra dirigida por el almirante Baudin, que debió arrepentirse por no haber aceptado las proposiciones de Jalapa, sin haber antes examinado prudentemente, los medios con que contaba para obtener la reparacion que exigia.

No disponia, segun hemos indicado, con tropas

de desembarco, y Méjico le oponia una fuerza pasiva imposible de vencer sin grandes recursos militares, haciendo cada vez mas embarazosa su posicion. Entretanto, de Europa le llegaban órdenes terminantes, de que arreglase cuanto antes las diferencias pendientes con los mejicanos, y encontrándose sin recursos para emprender sérias operaciones contra el interior, y no contando con la energía y valor necesarios, para sobreponerse á una situacion difícil, se vió obligado á aceptar la mediacion inglesa, despreciando el sábio consejo de Fenelon: «Antes de lanzarse al peligro, es preciso preveerle y temerle; pero cuando se está en él, debe despreciársele.»

Gracias á la mediacion inglesa, firmóse el tratado de paz entre las partes beligerantes el 9 de marzo de 1839 por el almirante Baudin y los señores Gorostizaga y Victoria. El artículo tercero de este tratado, único que se ocupaba de los intereses de los franceses en Méjico, estaba concebido en estos términos:

«En tanto que ambas partes contratantes concluyan entre sí un tratado de comercio y navegacion, que establezca de un modo definitivo y con ventajas recíprocas, las relaciones futuras entre Francia y Méjico, los agentes consulares, los ciudadanos de todas clases, los navíos y las mercancías de cada uno de los paises, continuarán gozando los privilegios é inmunidades que se hayan concedido ó se concedan en lo sucesivo por los tratados ó por

el uso, á la nacion estranjera mas favorecida, gratuitamente si la concesion es gratuita, ó con iguales condiciones si es condicional.»

Los súbditos franceses residentes en Méjico deploraron ágriamente la solucion que se dió á este asunto, y mucho mas aun, el que los espedicionarios se hubieran visto precisados, para salir de la crítica situacion en que los habia colocado un gobierno débil, y que profesaba la máxima de *la paz* á todo precio, á recurrir á la mediacion inglesa. Pero este era un vicio radical de la política establecida por la monarquía de julio, que si alguna vez trataba de hacer alarde de dignidad y energía, bien pronto se arrepentia de sus decisiones. Recuérdese si no tambien las espediciones navales que los franceses dirigieron contra el Rio de la Plata, en tiempo de la repugnante dictadura de Rosas, y la manera con que transigieron con el dictador, abandonando á su aliada la república del Uruguay, que habia prestado tan generoso apoyo á los franceses.

Por lo tanto, la política francesa en esta espedicion de Méjico, fué consecuente consigo misma, y no produjo resultado alguno beneficioso para ninguna de las partes contratantes. Las relaciones entre la Europa y las repúblicas americanas latinas no se estrecharon, y los abusos continuaron con la misma fuerza.

El general Santana, que despues de su descalabro de Tejas, habia sido conducido á los Estados-Unidos, fué puesto en libertad; algun tiempo antes

que se verificaran los acontecimientos que acabamos de narrar, y por eso no solo le hemos visto mezclarse en ellos, sino tambien representar un papel muy importante, que con suma habilidad supo poner en relieve. Atribuyóse la gloria de haber derrotado á los franceses en Veracruz, provocando de esta suerte una transaccion pacífica, que libraba á su pátria de tan molestos y respetables contrarios, y el entusiasmo popular borró en un momento las culpas pasadas, convirtiendo en un héroe el fugitivo de Tejas.

A consecuencia de esta circunstancia, fué llamado á la presidencia por *interin*, pues Bustamante, que era el propietario, se habia puesto á la cabeza de las tropas republicanas, con el objeto de pacificar las provincias orientales, en las que subsistia todavía la rebelion, presentándose mas amenazadora, tan pronto como la firma del tratado de alianza con los franceses, habia librado al país del estranjero. La república mejicana estaba destinada á fluctuar perennemente entre las complicaciones esteriores y la guerra civil, sucediendo con harta frecuencia, el que ambos azotes se desarrollasen simultáneamente.

Uno de los partidarios que ponian en mayor conflicto al poder constituido, era el guerrillero Mejía, que habia conseguido escapar en muchas ocasiones á la persecucion de Bustamante, aumentando sin cesar el número de sus partidarios, hasta el punto de alarmar á la misma capital, que no se creia

segura de un golpe de mano del atrevido aventurero.

Los temores que alimentaban todos los ánimos, tomaron bien pronto gran consistencia, cuando se supo que el general Mejía, habiendo conseguido burlar la vigilancia de Bustamante, avanzaba á marchas forzadas contra la capital. Ante la gravedad de los acontecimientos, era necesario tomar una actitud decidida y enérgica, para oponerse al triunfo de la rebelion. Santana reunió precipitadamente un cuerpo de tropas, dando el encargo de dirigirlas contra el enemigo al general Valencia.

Los insurrectos se habian adelantado ya hasta la aldea de Acajete, á algunas leguas de Puebla, y en este sitio tuvo lugar un encuentro entre ambas partes beligerantes. Los insurrectos fueron completamente derrotados, seiscientos de ellos quedaron sobre el campo, cuatrocientos, entre los cuales se contaba el mismo Mejía, fueron hechos prisioneros, y el resto de las tropas rebeldes se desbandó buscando su salvacion en la fuga.

El general Mejía era uno de los oficiales mas bravos é inteligentes de la república, y Santana se congratuló de tener entre sus manos un enemigo temible y que podia oscurecer, andando el tiempo, su popularidad. Santana, que marchaba siempre á su fin sin reparar en los medios, conoció que tenia una propicia ocasion de deshacerse de un contrario respetable, y le hizo fusilar inmediatamente. Mejía recibió la muerte con la tranquilidad de ánimo del que

ha hecho el sacrificio de su vida y sabe apreciar y contemplar sin arredrarse su posicion bajo el verdadero punto de vista. En medio del encono de los partidos, el vencido obtenia muy pocas veces perdon, y sabia que su muerte era segura, si le abandonaba la fortuna en las operaciones militares.

La destruccion de la division de Mejía, restableció por el momento la tranquilidad en las provincias del centro; pero en el Yucatan se fomentó la rebelion declarándose independiente este territorio, despues de haber hecho capitular en Campeche á las tropas de la república, encargadas de ahogar la insurreccion.

Esta nueva desmembracion del territorio de la república, al mismo tiempo que produjo general descontento entre el pueblo, que achacaba, no sin alguna justicia, la causa de estos desastres á los desaciertos y arbitrariedades cometidas por el poder, alentó á los partidarios del régimen federalista, que creyeron habia llegado el momento oportuno de realizar sus planes. La insurreccion victoriosa de Tejas, cuyo estado habia logrado sacudir el yugo del poder central, alcánzando rápidamente gran prosperidad, la reciente emancipacion del Yucatan, que aspiraba tambien por su parte á constituirse en un estado independiente, para escapar quizás á las revueltas intestinas, y á las sublevaciones de todo género que trabajaban incesantemente á la república mejicana, todo parecia alentar á los federalistas, que se dispusieron á llevar á cabo sus planes de emancipacion.

La insurreccion contra el poder de Bustamante, que á semejanza de los que le habian precedido, solo produjo para el país calamidades sin cuento, estalló el 15 de julio de 1840, y bien pronto los generales Urrea y Gomez Farias, se pusieron á la cabeza de los descontentos. El motin se inició en la misma capital. Apoderáronse los insurrectos del palacio de la presidencia, no quedándole otro recurso de defensa á Bustamante que encerrarse en la ciudadela con las tropas que permanecieron fieles al poder constituido.

El general Valencia, que continuaba obedeciendo al gobierno de Bustamante, fué el encargado de ponerse al frente de algunas tropas para atacar á los insurrectos, que tenian en su apoyo alguna parte de la poblacion. Marchó, pues, contra el palacio, en donde se habian fortificado los insurgentes, emprendiéndose contra aquella improvisada fortaleza, un verdadero sitio, como si se tratase de una plaza fuerte de grande importancia. Para esplicarnos este hecho, y para poder concebir que el ataque contra el palacio duró trece dias, es menester que hagamos notar aquí, que los mejicanos no se atreven jamás á atacar á la bayoneta un punto fortificado, hasta el punto de que el menor parapeto, por débil que sea, es para ellos un baluarte inespugnable.

Segun hemos dejado indicado mas arriba, trascurrieron trece dias en contínuo tiroteo, en cuyo espacio de tiempo solo murieron algunos soldados, mas bien casualmente que á causa de su arrojo; pero

la poblacion padeció en cambio mucho, pereciendo algunas víctimas inocentes de estos mortíferos fuegos. El movimiento revolucionario no era secundado por las provincias, y el desfallecimiento se iba apoderando por momentos de los insurrectos, que comprendian, al ver la frialdad con que los departamentos habian recibido el anuncio de sus pomposas promesas, que se encontraban reducidos á sus propias fuerzas, y sin probabilidad alguna de vencer.

Desde entonces, comenzaron las estipulaciones entre ambas partes beligerantes, con el objeto de llegar á una transaccion pacífica, y Urrea, gefe principal de los sublevados, supo esplotar tan hábilmente el recelo del presidente de la república, que concluyó con él una de las capitulaciones mas ventajosas.

El primer artículo de esta capitulacion á que nos referimos garantizába, no solamente la vida y la seguridad de los que habian tomado parte en la rebelion, sino tambien la conservacion de los respectivos empleos que desempeñaban en 15 de julio, dia en que el pronunciamiento habia estallado.

Sin embargo, los beneficios de la capitulacion no se estendian mas que á los mejicanos, por cuyo motivo muchos españoles y franceses, que habian tomado parte en el movimiento, seducidos por los grados que se les ofrecian, ó por el liberalismo de los principios que se proclamaban y que habian tomado por lo sério, fueron abandonados por sus compañeros de armas á la venganza de los vencedores.

De esta suerte terminó el movimiento insurreccional de Urrea, verdadera farsa que en otro país cualquiera en donde no se hubieran oscurecido por completo todas las nociones de la dignidad, hubiera cubierto de ridículo á las dos partes contendientes; pero lo mas sensible de todo es, que la parte mas sensata y pacífica de la poblacion fué la principal víctima de estas fechorías, que apenas podemos comprender en Europa.

A pesar de todo, el poder, en la sublevacion que acabamos de describir, perdió gran parte de su prestigio y el principal apoyo con que contaba. Bustamante conoció bien pronto que su estrella palidecia, y con la esperanza sin duda de prolongar su dominacion por medio del terror, desplegó mayor lujo de represion é intolerancia.

Los distintos partidos que se disputaban encarnizadamente el poder en aquel desdichado país, tenian distintos nombres, alimentaban, al parecer, diversas aspiraciones, manifestaban á veces opuestas tendencias é inclinaciones; pero tan pronto como se elevaban al poder, despreciaban las promesas de que llenaban sus pomposos programas, y perpetuaban en el gobierno las tropelías y desafueros, las depredaciones de todo género, la inmoralidad y la corrupcion.

Un año despues de la sublevacion de Urrea debia terminar la dictadura de Bustamante.

VII.

Santana, dictador.

Ninguno de los gobiernos que regian los destinos de la república mejicana terminaron legalmente su carrera, sino que por el contrario, todos habian caido á impulso de las insurrecciones. Aun no hacia un año, que terminara el repugnante espectáculo que habian presenciado las calles de la capital, con motivo de la insurreccion de Urrea, cuando el general Paredes levantó el estandarte de la rebelion en Guadalajara, una de las principales poblaciones de la república, despues de la ciudad de los Motezumas.

Todcs estos pronunciamientos, mas bien que por la opinión pública y el general descontento, eran tan solo motivados por las ambiciones personales de los caudillos militares, que veian al poder entregado en manos del militarismo, que subia per-

pétuamente á él, sirviéndole de escala la sublevacion. El militarismo ha sido en Méjico, lo mismo que en la mayor parte de las repúblicas de la América del Sur, uno de los principales obstáculos que se opusieron á la organizacion sólida y estable de un gobierno firme y progresivo, y tan pronto como se estableció el precedente, de que un general cualquiera, al frente de un puñado de soldados, podia aspirar al mando supremo, la ambicion no reconoció límites, y todos se creyeron con títulos suficientes para tiranizar el país.

En un territorio estenso y poco poblado, donde la opinion pública está muy lejos de ser ilustrada y de formar, como en los pueblos civilizados, la palanca mas poderosa de los gobiernos, las sublevaciones militares son muy frecuentes, y se ven con deplorable frecuencia, coronadas por el éxito mas lisonjero.

De esta suerte, el poder vá pasando de mano en mano, sin esperimentar en su aplicacion mejora alguna; las sublevaciones, en vez de ser las protestas enérgicas de una opinion pública, ilustrada y ávida de reformas, es tan solo la espresion de la fuerza bruta.

Las verdaderas necesidades y aspiraciones de un pueblo, jamás se manifiestan por medio de mezquinos motines, sino de radicales revoluciones, que llevan en sí mismas los gérmenes de los futuros progresos; pero ¿qué puede esperarse de las sublevaciones militares, que encierran en sí mismas un

principio de corrupcion, que son solo producto de la fuerza bruta, que no reconocen idea alguna que las guie, que no obedecen á principio legítimo alguno, y que solo reconocen su orígen, en su bastardo sentimiento de ambicion personal?

En Méjico, el poder habia permanecido siempre en manos de los generales, que habian perpetuado todos los abusos, sancionado todas las injusticias, cometido toda clase de tropelías y arbitrariedades, y lo mismo Iturbide, que Victoria, que Santana, que Bustamante, que Guerrero, no hicieron mas que precipitar cada vez mas á la nacion al fondo de un precipicio, del cual tardará todavía mucho tiempo en salir.

Un territorio tan pródigamente dotado, que si poseyera un gobierno tranquilo é ilustrado, habria atraido la mayor parte de la emigracion europea, cuya laboriosidad desenvolveria indudablemente abundantes fuentes de riqueza, que hubieran fecundado en poco tiempo la prosperidad del país, yacía postrado, por el contrario, en el mas deplorable estado, sin industria, sin comercio, sin agricultura, luchando con una poderosa confederacion, que habia demostrado en muy pocos años á la asombrada Europa, hasta dónde puede elevarse el hombre por medio de la laboriosidad y la inteligencia, dirigidas hácia un fin útil y legítimo.

Sin embargo, ya hemos visto que toda la actividad, que toda la inteligencia del pueblo mejicano se desarrollaba únicamente para la sublevacion, para

las revueltas intestinas. A Urrea habia seguido Paredes, y esta vez habia sonado la última hora del poder de Bustamante, que no tardó en caer en medio del general descrédito y animadversion.

Por un momento se creyó que el pueblo, aleccionado con sus repetidas desgracias, trataria de poner cotó á tantos abusos; entonces se oyó el grito de reforma y moralidad, y se convocó además un congreso estraordinario, que debia dirigir sus cuidados á areglar los futuros destinos de la república.

Santana, cuya desmesurada ambicion no reparaba en los cambios políticos, siempre que condujesen á la consecucion del supremo poder, se adhirió al movimiento iniciado de reforma, y aunque su vida política estaba muy lejos de aparecer sin mancha alguna, fué uno de los que con mas energía proclamaron los principios de moralidad.

Bustamante pudo sostenerse todavía por espacio de cinco semanas, en cuyo tiempo las calles de la capital presentaron el mas estraño aspecto, como si se hubiese perdido toda nocion de órden, de dignidad y de conveniencia pública; pero aquel estado de anarquía y desórden, no podia ser duradero, y Bustamante, viéndose abandonado hasta por sus propios partidarios, dejó la ciudad, y con ella el poder, que habia sido infecundo para dotar al país de una administracion regular y estable.

Otra vez volvian á renacer las distintas ambiciones de los partidos, otra vez se abria la puerta á las imposiciones del militarismo; el pueblo mejicano

no necesitaba un gobierno, sino un señor. ¿Quién podria presentarse con mas títulos que el general Santana, cuyas derrotas de Tejas habian sido olvidadas en medio de los supuestos y decantados triunfos de Veracruz, cuya popularidad se habia restaurado por el retiro? A consecuencia de estas circunstancias, Santana fué elegido gefe provisional de la nacion, y las cámaras abolieron la Constitucion de 1836.

Santana estaba muy próximo á la dictadura. La asamblea nacional no podia resistir á la influencia de este ambicioso, que en un país de medianías habia llegado á hacerse necesario, y las bases orgánicas de la nueva Constitucion le hicieron omnipotente; pues el artículo 7.° del nuevo proyecto, le conferia tácitamente la dictadura.

El pueblo, cansado de revueltas intestinas, que empeoraban cada vez mas su estado y empobrecian el país, deseaba la constitucion de un gobierno fuerte, que pusiese su poderoso dique al desarrollo de las ambiciones tumultuarias de tantos generales que aspiraban al mando, que emplease su omnipotencia en hacer el bien, que pusiese órden en las rentas, cortando los abusos y depredaciones de la administracion, que reformase los tribunales, que reprimiese los atentados dictatoriales de los funcionarios públicos, y finalmente, que justificase con una energía ilustrada, la confianza sin límites que se le concedia. El nombre de Santana estaba en todos los lábios, esperábase de él la salvacion de la pátria,

pero bien pronto el pueblo debia aprender, á costa de una dolorosa esperiencia, que el hombre que escogia para regir los destinos de la nacion, era muy inferior á la grandeza de la obra que se le encomendaba.

Con efecto, pedir esto á Santana, era exigir demasiado. Bien pronto se convencieron todos de que habian sido defraudadas sus esperanzas. Sin inaugurar en la política una marcha nueva, sin invocar ningun principio salvador y fecundo, si alguna vez tuvo deseos de poner coto al mal y cortar de raiz el cáncer roedor que arruinaba á la república, estos deseos no fueron mas que momentáneos, sin que jamás mostrase ni el valor ni la constancia para realizarlos.

Jamás se decidió á proceder enérgicamente contra los funcionarios que en la administracion pública habian dado repetidas muestras de falta de integridad, por el temor de crearse enemigos que pudiesen hacer vacilar su dictadura, y en vez de cortar los abusos, no hizo mas que desarrollarlos en mayor escala, aceptando con frecuencia ricos presentes, cuyo valor denunciaba con entera claridad el modo ilegítimo con que se manejaban los caudales públicos; entregó las rentas del Estado á los agiotistas, llegando de esta suerte á su colmo la corrupcion y el escándalo.

El ilimitado poder que le habia conferido la revolucion, la absoluta confianza que él habia depositado en la mayor parte de sus servidores,

la mayoría con que contaba en el Parlamento, solo sirvieron para desarrollar los abusos en mas grande escala, y concitar de esta suerte en contra suya la pública opinion, que tan favorable se le habia presentado en un principio.

Bien pronto comenzaron á aparecer los síntomas de un profundo descontento general. Cuanto mas grande habia sido la confianza, era mayor el retraimiento, y esto en un pueblo acostumbrado á las revueltas intestinas, debia traducirse bien pronto en insurreccion armada.

Cuando la opinion pública estaba en todo el país escitada profundamente en contra del dictador, el general Paredes se sublevó con las tropas de su mando en contra del poder central. Poco debia importarle á Santana esta sublevacion, contando, como contaba, con recursos militares, muy superiores á los que los insurrectos poseian; pero este movimiento no era esclusivamente militar, los ánimos estaban profundamente agitados, y claramente se conocia que el país no esperaba mas que el momento oportuno, para manifestarse en abierta oposicion.

Santana reunió, sin embargo, mas de quince mil hombres de las tropas mas aguerridas de la república, y con este ejército, respetable por mas de un concepto en aquellos paises, salió de la capital, dirigiéndose contra los insurgentes.

Apenas habia abandonado Santana la capital de la república, cuando esta se declaró en abierta in-

surreccion, adhiriéndose á los principios proclamados por Paredes, en tanto que la cámara declaraba al presidente decaido del poder, y alegaba para sustituirle provisionalmente al general Herrera. De todas cuantas revoluciones habia esperimentado la república mejicana desde su emancipacion, esta era en la que figuraba en mayor escala el elemento de la opinion pública, hasta el estremo que el primer momento, si esceptuamos algunos partidarios de Santana y los agiotistas ingleses, á los que su caida heria en sus intereses, todos los partidos se presentaron unánimes gritando: *¡Abajo el tirano!*

En medio de la efervescencia causada por estos acontecimientos, tuvieron lugar algunos detalles repugnantes, consecuencia de la anterior presion que habia exacerbado al populacho. Habíase elevado en otro tiempo, en el cementerio de Santa Paula, un monumento con una urna, en la cual se habia depositado una pierna de Santana, amputada á consecuencia de una herida, que habia recibido el 6 de diciembre de 1838: la urna fué destrozada, y el mutilado miembro entregado á los furores del populacho.

Santana, tan pronto como tuvo noticia de estos acontecimientos, no pudo contener su cólera, y juró tomar una atroz venganza del ultraje que habia recibido. Olvidando á Paredes, dió órden á sus tropas para que retrogradasen sobre Méjico, que habia fortificado apresuradamente sus avenidas, las cuales eran defendidas por los milicianos nacionales,

única fuerza armada que habia quedado en la poblacion.

Si consideramos el efectivo de tropas con que contaba el dictador, no es probable que Méjico pudiese oponer una séria resistencia, siempre que las operaciones fuesen dirigidas con algun talento; pero Santana veia palidecer por momentos su estrella, y no teniendo absoluta confianza ni en sus partidarios ni en sus tropas, al llegar á Guadalupe, pueblo situado en las inmediaciones de Méjico, despues de haber permanecido algunos dias en la inaccion, pasó adelante sin quemar un cartucho, dirigiéndose sobre Puebla.

Este acto inconcebible de timidez en un hombre de tan desmesurada ambicion, acabó de perderle en el concepto público, mucho mas cuanto que desencantaba hasta á aquellos que, sin reconocer en él dotes de gobierno, y condenándole como hombre de Estado, le creian dotado de grandes talentos militares. El resultado de estas vacilaciones fué el dar mas valor á los descontentos, y así, cuando Santana se presentó delante de Puebla, fué rechazado vigorosamente.

Santana conoció entonces que su causa estaba perdida, y el 11 de enero de 1845 resignó el mando de sus tropas en manos de uno de sus generales, y buscó en la fuga su salvacion. Dirigiéndose hácia Veracruz por caminos estraviados, fué hecho prisionero por los indios del estado de Jalapa, debiendo esclusivamente á la casualidad el escapar á su furor.

Despues de algunos meses de prision, pudo al fin embarcarse para la Habana, abandonando los lugares que por tanto tiempo habian sido testigos de su esplendor, de su gloria y poderío.

De esta suerte terminó la dictadura de Santana, que no pudo dotar al país de instituciones estables y seguras, no haciendo mas que continuar todos los anteriores abusos. Los mejicanos habian alimentado por algun tiempo grandes esperanzas en los talentos de Santana. Al conferirle la dictadura, creyeron que podria terminar con las contiendas civiles, que por tanto tiempo han ensangrentado y ensangrientan todavía á aquellas ricas comarcas; pero los cálculos de todos, salieron fallidos. Santana era tan solo una medianía turbulenta, que por mas prestigio que pudiese tener en un país que carecia completamente de hombres de gobierno, era incapaz de reformar los abusos existentes, ni de salvar la república por medio de enérgicas y beneficiosas medidas.

Santana, desde sus primeros pasos en la vida pública, habia demostrado que no repararia jamás en los medios con tal de conseguir el fin apetecido. El único modo de elevarse al poder en la desdichada república mejicana, era, y es hoy todavía, la insurreccion. Santana no vaciló en lanzarse por este camino, y no tardó en llegar al objeto deseado.

Una vez colocado en este puesto, era menester conservarlo; pero en un país en que los gobiernos

aparecen y desaparecen de la escena política, con la variedad de las combinaciones del Kaleidóscopo, la cuestion no era tan fácil y asequible como pudiera aparecer á primera vista. Santana, teniendo la conciencia de esta volubilidad de la opinion pública, rodeó su poder de cierto aparato misterioso, retirándose á su hacienda de *Manga de Clavo* y haciéndose representar por el vice-presidente. Si este cometia alguna torpeza, si con su impericia é intolerancia se enagenaba la opinion pública, ó si algun ambicioso enarbolaba el estandarte de la rebelion, Santana, despues de haber meditado dónde estaban las probabilidades del triunfo, sacrificaba á sus mismas hechuras y se declaraba adicto á las nuevas ideas.

De esta suerte consignió sostenerse por mucho tiempo, quedando siempre encima, á pesar de las distintas evoluciones de la opinion, y del cambio repetido en los partidos. Rehabilitado de su conducta en Tejas, por el destierro y por el triunfo obtenido contra el almirante Baudin, gefe de la espedicion francesa, su popularidad llegó hasta el último grado. Si Santana hubiera sido un hombre de gobierno, si poseyese en vez de la ambicion personal, el espíritu de patriotismo, que inspira á los hombres grandes la santa idea de sacrificarse en aras de la felicidad de la pátria, su popularidad le hubiera servido de mucho, para dotar al país de instituciones estables y seguras, para hacerle marchar por otras vias, y conservar para lo futuro el terrible azote de

la insurreccion. Pero jamás supo sacar todo el partido de su situacion, y pudiendo haber representado el papel de Washington, se contentó con parodiar la sangrienta, infecunda y hasta ridícula dictadura de Rosas.

VIII.

Invasion de los Estados-Unidos.

A la caida de Santana verificáronse nuevas elecciones para la presidencia, y el supremo poder recayó esta vez en la persona del general Herrera. Este general, segun opinion comun entre sus conciudadanos, era uno de los militares mas honrados y de los mas dignos ciudadanos á la vez; pero no tenia el saber ni la energía necesarias, para encargarse del poder en momentos tan difíciles, y en un país en donde se habian perdido todas las nociones de órden y tranquilidad.

A pesar de todo, consiguió rodearse de hombres algun tanto recomendables, inaugurando el ejercicio de su poder con buenos auspicios; pero el espíritu de insurreccion estaba tan profundamente arraigado en el país, que á los pocos meses de la

elevacion de Herrera al poder, estalló un pronunciamiento en favor del decaido dictador.

El general Rangel fué el gefe de esta insurreccion; pero vencido y hecho prisionero por las tropas de Herrera, fué condenado á muerte y fusilado. Pocas veces en Méjico se usaba de esta severidad con los delitos políticos, pues como la mayor parte de los gobiernos habian llegado al poder por las ilegítimas vias de la insurreccion militar, no se ensañaban con los vencidos.

Como si á la desdichada república mejicana no le bastaran para su contínuo tormento, los frecuentes trastornos políticos que presentaba en el interior, vióse amenazada de una invasion por parte de los Estados-Unidos. Ya nos hemos ocupado en otro lugar de la insurreccion del estado de Tejas, del papel que en ella representó Santana, y del modo con que esta provincia, protegida por el gobierno de Washington, alcanzó la independencia de hecho, si bien los mejicanos no quisieron sancionar por su reconocimiento este movimiento insurreccional.

Los Estados-Unidos, conociendo el estado de anarquía en que estaba sumido el país, los pocos elementos con que contaba para oponer una séria resistencia, se oponian abiertamente á todas las tentativas que los gobiernos mejicanos ensayaban para restablecer la autoridad de Méjico sobre el estado, recientemente segregado, de la república. Estas contínuas diferencias, y las tendencias de absorcion de los Estados-Unidos, manifestadas claramente desde

que este pueblo habia sacudido el yugo de la dominacion inglesa, bien pronto se tradujeron en hechos, y un ejército anglo-americano se presentó en las fronteras de Méjico, con el ostensible objeto de defender la independencia de la república tejana.

El presidente Herrera reunió algunas tropas, nombró para mandarlas al general Paredes, que tan pronto como llegó á San Luis del Potosí, se declaró en abierta oposicion con el presidente. Conociendo el estado en que se encontraba el país y el desarrollo que en poco tiempo habia esperimentado el antiguo partido *escocés*, que habia tomado el nombre de *conservador*, marchó resueltamente sobre la capital; y el presidente Herrera, viéndose sin los medios suficientes para hacer frente á tan respetable enemigo, abandonó el poder, dejando á Paredes en aptitud de entrar en Méjico sin disparar un tiro. Así sucedió en efecto, y Paredes se encontró por medio del pronunciamiento dueño del supremo poder.

Desde entonces, el nuevo presidente se echó de un modo manifiesto en brazos del partido *conservador*, dejó oir la palabra *reforma*, y bien pronto conoció el pueblo mejicano, que las modificaciones que trataba de operar el general Paredes en la Constitucion del Estado, eran en estremo radicales.

La Europa, en distintas ocasiones, al ver el deplorable estado en que yacía sumida la república mejicana, y con el objeto de poner un contrapeso á los proyectos anexionistas de los anglo-americanos,

había tratado de intervenir moralmente en el gobierno del país, con el pensamiento de convertir á la república en una monarquía, que debia recibir á un príncipe europeo por soberano.

Hay grandes motivos para suponer que los proyectos reformistas de Paredes, reconocian uno de sus principales móviles en el gobierno de Luis Felipe, que trataba de un modo ostensible de colocar en el trono de Méjico al duque de Montpensier, recientemente casado á la sazon con una infanta de España. De todos modos en Méjico, en los círculos políticos y en toda clase de reuniones, no se hablaba de otra cosa mas que de estos proyectos, no faltando tampoco quien atribuyese á Paredes el pensamiento de parodiar al emperador Iturbide.

Los diarios semi-oficiales, que recibian directamente las inspiraciones del presidente, recordaban con intencion la inutilidad de los esfuerzos hechos por la nacion para constituirse de un modo estable bajo la forma democrática, trataban de demostrar, que entregado el poder á los ambiciosos y á la soldadesca, se veria siempre espuesto á las mismas fases revolucionarias, que causaban la debilidad del gobierno y la ruina del Estado, en tanto que un monarca estranjero, sostenido por las córtes de Europa, seria una garantía de fuerza y de paz, tanto en el interior, como en el esterior.

La opinion pública, sin embargo, permanecia sorda á este llamamiento, y los republicanos contestaban á los diarios conservadores con argumen-

tos, que hemos de tener en cuenta, antes de dar nuestra opinion en un asunto de tamaña trascendencia.

¿Por qué — decian ellos — se trata de imponer á los mejicanos, que gozan de la libertad desde hace veinticinco años, un tirano que les gobierne segun su capricho, que no sentirá ninguna simpatía por sus súbditos, á los que no conoce y á los que acaso desprecie de antemano? Estamos habituados á la igualdad, y no podríamos soportar los privilegios y exenciones de una aristocracia de que el rey habia necesariamente de rodearse; y por otra parte, ¿se encontraria acaso con que formar esta aristocracia? ¿La importaria de Europa el mismo soberano? ¿Se nos impondrian duques franceses ó grandes de España? Esto seria abusar demasiado de la paciencia de los mejicanos, porque estos no pueden desconocer que estos señores de ultramar, llegarian bien pronto á ser nuestros dueños, y nosotros sus esclavos.

¿Se pretenderá acaso, por el contrario, formar este cuerpo de nuestra aristocracia ó de los mas ricos de nuestros conciudadanos? Entonces veríamos por una parte una nobleza ignorante y estúpida, y por la otra dignatários de la corona, casi todos cubiertos por el desprecio público. Finalmente, seria preciso que este soberano estranjero se apoyase sobre bayonetas estranjeras, pues si viniese solo, seria bien pronto destronado, y si llegase escoltado por soldados estranjeros, los mejicanos no podrian ja-

más olvidar esta humillacion. Los celos, los rencores populares, la hostilidad de los partidos enagenarian bien pronto al soberano los corazones que no habia podido ganar, el país entero se sublevaría contra él y contra sus *suizos*, y en poco tiempo se veria caer esta monarquía y desaparecer de su suelo los satélites del déspota, como en otro tiempo desaparecieron los soldados de Fernando VII.

Añádase tambien que seria impolítico metamorfosear la república en monarquía, porque esto suministraria á los ambiciosos vecinos, un pretesto mas para declarar la guerra, y esta vez no perdonaria sacrificio alguno para apoderarse de Méjico y anexionárselo. Encontrándose las tropas estranjeras en nuestro territorio, el país se convertiria en el teatro de una guerra tenaz y asoladora entre los estranjeros, y los mejicanos no tendrian siquiera el derecho de lamentarse de ella, porque habia sido provocada por sus desaciertos y sus tentativas monárquicas.

Antes de ocuparnos de este asunto por nuestra propia cuenta, nos ha parecido oportuno consignar aquí las opiniones que manifestaban los partidos conservador y liberal, como antecedentes necesarios para ilustrar el juicio, y poder decidir el asunto con entero conocimiento de los hechos.

Por otra parte, la cuestion está planteada hoy en el mismo sentido. Tres potencias importantes de Europa, aunque con diversos fines y tendencias, han intervenido en el territorio mejicano. La palabra

monarquía se ha proferido por algunos, y no han escaseado las candidaturas con este objeto.

Empezamos por creer, que las distintas formas de gobierno, si bien pueden influir mucho en la suerte de un país, no son sin embargo una señal infalible de su desarrollo político y social. La monarquía francamente constitucional en aquellos paises en que se ha planteado de un modo completo, en donde reina unidad de miras entre el gobierno y la opinion, produce beneficiosos resultados, y contribuye poderosamente al desenvolvimiento progresivo de los pueblos.

Los Estados-Unidos han demostrado tambien con la elocuencia del ejemplo, que la forma democrática puede elevar á los paises á un grado de esplendor y de prosperidad notables; pero la cuestion no solo es de forma, sino de esencia. Hemos lamentado en otra ocasion, no la emancipacion de la república mejicana, sino mas bien que este acontecimiento se hubiese llevado á cabo de un modo brusco, sin transicion alguna, y sin la necesaria preparacion para que pudieran evitarse los trastornos y disturbios políticos, que produce siempre una revolucion radical, cuando los pueblos no se encuentran dispuestos para ella.

De cualquier modo que esto haya podido suceder, el pueblo mejicano se ha encontrado dueño de sus destinos, su gobierno ha sido reconocido por las distintas córtes de Europa, y tiene ya legítimos derechos á que sea respetada su autonomía. Durante la historia de la república mejicana, en distintas

ocasiones se ha tratado de ensayar la forma monárquica, y siempre ha sido rechazada por el país, celoso de su independencia, tanto mas, cuanto mas amenazada la veia.

Estas causas han hecho prevalecer en el pueblo mejicano los instintos republicanos, y un cambio radical tendria, á no dudarlo, una fuerte oposicion en el interior. No es fácil, es mas, no es conveniente ni político, violentar la voluntad de las naciones, única base en que reposa su soberanía, de la misma manera que las leyes son siempre insuficientes, cuando se oponen abiertamente á los hábitos y costumbres. La opinion de un país no puede contrariarse sin grave peligro, y todos los cuidados de los gobernantes deben limitarse á dirigirle hácia un fin legítimo.

Ahora bien: en 1845, ¿con qué elementos contaba el pueblo mejicano para la monarquía, en qué estado se encontraba la opinion, cuál era la tendencia general de los ánimos, cuáles las aspiraciones generales que dominaban en el país? en una palabra, la mayoría de la poblacion, ¿estaba por la monarquía, ó por la república? Y aun suponiendo que la mayor parte de los ciudadanos tuviesen aspiraciones hácia la forma monárquica, el que enarbolaba el pendon de reforma, el que intentaba variar radicalmente la Constitucion del país, ¿contaba por sus antecedentes, por su talento, por su superioridad con el prestigio suficiente para popularizar esta idea? La mayoría de los ciudadanos ¿no podian echar en cara á Paredes, que hubiera aprovechado, para

poner en planta sus proyectos, precisamente aquellos instantes en que el enemigo llamaba á las puertas de Méjico; no podia censurar en él ágriamente el que hubiese apelado á la rebelion, valiéndose, para realizar sus ambiciosos fines, de las tropas que la pátria le habia confiado para la defensa comun?

Los mismos intentos que alimentaba Paredes, en vez de salvar á la nacion y conjurar la tormenta, ¿no escitaban vivamente á los Estados-Unidos, que jamás podrian mirar con tranquilidad que se constituyese una monarquía en el territorio mejicano? ¿Podria ver con indiferencia la república de Washington, que la Europa se mezclase en los negocios de Méjico?

Todas estas cuestiones debian tenerse en cuenta antes de lanzarse á una política aventurera. Suponiendo que una monarquía francamente constitucional, pudiera hacer la felicidad del país, corregir los antiguos é inveterados abusos, estirpar el militarismo, destruir radicalmente el espíritu de insurreccion, crear para el porvenir un partido sensato, en el cual pudiera basarse sólidamente la monarquía, ¿estaba acaso preparada la opinion para verificar este cambio con éxito feliz?

Ni por un momento se pueden sostener asertos tan aventurados. Si algunos miembros del partido retrógrado ó conservador, si el que se habia erigido en su gefe, sostenian por el momento aquellas ideas, era mas bien como un instrumento de poder, como un medio de presentar mayor oposicion al

partido avanzado, que no por simpatías á la forma monárquica. Méjico, es cierto, habia pasado desde el absolutismo á la mas omnímoda libertad: este tránsito, en vez de ser la consecuencia de una série de evoluciones sucesivas y progresivas, habia sido verificado á impulsos de una revolucion anárquica que agotaba las fuentes de vida del país; pero estas circunstancias, habian engendrado hábitos, creado exigencias, desarrollado intereses, que por bastardos é ilegítimos que fuesen, no por eso eran menos fuertes, y á ningun país puede dársele una forma de gobierno, por mas perfecta que sea, si no se encuentra preparado para ella; necesita una educacion mas ó menos larga, y por eso los hombres de Estado son mas ó menos eminentes, no por sus doctrinas especulativas, sino mas bien por su talento práctico, por la oportunidad de las reformas.

El partido llamado liberal ha estado siempre en Méjico en una inmensa mayoría: á él se habia afiliado la poblacion mestiza é indígena casi en su totalidad, y este partido, al mismo tiempo que detesta la tradicion colonial, está orgulloso con su historia de independencia. La monarquía española, sin hacerse cargo de que todas las colonias llegan siempre á emanciparse, en lugar de preparar esta separacion hábilmente, para que fuese útil y provechosa á la vez á la metrópoli y á las colonias, rompió bruscamente con ellas, fomentando con sus faltas políticas, el odio y el rencor entre los españoles y los habitantes de ultramar.

En tiempo de Cárlos III, el conde de Aranda, en un razonadísimo informe, escrito muy poco tiempo despues de la emancipacion de los Estados-Unidos, habia propuesto un plan de monarquía, tanto para Méjico, como para las colonias españolas de la América del Sur; en este plan se hablaba de infantes de España para ocupar los tronos que en ultramar se estableciesen, con lo cual aquellos países, se acostumbrarian poco á poco á gozar de su autonomía, y las revoluciones por que hubieran pasado, jamás tendrian el carácter ni se repetirian con la frecuencia, con que las hemos visto sucederse durante toda la historia de aquellas repúblicas.

En el tiempo en que Paredes iniciaba otros nombres, en que se hablaba de otras personas, en que se trataba del establecimiento de una monarquía europea, la oportunidad habia pasado por completo, y tanto esto es así, como que el país, con muy cortas escepciones, permaneció sordo al llamamiento de Paredes.

Por otra parte, ¿seria cosa fácil establecer un trono, en donde las faltas de la república habian provocado la invasion estranjera, y en donde la desorganizacion del ejército, y más aun, la falta de opinion y patriotismo, iban á comprometer la independencia del país? Los gabinetes de Madrid y de las Tullerías, aun en el caso en que hubieran estado de acuerdo sobre la intervencion, hubieran verosímilmente respondido á los enviados de Paredes: «Terminad vuestras diferencias con los Estados-

Unidos, y despues tomaremos una determinacion.»

¿Podria suponerse, ni por un momento, que el gobierno de Madrid contaba con elementos suficientes para arrojar el guante á los Estados-Unidos, por mucho que le halagase la idea de establecer en el trono de Méjico un infante de España? ¿Podria esperarse racionalmente, que el gabinete de las Tullerías, durante la dominacion de Luis Felipe, consintiese en dar un rey á Méjico, precisamente en el momento en que los mejicanos eran batidos por las tropas de los Estados-Unidos?

Vemos, pues, que bajo todos conceptos el pensamiento de Paredes y de sus secuaces, era irrealizable, inoportuno, no podia arraigarse en el país á causa, no solo de las oposiciones interiores, sino tambien de las esteriores.

Paredes alegaba, para justificar su insurreccion, que la nacion entera, á escepcion del gobierno de Herrera, y de un número insignificante de individuos, no querian oir hablar siquiera de una transaccion pacífica con los Estados-Unidos, y que todo el mundo rechazaba obstinadamente cederles el territorio de Tejas, y que por lo tanto, obligado por la opinion pública, el presidente caido, habia enviado á la frontera un ejército de observacion, cuyo mando se le habia confiado, y que sin embargo, al propio tiempo el gobierno y el congreso parecian decididos á tratar con el gabinete de Washington, y á sacrificar lo que la nacion no queria sacrificar á ningun precio. De esta suerte, se trataba de encade-

nar á la nacion entera por algunos hombres, á los que se acusaba públicamente de traicion hácia la pátria.

En estas circunstancias—añadia Paredes—¿qué es lo que yo he hecho sino colocarme del lado de la mayoría, que reprobaba la conducta de Herrera por el negocio de Tejas, poniendo á servicio del país el apoyo de mi espada y de mi ejército, indicando un medio mas eficaz de conservar la integridad del territorio, cual es el de interesar á las potencias de Europa en los negocios de Méjico?

¿Podria sostenerse, sin embargo, sériamente que ninguna de las naciones de Europa, iria á arrostrar los grandes peligros de una guerra lejana con un enemigo formidable, lleno de recursos de todas clases, para establecer una monarquía en Méjico? Esto seria suponer la política de Luis Felipe análoga á la de Napoleon III, esto seria, además, juzgar que las circunstancias eran favorables. Y sin embargo, ni lo uno ni lo otro sucedía. Paredes, con sus planes monárquicos, aumentó la animadversion de los Estados-Unidos, haciendo imposible toda transaccion honrosa, aumentando los pretestos de la lucha, cuando Méjico contaba con menos elementos para sostenerla.

Las consecuencias de está fatal política, no se harian esperar mucho tiempo, y debian probar toda la inoportunidad que habia en las pretensiones del presidente, que habia llegado al poder por medio de la rebelion.

IX.

Comienza la lucha con los Estados-Unidos.

Tan pronto como Paredes se hubo apoderado de las riendas del gobierno, dirigió todos sus cuidados á hacer entrar en el tesoro todos los fondos públicos, á medida que ingresaban en las cajas de los recaudadores, tanto de la capital como de las provincias, suspendiendo al mismo tiempo el pago de todas las atenciones que no eran de primera necesidad.

Paredes conocia, que no le era fácil emprender una lucha con los norte-americanos, antes de contar con una suma respetable para allegar los elementos necesarios de resistencia, con los cuales pudiese poner á su ejército en las mejores condiciones posibles. Sin embargo, la espedicion solo se retardó algunos meses, pues tan pronto como Paredes pudo

contar con un millon de piastras, dirigió sus tropas á la frontera de Tejas, al mando del general Arista.

Los norte-americanos, que hasta entonces habian permanecido en Tejas, por falta absoluta de pretesto para invadir la república mejicana, atravesaron el rio de las Nueces, encontrándose de esta suerte en el territorio enemigo. Sin embargo, tratando de justificarse ante las naciones estranjeras, y con el objeto de aparentar que se habian mantenido dentro de los límites de la defensiva, siendo por lo tanto agresores los mejicanos, Taylor, gefe de la espedicion de los Estados-Unidos, despues de haber atravesado el rio de las Nueces, al frente de cinco mil hombres, valióse para justificar su conducta de una ficcion indigna. Apoyándose en una demarcacion imaginaria del territorio de Tejas, Taylor declaró en un manifiesto, que los mejicanos habian violado el territorio de los Estados-Unidos al atravesar el rio del Norte, y que desde entonces se encontraba él en estado de legítima defensa; ficcion indigna de un gran pueblo, porque el territorio comprendido entre los rios de las Nueces y el del Norte, no habia sido hasta entonces revindicado por los tejanos.

Ambos ejércitos, pues, se encontraron entre los dos rios, y el 8 y el 9 de mayo tuvieron lugar los primeros encuentros en el sitio llamado de Palo-Alto. Arista, á pesar de que contaba con bastantes elementos de resistencia, se batió débilmente, y el resultado de la lucha fué la completa derrota de los mejicanos. La artillería de Arista se encontraba por

otra parte mal servida, por lo cual hizo poco daño al enemigo, al mismo tiempo que la de Taylor, causó terribles estragos en las columnas mejicanas. Mas de mil de los soldados de Arista quedaron en el campo de batalla, y muchos perecieron ahogados en el rio del Norte al intentar vadearle, para ponerse á cubierto de la persecucion del enemigo. La derrota que habian esperimentado los mejicanos podia decirse que era completa.

Arista fué culpado por sus conciudadanos de traicion. Decíase, para dar mas fuerza á estas suposiciones, que se habia dejado batir, á condicion de que el enemigo no destruiria las ricas posesiones que poseia este general en la provincia de Coahuila; pero esto no es probable, pues es notorio que se defendió por espacio de dos dias, y que si no desplegó toda la energía que era de desear, si al mismo tiempo cometió alguna falta estratégica, esto debe mas bien atribuirse á su impericia, y al poco valor de sus oficiales, que no á motivos tan ruines y deshonrosos como los que se le suponian. Otra de las pruebas que podemos aducir en pró de la conducta de Arista, es que la opinion pública, que en un principio se habia pronunciado por la traicion para poder justificar la derrota, quitándole lo que tenia de bochornosa para los mejicanos, tan pronto como este general fué encausado, se puso de su parte, contribuyendo esto en gran parte para que fuese absuelto.

El ejército invasor consideraba como de gran importancia esta primera victoria, y lo era en efec-

to. Sabido es lo que al principio de una campaña, significa una batalla ganada, que inflama á los soldados con la perspectiva de nuevos triunfos, al paso que desmoraliza á los contrarios. Taylor, á consecuencia de la victoria conseguida, se hizo dueño de todas las poblaciones escalonadas sobre el rio Norte, y si bien en la ciudad de Monterey, el general Ampudia, opuso alguna resistencia, vióse precisado á evacuar la ciudad, que ocuparon las tropas de Taylor, cuyo hecho de armas terminó las operaciones de la primera campaña.

Entretanto, la noticia de estas derrotas escitaba en la capital un profundo descontento contra Paredes y su gobierno, haciéndole cada dia mas impopular. Cada nuevo revés que las tropas mejicanas sufrian en la frontera, aumentaba el número de los enemigos del presidente, al que se echaba en cara que con su conducta inconsiderada habia provocado la guerra, y que con sus planes monárquicos, habia comprometido la suerte de la república. Si sus generales hubieran conseguido obtener alguna victoria sobre las tropas norte-americanas, y rechazar la agresion estranjera, Paredes hubiera podido consolidar fácilmente su poder, por mas que este fuese usurpado; pero la vergüenza de las jornadas de Palo-Alto y Monterey, pesaban tanto sobre Paredes, que amenazaban destruir su dominacion.

Al mismo tiempo, el presidente no se hallaba dotado de esa energía y fuerza de voluntad, que consigue con frecuencia sobreponerse á las situacio-

nes difíciles, y todo el mundo presagiaba que su caida estaba próxima. Achacábasele tambien gran parte de las calamidades que sobre la república mejicana llovian, pues no se habia olvidado todavía, que su poder reconocia por orígen una defeccion militar, adelantándose algunos en sus temerarios juicios hasta suponer, que si Paredes hubiera atacado á las tropas norte-americanas cuando el decaido Herrera se lo habia ordenado, quizás se hubiera obtenido la victoria fácilmente, conjurando los vergonzosos desastres del rio de las Nueces.

Como no es fácil detenerse en el camino de las suposiciones, los enemigos de Paredes, que aumentaban por momentos, afirmaban que este general con sus vacilaciones habia dado nuevos brios á las tropas de Taylor, con lo cual un puñado de soldados invadia la república mejicana, cubriendo de baldon y oprobio el estandarte nacional.

Los agiotistas, por su parte, que habian esperimentado grandes pérdidas cuando Paredes, por reunir fondos, dejó desatendidas muchas de las obligaciones que pesaban sobre el tesoro público, contribuian tambien á aumentar el número, siempre creciente, de descontentos.

Por momentos se iba conociendo que en la atmósfera política se preparaba una tempestad próxima á estallar. Tambien esta vez el golpe que terminó con la dominacion de Paredes, reconoce por orígen una insurreccion militar. Paredes debia descender del poder por los mismos medios con que lo

habia conquistado, y la cadena de sublevaciones militares, de motines infecundos, de ruinosas revueltas, iba prolongándose de esta suerte, destruyendo todos los recursos del país, matando toda nocion de órden y moralidad, sancionando toda clase de crímenes y de usurpaciones políticas, y en medio de aquella mascarada perpétua, que no otro nombre merecen aquellos gobiernos, cundia el escepticismo en todos los ciudadanos, imposibilitando toda clase de reformas y mejoras, que hubieran podido poner coto á los abusos existentes.

Los europeos, desde el principio de la emancipacion de la república, habian dejado, por falta de patriotismo, sobreponerse á la poblacion mestiza; la mayor parte de los ciudadanos, precisamente en los momentos en que mas necesitaba de ellos la pátria, pues se trataba de la Constitucion que debia decidir de su suerte futura, habian mostrado cierto alejamiento de la política, y de esta suerte el elemento militar tomó una peligrosa supremacía, y esta fué una de las causas de los trastornos y disturbios sin cuento, que han agitado y siguen agitando aquel país.

De esta suerte, por muchas torpezas que hubiera cometido Paredes, estaba seguro de no provocar en su contra la animadversion popular, sabia que la opinion pública permanecia casi siempre sorda á las arbitrariedades, desafueros y torpezas del poder; pero al mismo tiempo que tenia la conciencia de esta verdad, mostrábase receloso, porque no estaba seguro de la fidelidad del ejército.

Los temores de Paredes no tardaron en realizarse. Un oficial, apellidado Salas, hombre desconocido hasta entonces en la esfera política, fué el que le dió el golpe fatal el 4 de agosto de 1846. Tuvo habilidad bastante para sublevar la guarnicion de la ciudadela, desde donde amenazaba á la ciudad. Sin embargo no hubo lucha, la guarnicion de la ciudad siguió su ejemplo, y Salas se encontró nombrado presidente de la república con el carácter de provisional.

Hasta entonces, solo se habian puesto á la cabeza de las insurrecciones los que ocupaban grados superiores en la milicia. Salas, casi desconocido, sin prestigio alguno, encontrándose en los primeros pasos de su carrera, habia demostrado palmariamente, hasta dónde podia conducir la audácia en un país en donde el poder se iba prostituyendo por momentos. Sin embargo, si Salas desplegó habilidad bastante para derribar al presidente Paredes y para elevarse á la presidencia, le faltó la suficiente para mantenerse en su puesto. Todos desconfiaban de aquel ambicioso, que no contaba con títulos bastantes para ocupar el sitio en donde se habia colocado casualmente; y á pesar de proclamar el restablecimiento de la federacion, y de dispensar su apoyo manifiestamente al partido democrático, el ejército pedia á grandes gritos á Santana, y muchos, que si bien no eran partidarios del decaido dictador, conocian que no tenian medios de luchar contra su popularidad, favorecian ostensiblemente su vuelta,

con la esperanza de que su prestigio terminase en medio de los desaciertos, que sin duda cometeria en el poder, mucho mas en aquellos difíciles momentos en que un estado poderoso invadia el territorio de la república.

De esta suerte, el que poco tiempo antes habia debido su salvacion á la fuga, y que habia sido rechazado por medio de una manifestacion popular, acaso de las mas unánimes de cuantas registra la historia de la república mejicana, volvió de nuevo á ser aclamado como el único que podia salvar á la pátria en tan difíciles momentos.

X.

Los norte-americanos en Méjico.

Otra vez Santana, el hombre que habia conseguido hacerse necesario, volvió á encargarse de los destinos de la república. El momento era bastante difícil. El ejército estaba completamente desorganizado á causa de las últimas derrotas que habia esperimentado; y Taylor, que consiguiera repetidos triunfos en su primera campaña, habia vuelto á comenzar las operaciones de una segunda, que amenazaba ser todavía mas decisiva que la primera, si no se atajaban oportunamente sus progresos.

Santana, al encargarse del poder, juró defender la Constitucion de 1824, que él mismo habia destruido, y se ocupó activamente en llenar los cuadros del ejército, y en allegar todos los recursos necesarios para oponerse á las fuerzas norte-americanas.

La asamblea que se habia reunido se componia en su mayor parte de miembros de los partidos mas avanzados, y Gomez Farias, que habia sido vicepresidente, cuando el general Santana ocupó por primera vez la suprema magistratura de la república, fué elegido de nuevo para desempeñar igual cargo. Gomez Farias, que entonces se vió obligado á abandonar el podér, á causa de sus planes de desamortizacion eclesiástica, creyó que habia llegado el momento oportuno de realizar sus ideas, y propuso para conseguir este objeto dos proyectos de ley á la asamblea, uno que se referia á la confiscacion de los bienes de mano muerta en beneficio del Estado, y otro relativo á la supresion de los privilegios de que gozaba el clero mejicano.

Estos proyectos provocaron en la asamblea acaloradas disensiones, tanto por la trascendencia que en sí mismos encerraban, cuanto por la gravedad de las circunstancias en que el país se encontraba, y el podér de que disponia el clero para oponerse á las decisiones de la mayoría democrática. Gomez Farias defendia con calor sus proyectos, era el sueño político de toda su vida; para realizarle, habia tenido que trabar una lucha cuerpo á cuerpo con el partido clerical, que ya en una ocasion habia conseguido desbancarle.

Sin embargo, el clero no queria dejarse vencer, sin apurar antes todos los medios de resistencia con que podia contar; y viéndose reducido al último recurso, predicó una cruzada contra las decisiones de

la mayoría revolucionaria, á la que atacaba como herética é irreligiosa, acusándola de intentar destruir los fundamentos de toda sociedad organizada. Todos los contrarios de las ideas avanzadas se unieron esta vez, y el clero consiguió armar en su favor tres ó cuatro mil guardias nacionales, muchos de los cuales, eran jóvenes de las familias aristocráticas de la capital, y esta sublevacion contra los decretos de la asamblea democrática de 1847, recibió el nombre de *pronunciamiento de los Polkos* (1).

Esta sublevacion no tenia mucho de terrible, y si hubiese habido alguna energía en el gobierno, hubiera sido destruida en un instante; porque los sublevados estaban completamente desorganizados, eran en su mayor parte jóvenes no acostumbrados á las escenas de la guerra, y que mas bien que inflamados por una idea, combatian solamente por puro capricho, porque se habia establecido la moda, y finalmente, porque cada uno habia sido arrastrado por el ejemplo de su compañero.

La poblacion se dividió, pues, en dos partes, una ocupada por las tropas del gobierno, y otra por los sublevados contra la asamblea, y esta singular situacion, se continuó por espacio de veinte y tres dias, sin que en todo este tiempo tomasen ninguna de las partes beligerantes de un modo resuelto la ofensiva.

(1) Se daba entonces el nombre de Polkos á los jóvenes que bailaban la polka, y de ahí este nombre tambien á los de familias bien acomodadas.

Sin embargo, hubiera sido sumamente fácil dispersar en un instante á todos aquellos guardias nacionales, la mayor parte adolescentes, si el comandante general Canalizo, alimentara en su pecho el menor instinto de valor y de energía. El punto principal en donde se guarecian los insurrectos, era el convento de la Profesa, desde cuyas ventanas hacian fuego sobre la tropa, fuego que no tenia mucho de mortífero, y que no podia ser sostenido por mucho tiempo, pues el convento ofrecia muy pocos elementos de resistencia, y sus pocas ventanas, no permitian que gran número de combatientes tomasen á la vez parte en la accion. A pesar de esto, las tropas del gobierno se contentaron con permanecer en la inaccion por espacio de algunos dias, elevando barricadas en las avenidas del palacio del gobierno y de la plaza mayor.

De esta suerte se representó por espacio de tres semanas una nueva farsa, parecida al pronunciamiento de Urrea de 1840, y durante ella solo hubo dos nacionales muertos, lo que demuestra el vigor que se desplegó por ambas partes.

Entretanto que estas escenas tragi-cómicas se verificaban en la capital, escenas que sin embargo causaban profundo disgusto en todos los ánimos, y grandes perjuicios á los ciudadanos pacíficos, que veian interrumpidos todos los negocios, Santana marchaba al frente de sus tropas, con el objeto de oponerse á la invasion de los norte-americanos. Los dos ejércitos se encontraron en Angostura, y des-

pues de un combate reñido, fueron derrotados los mejicanos, viéndose obligado Santana á retroceder á la capital, á organizar de nuevo las tropas, y á allegar recursos para prolongar la resistencia.

Los dos partidos en que se encontraba dividida la capital, depusieron las armas á la aproximacion de Santana, sometiendo sus mútuas diferencias al arbitrio del presidente, que sin tomar una decision definitiva, se contentó con calmar sus ánimos, diciendo que en tan difíciles momentos, y cuando el estranjero invadia el territorio de la república, debian cesar todas las luchas intestinas, y no pensar en otra cosa que en reunir todas las fuerzas, para mantener la integridad del Estado, y defender la independencia.

Al mismo tiempo se habia presentado frente á Veracruz el general norte-americano Scott, con algunas tropas de desembarco, el cual, despues de haber bombardeado aquella plaza y tomado posesion de ella, marchó con su division resueltamente, sobre la capital de la república.

Esta circunstancia obligó á Santana á hacer los preparativos para dirigirse al encuentro de las tropas de Scott, viéndose, al cabo de algunos meses de haber entrado en la capital, precisado á salir de ella al frente del ejército. Santana y Scott se encontraron en el lugar que se llama *Cerro-Gordo*, cerca de Jalapa, y despues de un choque bastante reñido, la fortuna de las armas fué otra vez contraria á los mejicanos. Esta vez la derrota fué completa; las

tropas de Santana se dispersaron, y el presidente se dirigió de nuevo á la capital.

Este golpe desalentó profundamente á todos los ciudadanos, y si el general anglo-americano hubiera desplegado mas decision y energía, se habria apoderado sin duda alguna de la capital, que no pensaba en oponer resistencia, y que no contaba con medios militares para ello. En cambio, Scott tardó cuatro meses en recorrer el trayecto desde Jalapa á Méjico, dejando al espíritu público tiempo para reponerse de su abatimiento y recobrar nueva confianza, en tanto que Santana reorganizaba nueva fuerza, levantaba fortificaciones, haciendo, en fin, en favor de la capital, todo cuanto podia para la defensa, ó por lo menos, para retardar el momento de la capitulacion. En esta ocasion, si hemos de ser justos, debemos confesar que Santana dió pruebas de carácter y de habilidad, demostrando que él solo, entre los demás generales de la república, era capaz de no desesperar todavía de la salvacion de la república, y de encontrar medios con que hacer frente al enemigo.

Santana aprovechó aquella tregua para allegar recursos y reunir tropas, con lo cual renació la confianza en los habitantes de Méjico, que pudieron esperar poder presentar al enemigo una respetable defensa. Tan pronto como Scott llegó á la vista de Méjico, á la ribera de las lagunas que rodean aquella ciudad, conoció que habia perdido un tiempo precioso, viendo las dificultades con que tenia que

luchar, y los pocos elementos con que contaba para establecer un sitio en regla. Vaciló por espacio de algunos dias, antes de emprender las operaciones, comprometiéndose en el sitio llamado del Angel, de donde fué rechazado por el general Valencia.

Era el primer revés que Scott esperimentaba en Méjico desde que habia desembarcado con sus tropas en Veracruz, y conociendo todo el mal efecto que podia hacer en el ánimo de sus soldados y todo lo que envalentonaria á los mejicanos, trató de recobrar el prestigio perdido, atacando al dia siguiente en Padierna al general Valencia, que se vió obligado á retirarse, despues de haber perdido la artilleria, y en Churubusco al mismo Santana en persona, que habiendo cometido la imprudencia de aceptar el combate, en un sitio, en que no podia desplegar todas sus fuerzas, fué tambien vencido.

Aunque estas dos victorias, conseguidas en el mismo dia, mejoraban notablemente la situacion de Scott, no le tranquilizaban por completo, pues en ambas jornadas habia perdido mas de mil soldados, y su division, que solo constaba de nueve mil hombres, podia ser destrozada por completo en algunos encuentros, aun cuando saliese en ellos victorioso.

El general norte-americano conoció, que no habia tiempo que perder, y que solo la audácia y la resolucion, podian sacarle de una situacion que iba haciéndose cáda vez mas crítica. Lanzado por estas ideas, el 8 de setiembre atacó á los mejicanos en el

sitio llamado *Molino del Rey*, que defiende el fuerte de *Chapultepec*, y á pesar del arrojo que desplegaron sus tropas, fué rechazado, despues de haber dejado sobre el campo ochocientos hombres. Santana contaba en aquella ocasion con una division de cuatro mil caballos, que hubiera podido perseguir en su retirada á los norte-americanos, y acaso destruirlos por completo; pero á pesar de sus órdenes reiteradas, no pudo hacerles cargar al enemigo, con lo cual Scott pudo organizar de nuevo sus fuerzas.

Sin embargo, el general norte-americano estaba consternado. Un revés mas, y aquellas tropas que habian avanzado victoriosas desde Veracruz hasta las mismas puertas de Méjico, y rechazado algunas divisiones enemigas, podian ser deshechas sin que les quedase el recurso de una retirada. Era menester obrar, y obrar con energía, para salir de aquel mal paso y recobrar las ventajas perdidas. Cada instante que pasaba, daba nuevas fuerzas á los mejicanos, y comprometia mas y mas á los invasores, y solo una atrevida resolucion, un golpe decisivo, podia cambiar las situaciones respectivas de ambos ejércitos beligerantes.

Cuatro dias despues del ataque del Molino del Rey, Scott ordenó el asalto del fuerte de Chapultepec: este combate era decisivo para los invasores, y de él dependia el éxito definitivo de la campaña. Los norte-americanos se batian con el valor que presta la desesperacion, y despues de algunas horas de resistencia, los mejicanos abandonaron el fuerte,

que cayó en poder del enemigo, y bien pronto el pabellon estrellado de los Estados-Unidos, se enarboló en el mas alto torreon del edificio.

Scott perdió en esta ocasion cerca de novecientos soldados y ochenta oficiales; pero en cambio Méjico no podia oponer ya resistencia, y al dia siguiente los norte-americanos penetraron en la ciudad, estableciendo el cuartel general en el palacio de los Vireyes. En cuanto á Santana, habia evacuado con sus tropas la ciudad durante la noche, estableciéndose en Guadalupe, con los restos de sus divisiones.

El brillante éxito de las operaciones, reparaba las faltas cometidas por el general americano. Con un puñado de soldados, habia conquistado un país estenso, lleno de dificultades materiales, despues de dispersar tres ejércitos de quince á veinte mil hombres cada uno, y dictaba leyes á la república desde Veracruz hasta Toluca. La invasion estaba consumada por completo, y las faltas estratégicas del general Scott no existian ya, sino para aquellos que las habian presenciado.

Los gastos de la espedicion ascendian ya á ochenta millones de piastras, y sin embargo, la mayor parte de la nacion mejicana no parecia dispuesta á transigir. El triunfo habia sido mas brillante que sólido, pues el general Scott, verdaderamente hablando, solo dominaba el país que sus tropas ocupaban. Era menester, para someterle por completo, un nuevo ejército, pero muy superior en número al

que se habia apoderado de la capital, si se tiene en cuenta la gran estension del territorio, y aun así, el problema de la conservacion de la conquista, no era fácil de resolver. Por otra parte, la Europa jamás miraria con indiferencia, que los Estados-Unidos se anexionasen de repente la república mejicana, y todas estas consideraciones, que no se ocultaban al gobierno de Washington, hacia que se encontrase dispuesto á la paz, siempre que las condiciones bajo las cuales se estipulase, pudiesen ser aceptadas.

La cuestion estaba reducida simplemente á obtener las mayores ventajas de la situacion, y por poca habilidad diplomática que tuviese el general Scott, era tal la disolucion interior, tal el desconcierto de los ánimos y la anarquía de los partidos, que era sumamente fácil dejar satisfechos los deseos de los Estados-Unidos, y coronar la atrevida empresa por medio de una paz ventajosa. Esto fué precisamente lo que sucedió.

XI.

La paz.—Herrera.—Santana.

Los deseos de la paz eran generales en todos los partidos. La capital y los principales puertos del golfo de Méjico permanecian en manos de los enemigos, y el país no contaba con esa energía que triunfa de todos los obstáculos, las ideas de independencia se habian ido oscureciendo en medio de la anarquía interior, de las luchas intestinas, del espíritu militar que dominaba en el país. Podia decirse que en Méjico no existia el pueblo, que defiende sus hogares con un heroismo y abnegacion capaz de luchar contra todos los obstáculos, que no cede ante ningun sacrificio, porque defiende las ideas que forman su personalidad, su modo de ser, su religion, sus leyes, sus instituciones, sus costumbres.

En aquel país tan trabajado por las revueltas po-

líticas, la religion se habia convertido en un instinto supersticioso; las leyes, como no estaban encarnadas en las costumbres, eran conculcadas por el poder encargado de aplicarlas; las costumbres no presentaban ese sello de homogeneidad, que forma el carácter de un pueblo, y le dá unidad de miras y de sentimientos, y por esta razon, no habia que esperar un poderoso sacudimiento nacional, que rechazase al estranjero, librando á la república de su bochornosa dominacion.

Era por lo tanto necesario recibir la ley del vencedor y someterse á los sacrificios que quisiera imponer. Santana, que segun hemos visto, se habia defendido hasta los últimos momentos, en vista de las circunstancias en que el país se encontraba, y conociendo que su permanencia en el poder, se oponia á las transacciones diplomáticas, únicas que por entonces podian librar al territorio mejicano del yugo estranjero, presentó su dimision, viéndose obligado á huir perseguido por el nuevo poder, que le achaçaba en gran parte las calamidades de que era víctima la república. A la caida de Santana fué elevado al poder interinamente el presidente del Tribunal Supremo de Justicia, Peña y Peña, á quien correspondia este puesto, segun precepto de la misma Constitucion del país, y bien pronto el nuevo poder entró en negociaciones con el general Scott, que exigia la cesion de una gran parte del territorio de Méjico, como medio de terminar aquellas diferencias.

Peña y Peña deseaba la paz tanto por lo menos como el gabinete de Washington, pero no desplegó en aquella difícil ocasion, toda la habilidad y energía necesaria para hacerla menos onerosa á sus conciudadanos. Viendo que el plenipotenciario norte-americano, presentaba como circunstancia *sine qua non* de la paz, la cesion de cerca de la mitad del territorio, y observando por otra parte el estado deplorable de las rentas públicas, redujo la cuestion á una indemnizacion pecuniaria, y cediendo en el punto principal, el asunto versó solamente acerca de la cantidad que la república habia de recibir, como indemnizacion por sus sacrificios.

El término de las conferencias de Guadalupe, lugar en donde se abrieron las negociaciones entre los plenipotenciarios de las dos partes beligerantes, fué la cesion de una gran parte del territorio á los Estados-Unidos, mediante una indemnizacion de quince millones de piastras.

Este tratado fué ratificado por las cámaras reunidas en Queretaro, punto á donde habia trasladado el gobierno el nuevo presidente Peña y Peña. Sin embargo, tan pronto como se decidió la retirada de las fuerzas norte-americanas, y el país quedó en circunstancias casi normales, era necesario restablecer la legalidad, y dar un carácter de solidez y estabilidad á la presidencia.

Herrera, que habia sido destituido violentamente por Paredes, antes de terminar el tiempo de su presidencia fué llamado al poder, y el partido con-

servador adquirió de nuevo su perdido influjo. Todos esperaban que el gobierno, instruido por las calamidades pasadas, trataria de poner coto á los abusos de una administracion viciosa, estableciendo el poder sobre bases sólidas y normales, que pudiese abrir una nueva era de prosperidad y bienandanza á tan desdichado país. Sin embargo, estos cálculos, por bellas que fuesen las esperanzas que envolvian, quedaron frustrados. Herrera, durante la segunda época de su poder, no demostró energía alguna para establecer sérias reformas, los inveterados abusos continuaron con la misma fuerza. La malversacion constante de los fondos públicos, la venalidad de la magistratura, los impuestos forzosos, que disgustaban al país, y que solo servian para las dilapidaciones á que se entregaba el poder, el predominio del militarismo, todas estas calamidades y otras muchas, que no referimos, por no hacer interminable esta enumeracion, todas, repetimos, continuaron, y lo que es peor aun, en mayor escala.

El partido clerical, que habia estado á punto de perder la principal fuente de su poder, á causa de los planes desamortizadores de Gomez Farias, manifestaba ahora visiblemente su odio por los liberales, y si bien la república, á costa de grandes sacrificios, habia logrado verse libre de los enemigos esteriores, estaba muy lejos de haber conquistado la tranquilidad necesaria, para caminar con segura planta por el camino de las reformas, á la realiza-

cion de un estado mas soportable que el que disfrutaba. Así es que ningun hecho importante señaló la segunda época de la presidencia de Herrera, si se esceptúa la persecucion contra los liberales, á que le lanzaba, mas que su propia intolerancia, las sugestiones de sus partidarios.

Al terminar el tiempo de la presidencia de Herrera, el general Arista, que habia sido ministro de la Guerra, fué el elegido para ocupar la suprema magistratura de la república. Arista contaba con bastante popularidad, y su advenimiento al poder fué tenido como un augurio feliz para la prosperidad de la nacion. Sin embargo, los ciudadanos se vieron burlados en sus propias esperanzas. Arista era muy inferior á la importancia del cargo que desempeñaba, tanto mas, en un país que necesitaba á toda costa una dictadura atrevida é ilustrada á la vez.

Jamás presidente alguno habia gozado á su advenimiento de mayor poder moral, era dictador de hecho, y podia intentar con entera confianza todas las reformas, que reclamaba imperiosamente la administracion del poder, sin que en el desarrollo de sus planes tuviese que alimentar el menor recelo de oposicion al libre ejercicio de su soberanía. Sin embargo, no se atrevió á asumir en su persona toda la responsabilidad, continuando como presidente constitucional, y esperando de las cámaras lo que el país solo esperaba de él.

Si en un principio le hubiese sido muy fácil to-

mar una vigorosa iniciativa, bien pronto la cámara, compuesta en su mayor parte de nulidades, se acostumbró á usar ilimitadamente de su poder, rechazando los proyectos del presidente de un modo instintivo, que disgustaba profundamente todos los ánimos, preparándolos de nuevo para otra insurreccion.

Dos años trascurrieron en medio de esta lucha mezquina, sin resultado alguno, sin que ninguna de las llagas que afligian al país se curase, sin que ningun abuso se corrigiese, y sin que ninguna cuestion importante, ni diplomática, ni administrativa, se decidiese. El sistema de Arista era el infecundo de ganar tiempo, y dejar trascurrir el plazo de la presidencia en medio de una inaccion que no remediaba nada, y que prolongaba indefinidamente el mal.

Bien pronto el descontento general empezó á tomar sérias proporciones, presentándose los síntomas de una inmediata insurreccion. En efecto, en julio de 1852, se sublevó la ciudad de Guadalajara contra el gobierno de Arista, invocando el nombre de Santana. La rebelion contaba con muchas probabilidades de buen éxito, á causa de los cortos elementos militares, de que podia disponer el gobierno. Despues de la evacuacion del territorio de la república por las tropas norte-americanas, el ejército no se habia organizado, pues se habia conocido que era mas perjudicial que beneficioso al país; pues al paso que era un elemento constante de luchas y discordias civiles, era insuficiente por otra parte

para garantir la independencia nacional, en los momentos en que estaba comprometida.

La revolucion, pues, no encontró obstáculo alguno en su desarrollo, y bien pronto, habiendo acogido bajo su bandera todos los militares del ejército desorganizado, se encontró en estado de triunfar de toda clase de resistencia. Arista, pues, se vió en la necésidad de abandonar la presidencia; Santana fué nuevamente llamado al poder, y dejando á Cartagena, en donde se habia refugiado, volvió á tomar las riendas del gobierno en el mes de abril de 1853.

Esta vez, Santana debia presentarse bajo un nuevo aspecto, habia recorrido en las distintas épocas en que disfrutara de la presidencia, toda la escala de los diversos partidos. Conservador unas veces, federalista otras, unitario en unas ocasiones, en otras partidario de las doctrinas mas avanzadas y radicales, acogióse esta vez al único partido que le faltaba por recorrer, al partido ultra-clerical.

Si pudiera haber quedado alguna duda acerca de sus verdaderas intenciones, bien pronto la composicion de su gobierno las disipó todas. Sus ministros principales fueron Alaman, Bonilla y Larez, gefes del partido monárquico y ultra-religioso.

Como se vé, no era la consecuencia política la virtud de Santana, el que á la posesion del mando sacrificaba sus afecciones políticas, si las tenia, cuidándose muy poco del sistema de gobierno, con tal que consiguiese perpetuarse en el poder. En otra

ocasion ya le hemos visto disfrutar de la dictadura; pero, sin embargo, por mucho que pudieran halagar sus instintos despóticos, su poder sin límites, le era menester tambien satisfacer sus deseos de rodearse de cierta pompa y aparato, que se avenia muy mal con las costumbres democráticas que predominaban en el país.

Uno de los primeros actos de Santana, fué abolir la federacion de Estados, haciéndose en seguida conferir el título de Alteza Serenísima; y no contento con esto, restableció la órden de caballería de Guadalupe, instituida por Iturbide durante su imperio, estableció los jesuitas, espulsados de Méjico, como de las demás colonias españolas, á mediados del siglo pasado, y finalmente, como complemento de este nuevo sistema, restringió á sus menores límites la instruccion pública.

Esta marcha de gobierno, estaba en abierta oposicion con las ideas que dominaban en el país, por cuya causa era menester darle una base poderosa de sustentacion, un elemento fuerte de poder. Santana no vaciló, y dirigió todos sus cuidados á la organizacion del ejército.

En esta organizacion, con el objeto de satisfacer todas las exigencias de sus partidarios, se hicieron doce mil nuevos nombramientos de oficiales de todas clases, recargando los cuadros del ejército, ya antes de esta época demasiado numerosos.

La situacion, segun vemos por la marcha política que se habia trazado, y fundándose, antes que

en la opinion pública, en un ejército numeroso, debia ser, y lo era en efecto, sumamente costosa. Para subvenir á sus necesidades, el gobierno no contaba con lo necesario, aunque gravitase pesadamente sobre el país por medio de escesivas contribuciones, y agotadas estas y los empréstitos forzosos, era necesario buscar nuevos recursos, por medios en gran manera ruinosos.»

El poder, sin embargo, no solo tenia que luchar con el descontento público, con el instinto de subordinacion, tan desarrollado en el país, con las ambiciones de los distintos partidos, sino tambien, con las aspiraciones de absorcion de los norte-americanos. Santana habia logrado dar alguna solidez á su poder, tanto por los talentos militares que se le suponian, cuanto por su larga vida pública; pero le faltaba la iniciativa necesaria, para dominar la situacion, para establecer el poder sobre bases sólidas y seguras, creando un sistema que estuviese á la altura de las circunstancias, que removiese los obstáculos principales que se oponian á la pública prosperidad, ganándose de esta suerte la opinion por medio de una dictadura ilustrada, y que caminase de concierto con los intereses de la república.

Todo lo mas que supo hacer, y eso por instinto de propia conservacion, fué organizar algun tanto el ejército, que mas bien que en la defensa del país, se ocupaba solo en actos de ostentacion esterior, y en rodear al presidente de cierta magestad, que es-

taba en contradiccion con el deplorable estado del país.

El clero volvió tambien á adquirir gran influencia en el manejo de los negocios públicos, reconquistando las antiguas preeminencias, que el partido radical, llevado quizás de un espíritu demasiado revolucionario, le habia arrebatado bruscamente. Escusamos añadir, que la federacion fué abolida, poniéndose en práctica un sistema centralizador.

Pero ninguna reforma de las que introdujo Santana, se encaminaba rectamente á satisfacer una necesidad apremiante, ni mejorar ningun ramo de la pública administracion. En aquel contínuo vaiven de los partidos, en aquel perenne tránsito de la reaccion mas estrema á la mas radical revolucion, continuaban siempre los mismos abusos, las mismas depredaciones en el poder, las mismas faltas en la administracion, la misma incuria en todo. El poder cambiaba de mano con frecuencia, pero sus mejoras se reducian á destruir por completo los hechos de los gobiernos contrarios, dejándose guiar por esto, mas bien que de un sano criterio, del mas ciego espíritu de partido. Los hombres variaban, su significacion política era distinta; las cosas, sin embargo, continuaban del mismo modo.

Claramente se comprende, que con semejante sistema, la gran masa de la poblacion perdia siempre, veia acrecentarse contínuamente los impuestos, la deuda nacional crecer de un modo desmesurado, y estas tristes circunstancias, llevaban el escepticismo

al fondo de todos los corazones, y el mas completo indiferentismo, era la consecuencia necesaria de todos estos trastornos. El pueblo, por lo tanto, no existia; todos se retraian de los negocios públicos; y con este régimen, quedaba el país sujeto al capricho de unos cuantos ambiciosos, que usaban el poder solo como medio de logro personal, sin cuidarse para nada de la suerte de la república.

Cuando en un país la opinion está bastante ilustrada, para formar, si no el primero, uno de los integrantes elementos del sistema político, se hacen en él de todo punto imposibles estos cambios de gobiernos, estos trastornos infecundos, estos mezquinos motines, que forman el carácter mas distintivo de la historia política, no solo de la república de Méjico, sino tambien de las demás, formadas con los fragmentos de nuestro antiguo poderío colonial.

De esta suerte, veíase tambien casi con indiferencia, que en tanto que el presidente, que se habia adornado con el título de *Alteza Serenísima*, pasaba revista á sus tropas en la capital, desplegando un aparato bélico respetable, veíase, repetimos, que las tribus salvajes del Norte, desolaban con sus correrías y depredaciones los estados de Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Durango y Zacatecas, debiendo añadirse á estas calamidades, los desafueros que en el territorio de Jalisco, cometian bandas formidables de ladrones armados, que tenian en contínua alarma al país.

Algunas veces, los pueblos que sufrian aquel terrible azote, pedian que el ejército que ellos contribuian á sostener, les garantizase el pacífico uso de sus propiedades; pero sus clamores no eran escuchados por su *Alteza Serenísima*, que se entretenia en ver desfilar desde las ventanas de su palacio, las tropas que debieran emplearse en defensa de los ciudadanos.

Dejamos indicado mas arriba, que el sistema de gobierno nuevamente establecido por Santana, desde su última ascension al poder, si bien no ofrecia grandes garantías de porvenir para los mejicanos, era en cambio muy costoso. Los recursos ordinarios y los estraordinarios á los cuales se recurre en el país con deplorable frecuencia, estaban agotados, y Santana, para sostenerse, no tuvo inconveniente en recurrir á espedientes nada patrióticos, y que atentaban á la integridad del territorio.

Nos referimos á la venta del territorio denominado la Mesilla, cuya posesion hacia mucho tiempo ya que los Estados-Unidos ambicionaban, con cuyo importe (10.000,000 de piastras) pudo el general Santana, subvenir por algun tiempo mas á las exigencias del gobierno, y por lo tanto continuar su administracion, mas de lo que en un principio se habia creido posible.

Generalmente se achaca al partido radical la desmembracion del territorio mejicano, y sin que nosotros tratemos de sincerarle de esta acusacion, debemos, sin embargo, advertir en pró de la im-

parcialidad, que dirige nuestra humilde pluma, que el partido reaccionario, no está exento por completo de esta acusacion. Aunque los Estados-Unidos observaron siempre con ojo avizor los diferentes y multiplicados trastornos, por que fué pasando la república mejicana desde su emancipacion de la Metrópoli, con el visible objeto de establecer su influencia, cada vez mas directa, en aquel rico país; sin embargo, en la época en que Santana, gefe entonces del partido clerical y reaccionario, vendió la Mesilla, no podian presentar pretesto alguno para apoderarse violentamente de este territorio, ni era de temer una usurpacion que hiciese necesario este nuevo sacrificio de territorio.

No obstante, Santana necesitaba recursos á toda costa para sostener el único apoyo de su poder, el ejército; y entonces, para cohonestar á los ojos del país el ruinoso tratado de la Mesilla, se echó mano de toda clase de argumentos, por especiosos que pudiesen ser. Decian los partidarios del gobierno, y estas ideas han tenido eco tambien en Europa, decíase, repetimos, que estando como estaba el tesoro exhausto, el ejército en un estado insuficiente para mantener la seguridad del territorio, las plazas de guerra desmanteladas, y las vias públicas en poder de los malhechores, era necesario, á toda costa, arbitrar recursos, para hacer frente á tan aprêmiantes necesidades.

Añadíase tambien, que los norte-americanos trabajaban para adquirir el territorio de la Mesilla,

fundándose en la designacion de límites del tratado de Guadalupe, y que era mas conveniente cederles á buen precio, lo que ellos podian apropiarse gratis; pero entonces, ¿qué se habia hecho de los recursos ordinarios del país, á qué atenciones se habian destinado, qué necesidades cubrian, qué cargas pesaban sobre ellos, que era necesario para subvenir á las exigencias del gobierno, desmembrar el territorio, y venderlo vergonzosamente para buscar caudales para nuevas dilapidaciones, y para satisfacer la codicia del poder, que habia de apropiarse una gran parte?

Lo patriótico, lo regular y decente en un gobierno, que no sabemos si espontáneamente ó no, ha tenido en nuestra misma pátria entusiastas admiradores, hubiera sido introducir radicales y oportunas mejoras, cercenar gastos inútiles, reducir créditos en gran parte ilegítimos, y eso sin vender el territorio nacional, sin recurrir á medios estremos, solamente con los ingresos ordinarios, y por medio de una prudente y sábia economía.

¿Por qué, lo que tanto se censura en el partido revolucionario, trata de sancionarse en el ultra-clerical, solo porque su gefe haya tenido la ridícula manía de adornarse con el pomposo título de *Alteza Serenísima*? Era menester atender á la defensa del territorio, artillar las plazas fuertes, provisionar los arsenales, organizar el ejército: pues bien, un gobierno digno y patriótico que se coloca á la altura de sus deberes, y que tiene la conciencia de su ele-

vada mision, encuentra siempre recursos en el mismo país, sin recurrir al deshonroso medio de vender el santo territorio de la pátria. La Mesilla no era una colonia, que pudiera costar mas á la Metrópoli que lo que producia, era una parte integrante de la pátria, y como tal, debia defenderse y conservarse.

Pero Santana necesitaba dinero, y he aquí la suprema razon. Necesitaba dinero para sostener un ejército numeroso, compuesto en su mayor parte de gefes con crecidas asignaciones, y este ejército, ni servia para asegurar el órden interior, ni para defender la pátria, cuando esta se encontraba amenazada. Necesitaba dinero, para satisfacer las escesivas exigencias del clero, para remunerar ámpliamente á sus partidarios, para satisfacer crecidos réditos por créditos, cuyos títulos eran falsos en su mayor parte. Necesitaba dinero tambien, para apropiarse una gran parte á título de sueldos y anticipos hechos, no se sabe cuándo ni cómo.

Y una prueba irrefutable de nuestros asertos, la encontramos en el modo con que se invirtieron aquellos diez millones de piastras, que no dejaron rastro alguno, y que solo sirvieron para sostener por algun tiempo mas la ruinosa administracion de Santana.

El descontento público hizo bien pronto sentir sus efectos. En donde estalló primero la chispa insurreccional fué en el estado de Guerrero, en donde gobernaba el general Alvarez, que se titulaba el rey del Sur. Santana, tan pronto como supo el pe-

ligro que amenazaba su dominacion, envió sus mejores tropas contra los insurgentes, que aunque muy inferiores en número, acogiéronse á las montañas, desde donde molestaban y diezmaban las tropas de Santana, cansándolas además en una lucha, en la que no podian obtener resultados positivos.

Entretanto, el espíritu de insurreccion iba poco á poco cundiendo por las demás provincias, y bien pronto enarbolaron el estandarte de la rebelion los estados de Mechoacan, Guanaxuato, San Luis del Potosí y Nuevo Leon. Entonces la guerra civil adquirió un carácter en estremo terrible; combatíase por una y otra parte sin tregua ni perdon, conservándose Santana en el poder en tanto que duraron los millones, producto de la venta de la Mesilla. Entonces, no encontrando recursos, viéndose imposibilitado de destruir la rebelion, rechazado por el sentimiento público, resignó su poder en julio de 1855, refugiándose, primero en Cartagena, y luego en la isla de San Thómas.

Varias veces, en el trascurso de estos apuntes, nos hemos ocupado de la vida pública de este personaje, pues segun se deduce de estos anales, influyó mucho sobre la suerte de la república. En el juicio histórico de los hombres públicos, influye mucho el grado de poder que han disfrutado, y la menor ó mayor popularidad de que han podido gozar. Santana fué algunas veces verdadero dictador. Al cumplimiento de sus órdenes y mandatos, no podia oponerse séria resistencia. Se encontró en

circunstancias en estremo favorables para introducir mejoras, para establecer reformas saludables, para plantear, en fin, un sistema completo de gobierno, de acuerdo con las exigencias de los tiempos modernos, y en armonía con las necesidades del país.

Lo que otros presidentes, con poco ó ningun prestigio, y que pasaban por el poder rápidamente, no podian intentar, pudo haberlo hecho Santana, en alguna de sus muchas presidencias; pero el país debió comprender, desgraciadamente á su costa, que la adversidad no enseñaba nada nuevo á este hombre de estado. En vez de cambiar de sistema, cambiaba de partido, recorriendo toda la escala, desde el exagerado radicalismo de Gomez Farias, hasta el escesivo ultramontanismo de Bonilla.

Esta volubilidad en las ideas políticas, producia en el país el esceptíicismo, que es la mayor de las calamidades públicas. Un pueblo, por estraviado que camine, por torcidas que sean sus ideas políticas, siempre que conserve vivo el espíritu público, siempre que alimente un sentimiento de interés por la suerte futura de la pátria, puede llegar mas tarde ó mas temprano á la conquista de sus destinos históricos; pero el que está corroido por el escepticismo político, el que ha perdido la nocion completa de sus deberes, es casi un cadáver, al que hay que infundir antes la vida, para dirigirle hácia un legítimo fin.

Las dictaduras de Santana, unas apoyadas en un partido, otras en otro, fueron siempre infecundas, y

no dejaron en pos de sí mas que el recuerdo de las calamidades que causaron. El que empezó faltando á sus deberes de militar, sublevándose en Veracruz, debia terminar su carrera política por la venta de la Mesilla. Entre estos dos términos está compendiada la vida política de Santana.

XII.

Los españoles en Méjico.

Antes de continuar en la sucinta esposicion de estos anales, tenemos que echar una mirada retrospectiva sobre el camino que hemos andado, para ocuparnos de la suerte que nuestros compatriotas tuvieron, durante la larga y triste série de insurrecciones y trastornos, que forman el fondo principal de la historia política de Méjico.

España, desde que en el siglo XVI, estableció su dominacion en América, trató de amoldar el gobierno de aquellas lejanas comarcas al de la Metrópoli, y esta intencion, no fué solamente instintiva, sino que está consignada en nuestras leyes de Indias.

La historia de las colonias demuestra, de un modo que no deja lugar á duda alguna, que en un plazo mas ó menos largo, todas tienden á eman-

ciparse, á adquirir vida propia, á sacudir la tutela, que la Metrópoli trata de hacer eterna. Ahora bien, el trabajo de todo gobierno ilustrado y previsor, debe dirigirse á preparar esta transicion del modo menos brusco posible, para que cuando se realice, queden la Metrópoli y sus respectivas colonias bajo el pié de la mejor amistad y union, que haga beneficiosa esta misma separacion, en vez de producir perniciosos resultados para los intereses de la pátria. Este interés, fué el primero qué desconoció el gobierno de España, y la causa de todos los males que la violenta emancipacion de nuestras colonias americanas produjo, tanto para la Metrópoli, como para ellas mismas.

La primera consecuencia de esta dominacion despótica, de esta tutela absoluta, que España mantenia en aquellas apartadas regiones, fué el que estas, despues de un brusco sacudimiento, se encontrasen de repente dueñas de sí mismas, sin esperiencia alguna para la vida pública, sin costumbres políticas, é imbuidas de muchas y perjudiciales preocupaciones. El verdadero sentimiento religioso, se confundia con el fanatismo, la libertad con la licencia, lo que debia producir la exageracion de los partidos, y la vacilacion constante con que pasaba el poder frecuentemente de un estremo á otro, sin las transiciones necesarias, que educan á los pueblos en la práctica de la libertad, y los preparan para el legítimo uso de su autonomía.

Por lo demás, consideradas las colonias como

medio de logro personal para los europeos, cerrábase la puerta á los destinos públicos á los *criollos*, encontrándose estos, á pesar de su orígen español, privados de la vida pública, con lo cual las fuerzas de su ingenio, se dirigian hácia objetos ilegítimos, si querian salir de la ociosidad á que los condenaba la madre pátria. Esto iba paulatinamente amenguando la aptitud de esta clase numerosa, y que hábilmente dirigida, hubiera producido beneficiosos resultados, y trazaba una línea divisoria entre los criollos y los europeos, siendo la causa de un inestinguible rencor entre ciudadanos, que debian considerarse ligados por los mas estrechos vínculos. Con deplorable frecuencia el odio entre españoles y criollos, llegó hasta el estremo de borrar los lazos mas santos de la familia, produciendo una enemistad profunda entre el padre y el hijo.

Esta escision lamentable, debia aparecer con todo su vigor en la época de la guerra de la independencia, en que embriagados los americanos por sus mismos triunfos, juraron instintivamente un odio eterno hácia el nombre español. De esta suerte se esplica, el que siendo nuestros hijos, hablando nuestra propia lengua, participando de nuestras creencias, ideas y sentimientos, nos separa un profundo abismo, que ni el tiempo ni la civilizacion han podido todavía borrar.

Los gobiernos españoles, al sentir que aquellas ricas colonias se emancipaban, no tuvieron el tacto

ni la habilidad necesarias para que su pérdida, en vez de sernos sensible, nos fuese beneficiosa. Obstináronse por un espíritu de orgullo y de patriotismo mal entendido, en combatir hasta el último momento, y cuando toda resistencia material fué ya inútil, en vez de tratar de recobrar por la via diplomática, y por medio de hábiles transacciones pacíficas el perdido influjo, bajo un pié de mútuas relaciones, persistieron en protestar tácitamente contra aquella emancipacion que no pudieron impedir, negando el reconocimiento á aquellos gobiernos, fundados con los restos de nuestro poderío colonial.

El ejemplo de la Inglaterra, que supo aprovecharse de la emancipacion de los Estados-Unidos, hasta el punto de preparar para el comercio y la industria nacional, rendimientos muy superiores á lo que las colonias proporcionaban, en la época de su independencia, fué desdeñado por España, y así vemos que, á pesar de hacer mas de medio siglo que nuestras colonias se emanciparon, todavía algunas no se han reconocido, y nuestras relaciones en América tienen que ser, á causa de esta torpeza ó incuria, violentas, irregulares y muy poco á propósito para nuestro comercio material é intelectual.

Ahora bien, el espíritu de hostilidad que existia entre criollos y españoles antes de la independencia, creció por las circunstancias de la guerra sin tregua ni perdon, robusteciéndose cada vez mas con la obstinacion que los gobiernos mostraban en no reconocer la autonomía de unas comarcas que

ya no nos pertenecian. Entonces, aquellos pueblos se acostumbraron á odiar instintivamente el nombre español; confundiendo al pueblo, que no puede prescindir de los lazos de tan inmediato parentesco, con el gobierno, que no siempre obra en consonancia con las necesidades del país.

Negándose el gobierno español á reconocer la independencia de aquellas repúblicas, claro es que no podian estrecharse relaciones diplomáticas, y que las comerciales é industriales que se estableciesen, debian estar sujetas al capricho de aquellos gobiernos, que se sucedian con deplorable rapidez. Esto retrajo en gran parte la inmigracion española en el territorio mejicano, pues los súbditos españoles no contaban con ninguna sólida garantía, que les asegurase la tranquila posesion del legítimo fruto de sus afanes. De esta suerte, en tanto que los demás europeos, con muy cortas escepciones, y solo en determinadas circunstancias, podian dedicarse á labrar su fortuna en aquellas comarcas, solo sus antiguos poseedores eran mirados como estranjeros, y lo que es peor, como estranjeros odiosos.

Por otra parte, cuando se verificó el alzamiento popular, que terminó con la independencia, las gentes acaudaladas, que debian tomar la iniciativa para dirigir el movimiento hácia un fin civilizador que labrase la prosperidad nacional, demostraron, por el contrario, una apatía y retraimiento censurables, que dió márgen al predominio de los aventureros y de las clases menos capaces é ilustradas,

que convirtieron la revolucion en anarquía, postrando al país en un decaimiento sensible, á fuerza de trastornos y luchas encarnizadas é interminables.

La parte sensata de la poblacion, abdicó de esta suerte su poder en manos, no del legítimo pueblo, sino del populacho; y este, para robustecer su poder, despertó en el corazon de los indígenas el odio contra los europeos, y este fué tambien uno de los motivos de la aversion que nos han demostrado siempre los mejicanos.

Cuando el gobierno español, movido por los repetidos lamentos de sus súbditos residentes en aquellas comarcas, dirigió su vista hácia ellas, y entabló reclamaciones por la via diplomática, tuvo que luchar con grandes obstáculos, y entretanto se vejaba á nuestros compatriotas, que no podian contar con el tranquilo goce de sus riquezas, y que se veian espuestos, con deplorable frecuencia, á las iras de los mejicanos.

Bien es verdad, que si hemos de ser todo lo imparciales que debemos, si hemos de prescindir ante la verdad histórica de nuestras afecciones, no dejaremos pasar en silencio otra de las causas de las vejaciones que hemos sufrido en América. Mientras los súbditos de las demás potencias europeas (1), que residian en la república mejicana, demostraban un prudente aislamiento, en lo que se refiere á los movimientos políticos y á las insurrec-

(1) Escepto los franceses en algunas ocasiones.

ciones militares; tratando de conservar con todos los partidos las mismas amistosas relaciones, los españoles, sin duda, por el hábito de considerar aquel país, no como completamente estraño, se mezclaron mas de lo que hubiera sido necesario en aquellas repetidas contiendas, hasta el punto de formarse un partido español, allí donde no debia haber mas que partidos mejicanos.

Escusamos añadir, que la mayor parte de los españoles que residian en aquellas comarcas, se afiliaron siempre al lado del partido conservador, ó por lo menos manifestaron por él ciertas simpatías, que hicieron acrecer el odio de los constitucionalistas hácia los españoles, y cuando el partido liberal llegaba al poder, se ensañaba, mas que contra sus mismos enemigos políticos, con los estranjeros que de alguna manera habian tomado parte en las discordias civiles.

Los *léperos* (1), producto de la mas depravada sociedad, verdaderos *lazaronis* de la capital, desahogaban con frecuencia sus instintos de desolacion y de rapiña contra los españoles, en los pronunciamientos militares, la soldadesca se abandonaba tambien contra ellos á sus depredaciones, y de esta suerte, las reclamaciones de los españoles reconocian un sólido fundamento.

Sin embargo, en el momento de hacerse efectivas estas reclamaciones, hubo exigencias muy su-

---

(1) En otro lugar nos ocuparemos de ellos.

periores, de las que en justicia debian haberse presentado, negociaciones poco legítimas en parte, con lo que se cargó el tesoro mejicano con una enorme deuda, representada por títulos sospechosos en parte, ó que se suponia al menos que así fuese, dando márgen á que los gobiernos radicales, siempre que conseguian apoderarse de las riendas del Estado, rechazasen los créditos de esa deuda, rompiendo bruscamente con el gobierno español.

Entonces se reanudaban nuevas relaciones diplomáticas, que no podian llegar á un definitivo resultado, pues ambas partes contratantes partian de diversos puntos. El gobierno de Méjico, para llegar á un acuerdo, pedia la revision de los títulos, con el objeto de comprobar su legitimidad, y la España no podia entrar en este arreglo bajo tal base, pues de este modo se lastimaban intereses creados y legítimos, por mas que en su orígen adoleciesen de algunas faltas. Era muy posible que la mayor parte de esos créditos contra el tesoro, hubiesen pasado ya por muchas manos, y los nuevos poseedores no debian pagar culpas ajenas. Esto dificultaba en gran manera nuestras relaciones diplomáticas con la república de Méjico, pues si bien es cierto que, cuando llegaba al poder el partido retrógrado, existian algunas veces, buenas relaciones entre ambos países, la vuelta del bando contrario las rompia bruscamente. Estábamos tocando precisamente en esto, las consecuencias de no haber reconocido oportunamente la independencia de la república mejica-

na, con lo cual hubiéramos obtenido, como premio de nuestra condescendencia, tratados ventajosos, que todos los partidos hubieran respetado, por lo mismo que radicaban, mas bien que en un partido determinado, en el reconocimiento de la nacion entera. Con esto tambien, el odio hácia el nombre español no hubiera llegado á tal estremo, facilitándose así las relaciones entre ambos paises.

De todo esto resulta que, si bien las personas ilustradas, que pueden elevarse á una nocion verdadera y justa de los hechos, aprecian á los españoles en lo que valen, la gran masa del país, los descendientes de las indisciplinadas bandas de Hidalgo y Morelos, llevan su rencor hácia nosotros hasta un grado casi inconcebible de exacerbacion.

El gobierno es con frecuencia impotente para castigar los escesos á que se abandonan, especialmente los mestizos contra los españoles, y esta sensible circunstancia, ha hecho, con deplorable frecuencia, muy precaria la existencia de los españoles en Méjico, comprometiendo sus vidas é intereses en manos de bandas de ladrones y asesinos.

XIII.

Cuernavaca y San Vicente.

La abdicacion del general Santana, efecto de los movimientos insurreccionales que hemos dejado apuntados mas arriba, trajo en pos de sí, como consecuencia necesaria, el triunfo del partido *liberalista* (1), y un cambio completo en el sistema político del país. Hemos visto ya que Santana, en su última dictadura, se entregó completamente en manos de la reaccion, dió gran importancia al elemento clerical, estableció los jesuitas, puso trabas á la instruccion pública, y organizó el ejército de un modo desconocido hasta entónces en el país. Como era natural, tan pronto como el partido revolucionario se apoderó de las riendas del poder, se ensañó contra los

(1) Nombre que reciben los liberales.

intereses creados por la reaccion, con la misma pertinacia que este habia desplegado para destruir las conquistas de la revolucion, declaró al país organizado bajo la base federal, tratando de destruir la centralización planteada por Santana. Conmofort fué elevado entonces á la presidencia, y sus primeros actos políticos, fueron encaminados á borrar por completo las huellas de las dominaciones reaccionarias, que habian llegado á su superior espresion durante la última dictadura del general Santana.

Las relaciones que España hasta entonces habia tenido en aquella república, se habian resentido de su carácter de provisionales, y eran muy poco á propósito para establecer sólidos lazos de amistad y de comercio íntimo entre ambos pueblos hermanos. En un país tan trabajado por las discordias civiles y por las sublevaciones militares, que solo en el espacio que media desde su emancipacion hasta la fecha, ha tenido cerca de sesenta distintos gobiernos, no debieron jamás fundarse las relaciones, apoyándose esclusivamente en uno de los bandos, sino que, por el contrario, todo el tacto y habilidad de los gobernantes españoles, debia haberse dirigido á estrechar los lazos de la amistad comun, prescindiendo completamente de la diferencia de partido. Pero sea porque los españoles allí residentes, se inclinaron siempre en sus afecciones al partido clerical, sea que el gobierno español encontrase en este mas garantías de estabilidad y buen cumplimiento á los pactos establecidos, es lo cierto que

España liquidó sus deudas, y arregló sus antiguas diferencias, con los gobiernos reaccionarios.

Al elevarse al poder los *liberalistas* ó *constitucionalistas*, que con ambos nombres suele designarse á los partidarios del sistema radical, estos lazos y relaciones se quebraban bruscamente, los créditos que ellos tenian, y preciso es decirlo, con alguna justicia, por exagerados, dejaban de satisfacerse, y los españoles sufrian, tanto en su persona como en sus propiedades, los vejámenes que son consiguientes al espíritu de hostilidad, que dominaba entre los mejicanos y los españoles; espíritu tanto mas opuesto, cuanto que reconocia por origen la parcialidad de estos últimos hácia un determinado gobierno.

Con frecuencia, durante el presente siglo, hemos tenido que lamentar tristes escenas, de las cuales eran siempre víctimas los españoles, y no teniendo nosotros medios suficientes para entablar sérias reclamaciones, estos desafueros quedaban siempre sin el debido correctivo, lo que alentaba á la hez del populacho de Méjico, á continuar en sus acostumbradas fechorías.

Sin embargo, el escándalo llegó á su colmo en 1856, durante la presidencia de Comonfort, en cuya época tuvieron lugar las matanzas de San Vicente y Cuernavaca, que todos recordamos, y que causaron en nuestra pátria profundo descontento, tanto porque veíamos perecer indefensos y en remotas tierras á nuestros hermanos, cuanto porque es-

tas fechorías, demostraban el respeto que infundia en aquellos climas el nombre español.

Bandas de asesinos feroces, formadas en su mayor parte de léperos, celebrando el aniversario de la sublevacion de Dolores (lo que allí se conoce con el nombre de *grito de Dolores*), se abandonaban á los mayores escesos, quemando y talando las propiedades, robando las haciendas y matando traidoramente á los españoles. Estas escenas se repitieron hasta en la misma capital, llegando la barbárie de aquellos desalmados hasta el estremo de quemar vivos á algunos comerciantes, por el único crímen de ser ricos y súbditos de España.

Aunque no puede decirse que el gobierno presidido por Conmofort, fuese el instigador de estos desmanes, es cierto, sin embargo, que no desplegó la energía necesaria contra los culpables, que eran alentados por la apatía del poder, y que repetian estos crímenes al observar que quedaban impunes. Ninguna reclamacion hubiera podido hacerse en justicia al presidente Conmofort, si hubiese desplegado en la represion de estos escandalosos hechos, toda la actividad y energía que por su importancia merecian; pero en vez de esto, se dejó tranquilamente á los culpables en el uso de los productos de sus depredaciones, y si alguna providencia se tomó contra ellos, fué de todo punto ineficaz, destinada mas bien á cubrir el espediente, que no á dar satisfaccion ni á impedir que en lo sucesivo se repitiesen tan repugnantes atentados.

Sin embargo, no era esta sola la única causa de queja que existia por parte del gobierno español, con respecto á los mejicanos, sino que hay que añadir además la suspension en el pago de intereses á los créditos españoles, que por mas que reconociese algun fundamento de justicia, se habia llevado á cabo de un modo escesivamente brusco, que debia lastimar legítimos derechos. En circunstancias normales, era justo que se hicieran por parte del gobierno mejicano, cuantas reclamaciones pudiesen ser necesarias, para llegar á un acomodo honroso y equitativo por ambas partes; pero romper bruscamente de este modo, y permitir ó tolerar las fechorías de San Vicente y Cuernavaca (que esto significaba no castigarlos severamente), eran circunstancias mas que suficientes para un rompimiento.

Las cortas relaciones que existian entre España y Méjico terminaron de este modo, y aun se pensó en que se llevaria á cabo una espedicion armada, cuyo objeto seria obtener reparacion cumplida, por los agravios que se nos habian inferido; pero las circunstancias en que se encontraba entonces la península, imposibilitaban todo pensamiento de invasion. Hiciéronse por la via diplomática las necesarias reclamaciones; pero el gobierno de Méjico, en vez de perseguir activamente á los asesinos de San Vicente y Cuernavaca, los alentaba, si así puede decirse, con punible tolerancia, y el estado en que se encontraban los españoles residentes en aquellas comarcas, era sobremanera difícil y precario.

Entretanto, en el interior del país continuaba el trabajo de reforma, ocupándose la cámara en la votacion de una Constitucion, inspirada por un espíritu eminentemente radical y federativo. Aunque el presidente habia provocado este órden de cosas, puede decirse que los acontecimientos iban mas allá que sus mismos deseos, pues si bien en un principio, para elevarse al supremo poder, creyó conveniente apoyarse en el partido avanzado, bien pronto principió á ponerse en contradiccion con la cámara misma que le debia su existencia.

El resultado de los trabajos parlamentarios fué la promulgacion de la Constitucion de 1857, que era en su espíritu y tendencias, una de las mas federales que habian existido, y en la cual se reconocia la autonomía de los distintos estados que formaban el territorio mejicano, bajo la mas ámplia base.

Conmofort conoció que habia ido demasiado lejos, y que los acontecimientos le habian arrastrado con su fatal lógica al estremo mas radical; pero como bajo ningun concepto, el presidente de la república iba tan allá en sus convicciones, apenas se promulgó la Constitucion, se disponia ya á destruirla, aunque hubiese sido él mismo el que la habia sancionado. Las muchas contradicciones de Santa-na, hicieron que el país se acostumbrara á semejantes cambios, y aunque era de esperar algun sacudimiento, sin embargo Conmofort se creyó con fuerza y prestigio suficiente para sofocarle en seguida. Las cosas, sin embargo, pasaron de otra manera. El

golpe de Estado contra la Constitucion de 1857, provocó una reaccion estrema, y Conmofort recibió el castigo de su falta política, viendo conjurados contra sí á sus propios enemigos, á los que él mismo habia dado armas, por medio del movimiento reaccionario que llevó á cabo.

El resultado definitivo de estos acontecimientos, de estos cambios y trastornos, fué la elevacion al poder del partido reaccionario, á cuyo frente se colocó Zuloaga. Este nuevo gobierno fué reconocido bien pronto por las distintas naciones europeas, y hasta los mismos Estados-Unidos enviaron á Méjico un representante; pero, sin embargo, jamás pudo constituirse de un modo definitivo, y en todo el tiempo de su existencia, tuvo enfrente de sí al partido avanzado, que no depuso las armas hasta que consiguió alcanzar el triunfo.

Juarez, vicepresidente del gobierno Conmofort, tan pronto como triunfó en la capital el partido reaccionario, protestó de este cambio, y saliendo de la capital, y reuniendo algunos parciales, instaló un nuevo gobierno en Queretaro.

Las circunstancias políticas por que atravesaba España en aquellos momentos, eran muy poco idóneas para que las reclamaciones pudiesen hacerse de un modo eficaz, y apoyadas por el suficiente aparato bélico para obtener un positivo resultado; y si bien el ministerio Narvaez, segun entonces se dijo, pensaba enviar una espedicion contra Méjico, para lo cual se hacian, al parecer, los necesarios

aprestos, con su caida se suspendieron estos bien pronto, y las relaciones entre España y Méjico continuaron bajo el mismo pié por entonces.

El gobierno de Zuloaga, sin embargo, desde su advenimiento al poder, manifestóse algun tanto dispuesto á entablar negociaciones con el gabinete español, para el arreglo de las diferencias pendientes; pero tardaron todavía algun tiempo en establecerse, tanto á causa del estado precario del gobierno mejicano, como porque las circunstancias de la política interior de España, absorbian demasiado la pública atencion, para que se pensase en las cuestiones esteriores.

A pesar de todo, Zuloaga no conseguia arraigarse en el país. Su prestigio era insignificante para dominar una situacion tan difícil como la que atravesaba la república, y por otra parte, no contaba ni con los talentos, ni con la fuerza de voluntad que sabe triunfar de todos los obstáculos. Juarez, entretanto, mantenia en pié el estandarte de la libertad, agrupando en torno suyo todos los descontentos y partidarios de las ideas avanzadas. El estado de la república era deplorable por demás; la situacion violenta se prolongaba de un modo indefinido, de suerte, que hubiera sido muy difícil poder decir con exactitud, cuál de aquellos gobiernos era legítimo.

La posesion de la capital en un país en donde los lazos de centralizacion habian sido siempre muy efímeros, no suponia nada; mucho mas, cuanto que unos estados obedecian á Zuloaga y otros á Juarez;

la guerra civil continuaba por ambas partes con el mismo encarnizamiento, y la anarquía se perpetuaba de un modo verdaderamente deplorable.

Los mismos partidarios de las ideas reaccionarias, conocian demasiado que no era Zuloaga el hombre capaz de hacer frente á las complicaciones que la situacion presentaba, y todos designaban ya al general Miramon como el que debia sucederle.

Juarez habia trasladado la sede de su gobierno á la plaza de Veracruz, desde donde con una gran fuerza de voluntad y sin desconcertarse por los descalabros parciales de sus tropas, continuaba sosteniendo sus ideas, con cuya energía consiguió tambien que el gobierno de los Estados-Unidos, que siempre habia manifestado simpatías con los radicales, le apoyase, primero estraoficialmente, y luego de un modo mas ostensible.

La situacion en que se encontraban en esta época ambas partes beligerantes, era la siguiente. Ocupaban, además de la plaza de Veracruz, cuya aduana les producia recursos de alguna consideracion, á Tampico, San Luis del Potosí, Acapulco, Oaxaca, Colima, Zacatecas y algunos puntos de menor importancia, disponiendo al propio tiempo de cerca de quince mil hombres, que al mando de los generales Degollado Vidaurii, La Garza y Blanco, defendian los principales puntos estratégicos, tomando por base de operaciones la poblacion de Monterrey. Los partidarios de las ideas reaccionarias, solo podian oponer á esta fuerza unos veinte mil hombres, que

estaban distribuidos entre la capital, Guadalajara, Tlaxcala, Jalapa, Guanaxuato, Queretaro, Cuernavaca, Puebla, Córdoba, Orizaba y otros puntos de poquísima importancia.

Claramente se comprende de esta esposicion, de los medios con que contaba cada partido, y de los puntos que ocupaban, que la lucha debia durar mucho tiempo, sin que pudiera predecirse su resultado, por la poca superioridad que tenia uno de los partidos sobre su contrario.

Zuloaga, conociendo las dificultades que ofrecia la situacion, trataba de entablar amistosas relaciones con las potencias europeas, para dar á su gobierno mayor fuerza moral y condiciones de estabilidad, pero las mismas circunstancias en que se encontraba, hacian sus proyectos de una difícil realizacion.

XIV.

Tratado Mon-Almonte.

España era, de las potencias européas, la que mayores motivos podia tener de descontento con el gobierno mejicano, tanto por la suspension del pago de los intereses de los créditos españoles, cuanto por las lamentables escenas de San Vicente y Cuernavaca, que habian quedado en su mayor parte impunes. Pero las condiciones en que se encontraba el gobierno español, hacian que las reclamaciones no pudieran ser tan eficaces como exigian los insultos inferidos y los perjuicios causados á los españoles residentes en Méjico. Por otra parte, la opinion sobre los asuntos de Méjico estaba algun tanto falseada, y la ignorancia aumentaba los motivos que teníamos para un rompimiento con la república mejicana.

A la série de gobiernos efímeros que sucedieron

al de Narvaez, siguió el llamado union liberal, bajo la presidencia del general O'Donnell. Conociendo que una espedicion contra Méjico, podia darle la popularidad necesaria para asentar sólidamente su poder, trató de apoyarse en las creencias que dominaban con respecto á la república mejicana, tratando de escitar en lo posible el sentimiento de una necesaria reparacion en todos los ánimos, recordando con este objeto las matanzas de San Vicente y Cuernavaca. Los diarios ministeriales, hacian presente que ningun gobierno habia desplegado la energía necesaria para establecer relaciones normales con los mejicanos, ni para vengar las injurias que en distintas épocas se habian inferido á la Europa, ni aun para asegurar la suerte futura de nuestros nacionales en tan lejanos paises.

El gobierno mejicano de Zuloaga, habia autorizado á su ministro plenipotenciario Almonte, cerca del gobierno inglés, para terminar por una via pacífica las diferencias pendientes, ofreciendo perseguir eficazmente á los fautores de las matanzas de Cuernavaca; pero se suponia que el gobierno mejicano no desplegaba toda la actividad que debia desear, para darnos en este punto cumplida satisfaccion. No tenia nada de estraña esta conducta de Zuloaga, si se considera su difícil posicion, y la imposibilidad moral en que se encontraba, para lanzarse á sérias pesquisas sobre aquellos hechos, pues podia muy bien enagenarse muchos partidarios, y aun provocar una sublevacion popular en los pun-

tos que ocupaba, por el rencor que el pueblo manifestaba hácia los españoles.

Sin embargo, á pesar de todo, envió una lista de las ejecuciones que se habian verificado en las personas de los verdaderos culpables de Cuernavaca y San Vicente; pero el gobierno, al parecer, estaba demasiado resuelto á la guerra y los preparativos continuaban á pesar de todo.

La consecuencia política no ha sido la virtud predominante en el gobierno de la union, por lo cual, cuando todo el mundo creia inevitable una invasion contra Méjico, cuando se habia hecho lo posible por escitar todos los ánimos en este sentido, presentando la guerra como una cuestion de honra nacional y de patriotismo, cuando en el Senado se tocó esta cuestion, predominando su espíritu visiblemente hostil en el gobierno, en aquella misma época, la cuestion tomó un rumbo distinto, y los temores de la guerra fueron decreciendo por momentos.

Así las cosas, nuestro embajador cerca del gobierno francés se dirigió á Paris, con las instrucciones necesarias, para ponerse de acuerdo con el plenipotenciario de Méjico, Almonte, para terminar las diferencias con aquella república, y establecer un tratado de comercio y amistad entre ambas naciones

Para poder comprender la oportunidad de tales negociaciones, y la garantía que podia presentar para el porvenir, es necesario que tengamos en

cuenta el estado de anarquía y disolucion en que se encontraba la república mejicana, presa de distintas banderías, con dos gobiernos distintos, que ambos se disputaban los títulos de legitimidad. ¿No era esto esponerse visiblemente á lo que despues sucedió? ¿Podia nadie asegurar la existencia del gobierno reaccionario por mucho tiempo, y no era aventurado tratar con una de las partes contendientes, cuando la otra habia de tomar estas negociaciones como un insulto que se le dirigia, y anularlas, tan pronto como se encontrase en posicion de poderlo hacer? Un gobierno no debe mirar la idea que otro representa para tratar con él; pero debe considerar si está constituido legalmente, si no tiene una oposicion fuerte y armada, que pueda hacer en lo futuro ilusorias las transacciones; pues creemos que cuando un país está sumido en una guerra civil, cuyo resultado es incierto, es en gran manera opuesta toda negociacion con una de las partes, pues envuelve un fondo de parcialidad que puede causar futuros perjuicios.

El gobierno español no quiso tener presente estas circunstancias; diríase que trataba de valerse de la crítica situacion en que se encontraban los reaccionarios, para sacar de las negociaciones mayores ventajas. No faltaba en esta ocasion quien se mostrase ardiente partidario de una intervencion armada, con el objeto de robustecer el partido de Zuloaga, arrebatar á Juarez la plaza de Veracruz, su principal medio de resistencia, obteniendo como premio de tal concurso un ventajoso tratado.

La parcialidad de semejantes miras resalta á primera vista á los ojos de todos. ¿No era esto violar escandalosamente, no solo los principios fundamentales del derecho de gentes, sino tambien faltar abiertamente á la justicia, y todo, con el objeto de imponer un gobierno acaso exótico á un país, arrebatándole violentamente la autonomía que habia gozado por espacio de medio siglo? Diríase, y es verdad, que habia hecho mal uso de su independencia, que no pudo conseguir una Constitucion sólida y estable, que la anarquía se cebaba con deplorable frecuencia en aquel país; ¿pero hay acaso ninguna nacion que haya alcanzado un estado de prosperidad y bienandanza, sin esperimentar bruscos sacudimientos y repetidas revoluciones? ¿Nuestra historia contemporánea está tan exenta de revueltas intestinas, de mezquinos motines, de sublevaciones militares, que pudiésemos juzgar con tanta severidad la historia de Méjico, cuando la nuestra no puede justificarse?

Y aun prescindiendo por un momento de la justicia que pudiera asistirnos para intervenir en aquellas comarcas, ¿podríamos acaso hacerlo sin peligro? Los estados vecinos, ¿verian con indiferencia que España tomaba parte en las discordias intestinas de un país, poniéndose de parte de una de las parcialidades contendientes, dando márgen para que se sospechase que llevábamos un interés bastardo en esta intervencion?

Si á nosotros se nos habian inferido insultos de

bastante gravedad, para que se justificase una invasion, ¿no debíamos esperar, para entablar las debidas reclamaciones, á una época oportuna, para evitar que los gastos fueran estériles y los sacrificios inútiles? En vez de tratar con uno de los partidos, precisamente en los momentos en que la guerra civil se desencadenaba con mayor fuerza, era menester establecer relaciones con la nacion, so pena de esponerse á que un partido, en el momento del triunfo, rompiese los lazos anudados por su contrario.

Sin embargo, el gobierno O'Donnell, por medio de su representante en la córte de las Tullerías, habia comenzado las negociaciones con Almonte, que para ese efecto se habia trasladado desde Inglaterra á París; pero estos trabajos diplomáticos se dilataron mucho, pues el gobierno español tardó bastante tiempo en abandonar sus ideas de intervencion, y por otra parte, las oscilaciones á que estaba sujeto el gobierno de Zuloaga, dificultaban tambien la marcha de las operaciones.

Entretanto, Juarez continuaba defendiéndose en Veracruz, y aunque sus tropas sufrieron algunos reveses parciales, siempre conseguia rehacer el espíritu de sus parciales arbitrando medios para sostenerse. Al mismo tiempo, reclamaba la ayuda del gobierno de Washington, y este, aunque mantenia un representante en la capital, no rechazaba el entablar relaciones con los radicales. Fácilmente puede comprenderse el objeto de los Estados-Unidos, que en poco mas de cuarenta años habian conseguido ab-

sorberse la mitad del territorio mejicano, unas veces apoyando el espíritu de federacion de algunas provincias, otras por medio de arbitrarias limitaciones de territorio, y otras, en fin, valiéndose de ciertos apuros de los gobiernos, que con objeto de prolongar por algun tiempo mas su precaria existencia, no dudaban en sacrificar la pátria al estranjero.

La situacion, sin embargo, iba haciéndose insostenible para Zuloaga. La guerra civil daba demasiada importancia é independencia á los generales reaccionarios, y algunos de ellos, que solo habian empuñado las armas con miras de logro personal, manifestaban claramente un espíritu de independencia amenazador.

Sin embargo, las negociaciones continuaban en París para llegar á un arreglo definitivo, y el resultado de ellas fué el tratado conocido con el nombre de Mon-Almonte, diversamente juzgado por el público, pero que envolvia en sí mismo el vicio capital de apoyarse tan solo en una de las diversas parcialidades, que se dividian simultáneamente la direccion de los negocios públicos.

Esta circunstancia que encerraba el tratado Mon-Almonte, no debia tardar mucho tiempo en hacerse sentir, como lo demostraron los hechos subsiguientes. Almonte, á consecuencia del feliz éxito de sus operaciones, vino á Madrid, y fué reconocido como ministro plenipotenciario de Méjico, de suerte que el gobierno O'Donnell se encontró li-

gadó estrechamente con el partido reaccionario, y en abierta oposicion con los radicales.

Antes de señalar las consecuencias de esta estraña política, debemos hacer notar cuál era el curso que seguia la lucha en Méjico, lucha que habia adquirido un carácter crónico.

XV.

Miramon.

Mientras tanto que estas negociaciones se seguian en Europa, las cosas habian variado bastante allende el Atlántico. La guerra entre radicales y reaccionarios continuaba sin tregua ni descanso, y si bien unos y otros tenian que lamentar descalabros, no eran estos decisivos, de suerte que el derramamiento de sangre no producia resultado alguno definitivo.

Entre los generales que apoyaban el gobierno de Zuloaga, se encontraba Miramon, que mandaba una division, y cuyo crédito iba creciendo á medida que decrecia el prestigio del presidente. Sin embargo, cuando Zuloaga se vió en la necesidad de abandonar el poder, no fué Miramon el que le sucedió, sino Osollos; pero á la muerte de este, acae-

cida muy poco tiempo despues de su elevacion á la presidencia, Miramon se apoderó de las riendas del poder, y emprendió las hostilidades contra los radicales con mayor energía. Miramon era, de los generales que militaban en el campo reaccionario, el que poseia mayor fuerza de carácter, y á pesar de no poder ostentar una larga carrera militar, habia llegado ya á uno de los grados supremos de la milicia, y su ambicion no reconocia límites.

Sin embargo, en su nuevo puesto, no solo tenia que luchar con los radicales, sino tambien con los partidarios del general Santana, que desde su destierro de San Thómas, mantenia entre ellos vivas las esperanzas de una próxima vuelta. Muchos generales además, no podian perdonarle sus pocos años, y que en menos tiempo se hubiese elevado mas que ellos en la política, y para hacer frente á tantas enemistades, era menester desplegar gran actividad y energía, al mismo tiempo que cierta habilidad.

Con respecto á los que deseaban la vuelta del general Santana, en vez de considerarlos como enemigos, fingia alimentar él tambien el mismo deseo, aunque tratando de hacer cundir la idea, de que no era oportuno esponer á un hombre de tan larga carrera política á los azares de un revés, y que tan luego como el partido radical se encontrase reducido á su último apuro, entonces era el momento de ofrecer el poder al general Santana, que podria destruir al partido constitucionalista, y establecer

sólidamente, y bajo seguras bases, la dominacion de los conservadores.

Con estas mismas ideas estaba, ó al menos aparentaba estar conforme, el proscrito de San Thómas, que contestaba á las misivas que desde Méjico le remitian sus amigos políticos, con prudentes evasivas que pudieran mantener entre sus partidarios vivas las esperanzas de su vuelta, sin verse obligado á dar un paso demasiado comprometido. Entretanto, Juarez se sostenia en Veracruz, estrechando cada vez mas sus relaciones con el gabinete de Washington, haciendo promesas para lo futuro.

Miramon conocia el poder efectivo que prestaba á los radicales el apoyo moral de los Estados-Unidos, y tratando de enagenarles esta simpatía, algun tanto interesada, reunió la mayor parte de sus tropas, con el objeto de atacar resueltamente á Juarez, hasta en sus últimos atrincheramientos.

Sin embargo, los cálculos de los reaccionarios salieron completamente fallidos, pues el gobierno de Washington, conociendo que si vencian los reaccionarios, no podrian influir directamente en la república, puesto que este partido habia tratado siempre de estender sus relaciones con Europa, se decidieron al fin á reconocer el gobierno de Juarez, cambiando su indirecta proteccion en una ostensible alianza.

Dícese que Juarez, para llegar á este resultado, tan ventajoso para la satisfaccion de sus ambiciones personales, no reparó en promesas, y hasta se su-

ponia que habia ofrecido á sus aliados la cesion de algunas provincias, y aun se habló de la Sonora, que desde mucho tiempo antes era codiciada por los Estados-Unidos.

Gran golpe recibió con este reconocimiento el partido reaccionario; pero Miramon, con el objeto de pararle de alguna manera, hizo que sus representantes en Europa, desplegasen mayor actividad para entablar amistosas relaciones con los gabinetes europeos. No faltaban tampoco agentes que tratasen de alarmar el espíritu del gobierno de Madrid, con el objeto de que interviniese directamente con algunas tropas en favor de los reaccionarios, y para eso se hablaba de la total absorcion de la república de Méjico por los Estados vecinos, y de la crítica posicion en que quedaban nuestras posesiones trasatlánticas. Pero por mucho que el gobierno de la union liberal desease buscar un pretesto para separar la atencion de los ánimos de los negocios interiores, la agresion contra Veracruz, ocupada por las tropas de Juarez, provocaria indudablemente una mala inteligencia con los Estados-Unidos, y no era fácil arrostrar las iras de este poder sin esponerse á graves conflictos.

Miramon, entretanto, hacia lo posible por estrechar cada vez mas á los radicales en Veracruz; pero como estos podian recibir, tanto por mar, como por la frontera de los Estados-Unidos, todos los necesarios refuerzos, prolongaban con ventaja su defensa, manteniendo además en Monterrey,

punto casi fronterizo, la base de sus operaciones.

El tratado Mon-Almonte daba alguna confianza á Miramon, pues como por él establecia buenas relaciones con el gobierno de Madrid, y al mismo tiempo habia sido estipulado bajo la mediacion de la Francia y de la Inglaterra, estas dos naciones se adherian moralmente tambien á su gobierno, y destruian de algun modo, el efecto causado por el reconocimiento de los Estados-Unidos.

En cuanto al interior de la república, en donde dominaban los reaccionarios, el elemento clerical iba á cada momento aumentando su influencia, aun mas allá de los mismos deseos de Miramon, que empeñado en los negocios de la guerra, no podia desarrollar completamente un sistema de gobierno en consonancia con las ideas que representaba.

Miramon se elevó al poder en medio de la guerra civil, y esta circunstancia sola basta para demostrarnos, que los abusos administrativos eran los mismos, y el mal estado de las rentas públicas aumentaba de un modo verdaderamente alarmante, tanto porque la guerra consumia grandes sumas, cuanto porque ocupando los radicales los principales puertos del seno mejicano, privaban al gobierno de la capital de uno de los recursos mas fáciles de allegar, y que menos gravitaba sobre los pueblos. Por eso, á la exaccion repetida de las contribuciones ordinarias, habia que añadir los impuestos estraordinarios y los empréstitos forzosos, y entretanto el verdadero pueblo, que rara vez en aquellas comarcas ha toma-

do parte en las discordias civiles, era víctima de la ambicion de los partidos y del militarismo, una de las mas funestas plagas que ha afligido á aquellas comarcas por espacio de medio siglo.

Por otra parte, Miramon no era el hombre que necesitaba el partido retrógrado para conseguir la victoria. La situacion era demasiado difícil para que pudiera dominarla una reputacion naciente, una medianía que solo se habia elevado á la suprema magistratura de la república, porque las discordias civiles abrian ancho campo á todas las ambiciones, por ilegítimas que fuesen.

En Méjico era sumamente fácil escalar el poder: lo difícil, lo que todavía ninguno ha realizado, y quizás no se realice desgraciadamente en mucho tiempo, es sostenerse, es inaugurar una política nacional y patriótica, que cure las llagas que el país conserva abiertas por espacio de tanto tiempo, que inicie una nueva marcha en consonancia con las verdaderas necesidades de la nacion, y abra para el porvenir nuevos horizontes, no nublados con la perspectiva de futuros trastornos.

Miramon no podia ofrecer esto á su pátria. Lo único que hizo, fué seguir la trillada senda por donde habian caminado los que le habian precedido en el poder, continuar la guerra civil, sin mejora, sin resultado alguno positivo.

XVI.

Juarez y los Estados-Unidos.

Una prueba de la energía de carácter de este hombre político, la tenemos en la fuerza de voluntad que desplegó para sostenerse por espacio de tanto tiempo contra los poderes reaccionarios, teniendo que permanecer algunas temporadas casi situado en Veracruz, sin desfallecer ni desesperar del triunfo de la causa que defendia.

Una de las ventajas mas decisivas que obtuvo Juarez, desde que se declaró en abierta oposicion con el partido reaccionario, fué el reconocimiento de los Estados-Unidos, que enviaron á Veracruz á M. Mc-Lane, con el objeto de establecer un convenio con el poder que Juarez representaba, sacando de las circunstancias las mayores ventajas. Bien pronto se traslucieron las bases del tratado de Ve-

racruz, aunque se decia que Juarez no se determinaba á autorizarle con su firma, pues las consideraba onerosas para la república.

Estas bases eran las siguientes:

1.ª Derecho de pasaje á través de los Estados Mejicanos del Norte, por medio de Rio Grande y los puertos del golfo de California.

2.ª Privilegio de libre tránsito asegurado *á la compañía americana* del istmo de Tehuantepec.

3.ª Privilegio de establecer depósitos ó almacenes en los puntos donde terminan las diferentes rutas ó puntos de tránsito.

4.ª Derecho de trasportar tropas y municiones por dichos caminos establecidos.

5.ª Libre entrada y tránsito de mercancías ó efectos pertenecientes á súbditos americanos, ó consignados á ellos, en Arizona, por medio de los puertos del golfo de California, ó cruzando por el territorio de la Sonora.

6.ª Entera libertad de cultos y de ceremonias religiosas en toda la estension de la república.

Terminaba este tratado por medio de una cláusula hábilmente concebida, que envolvia la idea de un protectorado, que debia ejercerse por los Estados-Unidos sobre la república mejicana en ciertos y determinados casos.

El ministro Mc-Lane proseguia estrechando á Juarez á firmar el tratado, buscando para el efecto las mas apuradas circunstancias, y por último con-

siguió sus propósitos, á pesar de la repugnancia de Juarez, y del ministro de negocios estranjeros Ocampo, gracias á los buenos oficios de Lerdo de Tejada, miembro del gabinete, que contaba con muchísima influencia.

Las bases de este tratado no tardaron en hacerse públicas, y el gobierno de Miramon, sin duda con el objeto de hacerle ilusorio, publicó una enérgica protesta, de la cual copiamos los principales párrafos.

«Palacio nacional de Méjico 17 de diciembre de 1859.—El infrascrito ministro de relaciones esteriores, ha recibido la órden del Excmo. señor presidente de la república mejicana, de dirigirse á V. E. el señor secretario de Estado de los Estados-Unidos de América, para llamar la atencion de su gobierno, sobre un asunto de la mayor importancia y trascendencia para los dos paises. El infrascrito sabe bien que habiendo reconocido, y hallándose en relaciones con la administracion establecida en Veracruz el mismo gobierno de los Estados-Unidos, S. E., el señor Gass, no debe considerar como órgano legítimo al que dirige esta nota; pero como él no puede desconocer su propio carácter, y el asunto de que vá á ocuparse merece un exámen sério, y una esplicacion leal y sincera por parte de Méjico, confia que S. E., prescindiendo de una dificultad de pura fórmula en favor de la paz entre las dos repúblicas mas importantes del continente americano, se servirá recibir esta comunicacion, y dará

cuenta de ella á S. E. el presidente de los Estados-Unidos.

»Los sucesos de la república mejicana y la guerra obstinada y sangrienta en que se halla envuelta hace cinco años, son bien conocidos de los gobiernos estranjeros, y deben serlo especialmente del de los Estados-Unidos. Deseosos todos de un término felíz que haga cesar el derramamiento de sangre y restableca la paz, el gobierno del infrascrito no puede creer que el de los Estados-Unidos sea el único que promueva en el país nuevas complicaciones, ni mucho menos que se lisonjee de sus desastres é infortunios, para procurarse ventajas que ni honrarian su nombre, ni podrian obtenerse sino á costa de grandes sacrificios, engendrándose y exacerbándose cada dia mas una mútua aversion entre ambos paises, S. E., el señor secretario de Estado de los Estados-Unidos, advertirá desde luego que el infrascrito se contrae al tratado, que segun los informes que tiene, se ha ajustado en Veracruz entre el señor Mc-Lane y el ministro de relaciones esteriores del señor Juarez. Si no se ha firmado, si no es cierto que esté para firmarse, no cabe duda ninguna de que se intenta con empeño y aun con calor concluirlo, y que se contrae á concesiones de territorio ó á vias de tránsito para ciudadanos y tropas de los Estados-Unidos.

»Las primeras impresiones que ha causado un suceso semejante, han sido y son tan profundas, que ni el gobierno de esta república, ni el de los Esta-

dos-Unidos, podrian cerrar los ojos sobre sus consecuencias, sin contraer ante Dios y ante el mundo una gran responsabilidad. . . . .

. . . .

»Pero aun hay mas: el gobierno que se llama constitucionalista, no está autorizado por la Constitucion de 1857 para celebrar y llevar á cabo esta clase de negociaciones, y nadie puede conocer mejor que S. E., el señor secretario de Estado, cuáles son los límites que en materias tan graves los pueblos y constituciones ponen aun á los gobiernos mas consolidados. En el artículo 72 de dicha Constitucion se establece, que sólo al Congreso corresponde aprobar los tratados, convenios ó convenciones diplomáticas, y *á conceder ó negar la entrada de tropas estranjeras en el territorio de la federacion!...* El gobierno, pues, de Veracruz, al aprobar el tratado, se ha abrogado títulos y facultades que no tiene por la misma carta que invoca; y si llegara á triunfar, sus partidarios, para establecer un órden cualquiera, le harian espiar con un castigo ejemplar tamaño atentado contra la soberanía nacional. . . .

. . . .

»Al gobierno de los Estados-Unidos corresponde, pues, pesar en los consejos de su política las dificultades é inconvenientes de una complicacion tan funesta y de consecuencias tan lamentables; y al de Méjico anunciarlas con franqueza y sinceridad, para que en ningun tiempo se le pueda hacer cargo de que no cumplió fielmente con la firmeza de sus obli-

gaciones. Con esta misma lealtad protesta el infrascrito contra el tratado de Veracruz, á nombre, no solo de su gobierno, sino de la nacion toda, conmovida profundamente. . . . .

»El infrascrito espera que no se ratifique en Washington el tratado si se ha ajustado ya; pero si no fuese así, Méjico acepta con confianza la posicion en que vá á colocarlo la Providencia, sin envidiar en nada la de los Estados-Unidos. Esta tendrá por apoyo la traicion y la fuerza: aquella el honor y la justicia.

»El infrascrito protesta á S. E., el señor secretario de los Estados-Unidos de América, su muy distinguida consideracion.—O. Muñoz Ledo.—A S. E. el secretario de Estado de los Estados-Unidos de América.—Es copia.—F. Miguel Arroyo.»

Este documento, á pesar de las cortesas formas con que en lo general estaba concebido, causó bastante impresion en el ánimo del gobierno de los Estados-Unidos, y el presidente, M. de Buchanan, envió á su ministro cerca del gobierno de Veracruz, órdenes terminantes, para que obligase á Juarez á firmar el tratado, valiéndose de toda clase de medios, siempre que fuesen oportunos para conseguir el deseado objeto.

Los Estados-Unidos se sinceraban de los cargos que se les dirigian por haber entrado en negociaciones con el gobierno de Juarez, manifestando que otros gobiernos de Europa habian creido oportuno entablar relaciones y concluir tratados con el de

Miramon, y que no habiendo motivo alguno para dar la legitimidad á uno de los gobiernos sobre el otro, estaban en su derecho en tratar con el que estaba mas en consonancia con sus ideas é intereses.

Entretanto la lucha continuaba, con igual encarnizamiento por ambas partes, sin que hubiese en favor de ninguna, ventajas decisivas, de suerte que aquel deplorable estado de cosas, amenazaba atraer sobre el país grandes desastres. Por de pronto ya hemos observado que los gobiernos distintos que por sus intereses tenian que estar en relaciones con la república mejicana, trataban, dirigiéndose á una de las partes beligerantes, de obtener las mayores ventajas en sus negociaciones; y como ninguno de los gobiernos rivales contaba con bastante fuerza para desdeñar el apoyo estranjero, ambos para sostenerse y alcanzar el triunfo, miraban, mas bien que al interés de la pátria, al logro de sus ambiciones y personales deseos.

Juarez, tan pronto como tuvo noticia de la protesta del gobierno de Miramon, publicó otra contra el tratado Mon-Almonte, la cual, despues de muchos considerandos, terminaba de esta suerte:

«El gobierno constitucional no puede consentir en la afrenta con que un partido político quiere manchar al país. Cumple, pues, á su deber, para que llegue á conocimiento del mundo civilizado, protestar, como en efecto protesta, de la manera mas solemne, contra el tratado referido, celebrado en Pa-

rís en setiembre del año anterior; manifestando que sus cláusulas no pueden comprometer los intereses de Méjico, por falta de poderes en las personas que, por su parte, han intervenido en él, y declarando que se reserva el derecho de arreglar las diferencias pendientes con España, conforme á los principios de la justicia universal, y de un modo conveniente á la dignidad de ambas naciones.

»Veracruz, enero de 1860.—BENITO JUAREZ, presidente interino.—SANTOS DEGOLLADO, ministro de Relaciones esteriores.—MANUEL RUIZ, ministro de Justicia.—MIGUEL LERDO DE TEJADA, ministro de Hacienda.—IGNACIO DE LA LLAVE, ministro de la Gobernacion.—JOSÉ GIL PARTEARROYO, ministro de la Guerra.—JOSÉ DE EMPARAN, ministro de Fomento.»

Juarez, sin embargo, no se contentó solo con esta protesta. Viendo que la nacion, efecto del cansancio que le habian producido tan repetidas revueltas y revoluciones, no respondia con la eficacia que los constitucionalistas deseaban á su llamamiento, y que el gobierno de Miramon preparaba una espedicion con todos sus recursos contra Veracruz, echó á un lado sus repugnancias, y firmó el tratado con los Estados-Unidos, adquiriendo de esta suerte un gran elemento, no solo para continuar resistiéndose, sino tambien para tomar la ofensiva, tan pronto como llegase el momento oportuno.

El ministro Lerdo de Tejada, que mantenia estrechas relaciones con el representante de los Estados-Unidos, fué uno de los que mas vivamente in-

fluyeron en el ánimo de Juarez, para decidirle á firmar el tratado.

La lucha entre los Estados-Unidos y el gobierno de Miramon estaba declarada. A nadie puede ocultarse lo que moralmente habia ganado el partido constitucionalista con el apoyo del gobierno de Washington, y no se necesitaba gran perspicacia, para poder desde aquel momento predecir cuál de las partes beligerantes podria obtener el triunfo definitivo. La causa contitucionalista, tenia mas partido en el país, era mas popular, contaba para sostenerla con un hombre como Juarez, que cualesquiera que pudiesen ser sus defectos, poseia energía y constancia, que son dos circunstancias muy importantes para alcanzar el triunfo en las contiendas civiles.

El reconocimiento del gobierno de Juarez por los Estados-Unidos, habia prestado á los constitucionalistas gran fuerza moral, la estipulacion del tratado, podia decirse que auguraba ya el triunfo definitivo.

XVII.

Embajada de España en Méjico.

En estas circunstancias, precisamente en los momentos en que el partido radical contaba con mayores probabilidades de obtener en sus aspiraciones un ventajoso resultado, el gobierno español nombró un representante cerca del gobierno Miramon, dándole el carácter de embajador, saliéndose de la costumbre establecida con las repúblicas hispano-americanas.

Los motivos que hubo para hacer esta escepcion, son demasiado conocidos de todos, la prensa se ha ocupado de ellos, y el mismo agraciado en el Senado español, no ha hecho mas que corroborar lo que estaba ya en todos los ánimos; es decir, que el gobierno O'Donnell no tenia presente para obrar de esta manera, ni para hacer esta escepcion, motivo al-

guno de alta política, sino tan solo la satisfaccion de miras personales.

Para convencerse de toda la inoportunidad de que en aquellos momentos daba muestras el gobierno español, es menester que tengamos presente el estado deplorable en que se encontraba la república mejicana.

La crísis civil llegaba ya al momento supremo, todas las probabilidades de triunfo estaban de parte de los constitucionalistas, y aunque las simpatías del gobierno O'Donnell estuviesen en otro campo, hubiera sido prudente esperar el resultado de la contienda empeñada entre radicales y conservadores, que estableciese un poder único en Méjico, para entablar con él todas cuantas reclamaciones exigiesen los legítimos intereses de España.

Obrar de otra suerte, era esponerse á lo que despues sucedió, á romper con uno de los partidos, sin tener en cuenta que una nacion no puede ni debe mezclarse en lo mas mínimo en los negocios interiores de otra, sin que se esponga á correr los azares de una lucha peligrosa, ó provocar un rompimiento innecesario é impolítico. Sin embargo, el gobierno español, habia dado ya un paso en este difícil camino, firmando el tratado Mon-Almonte, y el envío de un embajador cerca de la persona de Miramon era una consecuencia casi necesaria de esta premisa.

Entrando nuestro representante en la república mejicana en tan críticos momentos, por mucho tac-

to y prudencia que desplegase, por mucha habilidad política que tuviese, por estrictamente neutral que fuese su conducta, ¿no estaba espuesto á que el gobierno de Juarez considerase este paso como una reprobacion de su conducta de parte del gobierno español, que prejuzgaba la cuestion de legitimidad en favor de sus adversarios políticos?

¿El gobierno español, que habia tolerado casi impasible los desafueros y desmanes que los mejicanos cometieron en distintas épocas, contra los españoles allí residentes, no podria esperar algunos meses mas, para que terminando la lucha civil, pudiese entablar sus reclamaciones y obtener satisfacciones y garantías, sin lastimar ninguna de las parcialidades, ni esponerse á equivocarse en sus cálculos?

Solo los que daban oidos á las apasionadas pinturas de los emigrados conservadores que residian en Europa, y que creian á Miramon con los elementos necesarios para establecer sólidamente la reaccion en Méjico, eran los que podian hacerse ilusiones; y preciso es confesarlo, el gobierno español, sin conocer siquiera la historia de la república, dió mas importancia de la que en realidad merecian á estos imprudentes consejos, propalados, no sabemos si de buena fé, por agentes oficiosos del general Santana, que soñaba todavía con volver á ocupar la silla presidencial otra vez mas.

La consecuencia de esta falta de prevision política fué, como dejamos indicado, el enviar un embajador á Méjico, acelerando por consiguiente los

acontecimientos. Segun se deduce de todos los documentos, las instrucciones dadas al ministro español, envolvian la idea de colocarse en la mas estricta neutralidad, de tratar, si habia posibilidad, de una transaccion pacífica y honrosa entre ambas partes beligerantes; pero el nombramiento de un embajador cerca de Miramon, ¿no era separarse ya algun tanto de esa estricta neutralidad que se recomendaba?

Al propio tiempo, ¿no era fácil tambien conocer que esa transaccion era imposible en el estado á que habian llegado las cosas, y que partidos políticos divididos hacia ya mas de cuarenta años, siempre en lucha encarnizada, no podian olvidar en un instante sus tradiciones, deponer de repente sus odios, y terminar todas sus diferencias, tan solo por la mediacion de una persona, que por muy autorizada que fuese, jamás podria realizar lo imposible?

Desde el momento en que un embajador español se dirigiese á Méjico, despues de haber estipulado su gobierno con Miramon un tratado, tenia que estar espuesto fatalmente á seguir la suerte de aquel gobierno, por mucha que fuese su habilidad y tacto en tan difíciles y escepcionales circunstancias. Esto es lo que no preveyó, ó no quiso preveer, el gobierno O'Donnell, que mal informado sin duda, supuso en el gobierno Miramon mas estabilidad y mas medios de resistencia de los que en realidad tenia.

Por otra parte, debemos considerar tambien,

que siendo la mayoría de los súbditos españoles, afectos al partido conservador, por mucha imparcialidad que observase nuestro embajador, tenia necesariamente que encontrar en esta circunstancia un obstáculo que no hubiera existido si los españoles residentes en Méjico, hubieran demostrado siempre un prudente alejamiento de la política.

Al mismo tiempo, el gobierno de los Estados-Unidos, que ha mirado siempre con celosa envidia el establecimiento del influjo europeo en aquellas comarcas, debia apoyar, para contrarestar estos pasos del gobierno español, mas eficazmente las pretensiones de Juarez, con lo cual el partido radical no encontraria sérias dificultades que vencer, para apoderarse de la capital, y destruir el gobierno de Miramon.

Nada de esto entonces se tuvo presente. El embajador español salió de España con direccion á Méjico, y despues de haberse detenido algunos dias en la Habana, llegó á Veracruz, con objeto de penetrar en el interior de la república. Ocupaba la plaza de Veracruz, Juarez con su gobierno, y el embajador español se vió precisado á pedir al gefe constitucionalista, un salvoconducto para poder continuar su camino.

A pesar de que se creia generalmente que el enviado de España encontraria en este puerto algunos obstáculos sérios, sucedió precisamente lo contrario. Juarez no puso dificultad alguna en conceder lo que se le pedia, y el embajador pudo llegar á

Méjico y presentar sus credenciales al gobierno de Miramon; y pára que pueda verse el espíritu que dominaba en las instrucciones que habia recibido de su gobierno, trasladamos aquí las palabras con que acompañó las credenciales. Son las siguientes:

«Señor presidente: Tengo la honra de poner en manos de V. E. la carta credencial de S. M. C., que me acredita su embajador estraordinario y plenipotenciario en la república de Méjico.

»Intérprete fiel de los sentimientos de mi augusta soberana, yo me complaceria en manifestar á V. E. el simpático interés que se toma por este hermoso país, por su independencia, por su prosperidad, por su gloria, si no fuese mas propio de las circunstancias actuales, el espresarle todo el dolor con que vé la desgraciada lucha que desgarra su seno, y que malogra y compromete sus altos destinos.

»Imposible es, señor presidente, que la Reina de España fije sus ojos en este tristísimo cuadro, sin que padezca ni se aflija su espíritu, como es imposible que yo lo contemple, tocándolo con mis manos propias, sin que nazca en mi alma y se escape de mis lábios una amarga espresion de desconsuelo.

»No somos ni seremos ya nunca un solo pueblo el español y el mejicano; nadie reconoce con mas buena fé que nosotros la independencia y soberanía de este: nadie respeta mas los justos derechos de su libertad y autonomía. Mas á pesar de eso, el orígen es uno, una es la lengua, una es la religion, una es

la historia hasta el tiempo de nuestros padres; la separacion de una y otra nacionalidad, no ha podido hacer que no seamos parientes, y parientes muy próximos. ¿Cómo hemos de ver con indiferencia la ventura ó la desgracia de los que son nuestros hermanos? ¿Cómo no ha de latir nuestro pecho, cuando esos hermanos se destrozan en una contienda tan impía como implacable?

»En este acto solemne en que, despues de terminadas tristes diferencias, yo saludo á este noble país, representando la persona de S. M. C., el primero de mis deberes ha sido el de deplorar la dolorosa situacion en que le hallo: es el segundo, el de manifestar la esperanza que me anima de que hará cuanto esté de su parte V. E. para que tengan término esta lucha y estos desastres. V. E. es un bravo general: lícito me es esperar confiadamente que sea tambien un gran patricio. En las discordias civiles, ni se vence solo por las armas, ni se llega á la pacificacion sino por medio de acomodamientos honrosos. Yo me lisonjeo de que V. E. no se negará á ello; yo estoy seguro de que la voz de gobiernos amigos encontrará acogida en su ánimo, y de que los verdaderos intereses de una pátria que le ha elevado á tal puesto, no desaparecerán de su vista, ni se borrarán de su corazon.

»Llegue el dia, señor presidente, en que podamos considerar á la república mejicana unida, feliz y poderosa; respetada la religion de nuestros padres; realizados los verdaderos adelantos de nuestra

época; garantizada la propiedad; asegurada la libertad; incólume la independencia; fijado para siempre su glorioso porvenir, y de cierto serán mas bellos y mas satisfactorios espectáculos para el que dirige á V. E. estas cordiales palabras, como será uno de los instantes mas dulces para la augusta Reina que le ha honrado con la representacion de su persona, en estas regiones tan hermosas como dignas de mejor suerte.»

Los españoles residentes en Méjico recibieron con bastante simpatía al embajador español, y no puede cabernos duda de que si la ocasion hubiera estado mejor escogida, quizás nuestras relaciones con la república mejicana se hubieran establecido mas sólidamente que hasta entonces. Pero precisamente las circunstancias que podian militar en favor de la embajada en cualquier otro tiempo, los mismos deseos que se alimentaban de transaccion, y para cuya realizacion se habian dado ya algunos pasos, eran un formal inconveniente para conseguir el deseado fin, es decir, la buena y estable armonía entre los gobiernos de Madrid y de Méjico, no fundada en la vida política mas ó menos efímera del general Miramon, sino en intereses y lazos sólidos y estables.

Desde que nuestro embajador salió de Cádiz hasta que llegó á Méjico, se habian verificado en aquellas lejanas comarcas importantes acontecimientos, que cambiaron la respectiva situacion de los partidos, y precisamente en el mismo instante

en que nuestro representante entregaba á Miramon sus credenciales, se acercaba rápidamente el dia de la ruina del partido reaccionario.

¿Puede darse mayor impericia en un gobierno que debe siempre predecir ó adelantarse á los mismos acontecimientos, sobre todo cuando se deducen naturalmente de los precedentes?

XVIII.

Sucesos de Anton Lizardo.

Los Estados-Unidos espiaban entretanto los acontecimientos, tratando de buscar un momento oportuno para intervenir en la lucha y hacerle terminar del modo mas idóneo para el fomento de sus intereses en Méjico.

Los reaccionarios nó tardaron en convencerse, que en tanto que nó bloqueasen el puerto de Veracruz, interceptando á la plaza todos los auxilios que podia recibir por mar, todas las tentativas de ataque por tierra nó tendrian un resultado ventajoso y definitivo para sus armas. Miramon, con el objeto de obviar este grave inconveniente, y nó contando con fuerzas marítimas suficientes para vencer á los radicales, despues de proporcionarse los auxilios ne-

cesarios, compró dos buques en la Habana, los armó en guerra, y con ellos se dispuso á establecer el bloqueo de Veracruz.

Sin embargo, Miramon no contó con el enemigo mas poderoso que tenia su gobierno, es decir, el gabinete de Washington, el cual envió al *conmodoro* Sarvis con las instrucciones necesarias para que con las fuerzas que estaban estacionadas en Veracruz, se apoderase de los dos vapores de Miramon, inutilizando de esta suerte el golpe que los reaccionarios trataban de dar á la causa de los constitucionalistas.

Mr. Mc-Lane se puso de acuerdo con Juarez para proceder á estas operaciones, y el resultado definitivo fué el apresamiento de los dos vapores de los reaccionarios, por la fragata de la marina de guerra de los Estados-Unidos, *Saratoga*. Con este hecho coincidió casi el apresamiento de la barca mercante española, *María de la Concepcion*, por el vapor *India-Española* de la marina mejicana, bajo pretesto de que trataba de ayudar á los reaccionarios, y que habia forjado el bloqueo que en aquellos mares se habia establecido; pero todo el mundo sabia que la verdadera causa era el disgusto con que Juarez y su partido habian visto el tratado Mon-Almonte y los anuncios de las relaciones que trataban de entablarse entre los gabinetes de Madrid y Méjico, á cuya ciudad debia enviar España un embajador.

Dejamos dicho en el capítulo precedente, de

qué manera nuestro embajador entabló relaciones diplomáticas con Miramon, y en el estado precario en que se encontraba el gobierno de los reaccionarios, tanto á causa del apresamiento de los dos buques que habia comprado en la Habana, cuanto por el poco apoyo que encontraba en la pública opinion, en aquel país escesivamente tornadiza y veleidosa, y con pocas simpatías hácia la reaccion.

Los acontecimientos se complicaban por momentos, el partido reaccionario iba perdiendo visiblemente su prestigio, y entretanto los caudillos de Juarez batian á las tropas de Miramon, sublevaban á las poblaciones que hasta entonces habian permanecido sujetas á la causa conservadora, y se acercaban á la capital.

La derrota que en Silao sufrieron las armas de Miramon, decidieron del triunfo de los constitucionalistas, y puso término á aquella desdichada guerra civil, que por espacio de algunos años habia ensangrentado el territorio mejicano, haciendo languidecer al mismo tiempo la industria, la agricultura y demás fuentes de vida de aquella nacion, tan trabajada por las discordias intestinas.

Como era natural, uno de los primeros actos del presidente Juarez, tan pronto como se posesionó de la capital, fué el de espulsar del territorio á todos los individuos del gobierno diplomático que eran afectos al gobierno de Miramon, y en su consecuencia el embajador español se vió precisado

á abandonar la república en un término perentorio (1).

El gobierno español recibió la noticia de este hecho con la reserva propia de todo el que no tiene sistema fijo en los negocios internacionales, y la cuestion no tuvo otras consecuencias por el momento.

Sin embargo, la conducta del gabinete español con respecto á su representante en la república mejicana, dió á entender que hacia recaer sobre él toda la responsabilidad de los acontecimientos. Todo el mundo sabe que no quiso recibirle cuando llegó de aquellas lejanas comarcas; que apresuró la clausura de las cámaras con el visible objeto de evitar revelaciones y censuras, y que finalmente, acriminó su proceder en el Senado de un modo que no queremos calificar.

No obstante, era lo cierto que se nos habia inferido en Méjico un nuevo insulto, que el tratado Mon-Almonte habia quedado destruido por completo con el triunfo de Juarez, que nuestros súbditos quedaban sujetos, á causa de este rompimiento á los caprichos del gobierno constitucionalista, cuya hostilidad hácia los españoles es notoria, que las indemnizaciones se aplazaban indefinidamente, que los repugnantes atentados de San Vicente y Cuernava-

(1) Nuestros lectores comprenderán los motivos por qué nos abstenemos de comentar ciertos hechos, que por mas que sean del dominio público, tienen un carácter escesivamente personal.

ca no habian sido completamente esplicados, que se nos habia apresado un buque mercante, y finalmente, que las reclamaciones del capitan general de la isla de Cuba no habian obtenido resultado alguno positivo.

Como gran parte de estos desdichados acontecimientos se achacaban, con justicia, á la poca habilidad de nuestros gobiernos, como se acababa de salir de una guerra costosa, que si bien de glorioso timbre para nuestras armas, habia sido casi estéril en beneficiosos resultados, la opinion pública no se sobreescitó demasiado por este último acontecimiento, y el gobierno aplazó para otro tiempo la idea de pedir las convenientes reclamaciones por los insultos inferidos á nuestra bandera.

La prensa ministerial, con el objeto de justificar á los ojos del país la apatía del gobierno, anunció repetidas veces que su representante en la república mejicana debia venir á Madrid á dar las satisfacciones necesarias á España, y á justificar la conducta que Juarez habia observado con respecto á nuestro embajador; pero los anuncios de los diarios de la situacion no se realizaban, y el gobierno mejicano cada vez se mostraba menos dispuesto á entablar relaciones amistosas con la España.

De pronto se empezó á hablar de una espedicion contra Méjico, que debia partir de la isla de Cuba, con el objeto de exigir las necesarias satisfacciones por los insultos y desafueros que se nos habian inferido; pero la opinion pública, con la frialdad con

que acogió esta empresa, dió á entender demasiado claro al gobierno, que veia en este nuevo alarde, mas bien que un tributo pagado á la dignidad y á los intereses de la nacion, un medio de adquirir popularidad, separando al propio tiempo la pública atencion de los negocios interiores.

Los preparativos para esta belicosa empresa, empezaron á hacerse en la isla de Cuba, y hasta se señalaba ya la época en que debian embarcarse los tropas para dirigirse contra Veracruz.

XIX.

Los aliados en Méjico.

Aunque los intereses españoles habian sido siempre los mas vejados en Méjico, tambien la Francia y la Inglaterra tenian agravios que vengar y satisfacciones que exigir. Los gobiernos de estas dos naciones, tan pronto como tuvieron noticia de los aprestos que se hacian en la isla de Cuba, trataron de unir su accion respectiva á la España, para obrar de comun acuerdo contra Méjico. Impulsábalos á esta accion mancomunada, mas que su resentimiento hácia la república mejicana, el recelo de que España por sí sola influyese en aquellas regiones y estendiese su dominio moral en aquellos paises.

Por otra parte, la ocasion no podia ser mas propicia, pues esta intervencion no era fácil que provocase un conflicto con los Estados-Unidos, que

entregados á sus propias diferencias, y presa de una guerra civil desoladora, no se encontraban en actitud de oponerse á los proyectos de los aliados.

Aunque las tres potencias mediadoras llevaban cada una miras distintas, no hubo dificultades sérias que vencer para un mútuo arreglo, y despues de los preliminares necesarios se firmó en Lóndres una convencion por los plenipotenciarios de las potencias aliadas.

Este convenio contenia los siguientes artículos:

1.° «S. M. la Reina de España, S. M. el Emperador de los franceses, y S. M. la Reina del Reino-Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, se comprometen á acordar, inmediatamente despues de firmado el presente convenio, las disposiciones necesarias para enviar á las costas de Méjico fuerzas de mar y tierra combinadas, cuyo efectivo se determinará por un cambio ulterior de comunicaciones entre sus gobiernos; pero cuyo total deberá ser suficiente para poder tomar y ocupar las diferentes fortalezas y posesiones militares del litoral de Méjico.

»Los gefes de las fuerzas aliadas estarán además autorizados para llevar á cabo las demás operaciones que despues que allí se encuentren les parezcan mas propias para realizar el fin especificado en el preámbulo del presente convenio, y particularmente para poner fuera de riesgo la seguridad de los residentes estranjeros.

»Todas las medidas de que se trata en este artículo, serán tomadas en nombre y por cuenta de las

Altas Partes contratantes, sin atender á la nacionalidad particular de las fuerzas empleadas en ejecutarlas.

2.ª »Las Altas Partes contratantes se obligan á no buscar para sí mismas en el empleo de las medidas coercitivas previstas en el presente convenio, ninguna ventaja particular, y á no ejercer en los negocios interiores de Méjico influencia alguna capaz de menoscabar el derecho que tiene la nacion para escoger y constituir libremente la forma de su gobierno.

3.º »Se establecerá una comision, compuesta de tres comisarios, nombrados respectivamente por cada una de las potencias contratantes, con plenos poderes para decidir acerca de todas las cuestiones que pueda suscitar el empleo y la distribucion de las sumas que se recauden en Méjico, teniendo en consideracion los derechos respectivos de las partes contratantes.

»Deseando además las Altas Partes contratantes que las medidas que intentan adoptar no sean de carácter esclusivo, y sabiendo que el gobierno de los Estados-Unidos tiene lo mismo que Ellas reclamaciones contra la república mejicana, convienen en que inmediatamente despues de firmado el presente convenio, se comunique copia de él al gobierno de los Estados-Unidos, proponiéndole su accesion á las disposiciones del mismo; y en el caso de que tenga lugar esta accesion de los Estados-Unidos, las Altas Partes contratantes autorizarán sin demora á sus

ministros de Washington á que concluyan y firmen con el plenipotenciario que nombre el presidente de los Estados-Unidos, separada ó colectivamente, un convenio idéntico, suprimiendo el presente artículo al que ellas firman en este dia. Pero como cualquier demora en llevar á efecto las estipulaciones contenidas en los artículos 1.° y 2.° del presente convenio pudiera frustrar las miras que abrigan las Altas Partes contratantes, convienen las mismas en que el deseo de obtener la accesion del gobierno de los Estados-Unidos, no haga retardar el principio de las operaciones arriba mencionadas, mas allá del término en que puedan estar reunidas las fuerzas combinadas en las aguas de Veracruz.

5.° »El presente convenio será ratificado, y las ratificaciones serán cangeadas en Lóndres en el término de quince dias.

»En fé de lo cual, los plenipotenciarios respectivos lo han firmado, sellándolo con el sello de sus armas.» (Siguen las firmas.)

Del simple exámen de este documento, redactado en términos tan vagos, se desprende que debia en lo futuro dar márgen á grandes diferencias. Para que tres gobiernos unan su accion en cualquier empresa, sin que puedan surgir embarazos en su realizacion, es necesario ante todo que se estipulen las bases en términos claros y precisos, que no dejen lugar á dudas ni den márgen á interpretaciones opuestas. La buena fé que en muchas ocasiones puede servir de pauta y de garantía para contratos in-

dividuales, jamás debe ser el principio único en que giren los arreglos diplomáticos.

El que está poseido de su importancia, el que cree que cuenta con fuerza suficiente para hacer ilusorios los convenios, poco puede importarle un tratado mas ó menos vago; pero el que tiene la conciencia de su debilidad y no se siente poseido de un vano orgullo, debe á toda costa exigir como garantía de su alianza, bases fijas y seguras que le fortifiquen con la justicia.

Era ya perjudicial para España el tratar con naciones mucho mas poderosas, y que en los resultados positivos de la empresa habian de solicitar siempre la mejor presa (*quia nominor leo*); pero era mucho peor todavía y daba mayor idea de la poca habilidad de nuestros gobernantes, el entrar en una espedicion cuyas bases eran tan vagas y elásticas.

Los intereses españoles en América, no son ni pueden ser los mismos que los de la Francia, país que cuenta con poquísimas posesiones en aquellos mares. ¿Cómo, pues, podria pretenderse que dos naciones tan distintas en sus aspiraciones habian de entenderse en un negocio de tamaña importancia?

Todo el mundo sabia al mismo tiempo, que los emigrados mejicanos pertenecientes al partido reaccionario que residian en Europa, trabajaban en alguna de las córtes del viejo mundo, con el objeto visible de mudar radicalmente la Constitucion de la república mejicana; nadie ignoraba que habian tenido fácil acceso, tanto en Viena como en Paris; al-

gunos de ellos, precisamente los mas interesados en este cambio, permanecieron tambien algunos dias en Madrid, frecuentando las altas regiones oficiales; claras eran las intenciones del gobierno francés: la candidatura del archiduque Maximiliano, no era un secreto para nadie, y sin embargo, no se tomaron las debidas precauciones para evitar los escollos que todos preveian, que todos comprendian, que todos anunciaban.

El gobierno español, segun consta de los documentos últimamente presentados á las Cámaras, empleaba una vaguedad incomprensible en las instrucciones que remitia al capitan general de Cuba, y esta vaguedad estuvo á punto de producir sérios conflictos. Y esta conducta del gobierno español, ¿no significaba de un modo evidente que procedia en tan delicado é importante asunto sin haber formado su sistema, sin pensamiento fijo, sin idea exacta de lo que debiá hacerse, sin haber limitado hasta dónde debian estenderse nuestras reclamaciones, y cuándo debia cesar nuestra accion y darnos por satisfechos? ¿Conocia bien el gobierno cuál era nuestra verdadera posicion con respecto á la república mejicana, habia estudiado de un modo suficiente el verdadero estado en que se encontraba aquel país, la verdadera fuerza de cada uno de los partidos, sabia cuál contaba con mas elementos de vitalidad y de energía? Desde luego podemos, refiriéndonos á los sucesos posteriores, asegurar que nó.

Estas causas reconocian la vaguedad de las ins-

trucciones, que dió márgen á que casi al mismo tiempo que se firmaba el convenio de Lóndres, saliese la espedicion española al mando del general Gasset, y se apoderase de Veracruz y del castillo de San Juan de Ulúa.

Este acontecimiento provocó algunas esplicaciones que, si bien no rompieron el convenio, dieron márgen ya á un principio de mala inteligencia, que habia de aparecer mas tarde con un carácter mas alarmante.

El nombramiento del mismo gefe para mandar la espedicion española, envolvia ya tambien otra contradiccion. Aun no se habian olvidado las palabras pronunciadas por el general Prim en el Senado, declarándose en contra de una espedicion que juzgaba injusta, cuando el gobierno le nombró para mandar nuestras tropas en aquellas comarcas, y para exigir reparaciones que en gran parte debia creer que no se nos debian.

¿No era el proceder de esta suerte, añadir una torpeza á otra, y reunir los elementos necesarios para que el negocio tuviese naturalmente una terminacion perjudicial?

Pero prosigamos. Poco tiempo despues de haberse posesionado nuestras tropas de Veracruz y de San Juan de Ulúa, y despues de una espera perjudicial, tanto por los gastos que ocasionaba, cuanto por dejar espuestos á nuestros soldados á las perniciosas influencias de un clima tan mortífero, las fuerzas francesas é inglesas llegaron á aquella plaza,

y desde entonces pudieron ya entablarse las necesarias reclamaciones.

El resultado de ellas fué el tratado de Soledad, que descontentó visiblemente á los gobiernos aliados, por mas que hubiese sido firmado por sus respectivos plenipotenciarios.

La Francia, que cada vez se aferraba mas en la idea de operar un cambio radical en el gobierno del país, no pudo disimular el enojo que le causaba el convenio de Soledad, que alejaba por el momento las probabilidades de un rompimiento, y que envolvia implícitamente el reconocimiento del gobierno de Juarez. Por otra parte, ¿si los radicales daban todas las garantías debidas, si se avenian en dar satisfaccion á las exigencias de los europeos, bajo qué pretesto se podria atentar á la forma de gobierno y convertir la espedicion en intervencion?

El gobierno español, en todas las distintas peripecias por que iba pasando la cuestion de Méjico, se limitaba simplemente á aprobar la conducta de todos, aun aquellos que habian verificado los actos mas absolutamente contradictorios. Aprobando el tratado de Soledad, manifestaba, sin embargo, que los soldados españoles no serian los últimos en presentarse delante de los muros de la capital, si los franceses se decidian á tomar la ofensiva.

Pero como el teatro de los sucesos no tenia iniciativa propia, como no podia siquiera preveer los acontecimientos, los mismos encargados de representar al gobierno español de aquellas comarcas,

tomaban decisiones contrarias á las que envolvian las palabras del gabinete, y á lo que propalaban sus órganos oficiales en el estadío de la prensa.

La consecuencia de todas estas cosas, fué la ruptura del tratado de Soledad por los franceses, y la retirada de nuestras tropas á la isla de Cuba, despues de haber hecho gastos considerables, y lo que es mas triste todavía, despues de haber perdido algunos soldados víctimas de aquel clima mortífero.

Nuestro papel de cronistas termina aquí; sin embargo debemos, antes de pasar á otros asuntos, hacer algunas aclaraciones. No es justo que se censure solamente por espíritu de hostilidad. El que condena los actos de uno, tiene la obligacion de manifestar sus opiniones acerca de lo que cree justo y razonable.

Ahora bien. Siempre hemos creido que una espedicion, unidos con la Francia y la Inglaterra, jamás tendria resultados positivos, y mucho menos beneficiosos para España. La superioridad de las dos primeras potencias, que no es difícil reconocer, era ya un obstáculo insuperable. Si á esto añadimos un tratado como el de Lóndres, en donde no se estipula nada preciso y seguro, tendremos ya otro motivo de censura. Esto en cuanto á la cuestion de consecuencia.

Vamos ahora á la cuestion de justicia. Ante todo, debemos hacer su afirmacion sincera. Grande es nuestro amor por la pátria, nadie mas que nosotros se enorgullece con sus gloriosas tradiciones,

nadie siente y deplora mas sus desgracias; pero nuestro amor es mucho mayor todavía por la justicia, nuestro patriotismo jamás cerrará nuestra inteligencia á las imperativas y absolutas exigencias de la razon.

Todo pueblo libre é independiente tiene derecho, absoluto derecho, á que se respete su autonomía. Si Méjico, como es notorio, ha herido nuestros legítimos intereses, ha atentado á la dignidad de nuestro pabellon, ha permitido que se vejase y maltratase en sus haciendas y en sus vidas á nuestros nacionales, exíjasele, enhorabuena, cumplida reparacion de los agravios inferidos, hágaseles conocer á los mejicanos, que sean cualesquiera las circunstancias por que atravesamos, no sufriremos jamás el insulto ni que se nos falte en las prescripciones del derecho de gentes; pero esto sin atentar á su independencia, sin mezclarnos en sus asuntos interiores, sin entrometernos en sus luchas intestinas.

Nosotros, que tan alto hemos puesto siempre el sentimiento de nuestra independencia, nosotros, que hemos asombrado al mundo entero siempre que se ha tratado de defender nuestra pátria de las invasiones estranjeras, nosotros, que hemos peleado por espacio de siglos sin cuento contra los fenicios, los griegos, los cartagineses, los romanos, los árabes y los franceses, que podemos recordar con legítimo orgullo los nombres de Sagunto y de Numancia, de Covadonga y Zaragoza, no atentemos jamás contra la autonomía de ningun pueblo.

Si hiciéramos lo contrario, renegaríamos de nuestras tradiciones gloriosas.

Congratulémonos, en medio de todo, con que la espedicion española contra Méjico no ha tenido la peor de las soluciones que podia tener.

Lamentemos los sacrificios que han quedado estériles, y arrojemos una lágrima sobre los valientes que han sucumbido en estrañas é inhospitalarias comarcas.

Caiga la terrible responsabilidad de esta triste página de nuestra historia contemporánea, sobre los que còn sus torpezas han dadó márgen á estos acontecimientos.

XX.

De Veracruz á Méjico.

Hemos recorrido los anales de la historia política de Méjico, desde su emancipacion de la antigua metrópoli, hasta nuestros dias. Réstanos ahora ocuparnos de la parte meramente descriptiva, es decir, dar cuenta de las poblaciones principales del territorio de esta república, de las costumbres, de los fenómenos de la naturaleza, y de los ricos productos de tierra tan privilegiada.

Este segundo cuadro de nuestro libro, rompe al fin la monotonía que se observa en las páginas históricas que dejamos trascritas, y en las cuales unos mismos resortes son los que constantemente ponen en movimiento á los personajes que en ella figuran. En efecto, los cuadros políticos de las insurrecciones de Méjico, no tienen siquiera la grandeza ni el

interés del drama; ninguno de los personajes que juegan en ellas sabe inspirar un odio íntimo y profundo ni una simpatía capaz de atraer por un momento sobre sí la atencion pública.

Toda la pequeñez de esos políticos que han desgarrado el seno de la pátria con luchas estériles, con parodias de revolucion, y que han sido causa del retraso intelectual de ese pueblo tan digno de mejores destinos, en tanto que se disputaban el mando supremo, invocando el nombre de la libertad y del progreso, la veremos compensada aquí por la grandiosidad y magnificencia de una naturaleza á quien la Providencia ha sonreido con sus preciosos dones. Al pensar, con efecto, en la prodigalidad con que el cielo ha dotado esta tierra privilegiada, apenas se puede imaginar la riqueza y y prosperidad que hubiera alcanzado este pueblo con una administracion pública regularizada. Y este pensamiento se presenta con doble insistencia ante la razon, cuando se recuerda el grado inmenso de civilizacion y de grandeza que alcanzaron los Estados-Unidos, y eso sin contar con los medios naturales que Méjico posée.

El primer establecimiento español sobre el continente septentrional americano fué fundado en 1519 por Hernan Cortés. Despues de haber tomado posesion de las costas de Yucatan y de Goatzacoalco, se detuvo en el territorio de los Totonaques, donde

hizo construir algunas casas con un pequeño fuerte para la seguridad de sus tropas, en caso de ataque. Esta colonia naciente, recibió el nombre de Villa Rica de Vera-Cruz. Pero la ciudad que lleva actualmente este último nombre, no se ha erigido precisamente donde la primera, sino á sus inmediaciones, y á fin del siglo XVI, por órden del conde de Monterey, virey de Méjico.

Esta ciudad llegó á ser como el almacen general de las mercancías españolas y de las producciones mejicanas, el núcleo de las riquezas que durante dos siglos vinieron á enriquecer las arcas de nuestro tesoro. Pero á pesar de todas estas condiciones, tan propicias para desarrollar el comercio y aumentar la poblacion, Veracruz, aun en el apogeo de su grandeza, no pasó de 16,000 habitantes. Los estragos que la fiebre amarilla causaba en las personas que la elegian para su residencia, alejó de sus muros constantemente á los espedicionarios que partian de nuestras costas á hacer fortuna en Méjico. En la actualidad, Veracruz no tiene mas que ocho mil almas.

La ciudad es bastante bella en su conjunto, y no deja de haber en ella edificios construidos con elegancia, pero se resiente de una falta de policía absoluta. Las calles de los lados del muelle especialmente, se hallan convertidas en verdaderas cloacas.

A 880 metros del muelle, elévase sobre un islote de rocas el fuerte de San Juan de Ulúa. Es una

de las obras mas admirables que en su género existen en América, y si estuviera militarmente tan atendida como requiere esta clase de fortificaciones, la toma de este fuerte costaria mucho tiempo.

La rada de Veracruz, comprendida en un triángulo formado por la ciudad, el fuerte, la isla de Sacrificios y la isla Verde, es la única que posee la costa oriental de Méjico; pero es tan mala, que algunos capitanes prefieren hacerse á la mar antes que anclar en ella en caso de necesidad. Los pilotos de la escuadra de Cortés la comparaban con razon á un bolsillo agujereado, porque los buques anclados al pié del fuerte, si hay una ráfaga de viento Norte, van á estrellarse contra los arrecifes de las islas nombradas, ó bien á perderse sobre la costa opuesta.

Los dos paseos mas concurridos de Veracruz son la Alameda y el llamado de Malibran; pero ninguno de ellos presenta un aspecto que pueda halagar la vista y distraer el ánimo. La Alameda se halla despojada de verdura, rodeada de ruinas y de fétidos pantanos, y en Malibran se mete uno hasta el tobillo en la arena, y regresa de allí cubierto de unos insectos muy incómodos, que se les designa con el nombre de *pinolillos*. A las seis leguas de Veracruz existe una aldea llamada Medellin, fundada por Gonzalo de Sandoval, que la puso el nombre de la villa de Estremadura, donde habia nacido Cortés. La sociedad veracruzana se reune allí para gozar de todos aquellos placeres que no puede disfrutar en la ciudad. En Medellin tienen lugar las

reuniones, los bailes, los juegos, los festines campestres, y sus alrededores ofrecen parajes agradabilísimos, y un riachuelo aguas limpias y cristalinas á los bañistas, que no tienen que temer ni los caimanes, como en Guatzacoalco, ni los tiburones, como en la rada de Veracruz.

Por las relaciones contínuas que los veracruzanos tienen con los estranjeros que desembarcan en aquel puerto, han adquirido una educacion y trato de gentes superior al de los habitantes de las demás ciudades de la república.

El camino de Veracruz á Méjico está infestado de ladrones, y se necesita viajar en caravana para preservarse de un seguro despojo.

De Veracruz á Jalapa, el camino ofrece pocas distracciones; la vegetacion es pobre, la tierra árida. El pueblecito de Puente Nacional, que trae su nombre de un puente, por cierto bello y elegante, que los españoles han construido allí, es el único paraje que no participa de la monotonía del resto del camino. En los alrededores de Jalapa, la naturaleza empieza á cubrirse de una rica vegetacion, el calor no es tan sofocante como sobre la costa, el rocío mas abundante, la atmósfera mas húmeda. Los bosques se presentan sombríos y embalsamados, las lianas se enlazan entre las cañas de los árboles y cubren de verdura sus troncos, y la abundancia de las flores atraen numerosas bandadas de pajarillos, que revolotean sobre ellas y las acarician con su pico. Espesos jarales bordan los flancos del camino, y el

aire que se respira está embalsamado con los aromas que despide la flor del naranjo. Admira la riqueza de la vegetacion; al lado de las plantas propias de los paises templados, se levantan y crecen las de los trópicos. El albérchigo confunde sus ramas con las del guayabo.

Jalapa se levanta sobre un terreno accidentado, pero la ciudad es bonita en su conjunto y pintoresca en su irregularidad. Hállase situada en la pendiente de una colina, y rodeada de montañas escalonadas como gradas de anfiteatro. Domínanla por un lado el Cofre de Perote, y por el otro, el Pico de Orizaba. Los naturales dan á este pico el nombre de *Citlatepetl*, que significa en indio *montaña que brilla como una estrella*, sin duda porque tiene en su cúspide un volcan. El pico de Orizaba se apercibe á las cuarenta leguas desde el mar.

Despues de pasar de Jalapa, se opera un cambio completo en las cosas y en las personas; la vegetacion pierde su fuerza y su variedad. Al alegre viñedo sucede la severa encima; á la palmera, amiga del hombre, el pino marcado por el rayo.

Los alrededores de Puebla, de Perote y de Rio Frio, son famosos por los frecuentes ataques de los ladrones. Al acercarse á estos temibles lugares, la aparicion de un hombre armado basta para dar la voz de alerta.

El robo á mano armada, puede decirse que

no empezó en Méjico hasta el principio de la guerra de la independencia. Desde entonces, los castigos han sido raros, y los hombres nacidos para el crímen, han podido seguir sin gran peligro sus inclinaciones. Es fama, que bajo el régimen español, ningun bandido se escapaba de la horca cuando era aprehendido, y la certidumbre de un castigo inexorable, alejaba la aficion á esta clase de correrías. Un viajero cualquiera podía entonces pasar la noche á descubierto, sin miedo alguno de verse atacado.

Todos los meses se hacian conducciones de dinero en gruesas cantidades de Méjico á Veracruz; y aunque el convoy no llevase escolta que le protegiese, el banderin real, que flotaba á manera de penacho sobre las cabezas de las mulas, bastaba para hacer respetar aquellos caudales. Iturbide fué el primero, que para activar la marcha de la insurreccion y allegar recursos á sus gefes, se atrevió á asaltar una de estas conducciones metálicas. Desde esta época, los fondos públicos no volvieron á viajar sin ir bajo la proteccion de un cuerpo de caballería.

Al aproximarse á Perote, despiértase la atencion del viajero á la vista de una planta que le sorprende, tanto por su novedad, como por su belleza, llamada *maguey*, especie de alve, cuyas hojas tienen hasta diez piés de largo, y abrazan un círculo de treinta ó cuarenta piés de circunferencia. Pero este grandor no es comun; la

planta no escede ordinariamente de dos metros y medio de alto, por un diámetro casi igual. El maguey produce un líquido azucarado, que despues de fermentar, adquiere un gusto muy agradable. Esta bebida toma entonces el nombre de pulque, y se sirve generalmente en los almuerzos, en las casas mejicanas.

Perote se halla situada á la entrada de una vasta llanura, al pié de Nauhcampetapetl (*montaña cuadrada*, en indio), y bautizada por los conquistadores con el nombre de *Cofre*. Su clima es frio y húmedo, y la esplanada que se estiende á los piés de la ciudad, presenta un aspecto inculto y árido.

En el Pinal empiezan á percibirse los volcanes de Méjico, situados en unas montañas cuyas cumbres se hallan cubiertas de nieve.

De Pinal á Puebla, la distancia no es larga.

Puebla, llamada de los Angeles á causa de lo agradable de su clima, contiene 60,000 habitantes próximamente, y disputa á Guadalajara el segundo rango entre las ciudades de la República. Las calles están tiradas á cordel, y se hacen notar por su estremada limpieza. La catedral, en su arquitectura esterior, es pesada y sin gusto, pero se hace notable por la elegancia y la riqueza de su decoracion interior.

A dos leguas de Puebla, sobre el camino de Méjico, se descubre sobre la izquierda el famoso *teocali* (*casa de Dios*, en indio) de Cholula, corona-

do de cipreses fúnebres como un sepulcro. El rico templo de Quetzalcoatl (dios del aire y legislador de los primitivos tiempos de Analmac), que dominaba esta pirámide truncada, ha desaparecido, y el cruel Topiltzin (nombre del gran sacerdote sacrificador), no viene ya á aquel sitio á saludar á la aurora con las manos teñidas en sangre de las víctimas inmoladas. Un culto dulce ha sucedido á este culto bárbaro; una capilla cristiana, bajo la advocacion de la Vírgen de los Remedios, se ha edificado sobre las ruinas del templo pagano, como un consuelo para un recuerdo doloroso y como un bálsamo para una llaga sangrienta. Este teocali, construido con ladrillos, era el mas elevado que habia en Méjico, y en su estado actual, mide aun 54 metros de alto por 439 de ancho en su base, segun el cálculo de Mr. Humboldt.

La antigua Cholula estaba especialmente consagrada al culto de los dioses; era la Meca de Analmac. Encerraba un gran número de templos, por encima de los cuales se elevaba el de Quetzalcoatl, dios legislador, donde se iba en peregrinacion á depositar ofrendas desde los paises mas lejanos. Ahora es mas bien un pueblo que una ciudad, y sus modernos habitantes no tienen nada de comun con los antiguos, mas que su propension al crímen, lo que hace temer á los viajeros los alrededores de esta villa.

Del otro lado del camino, detrás del monte Malinche, se encuentra situada Tlascala, antigua ene-

miga de Cholula y de Méjico, pátria del valiente y desgraciado Jicontecalt.

Al descender de la vertiente meridional de la cadena de montañas del Popocapetetl y del Iztaccihnatl, empieza á descubrirse el valle de Méjico, que se encuentra equidistante de los dos océanos y á 2,277 metros de elevacion sobre su nivel. Este valle, que tiene próximamente nueve leguas de largo, tiene mas de diez y ocho de sur á norte. Antes de la conquista, contenia un gran número de ciudades florecientes y de pueblos rodeados de bosques, que formaban un jardin delicioso.

Hoy que la mano del hombre no cultiva aquellos terrenos, la naturaleza les dá un aspecto pintoresco y grandioso. A la izquierda, el Popocatepetl y el Iztaccihnatl elevan hasta las nubes sus mantos helados, y derraman en torno una dulce frescura. Enfrente se estiende hasta las montañas opuestas la límpida superficie de agua del lago de Chalco, surcado por barcas de pescadores indios. Aquí y allá descúbrense en la llanura algunas turgescencias volcánicas, algunos islotes en medio de las aguas azuladas, y todo el valle se encuentra cerrado por montañas como un parque por sus muros.

El lago de Chalco vierte el sobrante de sus aguas en el Texcoco, que se encuentra un poco mas lejos.

A dos leguas y media de Méjico empieza la calzada del Este, construida sobre el lago de Texcoco. Es una de las cuatro vias que conducian á la capi-

tal de los Aztecas, y la única que todavía se destaca bien del medio de las aguas.

Allí el paisaje se enriquece con nuevos accidentes: á la estremidad de la calzada, la antigua ciudad de Motezuma se destaca risueña y bella por entre el ramaje de los sauces, tan altos como los álamos, que crecen á orillas de los canales y de los caminos.

Todas las casas, pintadas de colores claros, brillan al sol, y parecen haber sido construidas la víspera. Una infinidad de cúpulas, de iglesias y de conventos, se levantan sobre los terrados. La arquitectura morisca de estos edificios haria que se les tomase por otras tantas mezquitas; y las torres de la catedral, que forman dos minaretes, acaban de dar á Méjico el aspecto de una poblacion oriental.

XXI.

Méjico.

Méjico conserva actualmente el mismo aspecto que tenia cuando la dominacion española. Los monumentos religiosos, tales como los conventos de todas órdenes, y las iglesias, son los edificios que mas le caracterizan.

La plaza Mayor de Méjico es notable por su estension, y es lástima que los edificios que la rodean carezcan de la elegancia que exige de ellos este magnífico local. Al Norte se levanta la catedral, cuyas torres son las únicas que atraen por un momento la atencion del viajero, por la idea general que ha presidido á su coronamiento. Al Oriente se halla el palacio nacional, construido con los materiales del teocali y del palacio de Motezuma, y dado á Cortés por el rey de España, que le compró á sus

herederos, para destinarlo á la residencia de los vireyes. La fachada de este palacio, flanqueada por dos pabellones mezquinos, no tiene nada de notable mas que su estension, que es de 200 metros próximamente. Actualmente le ocupa el presidente de la república, y se hallan establecidos en él todos los ministerios, el Senado, la cámara de diputados, el Tribunal Supremo de Justicia, la capitanía general y algunos otros departamentos.

El jardin del palacio de los vireyes se ha convertido desde hace mucho tiempo en jardin botánico; pero si es notable por algo, lo es por la pobreza de sus plantas.

La casa municipal se halla situada al Mediodía de la plaza, y la universidad á la izquierda del antiguo palacio de los vireyes. Este edificio, además de las salas consagradas á las cátedras, las conferencias de los doctores y los exámenes públicos, contiene el museo nacional. Este museo es pobre; la seccion de antigüedades del país es la que solamente ofrece algun interés, por mas que esté muy incompleta. Consérvanse, sin embargo, algunos manuscritos originales pintados sobre papel *maguey*, de los cuales son notables los que representan la historia de los Aztecas, despues de la confusion de las lenguas, su viaje de Atlán á Méjico, y el plano de esta ciudad dado á Cortés por Motezuma.

La escuela de minas puede ser considerada como el mas bello edificio de Méjico. Es inmensa y de una arquitectura grandiosa.

No lejos de la escuela de minas, se encuentra el paseo de la Alameda, formado por grandes filas de fresnos, que es el sitio donde se reune la gente de á pié. Los que pasean á caballo ó en carruaje, van al de la Viga ó á Bucareli.

Hay en Méjico dos plazas de toros, una á la entrada del paseo de Bucareli, y otra en el de la Viga, de las cuales la mayor es bastante capaz para contener 8,000 almas.

Los mejicanos tienen una gran aficion á la música, y en el teatro de la Opera de aquella capital, han cantado los primeros artistas de Europa.

Hay tambien un teatro de verso, donde se representan las obras mejores de nuestro repertorio.

El teatro Santa Ana, construido en 1844, aunque de un esterior modesto, es cómodo y elegante en su interior.

Hay en Méjico, como en Nápoles, una clase, que se la conoce con el nombre de léperos, que tienen mucho de comun con los *lazzaroni*.

Los léperos se entregan á toda clase de atentados sin remordimiento, y la mayor parte de sus crímenes quedan impunes. Si nó causan mas males de los que suelen causar, es porque saben que los europeos, sobre todo, se encargan algunas veces de castigarlos, y son en estremo cobardes.

La responsabilidad de todos los crímenes que cometen debe recaer sobre los que gobiernan, sobre los jueces, que á ejemplo de Alí-Bajá de Janina, obran como si hubieran hecho un contrato con es-

bandidos, para asegurarles la esplotacion de los minos.

Un escritor francés hace notar que todas las cualidades buenas y apreciables que por lo general se encuentran en los mejicanos, considerándolos individualmente, desaparecen apenas se hallan reunidos. «Yo no sé qué vertigo se apodera, dice, de los mejicanos cuando se asocian, pero es un hecho reconocido por todos los estranjeros, y confesado por los mejicanos de buena fé, que por razonable que parezca un hombre en sus palabras y sus acciones en la vida privada, no hace mas que tonterías, desde que se une á sus conciudadanos para deliberar sobre un asunto cualquiera. Y si emana del consejo por casualidad una disposicion sensata y conveniente, no tarda mucho en ser mutilada y anulada por las deliberaciones siguientes.

»Durante un período de mas de veintidos años, no he conocido una sola ley del Congreso, un solo decreto del gobierno, que no haya sido dictado por un espíritu mezquino, ó por una pasion inconveniente. Si los representantes de la nacion, en vez de ocuparse de trivialidades, segun su costumbre, si en vez de hacer leyes por docenas, que mueren al nacer, ó caen en desuso al cabo de seis meses, se inspirasen en el amor de su país, y se armasen de resolucion, reconocerian desde luego, que la base del edificio social es la administracion de justicia, y que por ella es donde deben empezar las reformas; comprenderian que es indispensable adoptar

una legislacion mas sencilla y equitativa; organizar los tribunales, la administracion, el ejército, castigando con severidad las infracciones de la ley.

»Pero los abogados, los magistrados de que se compone la mayoría de las cámaras, palidecen ante la idea de sustituir el órden al caos, orígen de su opulencia; los empleados defienden con calor los vicios de organizacion de sus oficinas, porque de otro modo no podrian dilapidar los fondos públicos; el clero sostiene sus privilegios; los militares no quieren ceder un ápice de los suyos; y todos á la vez rehusando el aplicar sobre la llaga el bálsamo que puede curarla, dejan que la gangrena política invada el cuerpo social, prefiriendo su anulamiento, en un porvenir mas ó menos próximo, á un sacrificio cualquiera de su parte en los momentos actuales.

»Pero ¿qué sucede en el santuario de Themis? ¿Qué leyes rigen á los mejicanos? Lo diremos en pocas palabras.

»En los procesos contenciosos, la balanza se inclina habitualmente al lado del hombre rico, del hombre poderoso. El fallo del juez le es favorable por lo comun, por estravagantes que sean sus pretensiones; y si no se atreve á hacerle ganar la causa, suspende la sentencia indefinidamente. Además, los gastos de un procedimiento interminable, acaban por aburrir y arruinar á la parte contraria.

»Lo que aumenta la repeticion de juicios inícuos es un laberinto de leyes contradictorias; es la con-

fusion en los decretos de circunstancias, de los cuales unos están todavía en vigor, y otros ya en desuso; es porque se litiga por escrito y porque los fallos se dictan sin publicidad; es porque los tribunales de primera instancia no se componen mas que de un solo juez, y el error ó la pasion son mas de temer en un individuo aislado que en la reunion de varios, y tambien es más fácil de sobornar un solo hombre, que comprar varias conciencias á la vez.

Una cierta igualdad parece existir entre los tribunales criminales: consiste en la impunidad de los culpables, cualesquiera que sean, pero con mayor razon si tienen dinero....!» Y mas adelante, hablando de la constitucion del ejército, el citado escritor, dice: «El ejército hace las revoluciones, y las revoluciones son causa de la preponderancia militar; de aquí el orígen de todos los disturbios. Todo coronel que quiere recibir la faja verde (distintivo de los generales de brigada), se pronuncia, es decir, rehusa la obediencia al gobierno y proclama los principios de la oposicion. La educacion militar es nula: «franco derecho, franco izquierdo, frente y la carga,» he aquí á lo que se reduce la ciencia de un capitan. No hay en las naciones de Europa un sargento inteligente que no sepa mas que un oficial superior en Méjico; no hay un subteniente que despues de una campaña no pueda batir á todos los generales de la república. El estudio de las obras sobre teoría militar y alta estrategia, podrian enseñar en algunas ocasiones á un general de ejército lo que

no hubiera aprendido en toda su vida por su sola esperiencia; pero las personas que jamás han querido dedicarse á los trabajos sérios, se hacen rebeldes al estudio.

»....Los soldados se reclutan de entre los léperos y los condenados á presidio, y se retiene difícilmente en las filas á los indios de pura raza, que por lo regular desertan casi todos. Dícese que la mejor caballería de la república es la de Bajío y la de Mixteca. Los indios de esta última provincia han conservado el natural belicoso que tenian en tiempo de los reyes aztecas. El general Leon, cacique de Mixteca, se distinguió entre todos por su bravura en la defensa de Molino del Rey contra las tropas de Scott.

»....Con una disciplina severa, una instruccion conveniente, y hombres de corazon por oficiales, el ejército mejicano seria bastante bueno, porque el soldado vé el peligro con serenidad. Está habituado á las privaciones, y es generalmente muy sóbrio. Si no tiene zapatos, marcha descalzo, y no conoce otro lecho que la tierra y una manta....»

El número de estranjeros residentes en Méjico asciende, segun los anales del ministerio de Fomento mejicano, á unos 25,000; de los cuales la mayor parte son franceses y españoles, entrando en una escala muy inferior á formar esta cifra, los alemanes, los norte-americanos, los ingleses y los italianos. Los franceses se dedican preferentemente á las

artes mecánicas, en tanto que los españoles y los ingleses cultivan el comercio.

Por lo comun, los mejicanos, son poco afectos á los estranjeros, lo cual es causa de que estos vivan muy retraidos en su trato. Sin embargo, son muy hospitalarios y serviciales.

En 1850, el número de periódicos que se publicaban en la república mejicana, se elevaba á cincuenta y dos, diez de los cuales veian la luz en la capital; pero en 1855, la severidad de la censura habia reducido considerablemente este número, limitado en los últimos tiempos á las gacetas oficiales del gobierno central y de los departamentos.

XXII.

Cercanías de Méjico.—Cuernavaca.—Acapulco.

Los alrededores de Méjico no ofrecen mas que una perspectiva árida. La vegetacion es mezquina en todo su rádio. No se perciben mas que algunos magueys recien plantados sobre los límites de las propiedades, y sauces melancólicos que bordan las calzadas y los canales. A escepcion de Iztacalco y de Santanita, los pueblecitos que se encuentran á las aproximaciones de la ciudad, tienen malísimo aspecto. Pero en un rádio de tres ó cuatro leguas, ya se encuentran algunas pequeñas poblaciones, bastante agradables, en donde buscan su residencia los capitalistas de Méjico durante la estacion de verano. Las que se prefieren generalmente, son las de Tacubaya, Miscoat, San Angel y San Agustin.

San Angel y San Agustin son el vergel de Méjico. San Angel está situado en la punta de un volcan, apagado hace mucho tiempo, rodeado de lavas y de escorias esponjosas. Estos resíduos volcánicos se parecen desde lejos á una lepra vegetal.

San Agustin vése frecuentado durante las ferias que allí tienen lugar, por todos los jugadores de Méjico, y hasta se talla públicamente en las calles. Muchos capitalistas aventuran su fortuna á una carta, y hay quienes despues de estas fiestas, regresan á su hogar enriquecidos por el azar, ó sumidos por él en la miseria.

En tiempo de la dominacion española, estas fiestas eran mas concurridas de lo que lo son actualmente.

Las riñas de gallos son tambien un pretesto para el juego, y hay una aficion inmensa á esta clase de espectáculos.

Cuernavaca, de triste recordacion para los españoles, se encuentra á diez y ocho leguas de Méjico, en direccion de Tierra-Caliente, y goza de una temperatura agradable, aunque ya algo cálida. Las casas y las cabañas están separadas por jardines plantados de naranjos y de azambogos, cuyas flores embalsaman el aire. Escúchase por todas partes el murmullo de un pequeño arroyo que desciende serpenteando á través de las viviendas. Los alrededores de Cuernavaca proporcionan los dobles productos de las latitudes de transicion, y encuéntrase con ellos la hacienda de Atlalcomulco, que fué de la propie-

dad de Hernan-Cortés, donde se cultiva en gran escala el café y el azúcar.

Casi todo el país que se estiende desde Cuernavaca al Océano Pacífico, no ofrece nada de pintoresco, examinado desde el camino.

En toda la vertiente Oeste de las cordilleras, desde Tehuantepec hasta el golfo de California, el rocío es muy poco abundante. Aumenta en algunas localidades de poca estension, y desaparece por completo en otras. El menor arroyo es una fortuna para la comarca que le posee.

Acapulco se halla situada al pié de una cadena de montañas que forman la rada. Su poblacion actual no pasa de 3,000 almas; pero vá en aumento desde que este punto sirve de escala á los *steamers* americanos de la línea de California.

El puerto es muy bello; tiene cerca de dos leguas de contorno, y los buques se encuentran en él muy seguros. Durante estos últimos cuarenta años, ha sido muy poco frecuentado, porque el comercio que hacia este puerto, el segundo por la estension y la importancia de su tráfico, se encuentra actualmente en una situacion deplorable. Acapulco era el almacen de toda la costa occidental, así como la de China y las Filipinas. Actualmente, los buques que atraviesán el Pacífico llevan á Mazatlan y á San Blas los tejidos de Manila y de Canton.

El calor que se concentra en el centro de Acapulco es asfixiante, á pesar de una abertura practicada en una colina para dar comunicacion al viento

de mar. En la época de las lluvias, el clima es muy nocivo, y reinan fiebres, cuya curacion es difícil. Por lo demás, toda esta costa está exenta del vómito, que tantas víctimas causa en la playas orientales.

La poblacion de Acapulco se compone de tres clases: blanca, negra y china. Los negros, que son muy numerosos en esta costa, son altos y robustos, pero escesivamente perezosos, sin duda á causa de la fertilidad del suelo.

Los indios participan de la misma indolencia, pero tienen peor carácter que aquellos, que son francos y de un natural estremadamente alegre.

XXIII.

Oaxaca.—El Ciprés de Santa María de Tule.—Mitla.—Tehuantepec.

Oaxaca, que los españoles han llamado Antequera en los primeros tiempos de su fundacion, está situada al pié de una colina entre dos riachuelos. Junto á las calles forma una pequeña pendiente, y en las principales corre un arroyo de agua límpida, alimentado por el acueducto de San Felipe. Las casas no tienen comunmente mas que un piso, á causa de los frecuentes temblores de tierra en la estacion de las lluvias. Casi todas están pintadas de blanco en el interior y en el esterior, lo que hace insoportable la reverberacion de los rayos del sol. Los temblores de tierra son periódicos en Oaxaca, como la estacion de las tempestades; comienzan un mes despues de las primeras lluvias, y acaban un mes despues de las últimas. Cuanto mas abundantes son

estas, mas frecuentes son las sacudidas. En 1802, los habitantes abandonaron la ciudad durante seis meses, para evitar el peligro de ser sepultados en sus casas, formando una especie de campamento en la llanura del Guadalupe, donde improvisaron sus viviendas construyendo barracas.

Dícese que estos temblores han disminuido en fuerza y en frecuencia desde hace un siglo; sin embargo, en 1837 hubo diez y siete, nueve en 1838 y trece en 1839, es decir, treinta y nueve en tres años, de los cuales muchos eran capaces de hacer perder el equilibrio á un hombre puesto en pié. Además de las sacudidas periódicas, se esperimentan algunas veces otras durante el tiempo seco; pero esto ocurre de tres en tres años.

Hay dos especies de temblores de tierra: uno que se hace sentir de arriba á abajo, y que es el mas peligroso cuando dura mucho tiempo. El otro se parece al balance de un buque, y ocasiona un malestar parecido al mareo.

Por poca fuerza que tenga este balance, vése á las columnas de las galerías, á los árboles y á los edificios bambolearse sobre su base. La cal se desprende de las paredes, las vigas crujen, las puertas se abren por sí mismas, y las aguas de los acueductos y de los pilones, son lanzadas fuera de sus límites. Los habitantes se precipitan fuera de sus casas para dirigirse con mal seguro paso, á los parajes mas espaciosos. Entonces se arrodillan, y elevan al cielo su oracion.

La ciudad de Oaxaca no ofrece de notable mas que el palacio, todavia no concluido, de la casa de Armas, cuya fachada es bastante elegante. El convento de Santo Domingo, aun cuando conserva su primer destino, sirve tambien de ciudadela á la ciudad, y es donde las tropas y los principales habitantes van á refugiarse á la aproximacion de una columna enemiga.

La poblacion de Oaxaca, que se elevaba á 24,000 almas al empezar el siglo, no tiene actualmente mas que 18 á 20,000. El comercio de la cochinilla y del índigo atraia entonces una porcion de españoles, que fueron disminuyendo á causa de los decretos de espulsion que se dictaron contra ellos.

El estado de Oaxaca ha sido siempre el mas rico de Méjico, no por sus minas, sino por los productos de su suelo. Las esportaciones de cochinilla, segun la estadística de Lerdo de Tejada, calculadas desde 1757 á 1858, han producido por año comun 1.585,185 pesos, suma enorme, cuya mayor parte fué á parar á las manos de los indios cultivadores de nopales.

Aunque el valor de la cochinilla haya bajado mucho, el estado de Oaxaca no deja por eso de ser rico, pero la capital es pobre. Cuando Morelos hizo su entrada en Oaxaca en 1812, á la cabeza de los insurrectos, las gavetas de los españoles y de los comerciantes criollos desbordaban de oro y plata, pero este tiempo de prosperidad ha pasado ya y no volverá hasta que se colonice este bello país.

Aunque la naturaleza no ha concedido nada de pintoresco á los alrededores de Oaxaca, el hombre los ha embellecido singularmente.

En el valle del Este está el bello pueblo de Talistaca, que abunda en frutos de toda especie; Guayapan, á la sombra de un bosque de naranjos, de azambogos y de árboles de cacao, cuya flor aromática sirve á los naturales para hacer una bebida de refresco. Despues aparece San Felipe del Agua, situado sobre la pendiente de las montañas. El aire que se respira allí es delicioso, y la atmósfera está embalsamada; pero el mas lindo de todos estos pueblos es el de Santa María de Tule, donde se encuentra el famoso ciprés, cuyo tronco no cede en corpulencia mas que al castaño del Etna. A seis piés del suelo, el tronco tiene 90 piés de anchura ó de curva circunscrita, y 141 midiéndole segun las ondulaciones de sus ángulos salientes y entrantes. Solamente á los 15 piés de altura, es cuando las ramas comienzan á estenderse, de las cuales las mas gruesas no tienen menos de 37 piés de contorno, pero no tienen una gran estension relativa: apenas si el árbol llega á los 77 piés de alto, y si su sombra al medio dia abraza una circunferencia de 400 piés.

Muchos viajeros de los que han visitado el ciprés de Santa María de Tule, han creido que no era un solo árbol, sino la reunion de tres, cuyos troncos parecian en efecto separados el uno del otro, formando ángulos entrantes muy profundos.

Los troncos de esta clase de ciprés presentan siempre una série de lados longitudinales, que con el tiempo no se desarrollan igualmente: unos permanecen estacionarios, mientras que otros adquieren dimensiones escéntricas y estraordinarias. Cuanto mas aumenta de volúmen el tronco, mas pronunciadas llegan á ser estas irregularidades, y apenas alcanza el grueso de los de Chapultepec cuando ya se está tentado á creer desde luego que no es un solo árbol. Así sucede que en el enorme tronco del ciprés de Tule, cuya anchura es casi cuatro veces mas grande que la de los árboles de Chapultepec, los tres ángulos mas salientes han llegado á tener una escentricidad tal, que al principio se creyó que pertenecian á tres diferentes árboles. Este ciprés, lleno de vida, no presenta ni una señal de decrepitud.

A la estremidad del valle del Este, á diez leguas de Oaxaca, se encuentra el pueblo de Mitla, antiguamente famoso por sus templos, sus palacios y el brillo de sus ceremonias religiosas. Los mejicanos le llamaban *Mictlan*, palabra que quiere decir infierno; pero los zapotecas le designaban con el de *Liobaa*, es decir, tierra del reposo. Destinado á las sepulturas de los reyes de Teozapotlan y de los soberanos pontífices, estaba particularmente consagrado á los sufragios por los muertos, á las ceremonias espiatorias y al culto de las divinidades infernales, que invocaban los sacerdotes con la cara pintada de negro y vestidos con túnicas fúnebres.

Teozapotlan, hoy Zachilla, pueblo situado á dos leguas y media de Oaxaca, era la capital de los zapotecas. La dulzura del clima de este valle, y las ricas producciones de su suelo, encantaron á Cortés, que fundó la ciudad de Antequera sobre el lugar del pueblo de Guajac. Sin embargo, aunque Cortés erigió su feudo sobre el territorio de los zapotecas, no por esto fueron mejor tratados. Teozapotlan quedó desierto, y Zachilla, que se eleva sobre sus ruinas, no conserva otros vestigios de su pasado esplendor que una gran cantidad de montículos, cuya mayor parte son sepulcros, y algunos otros teocalis.

Cinlapa, situada al pié de los montes, al nordeste de Zachilla, es un pueblecito encantador en que se mezclan las casas, los árboles y los *túmuli*.

Los indios de este pueblo reciben muy mal, á los que quieren estudiar las antigüedades de su territorio.

Siguiendo la misma cordillera, en direccion del Este, se llega, despues de algunos dias de marcha, á Tehuantepec, capital del territorio del mismo nombre, cuya poblacion es de 14,000 almas, comprendiendo los arrabales. Fué siempre la segunda ciudad del país zapoteca, y Cortés en sus cartas á Carlos V, y las geografías antiguas, la designan como puerto de mar. Pero á consecuencia de la retirada gradual de las aguas del gran Océano, se encuentra actualmente á mas de cuatro leguas de la costa.

La industria de los habitantes de este territorio consiste en el cultivo del añil. El de Tehuantepec

es de lo mejor, y su cultivo mucho mejor en este punto del istmo que el de la cochinilla.

El múrice, marisco de que sale el color de púrpura, se encuentra sobre toda la costa occidental, desde Guayaquil hasta Mazatlan, pero se encuentra principalmente en las rocas de las lagunas de Tehuantepec. Las mujeres van allí con ovillos de algodon, divididos en pequeñas madejas, y á medida que arrancan el marisco de la roca, la estrujan con los dedos, y hacen salir un licor blanquecino, que se convierte en púrpura al secarse.

Este color es indeleble, y aun adquiere brillo despues de haber sido lavado varias veces.

La tuba es tan saludable, como la pulca, de que hemos hablado, pero de mejor gusto aun.

Las palmeras abundan en los bosques de la costa. Unas dan una cantidad prodigiosa de nueces, de las cuales se saca un escelente aceite de arder, y otras encierran un fruto sabroso, que sirve muchas veces de alimento á los indios.

En Colima no se cultiva el tabaco; pero las gentes del pueblo fuman las hojas de una planta llamada *mariguana*, que causa un desvanecimiento lleno de alucinaciones y de sensaciones agradables. Algunas veces produce en los cerebros débiles, y en las personas que abusan, accesos de frenesí, razon por la cual está prohibido el uso de esta planta á los presos, que vierten el desórden en la cárcel, cuando llegan al colmo del delirio. El mariguana es el haschisch del Oriente y el kif del Africa.

Las salinas de Cuyutlan, situadas á la orilla del mar, son muy nombradas, tanto por la belleza de sus productos, como por las fiestas con que se terminan sus trabajos.

Manzanillo es uno de los puertos mas bellos del continente americano. La bahía es ancha, segura, y de mucho calado. Los buques pueden acercarse á la costa á la distancia de algunos metros.

El clima de Manzanillo es más fresco y mas agradable que el de Colima, durante la mitad del año; pero en la estacion de las lluvias, los insectos y las fiebres, causan verdaderos estragos. Todo buque que llegue en esta época, debe alejarse en el momento en que descargue, á menos de esponerse á males muy graves. Verdad es, que algunas precauciones higiénicas bastan muchas veces para prevenir las enfermedades.

Manzanillo es el único puerto de la costa occidental de donde se esportan los productos agrícolas para la California y los Estados de Cinaloa y de Sonora. El valor de las esportaciones anuales, no ha pasado hasta ahora de 50,000 pesos, pero vá en aumento todos los años.

La pesca de las perlas ha dado algunas veces buenos resultados en la bahía de Manzanillo; pero los bancos donde se encuentran, están á una profundidad que fatiga á los buzos, y la bahía está llena de tiburones, que hacen por demás peligrosa esta industria.

Este puerto no tiene, sin embargo, mas que

unos cuarenta habitantes, que viven con lo que ganan embarcando y desembarcando los efectos que llegan en los buques. Los empleados en la aduana, residen en Colima, que dista veinte y seis leguas de Manzanillo á donde no van, sino cuando arriba algun buque.

XXIV.

Guadalajara.—El lago de Chapala.

Guadalajara es una ciudad muy notable; disputa á Puebla el primer rango despues de Méjico, y segun algunos, no solamente es digna de ello por la hermosura de sus calles y el número de habitantes (se dice que pasa de 90,000 almas), sino tambien por lo agradable de su sociedad.

El estranjero, á quien su posicion social y sus relaciones permiten el frecuentar con alguna intimidad á las familias, halla siempre en ellas rostros placenteros, costumbres sencillas y una acogida franca y amistosa. No verá allí diversiones costosas, sino familiares reuniones, en donde se baila al son de las guitarras, almuerzos en los vergeles de los arrabales, escursiones á los baños de Colomas ó á la aldea de San Pedro, cabalgatas á la claridad de la

luna, y todo esto acompañado de cantos alegres y de un atractivo irresistible.

Los habitantes de esta provincia profesan una aficion particular á la música; sus composiciones tienen un tinte de originalidad que las distingue entre todas las del mismo género; sus romances brillan sobre todo por la imaginacion musical y el buen gusto de sus inspiraciones.

Se han visto tañedores de *jarana* (especie de bandurria), que hacian lo que querian de su instrumento, sacando de él un gran partido.

El clima de Guadalajara es en estremo agradable, y su temperatura media es mas elevada que la de Méjico, sin llegar por eso á molestar.

Aunque la ciudad se encuentre en las mejores condiciones de salubridad, las fiebres intermitentes reinan, sin embargo, con bastante frecuencia en el distrito de Mejicalcingo.

Esto proviene de la proximidad de un riachuelo, cuyas fétidas aguas se corrompen en muchos sitios, á consecuencia de las inmundicias que arrastran.

A tres leguas de Guadalajara, es donde se observa un calor ardiente á las márgenes de un barranco, en el fondo del cual corre el Tololotlan. En el mes de mayo suele haber 4 grados centígrados de diferencia, entre lo alto del márgen y el lecho del rio. La vegetacion saca partido de este aumento de calórico, combinado con el vapor de las aguas: las frutas de los trópicos que allí produce la vegetacion tienen un gusto escelente.

El rio nace en las lagunas que hay en Lerma, sobre el camino de Méjico á Toluta; entra en el lago de Chapala, cerca de la Barca, sale por el lado del norte, y toma entonces el nombre de Tololotlan, que cambia pronto en el de rio Grande, y no llega al Pacífico sino despues de haber atravesado una co-comarca muy accidentada, donde parece haberse abierto trabajosamente un paso á través de los obstáculos del terreno. Su lecho irregular impide la navegacion á las embarcaciones de menos calado.

No lejos del lago de Chapala, el Tololotlan forma una catarata muy curiosa, sobre todo cuando termina la estacion de las lluvias; la risueña verdura que forma su marco, realza la magnificencia del cuadro. Tendrá unos ochenta piés de altura. Se la conoce bajo el nombre de *salto de Juanacatlan*.

El lago de agua dulce de Chapala, tiene cerca de veinte leguas de largo sobre seis á ocho de ancho. Hay quien dá á este lago noventa leguas de perímetro sobre doce de ancho, pero estas dimensiones son muy exageradas.

No le surcan todavía mas que las lanchas de los indios, que pescan una vez á la semana, para ir á los mercados de Guadalajara y de los pueblecitos inmediatos. El bagre de allí es de un sabor insípido; pero el pescado blanco es un plato delicioso.

Un poco al oeste del lago, se eleva del seno de las aguas el islote de Mescala, donde se ha establecido un presidio. En 1810, algunos centenares de indios se atrincheraron en él, y se pusieron en

abierta hostilidad contra el gobierno español. Hubo sobre el lago varios encuentros entre ellos y los soldados del rey; pero mas hábiles que estos en el manejo del remo y en dirigir sus canoas, burlaron á sus adversarios, y mas tarde no se entregaron sino con condiciones muy ventajosas.

Cuando la industria, hermana de la agricultura, tome su vuelo en Méjico, Guadalajara está llamada á ser el centro de la vida comercial de norte á sur, y de oeste á este. Entonces crecerá rápidamente la poblacion de Jalisco y de los Estados limítrofes; el lago de Chapala, muerto actualmente, recibirá de los que piensen y obren á la vez, una vida que, trasformará las pobres aldeas edificadas en sus márgenes en ciudades florecientes.

El país que se estiende desde Guadalajara hasta Bajío, está casi siempre sin verdura en el tiempo seco, y sin cultivo en la estacion de las lluvias. Los desiertos de la Arabia no ofrecen á la vista cuadros mas tristes. Algunas ciudades se encuentran en el camino: la primera, San Juan de los Lagos, es célebre por su gran feria en el mes de diciembre, donde concurren los comerciantes de todo el país comprendido entre Méjico y la frontera del norte. Edificada en un valle estrecho, no cuenta mas que un pequeño número de calles alrededor de la plaza principal; y sin embargo, mas de doscientas mil almas se encuentran allí reunidas á la vez. La gente del pueblo, y los arrieros con

veinte mil mulas de carga, acampan sobre las colinas, dejando á los comerciantes el interior de la ciudad.

Por las noches, innumerables fuegos de vivac brillan sobre las alturas.

Durante el dia, hay una gritería y un runrun que aturden. El movimiento disminuye despues de puesto el sol, pero se oye siempre un murmullo sordo, parecido al zumbido de una colmena de abejas.

Esta ciudad no ofrece en sí misma nada que citar, sino su iglesia, una de las mas lindas de Méjico; el interior, libre de esos maderajes esculpidos y de esos artesonados dorados, que obstruyen la nave de las iglesias de Méjico y de Puebla, se hace notar por la elegante sencillez de sus adornos, y la elevacion de su techo.

El clima de Lagos es favorable á la belleza: las mujeres tienen allí la tez tan fresca y sonrosada, como en los paises del norte.

XXV.

Leon.—Guanaxuato.

La tercera ciudad es Leon, cuya poblacion asciende, segun dicen, á cien mil almas. Aunque con bastante comercio y situada en una campiña fertilísima, pasa por pobre; así es que se vive allí muy barato.

Al llegar á Bajío, se dibujan en el horizonte las montañas de Guanaxuato, que tanto oro y plata han puesto ya en circulacion, y que encubren aun tesoros, que diez siglos de trabajos no podrian agotar. Muy pronto se llega á las gargantas de Marfil, y se descubren sobre las llanuras de enfrente grupos de casas, que parece pertenecen á aldeas separadas; sin embargo, no son mas que los diferentes barrios de una misma ciudad, cuyo centro está oculto por otras colinas. A medida que uno se

interna en esta garganta, se hallan calles que suben ó que bajan, casas que se agrupan entre lo escarpado del terreno; otras trepan sobre su pendiente, casi perpendicular, ó se asientan sobre su cima. Aquí es donde la gente del pueblo y una gran parte de la clase media, vienen á buscar una morada, con frecuencia insuficiente para contenerlos cómodamente. Las familias ricas habitan alrededor de la plaza principal y en las calles adyacentes; pero no por eso sus casas están exentas de irregularidad. Se vé despues el cauce de un torrente, que atraviesa serpenteando la ciudad: es el receptáculo de las inmundicias, y los miasmas que de él se desprenden, corrompen el aire hasta el punto de hacerle pestilente en los grandes calores. Los vapores de ácido sulfúrico que se respiran en las cercanías de la casa de la moneda, son de tal modo insalubres, que asfixian á los pájaros; en fin, las emanaciones de las limaduras de los metales y de las aguas corrompidas de las máquinas, introducen en el aire principios heterogéneos, cuya influencia se manifiesta en los forasteros por infartos en las encías, ligeras hemorragias, afecciones cutáneas, toses secas, y en todos por relajaciones de estómago, neuralgias y disenterias.

¡Cosa admirable é incomprensible! el cólera-morbo, que segun las probabilidades, debéria de hacer estragos espantosos en Guanaxuato, no se ha manifestado con fuerza, sino en los puntos en que

el aire era mas puro; ha huido lejos de las emanaciones mercuriales, y se ha arrojado preferentemente, sobre los puntos mas elevados y mas sanos, como Mellado, la Luz, Santa Rosa, etc. He aquí otro contraste no menos estraño. Algunos viajeros, despues de haber pagado un ligero tributo á este clima anormal, en los primeros dias de su llegada han fortificado su salud pasmosamente. Varios de aquellos, que sufrian afecciones crónicas, adquiridas en Europa ó en otras provincias de Méjico, se han curado igualmente en Guanaxuato, ó por lo menos, han encontrado allí un gran alivio á su estado.

Los enfermos van á respirar aire puro y sano á media legua de la ciudad, en lo alto del barranco. Se han edificado allí algunas casas de recreo, que se prestan mútuamente los habitantes, y este sitio ha llegado á ser un objeto de paseo; sería difícil el crear otro en Guanaxuato. Se ven allí tambien dos diques, para detener las aguas de las lluvias, porque esta ciudad carece de pozos y aguas corrientes.

¿Qué motivo poderoso ha impulsado á una poblacion de 45,000 almas á encerrarse en esta garganta salvaje é incómoda? Muy pronto lo vamos á ver.

Guanaxuato fué fundado en 1554. Cuatro años despues se abrieron los pozos de las minas de Rayas y de Mellado, á un cuarto de legua de la ciudad, pero fueron abandonados hácia la mitad del siglo XVIII. El filon de la Valenciana no fué descubierto hasta 1770 por un señor Obregon, que reci-

bió del rey de España el título de conde de la Valenciana. Esta mina dió una renta anual de cerca de tres millones de duros, por término medio, hasta el tiempo de la insurreccion, época en que fueron interrumpidos los trabajos. Ha habido años, en que se han sacado hasta seis millones de duros, suma igual á toda la plata que salia de las minas del Perú. Sin embargo, el mineral no ha sido nunca muy rico, pero se le hallaba en abundancia, y tres mil molinos estaban ocupados constantemente en pulverizarle. Una compañía inglesa volvió á emprender los trabajos en 1826, pero despues de haber gastado grandes sumas en estraer el agua, no sacó el fruto que se prometia, y la abandonó. El agua ha vuelto á apoderarse de ella nuevamente.

La llanura de Bajío, que se encuentra al salir de Guanaxuato, se estiende desde Leon hasta Queretaro, y tiene próximamente sesenta leguas de largo sobre ocho á diez de ancho.

Las tierras de Bajío producen comunmente treinta granos de trigo por cada uno, sin ser abonadas nunca. Solamente se cuida de tenerlas en barbecho un año por cada dos. Este reposo es suficiente para devolverles toda su virtud productiva. Hay tambien algunos puntos donde se recogen cincuenta ó sesenta por cada uno, y siempre sin abono. Esto se vé, por ejemplo, en la hermosa hacienda llamada Cañada de Negros, á algunas leguas de Leon.

¡Cosa sorprendente! en medio de tal abundan-

cia de bienes de la tierra, se encuentran mas mendigos que en otras partes.

Ningun rio grande riega la llanura de Bajío; los arroyos mismos son muy raros. Pero se remedia este defecto natural con presas de gran estension, donde se detiene el agua de las lluvias, que se distribuye en la primavera, cuando las nieves empiezan á secarse.

Queretaro es una ciudad de 40,000 habitantes próximamente. Es notable por la estension de sus habitaciones, el bello verdor de sus alrededores, las flores de sus jardines, y en fin, por la dulzura de su clima.

Dos cadenas de montañas, que se enlazan á una milla del paseo público, forman un valle, donde murmura un arroyo de aguas límpidas. Una infinidad de chozas y de jardincitos adornan las orillas; allí los indios cultivan árboles frutales, legumbres y flores. Es el Santanita de Queretaro; los domingos se reune allí el pueblo para tejer coronas de flores y comer ensaladas.

Una hermosa fábrica de telas de algodon ha sido edificada á la entrada del valle, y á orillas del arroyo, cuyas aguas sirven de motor á sus máquinas. Pertenece á un rico español llamado don Cayetano Rubio. Es el mayor establecimiento de este género que existe en Méjico. Consume anualmente 15,000 quintales de algodon, y dá ocupacion á 3,000 obreros.

La fabricacion de telas de algodon, para la gen-

te del pueblo, es la principal industria febril de Méjico. Se cuentan cuarenta y dos fábricas, diseminadas en el vasto territorio de la república. Dan trabajo á 10,816 obreros de ambos sexos, y consumen entre todas 125,833 quintales de algodon, cuya mayor parte viene de los Estados-Unidos.

XXVI.

Morelia.

Morelia es, sin duda alguna, la ciudad mejor edificada de la república; su clima es dulce, y su sociedad muy amable. Allí, como en todo el Michoacan, se acoge á un huésped desconocido, como si fuese un antiguo conocido.

Dos caminos conducen de esta villa á la costa: el primero pasa por Zamora y atraviesa ricas mieses y abundantes pastos; es el mas frecuentado. El segundo pasa por una comarca mas accidentada. Despues aparece Patzcuaro sobre una colina, cuya base baña un hermoso lago de agua azulada, y rizada por el soplo de una brisa siempre fresca. Enfrente, y sobre la orilla opuesta, se apercibe apenas, velada por las brumas del horizonte, la aldea de Tzintzontzan, que fué la capital del pode-

roso reino de los Tarascos. Los Aztecas no habian podido someterlos nunca á su dominio, y si su último rey Caltzontzi, reconoció la soberanía de Cárlos V, fué voluntariamente.

Se dá á Uruapan por antonomasia el nombre de paraiso de Michoacan. Y en efecto, es un jardin delicioso en medio de un valle fertilizado por el Cupaticho, cuyas trasparentes aguas corren rápidamente. Este riachuelo se reune con otros dos en un punto, á poca distancia del cual se precipitan desde 80 piés de altura, en un barranco cortado á pico, y adornado con una vegetacion poderosa y multiforme. Esta cascada lleva el nombre de Savaracua, es decir, *criba*, en lengua tarasca; porque en efecto, unos cincuenta hilos de agua que se escapan de las rocas á la mitad de la altura de la caida, se parecen á los surtidores que produciria una criba. Este rio toma mas tarde el nombre de Balsa; se une en seguida al Mescala, y despues desemboca en el grande Océano de Zacatula.

Los indios de Uruapan tienen la piel de un blanco amarillento. Las gentes del país aseguran que son de pura raza; pero algunos opinan que son mestizos, y se ha observado en sus facciones, ángulos y formas, que mas bien pertenecen á la raza cáucasa, que á los caractéres americanos.

El color ordinario de los indios de Méjico es el de cobre; pero hay puntos donde toma un tinte mas negro, y otros donde admite un color azulado. Hay en Méjico carboneros montañeses, que pare-

cen haberse dado una ligera capa de añil, y hácia Playa-Vicente, al sur del rio de Albarado, se encuentran pueblos cuyo color es aun de un azul mas subido. Se vacila en creer si será una enfermedad de la piel, como la llamada *jiricna*, porque estas afecciones cutáneas no existen sino en los paises ardientes, húmedos y malsanos, y estos montañeses habitan las regiones mas frias y mas saludables de Méjico. Por otra parte, el tinte azulado del cuerpo de estos indios, es uniforme, mientras que la jiricna produce manchas en la piel.

La naturaleza ha castigado á los habitantes de esta parte de Méjico, con tres plagas horrorosas: la elefantiasis, el cretinismo y la jiricna.

La primera de estas enfermedades no es otra cosa que la lepra de los griegos, que desoló por tanto tiempo el Sur de Europa, despues de las cruzadas.

No se consiente la presencia de los leprosos en las aldeas donde abundan; se les obliga á ir á establecerse en sitios retirados, y algunas veces cerca de los caminos, adonde van á implorar la caridad pública. Así es que llevan la existencia mas miserable, hasta que la muerte viene á librarles de ella.

Los cretinos abundan en el valle de Apatzingan y sobre toda la costa. En la aldea de Comala, cerca de Colima, la quinta parte de los niños nacen sordos y mudos, idiotas ó contrahechos. Además, cuando llegan á una edad madura, todos los habitantes llevan infartos mas ó menos salientes en la garganta.

Esta degeneracion de la especie humana se atribuye á la naturaleza de las aguas del país.

En cuanto á la jiricna, he aquí lo que sucede: Bajo la influencia de un clima ardiente, húmedo y malsano, los resortes del estómago se aflojan, las digestiones se hacen mal, el bazo se hincha como en las fiebres intermitentes, pero sin dolor, y el cútis se cubre de manchas de diferentes colores. Las del indio son blancas, encarnadas, negruzcas ó azuladas; las del europeo son siempre blancas.

Algunos han creido que esta enfermedad provenia de un virus sifilítico. Sin embargo, su gérmen está en una atmósfera cargada de miasmas deletéreos, y su causa determinante en un calor húmedo.

Por otra parte, los *pintos* (nombre que se les dá en la costa sud-oeste) no sufren ninguna incomodidad en su estado. Solamente cuando pasan á un clima mas frio, sienten punzadas en los sitios en que la piel ha cambiado de color.

XXVII.

Colima.

Colima es la capital de un territorio, cuya poblacion no pasa de 32,000 habitantes. La capital tiene 14,000, y 8,000 mas si se le agregan los de los alrededores.

Esta ciudad ha sido víctima de varios temblores de tierra. Uno, el de 1818, la destruyó casi por completo. En 1847, una nueva sacudida arruinó muchos edificios, y una roca de mas de cien piés de largo por cincuenta de espesor, que se encontraba sobre el borde esterior del cráter de San Marcos, rodó por el flanco de la montaña, y el ruido que produjo en su caida resonó como un redoble de tambores hasta Tonila, que dista cuatro leguas de la ciudad. La temperatura de Colima, está lejos de ser sana; á pesar de la elevacion de su temperatura, en

la madrugada y al oscurecer hace un frio sensible. Algunos alimentos inocentes en otras partes, tales como la leche, el pescado, etc., son allí como veneno para ciertos estómagos.

El cultivo especial de Colima es el del algodon, el del café, el del azúcar, el del cacao y el de los cocoteros.

La cosecha de algodon se eleva de 15 á 20,000 quintales al año; mas de lo que se necesita para alimentar las dos fábricas de hilados establecidas en los alrededores de la ciudad hace pocos años. El resto se destina á las fábricas de Méjico y de Guadalajara.

El arroz dá treinta por uno, y es blanco y de muy buen gusto.

El café de esta costa no tiene igual en Méjico. Así, como no se cultiva mas que en pequeña cantidad, se vende muy caro, mas del doble que lo de Orizaba. Verdad es que el café de Colima se le cree por algunos superior al de Moka.

Aunque hay muchos ingenios sobre el territorio de Colima, el azúcar se vende mas caro que en ningun otro punto del territorio.

El cacao de Colima es menos estimado que el de Tabasco, pero hay muy pocas plantaciones.

Doce ó quince mil cocoteros decoran los arrabales y los alrededores de Colima con sus palmas en desórden. Cada cocotero dá de veinte á treinta docenas de cocos, que se venden á tres reales cada uno. Algunos están destinados á producir la *tuba*,

pero no dan fruto. Para obtener este licor se hace un agujero en la cima del tronco, donde se coloca un receptáculo, en el que vá á depositarse la savia del árbol. Al principio es un agua azucarada de un sabor agradable; despues, al cabo de algunas horas de fermentacion, adquiere un gusto vincso y exento del gas ácido carbónico que antes tiene en gran cantidad.

XXVIII.

Indios. — Trajes. — Precocidad. — Vegetacion. — Fieras. — Producciones.

Se hallan en la costa de Méjico indios de pura raza, mestizos, negros y zambros, nombre que se dá á la mezcla de las razas india y africana. Los indios son de carácter dulce y costumbres sencillas; los demás son astutos y llenos de vicios. Los mestizos y los zambros tienen la imaginacion mas clara que los indígenas de los climas ardientes; así es que todos serian felices, si no estuvieran dominados por la pasion del juego.

El traje de estos indios es original. Encima de unos calzoncillos de tela de Pontivy, que bajan hasta media pierna, llevan un pantalon de terciopelo de la misma longitud bordado de oro ó plata, y abierto por los lados, á partir de encima de la rodilla, de modo que los calzoncillos puedan flotar li-

bremente y ventilar las piernas. Este pantalon se sujeta al talle con un cinturon de seda con listas de oro, cuyos cabos cuelgan por detrás. Su camisa, con pechera y puños, es de una tela finísima, blanca como la nieve; su calzado es de piel de cabrito, en forma de botinas, escotadas por dentro para impedir que el calor se concentre en ellas, y armadas de dobles espuelas, con estrellas de dos pulgadas y media de diámetro, que cuidan de quitarse así que bajan del caballo. Su sombrero es de fieltro negro ó gris, con grandes alas, ribeteado con galones de oro ó plata, y adornado con una *toquilla* del mismo metal. En fin, un machete colgado á la cintura, completa este traje, cuya riqueza varía segun las personas.

En cuanto á los indios de los climas ardientes, su traje es el mas sencillo posible: se compone de unos calzones de tela y un sombrero de hojas de palmera. Las mujeres se envuelven en una tela de algodon, desde la cintura hasta las rodillas, y cuando salen del pueblo se cubren la espalda y el pecho con un pedazo de la misma tela, por medio del cual pasan la cabeza. Esta última parte del traje, se llama *huepil*. La limpieza mas grande reina entre los habitantes de estas costas; todas las partes de su traje las lavan con frecuencia. Las mujeres se bañan por lo menos una vez al dia, se jabonan la cabeza y el cuerpo, y despues tejen sus cabellos, suavizándolos y lustrándolos por medio de aceite que sacan de la almendra del mamey.

Se cuentan en la provincia de Goatzacoalco muchas aldeas de indios de pura raza, y que no conocen otra lengua que la de los aztecas. Algunos, designados por los criollos bajo el nombre de *gente de razon*, hablan español, y sirven de intérpretes. Los viajeros sufren grandes molestias en medio de estas poblaciones indígenas, si el intérprete no se encuentra allí. Al llegar á una aldea de indios, usando de un derecho que se les concede, van á alojarse á la casa municipal, donde el alcalde se encarga de enviarles dos *topiles*, es decir, dos personas que, mediante una ligera retribucion, cuidan los caballos y preparan la cena. Esta casa, no se compone mas que de una pieza, amueblada con una mesa y un banco, que es la oficina del alcalde; de modo que tienen precision de acostarse en el suelo, si no han tenido la precaucion de llevar consigo una cama.

Los habitantes de Altipan, aldea antiquísima, son de raza sin mezcla, como tambien los de Consoliacac. Esta es, segun la tradicion del país, la pátria de la famosa india doña Marina. Clavigero dice que habia nacido en Painala, aldea de la provincia de Goatzacoalco; pero las indagaciones que algunos han hecho, no han dado por resultado que existiese, ó hubiese existido, una aldea de este nombre. En otra historia de Méjico se lee que era de Huilotla. Tampoco se conoce este punto; pero existe cerca de Acayucan la aldea de Holuta ú Oluta, conocida por ser muy antigua y haber sido poderosa; este

Holuta es quizá el punto que se ha querido designar. No obstante, con razon ó sin ella, Altipan reivindica el honor de haber dado á luz á esta mujer, cuyo genio abrió á Cortés el camino de Méjico.

Las mujeres de esta aldea justifican su antigua reputacion de hermosas. Entre las indias es donde se hallan las formas mas perfectas. Además, su traje es muy á propósito para hacerlas resaltar, porque la única parte de su cuerpo que cubre, vá ceñida.

En estas ardientes regiones, la naturaleza es precoz. Las jóvenes de trece á catorce años parecen tener diez y ocho ó veinte, y su belleza pasa tambien muy pronto; así es que rara vez sobrevive á la edad de veinte y cinco años. Aunque los jóvenes se desarrollen mas lentamente, no es raro, sin embargo, encontrar un muchacho de catorce ó quince años, ya padre de familia. Y aun sucede muy á menudo que un padre case á su hijo antes de la pubertad, y se arrogue sobre la jóven esposa, derechos que el muchacho no piensa todavía en disputar.

La inmoralidad llega á su colmo en todas las aldeas de Goatzacoalco, y sobre todo en Altipan. Aquí todo está invertido, todos los deberes ignorados; un hijo y su madre, un padre y su hija, un hermano y su hermana, tienen entre sí uniones incestuosas, y hacen un cambio escandaloso de sus mas sagrados deberes. El amor, sin embargo, el verdadero amor les es desconocido. Los dos sexos no son atraidos el uno hácia el otro, sino por el atractivo

de un placer puramente egoista, y permanecen indiferentes el uno al otro así que se separan.

En las habitaciones de los indios, además de los utensilios de cocina, el moviliario no se compone de otra cosa que de una estera de junco, que sirve de cama, una mesa y sillas. Si se añade á esto un cántaro, algunas tazas de calabaza, y una imágen ahumada de la Vírgen ó de algun santo, se tendrá el inventario de lo que se puede encontrar en casa de un indio de las provincias interiores.

No hay en casa del indio de los climas ardientes mas que una hamaca, donde se columpia mientras que su mujer se esfuerza, antes de cada comida, en hacer la torta, trabajo que la ocupa una gran parte del dia. Pero este es mucho mas dichoso que el indio de las provincias elevadas: este último lleva una vida de privaciones contínuas, mientras que el otro goza sin trabajar de las dulzuras de la vegetacion. Así es que, á medida que uno se aleja de las costas, se nota un cambio notable en la clase de los indios; cuanto mas se eleva uno, mas desaseados se presentan, y se concluye por no ver sino andrajos tan sucios que repugnan. Las mujeres, jóvenes ó viejas, horrorizan por lo llenas que están de miseria, y en vano se buscaria alguna gracia en sus degradados rostros.

El Goatzacoalco es un rio hermoso, pero su curso es de poca estension. Nace en las desconocidas soledades de las cordilleras, y el punto mas lejano á donde se llega subiéndole, dista de la aldea de

Santa María Chimalapa unas veinte y cinco leguas al noroeste de Tehuantepec. Allí se le dá al rio el nombre de Rio del Corte, porque los conquistadores embarcaban en él sobre balsas, los palos para mástiles, que antiguamente iban á cortar á las selvas de Tarifa para los astilleros de la Habana.

El Goatzacoalco recoge numerosos afluentes que aumentan progresivamente el caudal de sus aguas. En la primera mitad de su curso, presenta con frecuencia corrientes rápidas, que hacen la navegacion muy penosa; pero á partir de Mal Paso, á cuarenta leguas próximamente de la barra, se hace fácil, no solo para piraguas, sino aun para embarcaciones que calen varios piés de agua. Los buques mayores pueden subir hasta el Coachapa, es decir, á doce leguas de la embocadura. La anchura de su cauce varía por lo general de ciento á ciento cincuenta metros; algunas veces toma una estension cuatro ó cinco veces mayor. En la estacion de las lluvias, las aguas que invaden el dominio de las selvas, desarraigan los árboles y los dejan á la orilla, ó bien los arrastran hasta el mar.

El puerto de Goatzacoalco es seguro; su concha es espaciosa, y no lejos de allí se hallan, subiendo el rio, profundas lagunas, donde centenares de buques encontrarian abrigo contra el norte mas furioso. La barra es mejor que la de los demás rios de Méjico, porque su posicion es fija, y jamás está obstruida por arenas movedizas. Tiene de doce á catorce piés de profundidad, y es por lo tanto accesi-

ble á los buques cuyo calado no esceda de esta dimension. Si ha sido temida por los marinos que dirigian las espediciones, es porque la mala fé de los prácticos habia hecho creer en peligros imaginarios.

En Mal Paso, el rio se halla encajonado en un cauce de piedra. Además, derramado por cada lado en las llanuras, sus aguas corren por una pendiente desigual á través de peñascos é islotes, que hacen muy peligrosas las corrientes. Allí, el marinero tiene que luchar contra los remolinos y la irregularidad del cauce, que presenta sucesivamente estensas cascadas, y vados donde falta agua para mantener á flote una piragua cargada.

Los caimanes se encuentran en gran número en Goatzacoalco, pero no son muy peligrosos, con pocas precauciones que se tomen.

La longitud ordinaria de este anfibio, es de ocho á diez piés, pero los hay mucho mayores.

Cuando los primeros colonos alcanzaron la concesion, encontraron cinco ó seis lugarcillos de indígenas escalonados sobre el rio. Habian sido enviados allí de las diferentes aldeas de los alrededores, para poner en ejecucion el proyecto de colonizacion del gobierno; pero poco á poco abandonaron sus nuevas viviendas, para volver á las antiguas, no pudiendo soportar el tormento de los mosquitos.

Sin embargo, los indios de Minatitlan, Altipan y otras aldeas van allí á plantar maíz, caña de azúcar y bananos, de que no vuelven á ocuparse hasta

la época de la recoleccion. Allí es donde cortan los árboles de que construyen sus piraguas, que comunmente tienen cincuenta piés de largo, y las tablas de cedro, que venden á los criollos. No emplean otra herramienta que el hacha, de modo que de cada árbol no pueden sacar sino una tabla.

De la barra á Almagro, la vegetacion solo es pintoresca; pero remontando el rio, se la vé en todo su esplendor. En Mal Paso es verdaderamente magnífica. A cada lado del rio se estienden selvas vírgenes de árboles gigantescos, cuyas ramas no empiezan comunmente hasta los cincuenta piés del suelo, y forman una cúpula de verdura, impenetrable á los rayos del sol. El ceiba de espeso follaje, las palmeras de esbelto y magestuoso tronco, el dragonero con manchas de sangre, el fragante cedro, el liquidámbar con resina perfumada, el guayaco de madera dura, la pasionaria de flexibles ramas, el coapinol con goma dorada, todos estos árboles y otros muchos buscan el sol y se lanzan á porfía al encuentro de sus rayos, á quien deben su vigor y su belleza. La sombra proyectada por sus espesas copas, priva al suelo de cualquiera otra vegetacion, de modo que podrian recorrerse en carruaje vastos espacios, en que la vista se pierde al internarse en sus profundidades tenebrosas. El viajero que desde la orilla contemple este cuadro viviente de una naturaleza virgen, no puede prescindir de un sentimiento de terror religioso, que le revela por qué los druidas habian colocado el santu-

tuario de sus divinidades en las selvas primitivas del antiguo continente. La aparicion de una manada de jabalíes, que obedecen á un gefe, viene alguna vez á animar estas soledades; otras es un mono, que se columpia colgado de la cola, ó un tigre que anda á pasos lentos y que exhala su hastío en largos rugidos.

Los tigres, llamados por otro nombre jaguares, rara vez atacan al hombre, porque hallan abundante alimento en las selvas y en los pastos de las haciendas; así es que los propietarios de las grandes granjas tienen constantemente en campaña cazadores de tigre. En la del marquesado de Cortés, cerca de Tehuantepec, se matan por término medio, unos cincuenta cada año, y á pesar de esto, se pierden aun muchos ganados.

Los cazadores de tigre no van siempre armados de escopetas; comunmente llevan un lazo, con el que estrangulan al animal. He aquí cómo lo hacen: cuando han descubierto las pisadas de la fiera, se ponen en su busca con una docena de perritos ya amaestrados en esta caza, y que muy pronto le alcanzan. Espantado por los gritos del hombre y el ladrido de los perros, el tigre trepa sobre un árbol. Mientras que permanece atento esclusivamente á los movimientos y á los gritos de los perros, los cazadores le pasan el lazo al cuello por medio de una pértiga armada de un aguijon; despues de haber atado fuertemente la cuerda al árbol, le pinchan por detrás: el animal salta, y queda colgado.

Hay otra caza del tigre muy curiosa, y es la que hacen los jabalíes. Estos animales son terribles cuando se reunen en manadas y se les ataca. Si un tigre ha matado ó herido á alguno, se vé á veces rodeado y atacado. El árbol mas próximo le sirve entonces de refugio; pero los jabalíes no renuncian á su venganza: son tenaces y permanecen al pié del árbol, donde su número se aumenta contínuamente, y si es necesario, pasan allí varios dias, hasta que el hambre obliga á su prisionero á bajarse de él. El tigre se lanza al fin, y un terrible combate se empeña; pero aunque deje el suelo poblado de víctimas, concluye por ser desgarrado á dentelladas.

Se encuentra en los climas ardientes el puma ó cuguardo, llamado vulgarmente *leon sin melena*. Mas pequeño y menos fuerte que el jaguar, difiere aun de él por su pelaje, que es grís aleonado con manchas mas subidas, que desaparecen á su muerte.

El colono no tiene nada que temer en su persona de la mayor parte de las otras fieras que pueblan las selvas de Goatzacoalco: el gato montés, el coyote (cuadrúpedo que participa de zorra y lobo) y el lobo, no hacen la guerra sino á las gallinas; el armadillo acorazado, al maíz; el danta no aprecia otro alimento que las gramíneas de los arroyos y las hojas tiernas de los árboles; en fin, el tití prefiere retirarse á los bosques inaccesibles al hombre, donde las palmeras, los zapoteros y otros árboles le ofrecen sus frutas sabrosas y abundantes.

El colono gastrónomo halla para su mesa perdices en los barrancos abrigados del viento norte, liebres ó conejos en las llanuras que presentan maleza. En los valles cubiertos, al ponerse el sol, el pavo salvaje él mismo se descubre: anuncia su presencia llamando hácia sí á sus compañeras dispersas. Las orillas del rio proveen de cercelas, cisnes grandes, tortugas é iguanas. En sus profundas aguas el anzuelo del pescador pesca el bagre y el bobo, de carnes tersas y blancas, y en los arroyos tributarios encuentra la trucha dorada.

En cuanto á los frutos dados por los diferentes climas de Méjico, su variedad es innumerable, su nomenclatura numerosa y su riqueza sin igual: son por una parte el cacao, el café, la caña de azúcar, la vainilla y los cereales; por otra el algodon, el tabaco, la cochinilla, el añil, la zarzaparrilla, el jalapa, etc.

El cacao de Goatzacoalco es de igual calidad que el de Tabasco, provincia limítrofe, y superior al de Guayaquil, al de Maracaibo, y aun al de Caracas. Tabasco apenas produce la quinta parte del cacao que se consume en Méjico; el resto viene en gran parte de Guayaquil, y no llega á Veracruz sino despues de haber estado en Nueva-York ó en Hamburgo; cosa estraña para el que ignore que no existen comunicaciones directas entre Méjico y los Estados del Sur de América.

Si rara vez, algunos buques de cabotaje traen á los puertos del Oeste las producciones de las otras

comarcas, son casi insuficientes para el consumo de los habitantes de esta costa.

El cultivo del árbol que produce el cacao, estaba ya muy estendido en tiempo de Motezuma: se molia el grano con maiz, y despues se preparaba con ello una bebida, á la cual se daba el nombre de *chocolatl*. Los granos de cacao corrian en el imperio de los Aztecas como medio de cambio; y hoy todavía, sirven de moneda en Tehuantepec y en las villas de Chiapa. El valor de medio real está representado por treinta y seis granos.

El café de Goatzacoalco es por lo menos tan bueno como el de Orizaba. Su grano es pequeño y redondo; y cuando el árbol es viejo, no podria hallársele igual sino en Colima.

La caña de azúcar cuesta poco trabajo el cultivarla, bajo la influencia de una atmósfera ligeramente húmeda y de un rocío abundante, que hacen inútiles los trabajos de riego, indispensables en las regiones del centro y sobre la costa occidental. Aun ofrece una ventaja sobre la de la vertiente opuesta de las cordilleras, y es que dura siete ú ocho años en plena reproduccion, mientras que es preciso renovarla cada dos años en los paises en que es necesario el riego. M. de Humboldt la ha hallado mas abundante en azúcar que en la isla de Cuba y en las plantaciones de Santo Domingo.

La liana, que produce la vainilla es tambien de fácil cultivo; pero la preparacion de las vainas exige minuciosos cuidados. Casi toda la vainilla de que

Méjico provee á Europa, se recoge en el Estado de Veracruz.

Los cereales se reducen al arroz y al maíz; la cebada y el trigo candeal no espigan en los climas demasiado ardientes. La altura á la cual se empieza á sembrar el trigo de Europa en la pendiente de las cordilleras, es de mil metros próximamente sobre el nivel del mar, y se puede continuar su cultivo hasta los tres mil.

El arroz se cultiva en los terrenos húmedos. Se cuentan varias especies de escelente calidad que producen, en un terreno dado, una masa de alimentos mas considerable, que si se sembrara de trigo la misma estension.

En cuanto al maíz, su fecundidad sobrepuja á todo lo que podrian imaginarse nuestros labradores de Europa; y además se aclimata de la misma manera en todas las regiones de temperaturas opuestas. Sin embargo, el calor, unido á la humedad, es la condicion mas favorable á su desarrollo, y á la abundancia de sus productos. En cincuenta dias se obtiene una cosecha; de modo que en un mismo año madura tres veces en el suelo fecundo del istmo, y dá al cultivador, en premio de sus cuidados, cuatrocientos ó quinientos granos por cada uno, y á veces aun mas.

El algodon de San Andrés de Tuxtla y el Cosamoloapan, sobre el rio de Alvarado, son célebres por su finura y su blancura; pero sin embargo son inferiores al que se recoge en la parte meridional del

estado de Oaxaca. Sembrada la pepita, produce un arbusto de dos á tres piés. Las cápsulas se abren al cabo de cuatro meses.

El tabaco que algunos colonos han obtenido á orillas del rio, era de escelente calidad, y le estimaban tanto como el de Tabasco, donde la mejor clase, llamada *de corral*, pasa comunmente por de *la vuelta de abajo* (Habana). Las plantaciones de Orizaba y de Córdoba proveen á la Hacienda de una gran parte del tabaco necesario para el consumo del país. El tabaco de los cigarros es flojo, pero su aroma es muy agradable.

El añil del istmo es el mas hermoso de la república; pero su cultivo está muy descuidado en Méjico, y ni aun basta para las necesidades del país.

La zarzaparrilla vegeta admirablemente en las gargantas húmedas y sombrías de las montañas de Guichicovi.

Despues de estos vegetales vienen otros que sirven para alimentar al colono y darle además una venta segura, y son las bananas, las patatas, las batatas, las habas negras, los cacahuetes, los pimientos encarnados, los melones, las sandías y las ananas, etc.

El bananero es un objeto de cultivo del mayor interés para el habitante de los terrenos que no se eleven mas de 1,550 metros sobre el nivel del mar. Ninguna planta produce una masa de sustancia tan considerable en tan pequeño espacio de terreno; cada pié dá ciento ó ciento sesenta frutas, cuyo

peso total no baja de cincuenta á sesenta libras. La longitud del banano varía entre seis y catorce pulgadas; los de Guichicovi son los mas hermosos y los mejores que se conocen.

Hay dos especies de bananos: una el banano propiamente dicho, y el otro el higo-banano. Este se come crudo; la carne es blanda y sabrosa. Cocido bajo ceniza ó frito, el primero es un alimento verdaderamente delicioso.

Una plantacion de bananeros se perpetúa por sí misma, sin costar otro cuidado al hombre que el de afianzar dos veces cada año el pié de los tallos, y cortar aquellos cuyo fruto ha madurado. Por otra parte, todos los vegetales alimenticios que abundan en el istmo, y en los valles húmedos de los Estados de Veracruz, de Oaxaca y Michoacan, cuesta tan poco trabajo el cultivarlos, que bastan dos dias por semana á un solo hombre para proveer á la subsistencia de toda una familia.

Al lado del banano crece el yuca, planta tambien alimenticia, y de la que se distinguen dos clases, una dulce y otra amarga. La raiz de la primera puede comerse sin peligro, mientras que la de la segunda es venenosa.

Sin embargo, la fécula de las dos raices, llamada harina de manioque, sirve indistintamente para hacer pan. Se separa el jugo venenoso de la fécula de yuca amarga, comprimiendo con cuidado la raiz raspada. El pan de manioque ó de casave es muy alimenticio, y es uno de los prin-

cipales alimentos de los negros de las Antillas.

La patata llamada camote, es una especie de patata azucarada, cuyo gusto se asemeja al de la castaña. La batata es mas insípida.

Esta acumulacion de productos trasformará la provincia de Goatzaçoalco en la mas floreciente de los Estados mejicanos y de la América española, cuando las orillas del rio estén habitadas por hombres industriosos y cultivadas como las del Ohío. Además, el colono encontrará fácil salida á todas sus producciones.

XXIX.

Minas.

Ocupémonos ahora de la industria mas importante y rica de Méjico.

La hacienda de Regla pertenece al ex-conde del mismo nombre, que la habia arrendado con las principales minas de Real del Monte á una compañía inglesa por 16,000 duros cada año. Esta hacienda no es una posesion destinada al cultivo, sino una fábrica á donde se lleva el mineral al salir de las minas, para estraer de él la plata.

Esta estraccion se hace de dos maneras: si el mineral es pobre, se opera con él por medio del mercurio, y si es rico, se funde. He aquí la marcha seguida en las dos operaciones:

El quebrantamiento en seco se hace con maderos, que levanta por intérvalos un eje horizontal

que gira sobre sí mismo, por medio de picos dispuestos á propósito como las puntas del cilindro de un organillo. Cuando el mineral está pulverizado como harina de maíz algo gruesa, se le echa dentro de agua en pilones circulares, en el centro de los cuales gira un eje perpendicular, cuyos brazos, de la longitud de un rádio de círculo, mueven unas piedras de basalto, de un quintal de peso cada una.

Se estiende en seguida sobre un área, el resíduo metálico que queda encima de la capa de mercurio, despues se le mezcla con sal comun para operar la oxidacion de los metales y del mineral de cobre calcinado y pulverizado (*magistral*), si la mezcla presenta gran brillo metálico. Despues de algunos dias de reposo, unos hombres, que llevan en la mano un lienzo lleno de mercurio, recorren el área comprimiendo el lienzo hasta hacer salir el metal en pequeñas gotas, y algun tiempo despues se le añade magistral. Se emplea seis veces tanto mercurio como plata contiene la masa, y de una á siete libras de magistral por cada libra de mercurio. En fin, para favorecer el contacto de las sustancias, se hace correr dando vueltas sobre el área á una docena de caballos ó mulas, ó bien andar hombres descalzos sobre estos resíduos metálicos durante dias enteros. Dos, tres ó cuatro meses trascurren antes que el mercurio se apodere de todá la plata, y durante este tiempo, hay con frecuencia necesidad de echarle todavía magistral, mercurio, sal, y aun cal.

Cuando por caractéres esteriores se juzga que esta operacion está terminada, se echan estos residuos con agua en cubas, donde se bate el líquido por medio de unos molinillos; despues, haciendo correr el agua, las partes terrosas ú oxidadas son arrastradas, y la plata, mezclada al mercurio, queda en el fondo de la cuba.

Se separan los dos metales por la sublimacion, colocando la amalgama en forma de pequeñas pirámides, bajo una campana de hierro que se calienta, y el vapor del mercurio vá á condensarse en un receptáculo con agua que se encuentra bajo la campana.

Cuando la estraccion se hace por medio de la fundicion, no se deja reducido el mineral mas que al volúmen de una arenilla, y para el lavado, se separan los granos metálicos, y se les arroja despues por capas en los hornos. La parte terrosa se vitrifica y permanece en la superficie; el plomo, mezclado á la plata, se precipita en el fondo, de donde sale por una válvula, y toma la forma de un salmon, de peso de 40 ó 50 libras. La cantidad de plata contenida en cada uno, varía de la vigésima á la centésima parte del peso total.

El primer medio de estraccion es malo, cuando el mineral abunda, porque entonces las partículas de plata tienen bastantes condiciones para que el mercurio se apodere de ellas fácilmente.

Para separar la plata del plomo, se funden estos salmones en el crisol: despues, por medio del

soplete, se dirige sobre el metal fundido una gran masa de aire que oxida el plomo. Fórmase entonces en la superficie una escoria de un rojo amarillento, que conserva un brillo metálico, que es lo que se llama litargirio.

Fúndese en seguida la plata en lingotes ó barras de un peso variable, segun las localidades, y despues se los somete á nuevos procedimientos químicos, para separar el oro que contienen en mayor ó menor cantidad.—Segun la opinion de un escritor, las nueve décimas partes de toda la plata existente han salido de las minas de Méjico; y sin embargo, ¿qué son los puntos aislados que hasta ahora se han esplotado, si se los compara con todo Méjico, que no es, por decirlo así, mas que una sola mina desde Oaxaca hasta Chihuahua? La masa de plata estraida de las minas de Guanaxuato, de Zacatecas, de San Luis de Potosí, de Tasco, de Sombrerete, de Catorce, de Bolaños, etc., no es mas que un átomo comparativamente á lo que permanece oculto en las montañas que rodean estos mismos lugares, y á los tesoros inagotables de los Estados de Sonora, de Smalva, de Chihuahua. Allí, no solo abundan el oro y la plata en el seno de las montañas, y aun en la superficie, sino que los rios y los torrentes arrastran el oro, y la arena y la tierra lo contienen en gran cantidad. En todos los tiempos, el oro en polvo ha sido objeto de tráfico entre los salvajes y los mejicanos que habitan en las fronteras del desierto, y en nuestros dias, el descubrimiento de

Sutter, ha revelado al mundo los tesoros que encierra la California.

En 1836, la compañía inglesa de Real del Monte, habia ya gastado en doce años ocho millones de duros en la esplotacion de las que le pertenecian. Cinco millones habian sido empleados en poner las minas en estado de ser esplotadas, en establecer hermosas máquinas de vapor para hacer jugar las bombas, y en abrir la carretera de Régla, etc.; los tres restantes señalaban lo que escedian los gastos de esplotacion al valor del metal obtenido. Estos gastos habian absorbido mensualmente 35,000 duros, mientras que la plata sacada de la tierra, no habia dado mas que de diez á veinte mil duros en el mismo tiempo.

Las principales minas de Real del Monte, eran entonces las de Terreros, San Cayetano, Morán, Santa Teresa, Guadalupe, Dolores, Santa Isabel, Santa Bárbara, etc.

La forma de las escalas usadas en el país, ofrece grandes peligros. Consisten en un árbol, en el que se encuentran hechas una porcion de muescas bastante profundas para poder apoyar el pié en ellas. Estas muescas se llenan poco á poco de la arcilla, que se pega al calzado de los mineros, lo que hace la escala muy resbaladiza. ¡Desgraciado del que coloque mal su pié y no pueda detenerse al caer, agarrándose fuertemente al árbol! rueda de escala en escala, de precipicio en precipicio.

Pero por medio de las escalas de mano adopta-

das por los ingleses, la bajada no es peligrosa, ni aun ofrece dificultad.

Tambien se puede bajar y subir por el pozo de la mina, colgándose de las cuerdas de que se sirven para sacar el mineral en sacos de cuero. Estas cuerdas están movidas por una especie de tornos que están noche y dia en movimiento. Si la cuerda está usada, ó si el caballete sobre que uno vá sentado, no está sólidamente fijo á la estremidad de la misma, ó se choca violentamente con las puntas de los peñascos que flanquean las paredes del pozo, se corre el riesgo de romperse la cabeza y de rodar hasta el fondo del abismo.

Los filones descubiertos en aquella época (1836) eran magníficos y prometian indemnizar muy pronto á la compañía de las pérdidas que habia sufrido; pero esta riqueza no se sostiene por mucho tiempo. El mineral no bastaba para cubrir los gastos, si contenia menos de doce marcos de plata, en treinta quintales de mineral. Una direccion mejor en los trabajos permite en Guanaxuato estraer plata del mineral, que no contiene mas que seis marcos, y en Zacatecas, del que no contiene mas que cuatro. Así es, que la compañía inglesa se ha arruinado, mientras que la mejicana, que le ha sucedido, saca muy buenos beneficios.

Las galerías inferiores estaban siempre inundadas, á pesar de las bombas. Para remediar este inconveniente, se abria una galería de desagüe al nivel de la montaña. En ciertos sitios, hay agua

hasta media pierna; en otros, un poco mas arriba. Pero esta agua no causa impresion desagradable, está templada. La temperatura en el fondo de estas minas, se mantiene entre los 24° á 26° centígrados, y aumenta á medida que se profundiza mas. La esperiencia ha probado que el termómetro se eleva un grado centesimal por cada cien metros que se profundice: de donde resulta que á menos de quince leguas de profundidad, la temperatura de la tierra es ya la de la incandescencia.

Las montañas que se encuentran al oeste de Ocotlan, encubren minas de oro. El camino que á ellas conduce, atraviesa pinares, encinares ó montes de árboles de climas mas ardientes, y abunda tambien en helechos de especies poco comunes, entremezclados con verbenas de flores azules.

Los *yacimientos* auríferos de San Miguel de las Peras (á catorce leguas de Oaxaca), se encuentran en rocas de cuarzo, que contienen óxido de cobre, y mas comunmente óxido de hierro. Los filones no están inclinados mas que diez ó doce grados; de modo que internándose insensiblemente en la tierra, se puede seguirlos, por lo comun, sin emplear escalas. A veces, cuatro ó cinco filones siguen una misma direccion, y están separados solamente por algunas pulgadas de arcilla. Si se reunen, la vena que forman presenta mas de un metro de espesor.

Se empieza á beneficiar el mineral cuando dá veinte y cuatro granos de oro por carga de tres quintales. El oro de veinte y tres quilates, que vale

en Europa diez y ocho duros, no se vende en Oaxaca mas que á catorce.

En 1849, habia en las Peras veinte y cinco minas en esplotacion; la mas productora, era la del Rosario; daba próximamente cuarenta y ocho granos de oro por carga. Se ha hallado hace algunos años, de la mina del Cármen Grande, cuyo mineral contenia hasta siete onzas. Hoy está abandonada. Todas las minas de Peras no producen arriba de seiscientas onzas cada mes.

¡Qué existencia tan llena de peripecias la del que se dedica á esplotar una mina en aquel país! Unas veces se pierden las huellas del filon, y he aquí que es preciso trabajar sin fruto varios dias, varias semanas, y á veces meses enteros para volver á encontrarle. Otras, el gas ácido carbónico invade los subterráneos, y hay precision de hacer gastos considerables para restablecer la circulacion del aire.

Otras, el mineral dá treinta ó cuarenta granos por carga, y á la semana siguiente no contiene un solo grano. Sin embargo, aunque las esperanzas de los mineros son mas modestas en las Peras que en Real del Monte ó en Guanaxuato, la fortuna es menos inconstante en las minas de oro, pues siempre se encuentra con qué vivir trabajando, mientras que ni la décima parte de las minas de plata dan utilidad á causa de los grandes gastos que exigen.

Tambien se han descubierto minas de plata en la provincia de Oaxaca, y particularmente en las

montáñas del noroeste. Varias compañías inglesas y alemanas, se han arruinado en ellas. Sin embargo, no seria prudente el juzgar de los filones por este triste resultado. En efecto, cuando se trata en Europa de formar una compañía de accionistas para los trabajos de una mina, y se tienen á la vista magníficas muestras de mineral, se cree ya tener encadenada la fortuna. Desde entonces se desdeña el haber economías; todo se hace en grande; se reune una multitud de empleados, que no tratan sino de vivir cómodamente á espensas de los accionistas. Entretanto, los trabajos empiezan, y los gastos esceden á los beneficios; se espera encontrar un filon mas rico, se continúa, y el déficit aumenta; se persevera en las esperanzas, y se concluye por perder todo el capital. Tal és la historia de casi todas estas empresas, y en particular de la compañía inglesa de las minas de oro de Peñoles, situadas tambien en los alrededores de Oaxaca: perdió en otro tiempo 80,000 duros, á pesar de retirar metal suficiente para enriquecer á un minero económico.

Los mineros europeos, aislados en sus montañas, sin sociedad ni medios variados para distraerse, se entregan sin mesura á los placeres de la mesa. Pero sobre todo, cuando abusan, es cuando se les llega algun huésped de Oaxaca; entonces renuevan lo que se practicaba en los festines de Roma degenerada, para prolongar el apetito.

La caza les proporciona un pasatiempo mas noble; los corzos y los jabalíes abundan en los montes

vecinos, como tambien el lobo, el danta y el pavo salvaje, caza preciosa para un aficionado á la comida regalada. Los hay que pesan de veinte y cinco á treinta libras. Este pavo difiere muy poco del de nuestros corrales: esceptuando algunos matices metálicos, tiene el mismo plumaje, la misma carne y el mismo chillido.

Una de las minas mas nombradas de Guanaxuato, es la Valenciana. Los cuatro pozos por donde se saca el mineral, han costado próximamente dos millones y medio de duros. El mayor mide treinta y siete metros de circunferencia y cerca de seiscientos de profundidad.

En cuanto á las minas de Rayas y de Mellado, no han dejado de producir pingües rentas; de tiempo en tiempo hay *bonanza*, es decir, se descubren filones que producen veinte, treinta y hasta cincuenta mil duros por semana, durante varios meses y aun años, despues de lo cual, la vena se agota ó bien se pierde la direccion, y la venta semanal se reduce á tres ó cuatro mil duros.

En 1848 hubo *bonanza* en las dos minas. En solo una semana se estrajo mineral por valor de cincuenta y seis mil duros. Una parte de aquel dió doscientos ochenta granos de oro por marco de plata, encontrándose á veces hasta mil ochocientos. Los gastos de esplotacion se elevaron entonces á ocho mil duros por semana; pero disminuyen así que el filon se empobrece.

La venta se hace del modo mas ventajoso para

el vendedor y el comprador: cada uno dice su precio al oido del pregonero, y la adjudicacion se hace al que mas ofrece. De esta manera, el comprador nó ofrece menos de lo que cree que vale el objeto, por temor de que se le escape. En cuanto al minero, vende sus productos tanto mas caros, cuanto menos abundan en mineral las minas del distrito, porque prefiriendo entonces los dueños de las fábricas un corto beneficio á estar sin trabajo, ofrecen mas para aumentar las probabilidades de la adjudicacion en su favor. Si no trabajasen, subsistirian sin compensacion los gastos generales.

En tiempo de las grandes *bonanzas*, los dueños de las fábricas tienen una ganancia enorme si entienden el negocio. Dos portugueses sacaron en los años de 1848 y 1849, hasta 10,000 duros de beneficio líquido mensualmente.

El pozo mayor de Rayas mide cerca de 42 metros de circunferencia y 400 de profundidad.

Horroriza el ver estos abismos abiertos á flor de tierra y sin pretil. Instintivamente se comprende todo el peligro que correria uno al acercarse, si se esperimenta el menor mareo.

Por estos pozos es por donde suben y bajan los empleados de las minas y aun los curiosos que quieren evitarse el cansancio y la lentitud de la ascension por las escaleras. Se estremece uno á la sola idea de que un hombre esté suspendido de una cuerda en una profundidad incomensurable á la vista; y sin embargo, lo raro de los accidentes hace que se

acostumbren á bajar allí sin temor, y comunmente por placer.

Se cuenta que un obrero de las minas de Rayas, cediendo á una tentacion satánica, empujó hácia el abismo á su mujer, que había venido á traerle de comer. Pues bien, ¿será creible? esta desgraciada no murió: hallando á mano, muy cerca de la boca del pozo, una cuerda, á la cual estaban atados dos hombres, se agarró á ella, y se encontró sentada entre uno de los hombres y la cuerda: se habia salvado. Sin embargo, la conmocion que esperimentó fué tal, que por largo tiempo permaneció en un estado próximo á la imbecilidad. En cuanto á su marido, huyó desatinado y se alejó del país. Jamás se volvió á saber de él. Ignoró que su muger se habia salvado.

Las obras interiores de la mina de Mellado son notables: hay planos inclinados, sobre los cuales ruedan carretas llenas de agua ó de mineral, que se trasporta al pozo de salida, y dos tornos á diferentes profundidades, movidos por caballos, que no ven nunca la luz del sol, sin que por eso dejen de estar gruesos y con buen aspecto.

Cuanto mas se interna uno en la tierra, mas aumenta el calor, sin seguir, sin embargo, la regla constante (1), pues disminuye cuando las corrientes de aire se establecen libremente, y sobre todo si se encuentran varias á la vez. A unos 300 metros de

(1) Un grado centígrado por cada cien metros de profundidad.

profundidad, el termómetro centígrado pasa de los 27°, siendo 18° la temperatura esterior.

El medio (1), en el cual se halla uno en estas profundidades, es muy favorable al desarrollo de las fuerzas físicas. Se ha visto á mineros llevar en un terreno llano una piedra de doce arrobas, mientras que fuera de la mina las dos terceras partes le agobiaban.

Las desgracias son muy frecuentes en las galerías de los trabajadores; unas veces es una bóveda que se hunde y sepulta bajo sus escombros media docena de hombres; otras es un imprudente que es víctima de una esplosion. Así es, que encima de la puerta de la escalera se lee esta significativa inscripcion, que tiene analogía con el *Lasciate ogni speranza*, de Dante:

Al entrar aquí,
No te olvides de encomendar tu alma á Dios.

Los trabajadores de las minas ganan un duro diario; el domingo descansan. Cuando el filon no es rico, se les deja trabajar por su cuenta, y se dividen los productos con ellos.

Guanaxuato no tiene para sostenerse mas que su comercio interior, que es muy activo en tiempos de *bonanza*. Los trabajadores de las minas y de las

(1) Medio es todo cuerpo sólido, líquido ó fluido elástico, en el cual otras sustancias pueden penetrar y moverse con mas ó menos facilidad.

fábricas ganan mucho, y gastan el domingo el jornal de toda la semana, mientras que los accionistas, creyendo tener para siempre encadenada la fortuna, llevan un lujo asiático y compran sin regatear. De modo, que cuando ha pasado el buen tiempo, los comerciantes gozan del beneficio de las minas; los trabajadores, y aun los dueños con frecuencia, se encuentran tan pobres como antes. Varios accionistas, que desde 1843 á 1852 han recibido un millon de pesos, se han arruinado ya, sin haber sin embargo vivido con lujo ni haber hecho bien á nadie. ¡La negligencia, el desórden y el juego, absorbian semanalmente dividendos de diez mil duros!

Las minas del distrito minero de la Luz (á cuatro leguas de Guanaxuato), son las que han producido todas estas grandes fortunas.

La mina de la Luz, propiamente dicha, ha dado 15 millones de pesos de dividendo á sus accionistas. La de Santa Lucía ha producido casi igual suma.

En 1850 se contaban setenta minas en el Estado de Guanaxuato, treinta y ocho de ellas en esplotacion y las otras *amparadas*, para que los accionistas no perdiesen sus derechos, y cuarenta fábricas de primero y segundo órden (esto es, *haciendas* y *zangarros)*, que daban movimiento á mil trescientos molinos (*arrastres*). Los capitales desembolsados el mismo año para los trabajos de las minas y de las fábricas se evaluaron en tres millones de duros. La casa de la moneda de Guanaxuato acuñó en el mis-

mo tiempo 8.466,430 pesos y 44,342 onzas de oro. Desde 1.° de febrero de 1827 hasta 31 de diciembre de 1851, ha acuñado por valor de 99 millones de pesos, en cuya suma figuran por 59 millones los diez primeros años, es decir, por mas de la mitad de lo que ha dado en todo el período de veinte y cinco años. En la misma época el producto medio de todas las minas de Méjico no ha bajado de 20 millones de pesos cada año.

Las minas de Méjico han producido las nueve décimas partes de toda la plata que circula por el mundo, y las de Guanaxuato producen por sí solas la mitad de lo que se saca anualmente del seno de la tierra.

Se vé, pues, que la esplotacion de las minas es una industria importante para Méjico. Sin embargo, el fisco, lejos de proteger y animar el desarrollo de este manantial de riquezas, ha gravado la plata á su salida de la tierra con un 3, un 4 y un 6 por ciento, como derechos nacionales, de circulacion y de esportacion respectivamente, y en fin, con un real por marco de plata como derechos de *minería*, sin perjuicio de las contribuciones ordinarias y estraordinarias impuestas á las materias necesarias para estraer y beneficiar el metal, como la pólvora, el mercurio, la sal, etc. No es esto todo: el minero está obligado á llevar su plata á la casa de la moneda, para ser convertida en piezas que solo tienen curso en Méjico. Tiene, pues, que soportar gastos de acuñacion, una merma considerable, y la pérdi-

da de parte del oro contenido en la plata, porque la separacion del oro se hace en Méjico de una manera demasiado onerosa, para que deje beneficio si la plata contiene menos de 16 granos por marco. Y cuando los pesos llegan á Europa, tiene que sufrir aun nuevos gastos y una merma para deshacer lo hecho en Méjico, porque esceptuando en nuestro país, no se reciben como numerario los pesos mejicanos en ninguna otra nacion del continente; se les compra por el peso, para darles la forma que convenga á los mercados donde van á servir de cambio.

¿Qué diríamos nosotros de los economistas ingleses, esclama M. Stephenson (1), si no permitiesen la esportacion del hierro sino bajo la forma de cuchillos por ejemplo, y además con la condicion de que estos cuchillos no servirian á ningun otro pueblo, de modo que fuera preciso volver á llevarlos de nuevo á la fragua, para hacer de ellos barras, rejas de arado, etc? Creeríamos ciertamente que aquellos hombres estaban dejados de la mano de Dios y que habian caido en el cretinismo. Pues esto es, sin embargo, lo que hacen los economistas mejicanos de treinta años acá, sacrificando la industria nacional, el interés del comercio y el de todo el mundo por un impuesto cuya importancia no corresponde en verdad al mal que se ha causado. Nada ha cambiado en las dos operaciones económicas, sino el nombre del metal.

(1) *Reformas de hacienda*. Guanajuato, 1855.

Hagamos tambien observar que no se puede esportar la plata trasformada en pesos mas que por ciertos puertos y en ciertas épocas, lo cual es una traba para el comercio y un embarazo para el negociante, que con frecuencia necesita hacer remesas de plata al esterior en el plazo mas corto.

Como los derechos de circulacion y de esportacion causan grandes pérdidas á los negociantes, se ven estos obligados á elevar el precio de sus mercancías, de suerte que la nacion entera, y el pobre en particular, sufren las consecuencias de aquella absurda legislacion.

Pocas industrias han sido tan mal tratadas por el gobierno mejicano como la del minero. Así es que no se debe admirar ver arruinarse tanta gente en el trabajo de la minas, gente, que sin duda se enriqueceria en ellas, bajo una administracion mas paternal y mas lógica. El dia en que el gobierno permita la libre esportacion en barras de plata y oro, sin imponer á estos metales gravámenes onerosos, se podrá beneficiar el mineral, aunque sea de una ley mucho mas inferior que de cinco marcos por 32 quintales, y se esplotarán con lucro una infinidad de filones que actualmente se encuentran abandonados, porque no son bastante productivos para responder á cargas tan pesadas. La ciudad de Guanaxuato entrará entonces en una era de prosperidad que no ha conocido todavía; volverán á beneficiarse todos los filones abandonados, y

no habrá exageracion en pronosticar que en vez de cinco ó seis millones de piastras que el Estado de Guanaxuato produce anualmente, suministrará de 12 á 15 á la circulacion.

XXX.

La tradicion de los Mijes.

Todos los indios salvajes ó cultivadóres, son igualmente estraños á los sentimientos tiernos y delicados que ennoblecen los placeres del amor. El carácter del salvaje, es guerrero y feroz; el del indio cultivador, pacífico y dulce. El primero es enemigo eterno de las razas blancas, y no sueña mas que con su destruccion; el segundo vive en medio de los establecimientos de los europeos, á donde lleva el producto de sus faenas agrícolas.

Aunque el amor no hace nacer ni en unos ni en otros, ningun sentimiento delicado, sin embargo, la condicion de la mujer se encuentra sensiblemente mejórada entre los indios cultivadores.

La prometida de un salvaje, no es mas que un mueble con el cual desea adornar su cabaña, y al

ser esposa, se convierte en una esclava, condenada al servicio de una bestia de carga. Entre los indios cultivadores, el destino de la mujer es mas noble; los esposos dividen entre sí, de un modo equitativo, las penas y los trabajos.

El apache, el charoqui y el siux, en una marcha fatigosa, se balancean indolentemente á caballo, en tanto que la mujer camina á pié, llevando, además del fusil del cazador, el morral y las provisiones de viaje.

Si sucediese que pariera en el camino, lava al recien nacido en el primer arroyo que encuentra, y despues vuelve á seguir el paso del caballo.

El indio cultivador, por el contrario, vá siempre á pié con su mujer y sus hijos, cargados con un peso proporcionado á las fuerzas de cada uno. Todos los miembros de la familia trabajan igualmente, desde el niño hasta el viejo; pero la mujer, cuando está adelantada en su embarazo, se halla exenta de las faenas. En las aldeas del sudoeste de Méjico, vá á los mercados vecinos montada en un asno, y su marido la acompaña á pié.

Todavía hay un punto de las costumbres conyugales en que el salvaje difiere del cultivador, á saber: que aquel no es nada celoso, en tanto que este es fiel guardador de sus derechos de esposo. El osage, el pied-plat, el pawnie, venden el honor de sus mujeres por un puñado de pólvora ó una botella de aguardiente; el apache y el comanche obligan al blanco que ha caido entre sus manos, y en quien han admirado el valor en el combate, á

unirse á los suyos para perpetuar su raza, en tanto que el indio se irrita por las faltas de fidelidad, y se venga algunas veces de una manera terrible.

Por una anomalía singular en el carácter del salvaje, los charoquis (antiguos seminoles que, obligados por los anglo-americanos á abandonar las Floridas, so han retirado al desierto) se hacen acompañar en sus espediciones de las jóvenes públicas, á quienes martirizan con el desprecio, y á quienes relegan á una estremidad de un campo, de donde les está prohibido separarse. ¿Qué causa conduce á tal rigor? Se ignora. Quizá este castigo recaiga sobre las jóvenes que se han hecho madres antes de llegar á ser esposas, ó quizá es la condicion reservada á las mujeres que permanecen célibes y estériles; porque estos pueblos del desierto, cuya existencia, en medio de enemigos poderosos, se encuentra subordinada al número de sus guerreros, creen que el Mal Espíritu habita en el seno de la mujer que no dá un defensor mas á la tribu.

Los indios mijes habitan una comarca montuosa al sudoeste y al nordeste de Tehuantepec, y hablan una lengua particular. Ménos civilizados que los indios zapotecas, se comunican poco con ellos, y observan todavía las prácticas de su antiguo culto.

La aldea de Guichicovi es la capital de los mijes. Este pueblo ofrece un carácter original, que no se encuentra en ninguno otro de Méjico. He aquí lo que sobre el orígen de estos indios ha dicho un colono que habitó cerca de un año entre ellos.

«Cuando Pizarro y sus compañeros conquistaron el Perú, la mayor parte de los habitantes de los valles de los Andes huyeron para sustraerse á los males de todo género con que los vencedores los abrumaban. Retiráronse á las montañas, dejando el desierto entre los españoles y sus guaridas. Otras familias, todavía mas recelosas, tomaron la resolucion de escapar á toda costa, á través de las cordilleras, y despues de una marcha de muchas lunas, llegaron á las orillas del Sarabia.

Creyéndose allí al abrigo de las persecuciones de sus enemigos, deliberaron acerca del país que debian saludar con el dulce nombre de pátria. Los mas ancianos sometieron á la prueba del fuego el terreno que pisaban. Enterróse un tizon encendido en un hoyo hecho espresamente, y al dia siguiente estaba apagado. Entonces presagiaron que la voluntad del sol era que sus hijos continuasen su camino. En el mismo instante partieron cuatro emisarios para buscar un paraje mas conveniente. Despues de algunas horas de marcha, sentáronse fatigados y jadeantes á la sombra de un enorme coapinol, cuyas largas ramas, guarnecidas de un espeso follaje, les protegia de los abrasadores rayos del sol. La notable belleza de los alrededores, y las altas montañas que circundaban el valle, fijaron la eleccion de los emisarios. Renovóse la ceremonia religiosa del Tizon, y habiéndose conservado el fuego hasta el dia siguiente, se decidió unánimemente que este paraje era el término del viaje y la nueva

pátria que el sol destinaba á sus adoradores. Huixicovi (pueblo nuevo) es el nombre que hasta nuestros dias le han conservado los desterrados de los Andes, y el coapinol todavía es para ellos objeto de una gran veneracion y de un culto religioso, á los cuales nada podria hacerles renunciar. El sol no tiene, como antiguamente, en Quito, su templo resplandeciente; sus vírgenes, sus solemnidades, todo ha desaparecido. La cruz se ha levantado triunfante por todas partes, pero le quedan aun muchos corazones que ganar entre estos indios. La creencia de sus antepasados se ha mantenido intacta entre ellos, trasmitiéndose de generacion en generacion. Los tormentos han podido obligar á algunos á la hipocresía, pero en las tinieblas se reunen para entregarse en el fondo de alguna caverna, á las prácticas de su culto nacional. Un clérigo, que fué hace pocos años á Guichicovi, osó, en la exageracion y el fanatismo de su celo, levantar el hacha sobre el árbol sagrado, sobre el coapinol. El primer golpe resonó profundamente en el corazon de todos los indios: la muchedumbre armada gritó al sacrílego, y lanzando gritos de furor, se arrojó sobre el que profanaba su árbol querido. Sin embargo, contentóse con desarmarle y arrojarle del país, amenazándole con la muerte si volvia á poner el pié en aquel territorio. Numerosas fumigaciones, súplicas fervientes y penitencias generales, hicieron olvidar el ultraje de que habia sido víctima el árbol venerado, y la paz se restableció.

A fuerza de súplicas, el cura obtuvo su perdon, y pudo volver á su parroquia.—«¡Celebra tu misa, le dijo el orador mije, sin inquietarte por saber si nosotros asistimos á ella: bautiza á los niños, entierra los muertos, observa todas las ceremonias de tu religion, pero guárdate de turbarnos en medio de nuestras antiguas costumbres!»

Todas las comarcas de indios que han entrado bajo el yugo español, aunque menos tenaces que los habitantes de Guichicovi, puede decirse que no han adoptado de la Religion católica mas que la práctica del culto esterior. En cuanto al culto moral, le han confundido con el de sus antiguas divinidades. Los indios dirigen á una imágen cristiana las oraciones que hubieran dirigido antiguamente á sus penates, y asimilan la pasion de Jesucristo á las apoteosis sanguinarias de las víctimas humanas, y la adoracion de la Vírgen de Guadalupe ó de los Remedios, al culto del Cencolt y de Omecihual, divinidades de la mitología mejicana.

XXXI.

La gruta de Cacahuamilpa.

Una casualidad ha hecho que se descubriese, hace pocos años, á doce leguas de Cuernavaca, una gruta de una estension inmensa y de una belleza admirable. Era conocida de los indios, que la reverenciaban como la estancia del Genio de las montañas, pero es probable que haya sido ignorada de los españoles.

En los primeros dias del año de 1833, el baron Gros, primer secretario de la legacion francesa, recorrió en gran parte esta caverna, y la descripcion que hizo de ella al llegar á Méjico, decidió al gobierno á nombrar una comision para esplorar este subterráneo.

Con este motivo pudieron ser apreciadas geométricamente las dimensiones de sus galerías, de sus

bóvedas, de sus estalactitas y estalagmitas, y tener una idea completa de las maravillas que encierra.

Mr. Mogues describe así la escursion que hizo á esta gruta:

«Me acompañaban dos personas, un jóven mejicano, oficial superior, y un inglés, Mr. James Barlow. Inspirados los tres por un espíritu algo romántico, nos creiamos felices al acampar en el desierto. No tuvimos motivo de arrepentimiento.

»Despues de haber dispuesto nuestro lecho en una pequeña gruta, nuestros criados procedieron á prepararnos la comida. Viajeros veteranos, nada habíamos olvidado de lo que podia hacer agradable nuestra escursion.

»La noche fué deliciosa: refrescaba la atmósfera un torrente que saltaba á algunos pasos de nosotros, formando una especie de cascada. La luna brillaba en todo su esplendor en el azul límpido del cielo.

»Nuestra gente y una docena de guias que habiamos tomado en la aldea mas próxima, habian encendido fuego al pié de un chopo gigantesco para preparar la comida. Pero he aquí que al cabo de una hora, el tronco, las ramas y el follaje se convierten en una hoguera. Las llamas suben formando una pirámide á mas de cien piés de alto, iluminando los objetos perdidos antes en la sombra. Los pájaros despiertan en sus nidos ante los rayos de esta aurora intempestiva, y huyen lanzando graznidos. Este doble efecto de luz en esta cuenca profunda y

»Apenas llegamos al pié de la primera de las dos grutas, quedamos sorprendidos ante el aspecto salvaje, pero grandioso, del cuadro que se ofrecia á nuestra vista. Alrededor de una roca que avanza como una cornisa doscientos piés por encima del valle, descubrimos de pronto la entrada de las dos grutas subterráneas; despues, la cuenca en su conjunto con sus verdes bocas, sus árboles gigantes, levantándose de entre las rocas que cubren con sus raices; en fin, el torrente que corre á través de un caos de piedras enormes, y de peñas amarillentas, yendo á perderse en un espacio de verdura, despues de haberse enriquecido con el tributo que recibe de las grutas.

»A veinte pasos de nosotros y de cuarenta á cincuenta piés por encima de nuestras cabezas, se levantaba el arco de la primera bóveda, cuyas estremidades reposan sobre el plano del valle. La cuerda de este arco, podrá tener ochenta metros, y la profundidad visible del subterráneo, cerca de doscientos. Esta galería cambia al instante de direccion, y al poco rato se encuentra cortada por una cascada que no se puede atravesar. El rio que sale de allí, se estiende sobre un terreno esmaltado de rocas.

»Cien metros mas allá, aparece la boca del segundo túnel geognóstico, sombreada de verdes ramas. Es mucho menos elevada que la otra, y sus aguas son tambien menos abundantes.

»Parece que los lechos de estos dos rios se cru-

zan al pasar bajo la montaña; se comprende esta singularidad cuando se compara el volúmen y el color de sus aguas antes y despues de su escursion subterránea.»

XXXII.

El Genio de las montañas.—Tradicion india.

La gruta, de la cual dejamos trascrita una rápida descripcion, ha dado orígen á varias fantásticas tradiciones. Relatemos una, que es la mas generalizada entre los indígenas.

Un dia, hace ya algunos siglos, cuando los *hijos del Sol* no habian posado su planta en aquellas apartadas regiones, fué sorprendido un indio en el desierto por una de esas terribles tempestades de los trópicos.

En un instante el espacio, antes lleno de luz, se cubrió de tinieblas: el trueno retumbó en el aire, haciendo temblar las montañas, y el fulgor siniestro del incendio producido por el rayo en los bosques, ofrecia á la vista un cuadro de horror sublime. El huracan azotaba las llamas, y los árboles gigan-

restos rodaban ante su soplo impetuoso, como la hoja seca ante las brisas del otoño.

Guatapahip, horrorizado ante el imponente espectáculo de aquella tempestad, tembló, oró; pero el huracan, desprendiéndole de la roca á que sus crispados dedos se habian agarrado, le impelió hasta la entrada de la gruta. Por un momento, los golpes que habia recibido al ser arrastrado, embotaron su sensibilidad. Cuando volvió en sí, creyó que una mano de granito le oprimia contra un muro de bronce: era el huracan, que le empujaba contra una de las paredes laterales de la entrada de la gruta. Aquella opresion estaba á punto de ahogarle. Por fortuna, la luz cárdena de un relámpago, pero de uno de esos relámpagos intensos que vibran su resplandor en el espacio durante algunos segundos, vino á sacarle de su angustiosa situacion.

Guatapahip lanzó un grito salvaje: era el grito de victoria del instinto. Habia visto la entrada de la gruta. Arrastróse como un gato montés por el pavimento, siguiendo las ondulaciones de la pared de la gruta.

Al cabo de un instante, el horrísono silbido del huracan se fué estinguiendo; de cuando en cuando llegaban hasta Guatapahip algunas bocanadas violentas, pero se debilitaban á medida que avanzaba.

El temor le fué haciendo penetrar en la gruta. Cada trueno que retumbaba en el espacio, y que el eco reproducia tumultuosamente en las cavidades de

la caverna, le empujaba mas y mas en aquel laberinto.

Pero Guatapahip se detuvo de repente, y aun retrocedió dos pasos.

Pasóse sus callosas manos por los ojos, vaciló un instante y cayó desplomado sobre el pavimento.

¿Qué habia sentido, qué habia visto? Instantáneamente se habia presentado ante su vista un espectáculo maravilloso. Habia visto encima de su cabeza un cielo azul tachonado de estrellas, astros fulgurantes que brillaban en todo su esplendor. Aquellas estrellas estaban tan cerca de su cabeza, que Guatapahip creyó encontrarse en las regiones etéreas donde el Sol levanta su trono resplandeciente. Aquel misterio suspendido sobre su cabeza, y las melodías cercanas que llegaron hasta su oido, produjeron en sus sentidos un desvanecimiento algo parecido al sopor de un sueño. En aquel sueño, Guatapahip tuvo las visiones mas magestuosas que pueden sonreir la imaginacion de un hombre.

Lo que primero fué para Guatapahip un desmayo, se convirtió en el sueño mas dulce y apacible. Si se pudieran romper las tinieblas que le envolvian, se hubiera visto un espectáculo curioso. Su bronceada piel, rasgada por las heridas que habia recibido, se hallaba manchada de sangre. Los largos cabellos que descendian de su cabeza, destilaban todavía el sudor frio del terror; pero contrastaba con aquel aspecto de víctima, la tranquilidad que se irradiaba sobre su semblante. Respiraba como el niño que

dormir mecido en la hamaca. Sus gruesos lábios se entreabrian con una sonrisa que jamás se habia dibujado en ellos. ¿Qué veia en su sueño Guatapahip, qué escuchaba?

Difícil es decirlo: la fantasía de un sueño es como un rayo de sol, que no deja ninguna huella detrás de sí.

Guatapahip veia *cosas que no ven* sino aquellos que han pagado su tributo á la muerte.

Una armonía, de la cual solo en la selva habia recogido alguna nota cuando la brisa gemia entre las cañas, halagaba su oido. Pero esta armonía se fué apagando como un suspiro. Entonces apareció ante su vista un espectáculo grandioso. Sobre una pirámide resplandeciente de verdura, y sobre cuyos lados reverberaba el sol, como sobre una esmeralda, apareció sentado un genio. Sus ojos resplandecian como el astro del dia, y de cada uno de los cabellos que flotaban sobre sus espaldas, salia un rayo luminoso que deslumbraba.

—Levántate, dijo á Guatapahip. Soy el *Genio* de las montañas: soy el hijo primogénito del Sol. El se venga por mi mano de los que no le acatan cuando aparece y no le bendicen cuando se oculta. ¡Ay de los que dicen: ¡el sol se ha anublado! El sol amenaza con una noche eterna á los que dudan de él. Cuando la montaña se desploma sobre el valle impelida por mi aliento, mi brazo es el instrumento de su ira. Si la tierra tiembla, es que la ha sacudido mi indignacion. Soy el Genio de las montañas.

Guatapahip escuchaba estas palabras con religioso recogimiento. En tanto que el genio hablaba, todo habia reverdecido en torno suyo. En un instante habia brotado de las rocas una magestuosa vegetacion. Una brisa, perfumada con las esencias del jazmin y de la flor del limonero, mecia las cañas de los arbustos odoríferos, que cimbreaban sus copas aquí y allá. Mil pájaros, que reunian en el plumaje de sus alas, en sus penachos y sus colas los colores del iris, se cruzaban en el espacio. Allí se hallaban reunidas todas las preciosidades de la naturaleza. Arroyos, cascadas, fuentes, bosques, frutas, y presidiéndolo todo el genio, cuya luminosa cabellera parecia haber dado vida á todo aquel cuadro.

Guatapahip comprimia la respiracion como si no se atreviese á turbar con su aliento la armonía de aquel cuadro.

—Las tinieblas, prosiguió el genio, te han empujado hasta mi santuario. Las tinieblas volverán á lanzarte de aquí. Escucha antes mis palabras.

«Di á la tribu lo que has visto, pero que se guarde bien de querer tomar testimonio con sus ojos. Enséñales desde afuera mi santuario, pero guárdense de profanarle. Que la gruta sea un misterio eterno para los estranjeros. Porque vendrá un dia en que otros hombres domeñarán á todas vuestras tribus, y en que otro Dios quizá domeñe vuestros dioses... Guardaos de decir á esos hombres, ligeros como el viento, terribles como la venganza, dónde mora el genio, porque el genio, impotente

con los hijos del Sol, será formidable contra vosotros y vuestra descendencia.»

Guatapahip vió entonces que una nube blanca envolvió la cabeza del genio. Todo empezó á oscurecerse en torno suyo, y densísimas tinieblas reemplazaron á la luz, y el silencio al movimiento concertado de la naturaleza.

Un trueno retumbó en el espacio, pero casi encima de su cabeza, la luz del relámpago penetró á través de sus párpados, y el huracan le empujó hácia fuera como antes le habia empujado hácia dentro.

Cuando despertó de aquel sueño, se encontraba á la entrada de la gruta.

El sol brillaba en un cielo límpido y sereno. Los vestigios que la tempestad habia dejado sobre la tierra, era lo único que marcaba las huellas de la tormenta.

Guatapahip miró asombrado en torno suyo, y se encorvó para levantarse, pero volvió á caer. Unos indios cazadores de su tribu, le recogieron.

Cuando estuvieron á algunos pasos de aquel sitio, Guatapahip apretó con su mano la frente, como queriendo reconcentrar ideas que se le escapaban, hizo un ademan á los otros dos indios para que se sentaran, y estendiendo el brazo con veneracion hácia la gruta, pronunció una palabra misteriosa, que sus compañeros no pudieron comprender.

—¿Qué quieres decir? le preguntaron.

—¿Veis el sitio en donde me acabais de recoger?

—Sí.

Guatapahip se quedó pensativo.

—¿Veis aquellas malezas detrás de él?

—Tambien.

Guatapahip volvió á quedar pensativo.

—Acaba, le dijeron con impaciencia sus compañeros, ¿se encuentra detrás de ellas algun puma? Magnífica ocasion.

—Detrás de esas malezas, continuó Guatapahip como abstraido, hay una caverna. La caverna conduce cerca de aquel, dijo levantando los ojos y señalando al Sol con veneracion.

Los indios miraron á Guatapahip asombrados.

—Sí. He visto á los astros vibrar sobre mi cabeza á la distancia que me separa de la copa del cocotero.

Los indios se pusieron de pié de un brinco.

—¿Y despues?

—¡Oh! despues mis ojos vieron lo que no han visto nunca, al Genio de las montañas, al hijo del Sol, al que enciende las cumbres de los montes y calcina con su aliento los bosques, al que con su poder hace temblar la tierra como tiembla la hoja de la palmera ante el soplo del viento. «Ve y dí á la tribu lo que has visto, pero que nadie sea osado á profanar con su inmundo pié este santuario. Llegará un dia en que unos estranjeros, llegados del Oriente, domeñarán vuestros pueblos. Guardaos de decirles nunca dónde mora el Genio de las montañas.»

La maravillosa relacion de Guatapahip tenia asombrados á los indios. Estaban, más que absortos, petrificados.

Aceleraron su marcha todo lo que lo permitia el mal estado de Guatapahip, con objeto de que este dijera á la tribu reunida lo que á ellos les habia referido.

Guatapahip tenia gran autoridad entre los suyos, y su palabra era siempre creida.

Al llegar al valle donde se levantaban sus cabañas, reunióse la tribu bajo el árbol sagrado, y Guatapahip refirió con solemnidad la gran vision.

Un anciano de la tribu habló despues, y sus palabras balbucientes corroboraban las de Guatapahip.

En su niñez, cuando apenas podia sostener el arco para disparar con seguridad una flecha, habia llegado cerca de aquella misma gruta misteriosa.

Su padre lo habia dejado descansando á la sombra, en tanto que él cazaba en los bosques vecinos.

Tlastelt, que este era el nombre del niño, se quedó profundamente dormido, pero en un sueño tan dulce y profundo, cual nunca lo habia gozado despues.

Pero en medio de aquel sueño, oyó una voz confusa; despues percibió distintamente que pronunciaba su nombre.

—¿Quien me llama? dijo restregando sus ojos.

Con asombro vió que la noche habia tendido su manto sobre la tierra.

Una honda tristeza estremeció su alma, y el es-

panto heló toda su sangre. Los horrorosos peligros de la soledad se presentáron á su sobresaltada imaginacion. El pobre niño lanzó un grito de angustia que se perdió en la selva.

Estaba en pié, pero no se atrevia á dar un paso. Esperaba oir aquella voz que le habia despertado de su sueño letárgico.

—Tlastelt, gritó una voz clara y distinta.

El niño dió un salto terrible hácia el lado de donde creyó percibir aquel acento, respondiendo al propio tiempo:

—¡Padre mio!

Tlastelt corrió desalado: la voz volvió á llamarle, y él se creia mas cerca de aquella voz; despues volvió á llamarle otra vez, y ya no le quedó duda de la direccion que debia seguir para ir á encontrarse con su padre, á quien suponia á muy pocos pasos de sí.

Tlastelt se encontró con unas malezas que embarazaban su camino, pero se abrió paso á través de ellas.

Aquel grito que le llamaba, y que cada vez percibia mas clara y distintamente, le hacia caminar con verdadera ceguedad.

Caia y volvia á levantarse olvidando los dolores que las caidas le causaban.

Tlastelt iba engañado por el eco. Su padre le llamaba, es verdad, pero su voz resonaba en la gruta, y su hijo, fascinado por aquella ilusion, perdia sus pasos en el laberinto de una caverna.

Tlastelt llegó á desesperarse de correr tras de aquella voz, que parecia resonar siempre á igual distancia. Lanzó un grito desesperado, y asustado ante su propio eco, cayó exánime sobre el pavimento.

¿Qué vió durante aquel sueño? Una figura sobrehumana.

¿Qué le dijo aquella figura?

—«¿No buscas á tu padre? Tu padre soy yo. Te he elegido para sacerdote del Sol. La voz que has percibido, aunque no formaba mas que un mismo acento, salia de dos pechos. Uno era el mio; otro el del que te abandonó, que acaba de ser devorado por un tigre. El Sol ha querido que percibieras mi palabra antes que la suya: allí te esperaba la muerte, aquí te espera la vida.»

Tlastelt despertó despues y salió de la gruta con una gran fé y una gran intuicion religiosa.

El dia empezaba á rayar. Tlastelt elevó su oracion ferviente á la divinidad y empezó á andar, sin direccion fija, con el rostro radiante de alegría.

A muy pocos pasos de la gruta encontró unas cuantas flechas desparramadas sobre el césped, un charco de sangre y unos cuantos huesos humanos á medio roer. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas: en aquel momento una nube eclipsaba el sol.

El niño enjugó sus lágrimas, un pensamiento religioso apagó su dolor.

Pocas horas despues, Tlastelt tuvo la fortuna de encontrar á varios indios que habian formado parte de la comitiva de su padre.

Aquellos indios le contaron que su padre estaba maldito de Dios, que habia blasfemado del sol y que le habian abandonado.

El niño comprendió entonces el misterio de la nube.

Refirió todo el suceso, y el niño, bajo auspicios tan favorables, fué mas tarde sacerdote de la tribu.

La sensacion que produjeron estos dos relatos fué inmensa.

La tríbu tenia cincuenta prisioneros, y era necesario celebrar con gran solemnidad el acontecimiento religioso.

Levantáronse los fúnebres altares, y aparecieron los sacerdotes vestidos con sus fúnebres túnicas.

Las víctimas propiciatorias aparecieron con sus frentes achatadas, con sus largos cabellos en desórden, con sus ojos de mirada feroz, con sus lábios amoratados....

Pero de repente un sonido vibrante y agudo, acompañado de un rumor sordo como el que produce un trueno lejano, suspendió el brazo de los sacrificadores. La muchedumbre suspendió sus rezos, escuchando como escucha el salvaje.

Nadie se movió, sin embargo, y el rumor avanzaba como avanza en el espacio el ruido de la tormenta.

Un instante despues, el misterio quedó aclarado; pero, ¡qué misterio! ¡qué terrible espectáculo se presentó ante sus ojos!

¿Eran dioses, eran mónstruos, eran hombres los

que tenian ante su vista? La luna se reflejaba en ellos como sobre la superficie de un lago, corrian como el viento, y la gran masa que presentaban se movia como si respondiese á una misma accion vital.

En medio del silencio terrorífico que se apoderó de aquella muchedumbre, solo una garganta pudo formular una frase.

Fué la de Guatapahic: «Ellos son,» esclamó.

Y al ver que en el mismo instante unos ídolos, por circunstancias providenciales para él, cayeron de sus altares, Guatapahic lanzó un gemido como el que se despide de sus dioses y de su pátria á un tiempo mismo.

La profecía del Genio de las montañas se habia cumplido. Los hijos del Oriente habian llegado. Luchar contra ellos, ¿no seria luchar contra el destino?

Los indios los vieron avanzar inmóviles, con las frentes inclinadas y sumisas, como las flores el soplo de la tempestad.

Los estranjeros levantaron allí sus tiendas, y cuando el sol se apareció sobre el horizonte, aquellos indios estaban inmóviles, atónitos, como habian quedado algunos siglos antes los soldados que guardaban el sepulcro de Jesus ante el milagro de la resurreccion.

Los estranjeros libraron á las víctimas del sacrificio, y por primera vez oyeron una doctrina que no entendian.

Cuando aquellos séres misteriosos abandonaron la comarca, dejando la estupefaccion entre sus habitantes, se redoblaron las fiestas religiosas, y Guatapahic exigió solemnemente de todos que jamás revelarian aquella gruta.

Y aquel juramento fué religiosamente cumplido.

Los conquistadores conocieron todo aquel territorio, subieron hasta el cráter de los volcanes, cruzaron los lagos, penetraron en el interior de los bosques; pero ni la sed con que buscaban el oro, ni sus costumbres romancescas ni aventureras, los llevaron jamás hasta el dintel de aquella gruta.

Hácia el año de 18.... un inglés, uno de esos *turistas* que andan á caza de emociones por el globo, llegó á la comarca india de L.

Viajaba con una verdadera bodega ambulante; es decir, llevaba varias mulas cargadas de botellas de jerez, ron, jamaica, madera, oporto, rhin, etc.

El globo vinícola tenia por lo ménos un diputado en aquella asamblea trashumante.

Mister Tipson preguntó á los indios de la comarca de L.... si nó habia ningun pozo profundo al cual descender, si no habia volcanes que apagar con la planta del pié. Él, que no habia bebido agua desde que habia perdido el uso de la razon (los ingleses le pierden cuando los demás empiezan á tenerle), por una de esas escentricidades británicas, habia jurado secar la primer catarata que encontrara en su escursion, apurando sus aguas con el vaso de cuero que llevaba en su bolsa de viaje.

Merced á algunas *libaciones*, Mister Tipson consiguió que dos apóstatas del sol pronunciasen algunas palabras ambíguas acerca de la gruta de Cacahuamilpa. El misterio de sus frases encendió mas y mas la curiosidad del inglés; y á no viajar con una *comitiva tan amable*, es muy creible que el misterio hubiera quedado por descifrar.

Los indios sobornados, en el éxtasis del báquico festin, se rieron de Guatapahic y hasta del Genio de las montañas.

Sin embargo, al llegar á la entrada de la gruta se operó en ellos una saludable reaccion: Verdad es que á causa de la brisa de la mañana su cerebro se habia serenado, y que la voz de la supersticion habia vuelto á llamar al fondo de su conciencia; pero el inglés, previsto este caso, llevaba algunos *frascos*, de los cuales esperaba confiadamente un éxito seguro.

La profanacion se llevó á cabo en efecto.

Mister Tipson, para animarlos, rompió la marcha, en tanto que sus acompañantes le seguian armados de grandes teas.

La grandiosidad de aquella caverna entusiasmaba al escéntrico hijo de Albion. Aunque con peligro de estrellarse, avanzaba en las sombras, yendo mas allá que á donde alcanzaban los rojizos resplandores de las teas.

Pero instantáneamente oyóse, á causa de uno de los desprendimientos de la bóveda, la detonacion semejante á una descarga de artillería, de que nos

habla Mr. Mogues en su descripcion. Claro está que los indios retrocedieron espantados, dejando á Mister Tipson sumido en las tinieblas mas espantosas, buscando á toda prisa la salida de la cueva.

Mister Tipson soltó una ruidosa carcajada.

Hacia quince años que no habia reido. Esta fecha la conservaba en su memoria y escrita en una hoja de su cartera, y aludia al dia en que queriendo llevar á cabo el proyecto de suicidarse, no habia conseguido mas que hacer saltar unas cuantas muelas.

Mister Tipson, aunque no se dió mucha prisa, salió al cabo de tres dias de la gruta chorreando sangre, pero con una cara de pascuas.

Lo primero que hizo al encontrarse ante la luz del dia, fué sacar flemáticamente su cartera, y trazar las siguientes líneas en la partida de sus gastos de viaje:

Por propina á los indios X y Z por la emocion que me han proporcionado. . . . . 40 libras.

XXXIII.

Peligros que amenazan á la raza blanca. — Proyectos de colonizacion.

La negligencia con que el gobierno de Méjico se ocupa de la colonizacion de aquel país, es evidente que puede traer consigo grandes males para dicho territorio: el peligro que amenaza á las razas blancas en el Sur de Nueva-España, es inminente y sangrientas las llagas que en ella abren los salvajes del Norte. Hace mas de veinte y cinco años que los apaches y comanches han invadido las provincias setentrionales, incendian las poblaciones y las haciendas, asesinan á los habitantes y llevan consigo á los niños cautivos. Estos indios feroces han avanzado hasta Zacatecas y Jalisco, dando un paso de incursion todos los años. Lanzados de sus desiertos por los americanos, no tardaron en hacerse dueños permanentes de los Estados de la frontera.

Aun los indios cultivadores se han sublevado en muchos puntos, jurando esterminar la raza europea, y solo se ha tomado el trabajo de someterlos. ¿Qué dique se les opondria si despues de esto se levantasen en masa?

El habitante de las ciudades del centro desconoce aun el peligro, porque no vé en torno suyo mas que á los indios de las aldeas vecinas que acuden al mercado, los que por su contacto contínuo con los blancos, han perdido una parte de su animosidad contra ellos; pero que examine en las comarcas lejanas el carácter del indio, y verá á la madre infundir en el corazon de su hijo la aversion que guarda hácia los descendientes de los conquistadores, y al anciano, agriar el espíritu de la juventud trazándoles la historia antigua y moderna de sus iniquidades. El odio de esta raza es un fuego que germina bajo la ceniza, y que puede abrasarlo todo al primer soplo de la tempestad.

En tanto que el ejército se hallaba ocupado en 1849, en sitiar á los indios de Jichu en sus montañas, estaba á punto de estallar otra insurreccion á las puertas de la capital. Los pueblos de Tlalnepantla y de Azcozapotzalco estaban á la cabeza de la conjuracion, y si no se lanzó el grito de guerra no fué ciertamente el deseo de la venganza el que fracasó; búsquese la causa en los obstáculos que se amontonaron cuando llegó la hora de arrojar el guante.

Los indios zapotecas que habitan la llanura de

Oaxaca, lejós dé perder su odio con el contacto de los blancos y de los mestizos, aprovecharian con gusto cualquier ocasion, para derramar su sangre.

Afortunadamente, estos pueblos indígenas no tienen el génio de las grandes combinaciones, ni el espíritu de intriga necesario á las revoluciones. Además son muy desconfiados, y no atreviéndose ningun indio á espontanéarse ni á sondear á su vecino, permanecen forzosamente en la inaccion. Pero si saliese de entre ellos algun hombre de genio; si se decidiesen todos á tomar por gefe á algun aventurero hábil y emprendedor, desaparecerian los blancos del suelo de Méjico en una sola campaña.

Lo que tranquiliza á los habitantes de las ciudades, son los datos estadísticos del país. «La poblacion de Méjico asciende á siete millones de habitantes, á saber: cuatro millones de indígenas y tres millones de blancos y de mestizos;» y despues de haber leido esto, se hacen la reflexion siguiente: «Tres blancos pueden vencer perfectamente á cuatro indios, sobre todo si consideramos que no todos los indígenas son sus enemigos, y que los demás no poseen ni las armas ni las municiones que no pueden faltar á los primeros;» despues de lo cual se tranquilizan sobre el porvenir.

Pero es lo cierto que en los Estados de Oaxaca, de Chiapa, de Yucatan, de Tabasco, y aun en otros, se cuenta cien indios por un blanco, y que existen entre las tribus indígenas adversarios terribles. Los lacandones, por ejemplo, que viven aislados en las

montañas de Chiapa, están dotados de una fuerza atlética y de un valor indomable, y sus vecinos los chamulas, que no han dejado desde hace largos años de hacer provision de armas, tienen al menos veinte mil fusiles á su disposicion. Así, bastaria que estos terribles indios diesen la mano á sus hermanos de Yucatan, que están en insurreccion permanente, para triunfar de la raza blanca.

Ejemplo elocuente es lo que pasa en Guatimala, cuyo país han desolado las hordas de Carrera, y en el que el número de los blancos ha disminuido una tercera parte desde 1825.

Preocupado con la idea de la colonizacion, el presidente Herrera nombró una comision, con objeto de buscar y proponer los medios para fomentar la inmigracion de los pueblos de Europa, cambiando el hábito que los lleva á los Estados-Unidos, y la repugnancia que esperimentan en confiar sus destinos á un país atormentado por contínuas guerras intestinas, en donde la cualidad de estranjero parece ser todavía á los ojos del vulgo un motivo de reprobacion. Garay y Galvez, individuos de la comision, hablaron largamente de los medios que les parecian mas propios para alejar todos los obstáculos. Propusieron que de antemano se hicieran á los colonos anticipos en dinero, que bastasen á cubrir sus primeras necesidades, pero no dijeron una palabra acerca del modo de colonizar, es decir, acerca del territorio que se debia destinar á la primer colonia, á las medidas que era preciso tomar para recibir

convenientemente á los colonos y al plan de organizacion del trabajo, que debe hacer encontrar en sus fatigas el atractivo que nace de la esperanza de un porvenir afortunado.

Uno de los elementos que mas se ha opuesto á la colonizacion en Méjico, ha sido el clero. ¿Por qué? Por la misma razon que se opone á la libertad de cultos y á la tolerancia religiosa. Con la colonizacion se establecerian en aquel suelo familias protestantes, judíos, etc., etc., y esto no puede quererlo nunca el clero.

Un escritor francés, muy ilustrado, proponia el siguiente plan de colonizacion:

El capital necesario para la instalacion de la primera colonia, no debe esceder de trescientos sesenta mil duros. El valor de estos fondos aumentaria en razon de la cifra de la poblacion, y de los dividendos que recibirian el gobierno ó los accionistas.

No se haria gracia al colono, ni del precio de su pasaje, ni del terreno, ni de la casa que se le destinara, porque se cansaria bien pronto de esta generosidad, y tal vez el mismo que emigra, poco habituado á tanta liberalidad, responderia á promesas exageradas como Laocoon: «Temo á los griegos, y desconfio de sus presentes.»

Se colonizaria, pues, con colonos que tuvieran algun dinero y pudiesen comprar á un precio moderado las tierras que se les hubiesen preparado de antemano.

Existen en Alemania, en Suiza, en Italia, y principalmente en Francia, una porcion de personas que no poseen mas que un capital de cinco á diez mil francos, insuficiente como medio de existencia, cuando faltan los recursos de una profesion ó de un oficio, capital que desaparece bien pronto por las necesidades diarias. Los prospectos de la colonizacion deberian, pues, dirigirse particularmente á esta parte de la sociedad. Compónese de hombres de honor, moralizados por la educacion, que imprimirian á la colonia un sello nuevo, un tipo modelo, y que serian capaces de grandes sacrificios para conservar esta pequeña fortuna, que se les escapa, y para tratar de aumentarla, si encontrásen el medio de conseguirlo.

A pesar de la desgraciada tentativa hecha en Goatzacoalco, el istmo de Tehuantépec fijaria preferentemente nuestra atencion, para llevar allí la primer colonia. No dudaríamos en conducir á los franceses á las orillas de aquel rio, testigo de los sufrimientos de sus compatriotas. Los conduciríamos á la bella llanura del Valle del monte, entre Sarabia y Mulatengo, donde el clima, aunque un poco cálido, es muy sano, y donde el colono puede disfrutar de los dos océanos para la esportacion de sus productos.

Pero puesto que las orillas de este rio se encuentran en poder de los americanos del Norte, nos es preciso buscar otras comarcas, que ofrezcan las mismas ventajas á los colonos. No faltan estas en

Méjico. Solamente la costa de Veracruz posee dos que merecen nuestra atencion. Hállase la primera en el distrito de Nautla, y la segunda en el territorio que se estiende entre los rios de Alvarado, de San Andrés, de San Juan y de la Mar.

Este último país, que Mr. Humboldt llama el delta mejicano, tanto por su analogía topográfica con el bajo Egipto, como por la fertilidad de su suelo, goza tambien de todas las comodidades imaginables para el trasporte y la esportacion de todos los productos agrícolas. Los buques europeos podrian embarcar en Santecomapan, en Alvarado y en Tlacotalpan los productos coloniales que un buen sistema de cultura y administracion permitiria vender en los mercados del país con una ganancia inmensa, y aun en los de Europa, con beneficio tambien.

La fiebre amarilla no reina en este punto, y no debe temerse su invasion en tanto que un número muy considerable de estranjeros no se hallen reunidos allí. Cuando esto suceda, los colonos estarán ya aclimatados, y la colonia se encontrará en un estado floreciente, y habrá hecho los trabajos de salubridad, propios á disminuir la intensidad del mal. Actualmente, el clima es bueno.

Ciertamente que es húmedo á causa del abundante rocío de la noche; pero este es un inconveniente de poca monta para el hombre que sabe preservarse de la humedad cuando llega la noche. Por lo demás, esta humedad de la atmósfera es la

que produce la riqueza agrícola de esta comarca.

El clima de San Andrés, de Tustla y de Catemaco es delicioso. La fiebre amarilla jamás lleva allí sus estragos, y el colono cuya salud se alterase en las tierras bajas, la recobraria pronto bajo la influencia del aire puro que allí se respira.

Sin embargo, si los colonos no se sintiesen todos con fuerza para afrontar las incomodidades de los paises cálidos, Méjico les ofrece todavía en los flancos de las cordilleras una série de llanuras, donde la temperatura se mantiene entre los diez y los veinte y dos grados del termómetro Reaumur. Allí no tienen que temer ni la fiebre amarilla ni las fiebres intermitentes.

El clima es sano, y Dios, que le ha dotado de una eterna primavera, ha alejado de él los insectos, que son el tormento de los habitantes de las costas.

Verdad es que la riqueza y la variedad de los frutos de la tierra disminuyen á medida de la elevacion sobre el nivel del mar; pero el suelo conserva aun en estas altas regiones su admirable fertilidad: produce cuatro y cinco veces mas que en Francia. Así, en las bellas llanuras de Puebla, de Méjico, de Toluca, en el Michoacan, en el Bajío, el labrador recogerá veinte, veinte y cinco, treinta, cuarenta granos de trigo por cada grano que haya sembrado, sin tener que soportar los gastos enormes del cultivo. Comparemos estos rendimientos á los mezquinos productos de las tierras de los Estados-Unidos, que no dan mas que seis por uno desde

que se han recogido las seis primeras cosechas, y veremos que la suerte de los colonos de las llanuras elevadas de Méjico será aun muy digna de envidia.

Muchas personas creen que con una colonia de europeos, en un canton alejado de los puertos, la produccion anual seria mas considerable que la que se podria esperar de un número igual de cultivadores mejicanos, por lo cual no podria ser consumida en la comarca misma, y que el escedente se pudriria en los graneros á falta de medios de esportacion, porque los trasportes por medio de las mulas son muy costosos, y no pueden emplearse mas que para pequeñas distancias. Los cereales perderian, pues, su valor, y los propietarios de haciendas, y aun las mismas colonias, se verian arruinadas por la escesiva fecundidad de la tierra. Pues bien, este argumento cae por su base; estas aprensiones son imaginarias. Los economistas, que no viendo salida posible á la produccion entreveen la ruina de los productores, no reflexionan que si los europeos produjesen una tercera parte mas que la gente del país, consumirian cinco veces mas que ellas por lo menos: de suerte que una colonia de seis mil cultivadores, por ejemplo, que representase diez y ocho mil personas próximamente, contando los hombres, las mujeres, los niños y los ancianos, equivale por lo que respecta al consumo, á una poblacion de noventa mil mejicanos, que bien puede consumir el escedente de la produccion obtenida por estos europeos sobre la de los cultivadores del país.

Por otra parte, no todos los brazos de la colo-
se emplearian en producir cereales. Los colonos
rian variar sus cultivos y sus industrias. En fin,
los ferro-carriles serian una consecuencia de la
abundancia en que se encontrasen los colonos; y si
no pudiese gozar de un camino de hierro para fran-
quear la distancia desde el punto de produccion al
mercado donde pudieran ser vendidos los granos,
podrian recorrerse al menos, por medio del vapor,
las nueve décimas partes de la distancia.

Por lo demás, la colonizacion de las provincias
internas no presenta ningun género de inconvenien-
te. Lejos de esto, daria á los negocios comerciales
é industriales, de que tienen gran necesidad, y á
todo el país, una vida nueva que haria renacer bien
pronto la esperanza y la confianza en el abatido es-
píritu de los mejicanos.

No son los hombres de las grandes ciudades los
que se deben enviar á colonizar, sino mas bien los
habitantes de los campos, hombres robustos y acos-
tumbrados á todas las faenas. Debe vigilarse sobre
todo para que no se introduzca en las filas de los
colonizadores ningun artesano cuya industria pueda
ser apreciada en las ciudades vecinas, porque no
tardaria en desertar. Y cuando se les obligase á
permanecer en la colonia, no se conseguiria hacer-
los trabajar con ardor, y por esto mismo su presen-
cia seria bien pronto perjudicial, porque no hay
nadie mas insubordinado, ni mas insoportable, que
el hombre que trabaja á pesar suyo y que el obrero

colono que cree sus servicios necesarios. Sin embargo, cualesquiera que sean las precauciones que se tomen, es necesario tener en cuenta que la cuarta parte por lo menos de los cultivadores, abandonarán la colonia en los dos primeros años de su establecimiento; pero esta desercion no es alarmante, porque no tardarán en llenarse los vacíos con los colonos que vendrán separadamente y sin compromiso anterior.

¡Debe concederse al colono una gran libertad de accion. Si se trata de un director ignorante ó de mal carácter; si la colonia está sometida á una administracion de justicia que eternice los procesos, ó al capricho de una autoridad, ya militar, ya administrativa, que la inquiete en sus operaciones y la irrite por sus formas altivas, la colonia perecerá al nacer.

Este proyecto de colonizacion, como cualquier otro que le aventaje en los medios propuestos para conseguir mas fácil y ventajosamente el ir repoblando la raza blanca en Méjico, con el principal objeto de conservar el equilibrio entre la raza indígena y la europea, no llegará nunca á un buen resultado, en tanto que las facciones desgarren el seno de la pátria. ¿Qué seguridades pueden darse hoy á un colono de que el dia que, merced á sus faenas y á su contínuo trabajo, haya logrado reunir el fruto de sus economías, podrá ponerlas al abrigo de la arbitrariedad? ¿No han escandalizado al mundo civilizado los gobiernos de Méjico con sus vio-

lentas exacciones? ¿No han escogido sus víctimas entre los estranjeros?

Ciertamente que los Estados-Unidos ofrecen un terreno infinitamente mas estéril que el de Méjico á los colonos que desembarcan en sus costas; pero ¿puede acaso compararse la seguridad que goza el colono de los Estados-Unidos al que gozaria el de Méjico?

La anarquía, que trabaja el fértil suelo de Nueva-España, alejará de él las colonias, y será inútil que forje planes de colonizacion, y aunque haga promesas deslumbradoras, cualquiera de los gobiernos que tan fugitivamente dirigen las riendas del poder, porque nadie creera en ellas. Establézcase allí una administracion regular que recobre el crédito que han perdido las anteriores, y entonces la colonizacion vendrá espontáneamente.

XXXIV.

Criminalidad.

Es indudable que la república mejicana, á pesar del desconcierto que incesantemente la trabaja, ha hecho grandes progresos morales. Para comprender esta aseveracion bastaria examinar las estadísticas criminales y compararlas entre sí. En el año de 1835 no se podian visitar los alrededores de Méjico sin arriesgarse á ser despojado. La impunidad multiplicaba los robos á todas horas del dia en el interior de la ciudad y en las calles mas frecuentadas. El descaro de los ladrones no habia sido nunca igual, y el terror de los habitantes habia llegado al colmo, cuando don Manuel de la Cortina, nombrado gobernador de Méjico, consiguió restablecer un poco el órden y la tranquilidad por su firmeza y su constancia en perseguir y castigar á los culpa-

bles. A él se le debe la condena y la ejecucion del coronel Yañez, ayudante de campo del general Santana, reconocido como el agente principal, aunque oculto, del ascsinato del cónsul suizo, y del robo cometido en su casa, así como el de una diligencia atacada á las cuatro de la mañana en el mismo recinto de Méjico.

Don M. de la Cortina no habia obtenido, sino con muchísimo trabajo, que se enviase al patíbulo á los asesinos del cónsul suizo, afiliados en la compañía á las órdenes de Yañez; pero cuando se trató de satisfacer la vindicta pública respecto al gefe de los bandidos, encontró mil obstáculos, contra los cuales era preciso fracasar. Yañez tenia los bolsillos demasiado repletos para que le faltasen protectores. Sin embargo, un magistrado se respetó lo bastante para cumplir con su deber en presencia de la Sociedad mejicana, que le miraba con ansiedad.

Este magistrado fué el juez encargado de la instruccion del proceso; pero Yañez, considerando el desinterés de este hombre como una escepcion, apeló al veneno desde el fondo de la prision. La vida del gobernador mismo fué amenazada. Con todo, nada logró enfriar su celo, y vió al fin que la justicia de los hombres castigaba al principal culpable.

El desarrollo criminal que durante algunos años se notó en Méjico, con escándalo universal, reconocia su orígen en la vergonzosa venalidad de los jueces, como hemos indicado en otro lugar.

Entre la variedad de documentos que podríamos aducir para probar este aserto, citaremos uno, qué aunque ya antiguo por su fecha, parece haber servido de modelo á las quejas, que todos los dias dirigen los particulares á la autoridad superior. Héle aquí:

A su Escelencia el ministro del Interior.

Zacatecas, 3 de agosto, 1837.

«Los que suscriben, negociantes nacionales y estranjeros, representamos respetuosamente á V. E. que la decadencia del comercio, que aumenta cada dia, tiene por causa, entre varias otras, la falta de seguridad en los caminos. Todos los dias se cometen robos casi á las puertas de esta ciudad, y con mucha mas frecuencia aun en el camino que conduce á la ciudad de Frenillo, y se cometen con tanta mas impunidad, cuanto que no son perseguidos judicialmente, ya porque los jueces no tienen á su disposicion los medios de apoderarse de los culpables, ya porque la lentitud de los procedimientos no se lo permite, ya porque quieren que los procedimientos se sigan por las partes interesadas, lo que aumenta las pérdidas, puesto que los efectos no se han de recobrar y los gastos se multiplican, sea, en fin, que haya vicios en las leyes ó falta de energía en las personas. El resultado es que los procesos son interminables, y que raramente se vé imponer castigo á los criminales. Los jueces no emplean la fuer-

za armada en la persecucion de los ladrones, bajo el pretesto de que no les pertenece juzgarlos desde que ha sido derogada la ley de 29 de octubre de 1832, ya porque esperan la invitacion de las autoridades civiles para perseguir, y que las autoridades temen, no sabemos por qué, no ser secundadas. La fuerza armada no vigila. La seguridad disminuye cada dia, y si esto sucede en la capital de un Estado, ¿qué sucederá en los caminos?

»Suplicamos, pues, humildemente á V. E. se sirva presentar al Congreso las proposiciones consiguientes, para evitar en todo lo posible los robos y procurar el castigo de los que los cometen.»

En Oaxaca le mostraban un dia á un estranjero á un obrero empleado en una fábrica, que con notoriedad pública habia cometido dos asesinatos y un gran número de robos. Y bien,—dijo:—¿por qué la autoridad no se apodera de él? ¿Acaso no tiene conocimiento de esos crímenes?—Sí,—se le respondia,—nosotros mismos lo hemos puesto en conocimiento del prefecto y del fiscal, pero se nos ha contestado que no habiendo nadie entablado accion contra él, no se le habia sometido á juicio; pero que si alguno quisiera denunciarle formalmente á la autoridad, se daria en seguida el auto de prision.—Por lo demás,—continuaron diciendo,—ya debeis pensar que nos guardamos bien de intervenir en un negocio de ese género, cuyas consecuencias para nadie hubieran sido funestas mas que para nosotros.

Dos franceses fueron robados y despojados de todo lo que llevaban en el camino de Méjico á Toluca. Al llegar á Lerma á pié y casi desnudos, se presentaron en casa del alcalde para que tomase acta del crímen é hiciese todo lo necesario para descubrir á los autores. Se les preguntó si les quedaba con que pagar el papel sellado, y como respondiesen negativamente, se les dijo que no se podia proceder.

Un francés de una fuerza hercúlea fué mas dichoso: pasando un dia con una talega de quinientos pesos por una de las calles mas solitarias, fué atacado por un bandido, que le puso un puñal al pecho pidiéndole el dinero que llevaba. La resistencia era imposible: fué necesario presentar la talega al ladron; pero como este tuvo que emplear sus dos manos para recibirla, quedó por un instante á disposicion del francés, quien sin perder tiempo, le asestó un puñetazo tan formidable, que le dejó muerto en el acto. Esta vez, el juez que recibió la declaracion del francés, era un hombre honrado, y le felicitó por su hazaña.

Echase de ver desde luego que las estadísticas criminales, dado este abandono, tienen que alejarse bastante de la verdad, y que si no resultan gran número de procesados, no consiste en que dejen de cometerse delitos, sino en la apatía de los tribunales.

Es, sin embargo, sorprendente que ante un desquiciamiento tan general, ante los ejemplos tan

repetidos de impunidad, los crímenes no se eleven á una cifra que cause verdaderamente espanto, lo cual prueba que en otras condiciones normales, seria Méjico indisputablemente uno de los paises mas ventajosamente juzgados bajo el aspecto de su moralidad pública.

De la mayor parte de los crímenes que se cometen en Méjico, son autores los léperos, es decir, los indios convertidos en ciudadanos, que unen á una gran cobardía una crueldad estremada, pero que generalmente no obran mas que como instrumentos. El dia que las necesidades de faccion no los necesitara para sus fines particulares, dejarian de gozar la vergonzosa proteccion que se les ha dispensado en mas de una ocasion, y caerian inevitablemente bajo la cuchilla de la ley.

XXXV.

Antigüedades.

Ya hemos hablado de Mitla, célebre por sus monumentos fúnebres, de los cuales se conservan aun vestigios. Todavía se descubren, en efectó, las ruinas de cuatro palacios, que se estienden de Norte á Sur. La iglesia católica y la sacristía han sido construidas con los materiales del primero de uno de estos edificios que estaba reservado á los oficiales de la comitiva del rey. El segundo, que servia de residencia al monarca cuando iba á Mitla para asistir á las solemnidades, no indica haber tenido comunicacion esterior con el primero, del cual se halla separado por una distancia de cien pasos. Es el que está mejor conservado, y el único que puede dar una idea del conjunto de los demás. El tercero y el cuarto estaban destinados á los sacerdotes y á su gefe,

22

pero de uno no queda ya otra cosa mas que media fachada casi destruida, y un monton de piedras hacinadas del otro.

La arquitectura del palacio mejor conservado, no ofrece nada de grande, nada de notable, bajo el punto de vista de la estension, del conjunto ó del atrevimiento de la construccion.

Las salas interiores son pequeñas, los corredores incómodos, y la altura de los edificios no llega á cinco metros. Nada hay en ellos que pueda compararse á las construcciones mas ordinarias del antiguo Egipto, por lo grandioso y la magestad del estilo.

Sin embargo, la arquitectura de los palacios de Mitla no está exenta ni de gracia ni de mérito en la ejecucion: el género y el gusto de los ornamentos, sobre todo, merece la atencion de los viajeros. El único palacio que se conserva en pié, tiene la forma de una cruz de San Andrés. La fachada tiene de largo ciento treinta y dos piés ingleses por catorce de alto, y está solamente decorada por tres puertas, únicas aberturas del edificio, en cuyo interior debe reinar una profunda oscuridad.

Todas las fases esteriores están revestidas de una piedra porosa, tallada con mucho cuidado, y presentan un doble basamento de tres piés, coronado por tres séries de encuadramentos de doce piés de ancho por uno de alto, y el todo por un entablamento que no está señalado mas que en los ángulos.

Cada encuadramento ofrece un greco-mosáico de piedras talladas en forma de ladrillo, y dispuestas de suerte que formen un dibujo en relieve. La fachada está ornada de veinte y dos grecos, casi todos diferentes.

Nótanse en ella varias piedras elegantemente talladas, particularmente las de los linteles de las puertas de la fachada y del interior.

La primera sala donde se penetra es un rectángulo del ancho de la fachada, pero de poco fondo. Vénse allí cinco columnas de pórfiro, que sostienen la bóveda; tienen doce piés de alto y 9,5 de circunferencia en su parte inferior, pero les falta la base y el chapitel.

A la derecha, un corredor muy poco elevado conduce á una sala cuadrada, á los lados de la cual se encuentran otras cuatro pequeñas salas rectangulares. No se vé en las paredes ningun ornamento de arquitectura, pero se distinguen acá y allá, y particularmente en el corredor, huellas de pinturas al fresco sobre una superficie estucada.

Al Este y al Norte de estas ruinas, se elevan dos grandes teocalis. El primero, que es el que se conserva en mejor estado, no ha cambiado de destino al cambiar de señores; se ha construido en su cima, en el lugar del santuario pagano, una capilla cristiana, á la cual se sube por una escalera de piedra, que ocupa todo el ancho de la parte occidental. Los desmoronamientos impiden reconocer si habia tambien escaleras en los demás lados, pero pa-

rece verosímil que hubiese otra por la parte de Oriente: encuéntrase allí un recinto cuadrado, al cual sin duda se descendia por la pirámide.

El teocali del Norte es el mas alto, y está rodeado de otros tres de menores dimensiones. Por la parte del Este tiene, como el primero, un paraje en medio del cual se levanta una pequeña pirámide truncada. En uno de sus ángulos se encuentra una piedra de granito que, segun todas las apariencias, estaba destinada á los sacrificios.

Este teocali comunicaba con los palacios por un subterráneo de cuatro piés y medio de alto por tres de ancho. He aquí lo que la crónica cuenta de este subterráneo:

«Cuando en las grandes solemnidades un guerrero solicitaba la muerte, ya para espiar un crímen, ya para calmar á los dioses irritados, el gran sacerdote le llevaba á una sala baja y tenebrosa que conducia al subterráneo; despues, abandonándole á sí mismo en las criptas que iba á recorrer, cerraba las fatales puertas, que no debian volver á abrirse mas que para dar paso á nuevas víctimas.»

Al partir del teocali, este subterráneo cambia de direccion, y se estiende por la parte de Oeste. El vulgo, siempre crédulo, estaba persuadido que se separaba trescientas leguas de Mitla; lo que hay de cierto es que llega hasta Saga, á una legua de allí, y que aun se prolonga mas; pero si se tiene en cuenta que hay en medio de las montañas, siguiendo esta misma direccion, lugares todavía reveren-

ciados de los indios á causa de las antiguas supersticiones, fácilmente se comprenderá que ha podido existir una comunicacion subterránea entre estos y el palacio de Mitla, que no están mas que tres leguas separados entre sí.

El renombre de estos templos fúnebres y de la eficacia de las oraciones que se dirigian en ellos á las divinidades infernales, se estendia mas allá del país zapoteca. El mejicano y el chiapaneque, el otomite y el totonaque venian igualmente allí á demandar súplicas y á ofrecer presentes, que no han desdeñado los ministros de ninguna religion. Aun ahora, despues de trescientos años de un nuevo culto, estas antiguas tradiciones no han sido todavía destruidas.

A los tres cuartos de legua existe una fortaleza antigua, situada en la cúspide de una colina casi inaccesible. El capitan Dupais, que visitó á Mitla de órden del gobierno español, la ha descrito con gran verdad, dando una idea clara del arte de las fortificaciones empleado entre los pueblos indios.

Esta fortaleza que corona la colina de Mitla, consiste en una muralla principal de diez y ocho piés de alto por seis de espesor, formando un círculo de un cuarto de legua escaso. La entrada, situada del lado de la aldea, está defendida por otro recinto con un terraplen, en donde se ven todavía montones de piedras á propósito para ser lanzadas por medio de la honda ó con la mano. Este segundo muro de circunvalacion, mas elevado que el prime-

ró, tiene tambien una puerta, un terraplen y un parapeto en el borde superior, del cual se encuentran pedazos de roca casi esféricos, de dos y tres piés de diámetro, que debian servir para ser arrojados sobre los sitiadores.

Los edificios destinados á la guarnicion, estaban al otro lado de la fortaleza, donde se encuentra otra entrada, probablemente destinada á favorecer la entrada de los socorros y la retirada de los sitiados.

En todas las obras del mismo género, los medios de defensa y de retirada están previstos de igual modo. Las cimas de los montes mas escarpados, eran siempre elegidas para estas posiciones militares; pero la elegancia no estaba por eso escluida del plan de las construcciones. En Montalban, por ejemplo, á un cuarto de legua de Oaxaca, despues de haber franqueado un baluarte escarpado, se llega á una magnífica esplanada circular, en cuyo centro se levanta el fuerte principal; alrededor están dispuestos otros fuertes, algunos de los cuales tienen tambien una esplanada interior defendida por nuevas obras. Varias colinas artificiales forman la base de estos fortines. La mayor parte están atravesados por un camino cubierto que servia á la vez de entrada á estas posiciones y de medio de comunicacion entre los diferentes puntos de la plaza.

Las ruinas de Palenque cubren un espacio de seis á siete leguas. Vénse allí templos, pirámides,

tumbas, fortificaciones, acueductos, puentes y bajos relieves adornados con figuras y geroglíficos. Encuéntranse allí tambien estátuas colosales, ídolos, vasos, instrumentos de música, etc., etc. Todo prueba que esta ciudad estaba habitada por un pueblo avanzado en las artes y en la civilizacion.

El palacio principal está todavía en pié y bastante bien conservado. Es un edificio cuadrado de trescientos piés de ancho próximamente, y de treinta de elevacion, rodeado de un peristilo. El interior está dividido en varios cuerpos, separados por átrios, y en el centro se eleva una torre. Las murallas están adornadas con bajorelieves esculpidos sobre piedra, que representan personajes de ocho ó diez piés de alto. Estas estátuas tienen una fisonomía particular. La nariz y la frente se hallan en una misma línea curva, que forma un arco de sesenta grados; y esta singularidad parece haber sido un tipo distintivo de los antiguos habitantes de Culhuacan, porque se le encuentra en sus esculturas.

Sin embargo, no existe entre los pueblos indios ningun indicio de este tipo nacional, ni ninguna tradicion que pueda derramar alguna luz sobre la época de la desaparicion de esta antigua raza. Esta circunstancia, unida á la vegetacion prodigiosa que ha invadido toda la ciudad, prueba que ha desaparecido en una época muy romota, ya á consecuencia de una epidemia, ya á causa de una guerra de esterminio. ¿De dónde procedian estos pueblos, cuyos principios arquitectónicos, los instru-

mentos, los símbolos, tienen una relacion tan íntima con lo que se observa en el valle del Nilo? ¿Cuáles fueron las causas de su emigracion, la época de su establecimiento en esta comarca y la de su destruccion? Tales son las cuestiones que se han presentado á la ciencia de los arqueólogos, y que todavía no han recibido una solucion satisfactoria.

Las ruinas de Culhuacan, de Palenque, y sobre todo las de Mitla, no pueden ser calificadas de antidiluvianas mas que por las personas que no las han visitado, ó que al menos no las conozcan mas que en bosquejo. No hay la menor semejanza entre estos edificios y los monumentos sencillos y groseros, que los arqueólogos han creido que pertenecian á las épocas antidiluvianas.

Estos últimos no ofrecen relacion alguna, mas que con los monumentos de la antigüedad mas remota, conocidos bajo el nombre de *pelásgicos*, que se encuentran en Grecia y en las islas del Mediterráneo, y con los cuales se los confunde algunas veces, como sucede con los de la isla de Gozzo. Estos son notables por el volúmen de las piedras que se han empleado en su construccion, lo que denota ya conocimientos bastante estensos en estática; pero apenas el arte se encuentra ennoblecido por el primer esfuerzo del pensamiento, en tanto que los edificios de Mitla son por el contrario notables por la elegancia de su arquitectura, por el buen gusto de los ornamentos y por el bello corte

de piedra; y los de Palenque, por su construccion ligera y elegante, y por los templos, las tumbas, las fortificaciones, cuyas ruinas cubren un espacio inmenso, y en fin, por las esculturas y los bajorelieves que las decoran.

Por otra parte, los edificios de Mitla, en cuanto á su orígen, no tienen nada de comun con los antiguos de las primeras, antes de los pueblos ignorados. Aquí todo es conocido: el pueblo que los ha levantado, la época en que han florecido, su destino, el principio y las causas de su destruccion.

En cuanto á las ruinas de Palenque, si no pertenecen á un pueblo antidiluviano, no dejan por eso de ser antiquísimas, aunque Prescott, en su primer capítulo de la Historia de Méjico, infiere que quizá son la obra de las colonias toltecas que en el siglo XI abandonaron las llanuras de Anahuac y se dirigieron al Sur de esta comarca; sin embargo, esta opinion se ha combatido por errónea, fundándose por un lado en que los que emigraron no eran bastante numerosos para fundar desde luego una ciudad, que á causa de su inmensa estension, ha sido llamada la Thebas americana, y además este pueblo no hubiera podido desaparecer como por encanto en una época tan cercana á la de la conquista, sin dejar ningun recuerdo de su existencia. Por otro lado, la vegetacion que se ha apoderado de todo, los enormes árboles que se han abierto paso á través de los monumentos mas sólidos, de-

notan una antigüedad tal, que no se puede dudar en reconocer que estas ruinas eran ya muy antiguas aun antes que los toltecas pensasen en abandonar á Tula.

FIN.

ÍNDICE.

Páginas.





